



¿Qué hace la Iglesia ante el robo de una importante obra de arte?

LA Virgen de la Paja
de Enric Balasch
VIRGEN
DE LA MOSCA



Lectulandia

¿Qué hace la iglesia ante el robo de una importante obra de arte?

El detective Frank Dónovan tiene a sus espaldas una agitada vida profesional y ahora sueña con llevar una vida más apacible, y, quizá, cambiar los peligros de la delincuencia por los del matrimonio, hasta que recibe una misteriosa carta anónima que le cita en un lujoso hotel de la provincia de Granada. Alentado por la curiosidad y la generosa suma anticipada en concepto de gastos, acude a la cita y recibe un extraño encargo: recuperar una tabla renacentista desaparecida de la Colegiata de Toro, cuyo robo no se ha denunciado a la policía.

A partir de ese momento, Frank inicia una laboriosa investigación que le sumerge en el sofisticado mundo de los traficantes y coleccionistas de arte, donde el dinero negro y la ambición circulan sin trabas. La Iglesia y los servicios secretos no son ajenos al asunto y mantienen sus propios intereses: están dispuestos a todo, incluso a matar, si alguien dificulta sus objetivos.

Lectulandia

Enric Balasch Blanch

La Virgen de la Mosca

ePub r1.0

liete 07.02.14

Título original: *La Virgen de la Mosca*

Enric Balasch Blanch, 2012

Editor digital: liete

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com



Capítulo 1

El timbre de la puerta le despertó de un sueño profundo, reparador del cansancio y de las noches en vela tras los pasos de un marido infiel. El energúmeno que llamaba a la puerta estaba dispuesto a fundir los plomos. No le quedaba otro remedio que levantarse. Al ponerse en pie tuvo la sensación de que iba a estallarle la cabeza. Sintió un ligero mareo. Se había pasado con el alcohol la noche anterior. Una botella de cava rodó vacía al empujarla involuntariamente con el pie. Se cubrió el cuerpo desnudo con un albornoz blanco de algodón, se calzó unas zapatillas y caminó hacia la puerta. Pegó el ojo derecho a la mirilla y vio a un joven de poco más de veinte años, vestido con una chupa de cuero y un casco de motorista colgado del brazo. ¿Quién sería? No recordaba haber pedido nada. Odiaba la comida a domicilio. Tampoco esperaba ningún paquete. Abrió la puerta resignado. El joven respiró con alivio.

—Perdone mi insistencia —se disculpó—, pero el portero me aseguró que estaba en casa. Aunque ya empezaba a dudar.

Le miró a los ojos sin decir nada. El muchacho abrió un zurrón de piel que colgaba de su hombro izquierdo y sacó un sobre. Se lo entregó con indolencia, sin prestarle demasiada atención, y puso ante su cara un albarán y un bolígrafo Bic para que firmara la entrega. Lo hizo y le dio la espalda sin decirle ni siquiera adiós. Se abrochó el casco y desapareció escalera abajo con trotar de caballo sobre los peldaños de madera. El edificio retumbó. Su maltrecha cabeza también.

Cerró la puerta, recogió la botella de cava que había apurado copa a copa en solitario, como le gustaba beber al cerrar un caso, y la tiró a la basura. Lo metía todo en la misma bolsa, pese a los avisos que la alcaldía dejaba en los buzones para que los vecinos colaboraran en la recogida selectiva de residuos. Tomó el periódico, comprado de madrugada en un Vip's de la Gran Vía, y leyó los titulares de la primera página. Nada que le interesara. Lo dejó encima de la mesa camilla de la cocina. Sacó el sobre del bolsillo del albornoz, lo dejó junto al periódico y puso la cafetera al fuego. No sentía curiosidad por su contenido. Tenía la certeza de que se trataba de una factura, de un impagado posiblemente. Hacía semanas que su cuenta estaba en números rojos. El caso que había resuelto le permitiría disfrutar de cierta bonanza económica durante un par de meses.

Su vida de detective la resumían las infidelidades descubiertas, el número de perros perdidos que había buscado sin éxito por las calles de Madrid, por los suburbios donde las mafias organizaban peleas de canes, y todo simplemente para salir adelante, para pagar el alquiler de una buhardilla pequeña, calurosa en verano y fría en invierno. Húmeda en cualquier época y ruidosa los fines de semana cuando cientos de jóvenes se reunían en el barrio de las Letras, en la plaza de Santa Ana y las

calles adyacentes, para beber hasta bien entrada la mañana entre broncas que algunas veces terminaban en refriegas de sangre bajo el brillo de las navajas.

Estaba harto de su profesión. Llevaba más de veinte años entregado a la honrada tarea de desenmascarar a maridos rijosos, de consolar a viudas ricas encoñadas con sus canes, siempre pequeños, peludos, de ladrido agudo, perdidos en las calles de la gran urbe y con su fotografía reproducida hasta la saciedad en fotocopias pegadas en postes de farolas y escaparates. Por favor, encuentre a mi perrito; es como un hijo para mí, le suplicaban desesperadas. Había perros policías, perros cazadores, perros lazarillos y perros lamechichis. Sin embargo, no podía quejarse. Tenía un buen coche, se daba algunos caprichos caros de vez en cuando, buenas comidas y buenos vinos, y disfrutaba de su período de vacación cada año.

Alguna que otra vez, con un poco de suerte, le contrataba un empresario para aportar pruebas sobre el absentismo de un empleado vago. Incluso en cierta ocasión le contrató una entidad bancaria para descubrir a un topo, a un espía industrial que pasaba información a un banco rival sobre los planes hipotecarios y los sistemas informáticos. Hacía años solicitó sus servicios un empresario de renombre en los círculos sociales y económicos de Madrid, para descubrir el paradero de una hija díscola fugada con un pequeño traficante de hachís. La encontró en el Rif, en Ketama, colgada de las pipas de grifa, delgada por la falta de alimento, sucia y entregada al sexo con los hermanos del supuesto novio que cada noche se sorteaban a la muchacha. No le resultó fácil sacarla de allí pero lo hizo. Jugándose la vida logró llegar a Chechauen y después a Melilla, donde le esperaban los padres de la chica y un médico amigo de la familia para sedarla y que no diera problemas. Nunca vio a un hombre tan agradecido. Le pagó sus honorarios en efectivo, peseta a peseta, porque no quería dejar ningún rastro de su relación. Al despedirse, puso en su mano un paquetito alargado. No me dé las gracias, le dijo antes de desaparecer tras la puerta de una habitación del Parador Don Pedro de Estopiñán, comendador de la casa ducal de Medina Sidonia y conquistador de Melilla en 1497. Abrió el paquetito con parsimonia, casi con desinterés, para descubrir con asombro un estuche de piel, de buena piel, cerrado por un delgado cordón dorado y un sello de lacre. Rompió el cordón con impaciencia, y al abrir el estuche sus ojos se cegaron con los destellos de un reloj de oro: un Patek Philippe que al sol de la ventana producía escardillos en las paredes de la alcoba.

Desde hacía tiempo le rondaba por la cabeza huir, dejarlo todo, empeñarse hasta las cejas y comprar una masía en el Ampurdán para abrir un hotelito rural. Quería perderse, olvidarse de la jungla de asfalto, empezar una nueva vida. Estaba en ese punto intermedio, cerca de los cincuenta, en que aún es posible dar un giro de timón y cambiar el rumbo de la propia existencia. Un día soltaría amarras y se dejaría arrastrar por la corriente. Pompeyo el Grande, el célebre general romano, decía:

«Vivir no es necesario, navegar sí». Quería navegar, navegar como Ulises hasta el país de los lotófagos y alimentarse de ese néctar misterioso y mágico, de la ambrosía de los dioses del Olimpo, del único y verdadero alimento que mantiene a los hombres con vida. Quería dejar de vivir para navegar, para llegar orgulloso en su vejez a las costas de Itaca.

Se sirvió un café con leche, más café que leche, se sentó y hojeó el periódico. Las noticias de siempre: una mujer muerta a manos de su marido tras una discusión banal, el precio de la vivienda subía de manera escandalosa, la inseguridad ciudadana aumentaba, cientos de inmigrantes ilegales habían desembarcado en las playas de Tarifa. La noticia, por repetitiva, había dejado de tener interés y ocupaba una pequeña columna lateral en el apartado de sucesos. En las notas de sociedad destacaba la foto de una *starlette* rodeada de su cortejo de bufones esperpénticos. La conoció en una fiesta de sociedad mientras vigilaba a su amante por encargo de la empresa en que trabajaba. El joven, veinte años menor que ella, había cometido un desfalco para mantener su ritmo de vida. Ninguno de los personajes del papel cuché necesitaba trabajar como un burro para hervir el puchero. El mundo estaba en manos de los inútiles, de los mediocres, de las rameras de lujo que se pavoneaban en las cadenas de televisión de haberse acostado con tal o cual personajillo de baja estofa. Pasó las hojas con desdén. Cerró el diario. Dio el último sorbo al vaso de café con leche y se metió una aspirina en la boca. El sabor del ácido acetilsalicílico, entre agrio y amargo, le arrancó una mueca de repelús.

Cogió el sobre y lo miró por ambas caras. Nada indicaba que fuese él, Frank Dónovan, el destinatario, ni tampoco quién lo remitía. Estaba completamente en blanco. ¿Cómo le había pasado por alto este detalle? La culpa la tenía el dolor de cabeza, que por efecto del café con leche y la aspirina empezaba a remitir. Abrió la solapa con la punta de un cuchillo y desdobló los dos papeles que contenía: la fotocopia de una reserva a su nombre en el hotel La Bobadilla y un cheque al portador por mil quinientos euros, unas doscientas cincuenta mil pesetas, calculó mentalmente. En el reverso de la fotocopia una caligrafía cuidada, escrita a pluma estilográfica, le convocaba a una reunión esa misma noche, a las diez, en el vestíbulo del hotel. El cheque —decía la nota— compensará los gastos que el desplazamiento pueda ocasionarle. Dejó los papeles junto al periódico e inspeccionó el sobre. Era de buena calidad, de fibras de lino, grueso y resistente, y el interior estaba forrado con papel de seda azul. Hacía tiempo que no veía un sobre tan elegante. Un sobre caro, con la goma bien delimitada y pegada. Sólo las mejores papelerías de Madrid vendían envoltorios de aquella calidad.

A continuación tomó la fotocopia de la reserva y leyó de nuevo las líneas escritas a pluma. Su paso por la Academia General de Policía le había reportado algunos conocimientos de grafología, una técnica utilizada en la investigación criminal para

conocer el perfil psicológico de los delincuentes. Cogió una lupa y aumentó las letras para descubrir rasgos reveladores de la personalidad de su comunicante anónimo. Estudió la escritura con detenimiento. Los trazos eran cuidados, pulcros. Los puntos, acentos y tildes, estaban colocados con exactitud. Las mayúsculas aparecían bien proporcionadas, de tamaño medio. La velocidad era pausada o lenta, dependiendo del texto y su contenido. Rasgos que denotaban atención, orden y puntualidad. La nota decía «a las diez» y tenía la certeza de que su misterioso comunicante se presentaría a esa hora con exactitud meridiana. El segundo monte de una eme sobresalía de manera manifiesta. Se trataba de un rasgo propio de sujetos de importancia social o de ambiciones elevadas. Las tildes de las «tes» y las jambas de las «ges» hablaban de una persona culta, de un nivel intelectual alto, segura de sus decisiones, algo idealista, fría y calculadora de sus actos y consecuencias.

Cotejó la nota de la reserva con la firma del cheque. La escritura pertenecía a la misma persona. Ambas presentaban idénticos rasgos psicológicos. Hacía tiempo que no se relacionaba con gente de alto nivel. Tuvo la certeza de que deseaban contratarle para un trabajo sucio. Seguramente al borde de la ley o ilegal, y el remitente quería mantener en secreto su identidad. En Madrid había cientos de agencias de investigación de acreditada fama y solvencia. ¿Por qué le habían elegido a él?

La persona que había escrito aquellas líneas le conocía bien. Le citaba en el hotel La Bobadilla. Un hotel de cinco estrellas enclavado en las inmediaciones de Loja, en la provincia de Granada. Cuando ganaba suficiente dinero con alguno de sus casos solía pasar dos o tres días en ese hotel. Allí, rodeado de la dehesa, bajo el cielo azul y estrellado de la noche andaluza, se sentía reconfortado, se reconciliaba con su profesión, con la sociedad que despreciaba por frívola e inhumana. Se reconciliaba consigo mismo, con sus pensamientos, con su ego que le martilleaba día y noche con un sentimiento de culpabilidad por no atreverse a cambiar el rumbo de su destino. Por no atreverse a romper con todo y con todos. «Vivir no es necesario, navegar sí». Ese hotel era su tabla de salvación cuando naufragaba en medio de la gran ciudad, cuando el mundo se le venía encima como una losa funeraria.

Su posible cliente le ponía las cosas fáciles para que acudiera a la cita. La fotocopia de un fax remitido por el hotel con una reserva a su nombre y un cheque al portador por mil quinientos euros resultaban dos argumentos de peso. ¿Qué podía perder? Nada. Al contrario, hacía casi un año que su economía no le permitía disfrutar de su refugio preferido, de los jardines y veredas por las que gustaba de pasear, de una piscina climatizada en invierno, de la sauna, del gimnasio, de su excelente cocina, y de su bodega con numerosas referencias de vinos, cavas y champanes. ¿Podía tratarse de una encerrona? ¿De una trampa urdida con afán de venganza por algún marido descubierto en sus infidelidades? No lo creía. Nadie le citaría en el vestíbulo de un hotel para meterle dos tiros en el cuerpo. Conocía bien el

lugar, a los empleados más antiguos, y sabía que el vestíbulo siempre estaba lleno de gente, en especial por la noche cuando los huéspedes se reunían en torno a una copa para escuchar las melodías arrancadas a un viejo piano de cola.

Sobre la mesilla de noche estaba su Patek Philippe de oro. Se lo abrochó a la muñeca izquierda y miró la hora. La una y treinta de la tarde. Quedaban ocho horas y media para la cita. No podía perder tiempo. De Madrid a Granada había autopista y eso le permitía llegar en unas cinco horas sin apretar demasiado el acelerador. Se levantó, dejó la taza de café en el fregadero y abrió el armario. Eligió un pantalón tejano, una camisa beis de algodón egipcio, un jersey de cuello de pico, unos calcetines negros de hilo irlandés, un cinturón de piel y unos zapatos náuticos Panama Jack, tan cómodos como elegantes. Después cogió del altillo una bolsa de viaje. Metió varias mudas y calcetines, algunos pañuelos, otro pantalón, otra camisa, una corbata de seda estampada a juego con la camisa, una americana de cheviot con forro de seda, unos zapatos negros y un pequeño neceser con su maquinilla de afeitar y algunos productos de cosmética: pasta de dientes, un frasco de colonia Paco Rabanne, crema Vichy para después del afeitado, desodorante, champú, una pastilla de jabón de glicerina... Las habitaciones disponían de un extenso surtido de productos de acogida, pero solía llevar su propio set de higiene personal en previsión de que el viaje se alargara. No siempre dormía en hoteles de cinco estrellas.

Cerró la bolsa y la dejó junto a la puerta. Instintivamente acercó el ojo a la mirilla. No había nadie en el rellano de la escalera. Se colocó frente a la ventana. Corrió un poco la cortina y miró a la calle. La lluvia de primeras horas de la mañana daba brillo al asfalto bajo unos tímidos rayos de sol. El agua había retenido a muchas masas de casa en sus hogares y la calle y los comercios mostraban menos trasiego que otros días a la misma hora. Se acomodó en un sillón de tafilete, cogió el teléfono inalámbrico y pulsó el botón para abrir la línea. Llamó primero al hotel La Bobadilla. Al otro lado del hilo telefónico una recepcionista le confirmó la reserva a su nombre. Todo parecía en orden. Arrellanó la espalda para hacer una segunda y última llamada. Si Pilar no estaba en casa la llamaría más tarde. Tuvo suerte.

—Dígame.

—¿Qué quieres que te diga?

—¡Maldito seas!...

Hacía más de una semana, una semana y media para ser exactos, que no tenía noticias suyas. Frank se disculpó. Cuando trabajaba en un caso se mantenía alejado de sus seres queridos. Así creía protegerles, apartarles de los peligros. Había intentado explicárselo infinidad de veces pero ella no aceptaba sus razones. Anhelaba una relación formal y convencional. Frank había pensado en pedirle que vivieran juntos. Pero nunca se había atrevido porque estaba convencido del fracaso que representaría para ambos. Pilar tenía treinta y nueve años, una buena posición, un

piso de propiedad en el barrio de Arapiles, un trabajo bien remunerado, un círculo de amigos con buenas cuentas corrientes, se codeaba con la intelectualidad madrileña y gozaba de prestigio en el mundo del arte. ¿Qué podía ofrecerle salvo sus preocupaciones, sus frustraciones, sus miedos, sus dudas, y un poco más de sexo? No podía comprometerse si antes no ordenaba su vida. La quería, no dudaba de sus sentimientos, pero necesitaba tiempo. Un tiempo del que quizá no disponía.

Pilar también le recriminó por enésima vez que se negara en redondo a comprarse un teléfono móvil. Estaba dispuesta a regalárselo. Pero Frank se negaba y esgrimía el argumento de que las radiaciones alteraban el cerebro y producían cáncer. Para cambiar de tema y justificarse, Frank le relató su último caso. Le había contratado una señora de buena posición y mejor ver, frizando en los sesenta, una mujer enamorada de su marido pese a llevar cuarenta años casada.

La mayoría de las veces las mujeres que sospechaban de la infidelidad de sus maridos acudían a los despachos de los detectives no porque les importara la infidelidad en sí misma, sino para presentar pruebas del adulterio y obtener ventajas económicas en el juicio de separación y divorcio. El adulterio ya no estaba penado por ley, pero los jueces lo tenían en cuenta a la hora de dictar sentencias, principalmente a la hora de entregar la tutela de los hijos a uno de los cónyuges. Para un gran número de mujeres la infidelidad no representaba una catástrofe emocional sino una excusa para liberarse, para dar un paso que de otra manera no se atrevían a dar.

Pilar se quedó callada. Nunca había osado a preguntarle si le había sido infiel. Tampoco iba a preguntárselo ahora, pero Frank sabía interpretar sus silencios. Mientras ella le decía que le amaba, que le necesitaba, y le proponía que se vieran en su casa aquella noche, para compartir una cena especial y una botella de Summum Brut Nature, Frank buscaba la manera de explicarle que no podía, que alguien le había citado a las diez en el hotel La Bobadilla. Finalmente, con un hilo de voz le propuso que fueran juntos. Pero sabía de antemano que sus obligaciones se lo impedían.

Le hubiese gustado acompañarle porque también compartía su devoción casi mística por el hotel La Bobadilla, donde habían pasado algunos de sus mejores momentos. Pero se había comprometido a entregar a primera hora de la mañana una Virgen gótica que había limpiado de hollín, desparasitado de insectos xilófagos, recompuesto algunas partes carcomidas y repintado la policromía. Pilar se había licenciado en Bellas Artes y especializado en la restauración de lienzos, aunque para ganar más dinero también se atrevía con otras antigüedades. No le faltaba clientela y además, desde hacía tres años, trabajaba como interina en el Departamento de Restauración del Museo del Prado. «Tendrías que verla», le dijo clavando los ojos en una talla del siglo xv que sostenía al Niño en su regazo. Una bella imagen inspirada

en los episodios del Evangelio de la infancia de Jesús. Junto a la Virgen, prendidas en un tablón de corcho, colgaban las fotografías que había tomado cuando llegó a sus manos en un estado lamentable. Estaba irreconocible. No parecía la misma talla. La cena y la botella de cava tendrían que esperar una mejor ocasión. Se despidió con un beso pero antes le hizo jurar que al regreso la llamaría y que se dedicarían uno o dos días, no pedía más.

—Te doy mi palabra —dijo Frank sin saber si le había escuchado.

Metió el cheque en uno de los bolsillos y abrió la puerta para salir. Algo le retuvo. Se olvidaba a su inseparable compañera de trabajo. Cerró la puerta y caminó hacia la alcoba. Se ajustó la cartuchera bajo la axila, enfundó su arma y salió por la puerta. Al llegar a la calle del Príncipe giró a la izquierda para cruzar la plaza de Santa Ana. Los empleados de la cervecería Naturbier se esmeraban en arreglar el local para recibir a los primeros clientes del día. La plaza estaba llena de litronas vacías, de papeles, y de alguna que otra jeringa. En los parterres el césped había dejado de crecer hacía meses. Un rótulo señalaba una zona infantil, pero los excrementos de los perros se habían adueñado del lugar.

Caminó con la fachada neoclásica del teatro Español a sus espaldas hasta la estatua de Calderón de la Barca frente al hotel Tryp Reina Victoria. Enfiló hacia la vecina plaza del Ángel, donde algunas noches se citaba con Pilar para ir de copas y escuchar buena música en el Café Central. Dejó a la derecha una tienda de discos y llegó a la plaza de Jacinto Benavente.

En la esquina de la calle Carretas varias prostitutas apoyaban sus tafanarios en la baranda que protegía un crucero regalado a la ciudad por el Centro Gallego. En su mayoría eran sudamericanas: guatemaltecas, salvadoreñas, dominicanas, peruanas, ecuatorianas, cubanas, hondureñas... Habían emigrado de sus países de origen en busca de un paraíso que sólo existía en las telenovelas. Huían de la miseria del Tercer Mundo y acababan en chabolas infectas de ratas, de privaciones y tragedias. Las deudas contraídas con las mafias las asfixiaban. Los chulos las amenazaban, les robaban la mayor parte de los ingresos, y sin darse cuenta las honradas amas de casa, las madres de familia que habían emigrado para mejorar la posición de sus hijos, de sus padres y abuelos, se veían con los pies metidos en una cloaca.

Se colocó de espaldas al escaparate de una ortopedia y observó la calle Carretas con disimulo. Nadie le seguía ni controlaba la entrada de la agencia bancaria del otro lado de la acera. Sacó el cheque del bolsillo y comprobó los datos. Su comunicante había cuidado hasta ese detalle. Le había remitido un cheque de una entidad bancaria próxima a su domicilio.

Una chica rubia, protegida tras un grueso cristal blindado, le atendió. Dejó el cheque en la bandeja de metal al efecto y esperó. La joven comprobó la autenticidad

de la firma, colocó el valor bajo el destello de una luz ultravioleta, pulsó el teclado del ordenador y lo contabilizó. La máquina escupió quince billetes de cien euros. A sabiendas de que no obtendría respuesta le preguntó el nombre del titular de la cuenta. La chica le obsequió una amplia sonrisa:

—Lo siento, señor, pero no puedo revelarle esa información.

—No me diga que es su novio, y que ya no tengo esperanzas...

La empicada sacudió la cabeza, coqueta, y soltó una carcajada:

—Se trata de un cliente nuevo, abrió la cuenta hace un par de días...

Al salir del aparcamiento subterráneo de la plaza de Santa Ana, las nubes empezaron a descargar. Miró el reloj. Las tres menos cuarto de la tarde. La lluvia colapso el tráfico y le costó salir de Madrid, pero al enfilarse la autovía de Andalucía los atascos desaparecieron. Muchos camioneros habían parado a comer y la ausencia de transportes pesados hacía más fluida la circulación. A la altura de Tembleque hizo un alto para almorzar en un bar de carretera: un bocadillo de atún y una botella de agua sin gas.

Cruzó las tierras manchegas, reverdecidas por la lluvia, pasó el desfiladero de Despeñaperros, y poco antes de Bailén tomó el desvío hacia Jaén. Entre plantaciones de olivos entró en la provincia de Granada. Paró unos minutos en Loja, una típica población andalusi de casas enjalbegadas y calles estrechas dominadas por una vieja alcazaba, y llamó a Pilar. Al oír su voz tuvo un respingo. Temió que hubiese tenido un accidente, pero Frank la tranquilizó. No le pasaba nada. Sólo quería decirle que la amaba.

—*I just called to say I love you* —canturreó con una sonrisa en los labios.

Pilar se emocionó al recordar la primera noche que bailaron juntos, la primera noche que se besaron, que se entregaron el uno al otro arropados por la canción de Stevie Wonder.

—Yo también te quiero —musitó.

La conoció cuando todavía estaba en la policía. Acudió a su taller para peritar una serie de litografías de Dalí.

Recordaba aquel instante como si acabara de vivirlo. Extendió las láminas sobre una mesa y sin apenas mirarlas se echó a reír. Eran todas falsas, falsas como los duros sevillanos, como los billetes del Monopoly. Así la conoció. Así se enamoró a primera vista. Le sedujo la seguridad que rezumaban sus palabras y sus gestos. Cualquier otro perito se hubiese quedado en depósito las litografías, hubiese consultado a otros colegas, para finalmente dictar un informe ambiguo, un informe nada comprometido para no meter la pata, para no poner en tela de juicio su credibilidad, porque las falsificaciones estaban a la orden del día y los modernos sistemas de impresión láser permitían obtener copias casi perfectas. Tan perfectas que algunas incluso se exhibían

como auténticas en varios museos. Resultaban tan exactas que lograban engañar a los mejores especialistas del mundo. Lo mismo ocurría con las pinturas. Durante años la National Gallery de Londres expuso al público tres cuadros falsos de Rembrandt: *El viejo sentado en un sillón*, *Estudiante en una habitación* y *Ana y Tobit el Viejo*. Algunos expertos sostienen que los diecinueve cuadros restantes de la sala dedicada a este pintor holandés, una figura importantísima de la pintura europea del siglo XVII, también son falsos. El especialista en arte Martín Royalton-Kich asegura que tres de cada cuatro dibujos de Rembrandt conservados en Inglaterra son falsos. Para colmo a comienzos de los noventa del siglo pasado se descubrió en Italia que los lienzos de Cesare Tubino, un pintor de principios del siglo XX que copiaba el estilo de los grandes maestros, se certificaron como auténticos: entre ellos una *Madona* de Tubino que los entendidos atribuyeron a Leonardo da Vinci.

Las falsificaciones habían alcanzado tal calidad que burlaban la pericia de los expertos. Pero Pilar no se anduvo con rodeos. Le dijo con una seguridad pasmosa que las litografías atribuidas a Dalí simplemente eran buenas falsificaciones. Había que estar muy seguro para emitir un veredicto tan contundente sin titubear. Gracias a su pericia logró detener a un experto falsificador y la invitó a cenar para agradecérselo. Aceptó encantada. Simpatizaron desde un principio. El resto ya formaba parte de su historia.

En la radio sonaba el pitido horario de las ocho de la tarde cuando enfiló una carretera entre amplias extensiones de bosque mediterráneo. El ocaso primaveral todavía clareaba en el cielo y dibujaba extrañas formas en las nubes. El hotel La Bobadilla, en el centro de una finca de setecientas cincuenta hectáreas, estaba rodeado de pequeñas colinas y valles donde crecían almendros, olivos y encinas. Vio una bandada de grullas, y a un grupo de jinetes, y enseguida aparecieron las paredes blancas que marcaban el final del camino.

No había muchos automóviles en el aparcamiento: una docena a lo sumo, la mayoría BMW y Mercedes. Anotó sus matrículas. Sacó del maletero la bolsa con sus enseres y se encaminó a la recepción por una senda delimitada por un tupido seto de romero. Se detuvo unos segundos en el amplio patio de entrada. El piar ensordecedor de los pájaros reclamaba la atención de un grupo de japoneses que había celebrado una boda en la capilla. Señalaban admirados las copas de los árboles, ante las risitas disimuladas de los camareros del restaurante El Cortijo, que ultimaban los preparativos para la cena.

Una joven le dio la bienvenida y buscó en el ordenador su reserva. Le solicitó el carné de identidad y le entregó la llave de su habitación. Le ofreció el servicio de un maletero pero Frank le dijo que no hacía falta. Cuando se disponía a marcharse, la

chica reclamó su atención con un sobre en la mano.

—Han dejado esto para usted —le dijo.

Frank cogió el sobre: un modelo idéntico al que había recibido, pero en éste figuraba su nombre. La misma letra, la misma estilográfica. Se apartó unos pasos y lo abrió. «Gracias por acudir —decía la nota—. Le he reservado mesa a las nueve en el restaurante La Finca. Espero que disfrute de la cena: corre a mi cuenta. Le veré a las diez en el vestíbulo». Dobló el papel junto con el sobre y se lo metió en el bolsillo.

Atravesó el vestíbulo desierto. Las columnas y arquerías daban elegancia al lugar y le recordaban la arquitectura califal de la mezquita de Córdoba. De las paredes colgaban cuadros abstractos. Todavía estaba allí el piano de cola. Por un pasillo decorado con fuentecitas, al estilo de la Alhambra, accedió a su habitación. Corrió las cortinas. La gran piscina del hotel reflejaba la luz de los faroles que alumbraban los senderos. Inspeccionó la alcoba, más por rutina que por sospecha. Se liberó del peso del arma y la guardó en un cajón de la mesita de noche.

Encendió el televisor y con un informativo de fondo deshizo su equipaje. El agua caliente y las sales de baño le dejaron como nuevo. El cansancio que arrastraba del viaje y de las pocas horas de sueño de los últimos días se desvaneció. Se vistió con la ropa que había extendido sobre la cama. Cambió los tejanos por un pantalón de traje, se anudó la corbata, se abrochó los zapatos de Albaladejo y se ajustó la cartuchera bajo la axila. Tomó su Colt MK-IV y tiró de la corredera para meter una bala en la recámara. Accionó el seguro y lo enfundó. Hombre prevenido vale por dos. Se puso la chaqueta y salió de la habitación. Tenía menos de una hora para disfrutar de la cena que le ofrecía su anfitrión.

En el restaurante La Finca los primeros comensales ocupaban las mesas y los camareros tomaban nota de sus comandas. Se sentó a la mesa que tenía reservada, en un rincón de la sala que destacaba por sus columnas de madera. El *mâitre* le recitó algunas especialidades del día que no figuraban en la carta, y se decidió por un crujiente de verduras, para seguir con una pechuga *de poularde* en cocotera, con *foie gras* de oca y jamón. Desestimó los postres, y con la carta de vinos en la mano se decantó por un Ribera del Duero, un excelente D'Anguix. El *mâitre* le deseó que disfrutara de su cena y se retiró. El crujiente de verduras estaba exquisito y la pechuga en cocotera se deshizo en su boca con una fantasía de sabores. Disfrutó de cada sorbo de vino. De su aroma de fruta madura, de sus toques licorosos, de su paladar aterciopelado y sávido. Le faltaban un par de copas para apurar la botella, pero decidió no beber más. Llamó a uno de los camareros, que vigilaba la buena marcha de la cena, y le pidió un café.

Unos minutos antes de la hora prevista entró en el vestíbulo. Varias parejas charlaban en torno a una copa mientras un pianista polaco amenizaba la velada con música clásica. Tomó asiento en una butaca, algo apartada del piano, y observó a la

gente que entraba y salía camino de las habitaciones, de los restaurantes, o del bar. No vio a nadie que pudiera identificar, sin otra lógica que su intuición, con su misterioso anfitrión. Miró el reloj. Las diez menos cinco. Confiaba en la puntualidad de su interlocutor. El pianista pasó de la música clásica a la contemporánea con un tema de los Beatles, *All my loving*. Se distrajo unos segundos con la melodía y cuando se giró descubrió ante sí a un hombre que le tendía la mano a modo de saludo.

—El señor Francisco Dónovan, supongo.

La sorpresa hizo que durante una décima de segundo su mano derecha se encaminara hacia su axila izquierda. Un acto reflejo, un acto de alerta constante. Se levantó y correspondió al saludo.

—¿Con quién tengo el gusto?...

—Perdone —se disculpó el hombre—. Soy Giuseppe Bonatti, el secretario del señor obispo. Le ruego que me acompañe, por favor. Monseñor le espera en su habitación.

¡Un obispo!, dijo Frank para sus adentros, mientras le seguía por los pasillos del hotel. Nunca lo hubiese imaginado. ¡Un obispo!

Bonatti tenía aspecto de guardaespaldas. Su traje dibujaba una musculatura recia, trabajada a golpes de gimnasio, a base de levantar pesas. Pese a su nombre y apellido, probablemente de origen italianos, hablaba un castellano casi perfecto. Vestía un traje impecable, con seguridad hecho a medida por algún sastre de la Via Condotti, y las perneras de su pantalón mostraban unas rayas bien marcadas, planchadas con la perfección de un tiralíneas. Aquel tipo cuidaba los detalles. Miró el reloj. Las diez en punto. Su anfitrión había acudido puntual a la cita.

Le sorprendió que le llamara Francisco. Hacía años que nadie le llamaba así. A decir verdad desde su infancia. Desde sus días en la escuela pública de Torrejón de Ardoz. Aunque en su partida de nacimiento figuraba como Francisco (la España de Franco no admitía nombres extranjeros ni nombres ajenos al santoral cristiano), sus amigos siempre le llamaban Frank, una forma familiar del inglés Francis, Francisco.

Llegaron a la puerta de la suite Alhambra. Su acompañante la abrió y entraron. En el salón, de pie junto a una chimenea donde ardían varios leños de encina, un hombre alto, delgado, moreno de cara, con algunos surcos en el ángulo externo de los ojos y el pelo moreno, cortado a navaja, canoso en las patillas y negro el resto, se calentaba las manos inclinado sobre las llamas. Un hombre maduro que todavía conservaba gran parte del atractivo de su juventud.

No encajaba con el estereotipo de los obispos que aparecen en televisión después de las reuniones de la Conferencia Episcopal. Lucía un traje azul marino, una camisa de seda blanca, una corbata estampada, también de seda, y unos elegantes zapatos. Los puños de la camisa sobresalían unos centímetros de las mangas de la americana y mostraban unos gemelos dorados, seguramente de oro, con una pequeña piedra

ovalada de lapislázuli en el centro. Frank observó el planchado de la camisa, sin dobleces ni rayas falsas. Un planchado tan perfecto sólo podía lograrse con un pliega camisas, uno de esos artilugios que venden en Spazio Sette, en el número 7 de la Via dei Barbieri, cerca del palacio Spada y la plaza del Campo dei Fiori. Recordaba bien la tienda y el empeño de Pilar para que comprase uno de esos aparatos. Recordó por unos instantes Roma, sus cenas a la luz de las velas en la Fiaschetteria Beltrame. Sus paseos bajo la luz mortecina de las farolas del Trastevere, el ambiente de los cafés y las pastelerías donde acudían a tomar capuchinos con una buena porción de tarta napolitana. Recordaba el ambiente bullicioso de la escalinata de la iglesia de Santa Maria della Pace, punto de reunión de los turistas, pero también de los mendigos y borrachos. Pasaron una semana inolvidable. Tenían que regresar a Roma. Pasara lo que pasara siempre les quedaría Roma.

—Monseñor —dijo su acompañante—, el señor Dónovan.

—Siéntese, por favor —le rogó estrechándole la mano.

Su análisis grafológico había dado en el clavo. Estaba ante un supuesto obispo y su secretario, dos individuos que vestían ropas caras, muy caras (en su modesta opinión moda italiana), en una lujosa suite de un lujoso hotel. No parecían hombres de religión, hombres de fe, hombres que hubiesen hecho votos de pobreza y humildad. Parecían a todas luces ejecutivos de una gran multinacional, hombres de finanzas acostumbrados a cambiar en cuestión de minutos miles de millones de dólares de unas manos a otras. El asunto olía a dinero, a mucho dinero, y Frank deseaba ir al grano cuanto antes. No tuvo que esperar demasiado, apenas unos segundos.

El secretario le preguntó si deseaba tomar algo, y rechazó cortés la oferta. Bonatti sirvió una copa de coñac al obispo, se la entregó y la calentó unos instantes en el cuenco de la mano. Dio un sorbo pequeño, para enjuagarse la boca y paladear el buqué. Excelente, musitó con la copa al trasluz de las llamas. No esperaba otro calificativo para un Brillet de cien años. En Madrid sólo conocía una licorería que lo vendiese, Bodegas Santa Cecilia. Una botella costaba alrededor de quinientos cuarenta euros.

El obispo se acomodó en el sillón. Dejó la copa sobre una mesa rinconera que tenía a su derecha e hizo un gesto a su secretario. Abrió un portafolios de piel cosida a mano y le entregó una carpeta marrón, repleta de papeles, con la tiara y las llaves de san Pedro impresas en la portada. En un ángulo pudo leer la palabra *Confidenziale*, y algo más abajo, en el centro de la carpeta, *Archivio personale*.

—Supongo —dijo sin rodeos— que se preguntará por qué le he citado.

—Siento curiosidad —admitió.

—Antes quisiera darle las gracias por venir —dijo con satisfacción, y añadió—: No tenía la certeza de que acudiera a la cita.

—Mil quinientos euros son una buena razón, ¿no le parece?

El obispo sonrió. Barajó algunos folios de la carpeta y cambió el rictus de su cara. Bebió un poco de coñac y se presentó. Se llamaba Sebastián Salgado y era obispo de Zamora. Le había citado para tratar un asunto muy delicado, un asunto sujeto a secreto pontificio por parte del Vaticano. Por ese motivo ni él ni su secretario vestían el alzacuello y demás ropas que establece el régimen eclesiástico. Habían elegido para la cita un lugar apartado de su diócesis para tener la seguridad de que nadie les reconocería. Se habían registrado con nombres y apellidos falsos, y esperaban que guardara el más absoluto secreto de cuanto se dijese en aquella habitación. Frank asintió.

El obispo le dio la copa a su secretario para que la llenara de nuevo. Estaba nervioso, aunque intentaba disimular su excitación. Extrajo una fotografía de la carpeta y se la entregó. Frank la miró detenidamente, con más curiosidad que interés. Una fotografía de tamaño dieciocho por veinticuatro centímetros, en papel mate, con la pintura de una Virgen con Niño rodeada de tres figuras más que no supo identificar. Pintura flamenca, sin duda, pero la hagiografía escapaba a sus conocimientos.

—*La Virgen de la Mosca* —dijo el obispo—. Una tabla conservada en la Colegiata de Toro, muy cerca de Zamora.

La fotografía, antigua y en blanco y negro, ocultaba los colores y los contrastes oscurecidos por una pátina de color sepia. A simple vista, con la única valoración de la fotografía, parecía una tabla de las muchas que guardaban iglesias, ermitas, cenobios y monasterios. Una de esas tablas que pasan desapercibidas en las capillas oscuras y húmedas de las catedrales, colegiatas o iglesias, sólo alumbradas por las lamparillas que encienden los fieles con devoción. Intentaba buscar un rasgo, algo que le hablase de su autor, cuando el obispo soltó:

—¡La han robado!

—¿Cuándo?

—Hace un par de días —puntualizó—. No sabemos cómo, ni de qué manera, ni quién puede estar detrás del robo.

—¿Y qué pretenden? —aventuró, conociendo de antemano la respuesta.

—¡Que la recupere! —bramó el obispo sin preámbulos, con aire autoritario, con la serenidad de alguien acostumbrado a dar órdenes.

Los robos de obras de arte, en especial de pinturas, sólo se ejecutaban por encargo. La susodicha tabla probablemente ya había salido del país camino de la cámara acorazada de un banco, de una gran multinacional, o colgaba en el despacho de un magnate tejano del petróleo.

Frank no podía competir en medios humanos ni técnicos con las Fuerzas de Seguridad del Estado. En el mejor de los casos, con un golpe de suerte, podría

localizarla en manos de un financiero neoyorquino, un banquero japonés o un rico ovejero neozelandés, pero de ahí a recuperarla distaba un océano de por medio. Si tenía éxito, lo más rápido y eficaz sería recomprar la pintura por una cantidad de dinero muy superior a su precio de mercado. Había individuos que robaban con esa intención, con el propósito de revender las obras a sus dueños legítimos. Algunas bandas actuaban de intermediarias entre los ladrones, muchas veces gente de su propio círculo, y los propietarios o las compañías de seguros. Tanto unos como otros estaban dispuestos a pagar cifras astronómicas para recuperar obras que constantemente aumentaban de valor, o para evitar el deterioro de su imagen ante la opinión pública.

El obispo escuchó sus argumentos con atención, mientras la segunda copa tocaba a su fin. Se levantó del sillón, se acercó a la chimenea, abrió la portezuela del casete con la ayuda de una manija y puso un leño sobre las brasas.

—Sólo localícela —dijo—. Del resto se ocupará la Iglesia. El brazo de Dios —sentenció— llega a todos los rincones. La Iglesia tiene suficientes medios y dinero para intentar una operación arriesgada. Acepte el caso —concluyó.

Sin mediar palabra el secretario abrió el portafolios, extrajo un talonario de cheques del Banco Santander Central Hispano y se lo entregó al obispo. Lo cogió, se apoyó en un secreter de madera de castaño, garabateó con su pluma Montblanc uno de los cheques y se lo entregó a Frank. Perteneecía a la misma agencia que el anterior. Miró la cantidad, treinta mil euros. Una buena cifra.

—Trabaje durante dos meses —dijo el obispo con voz serena—. El importe de este cheque cubre con creces sus honorarios y gastos durante ese período. Vaya al fin del mundo si hace falta. Después, a la vista de cómo evolucione su investigación, decidiremos si seguimos o no. ¿De acuerdo?

—No puedo comprometerme a recuperar la tabla —insistió—. Ya le he dicho que es francamente imposible.

—De eso nos encargaremos nosotros —alegó en tono circunspecto—. Usted localícela, díganos en manos de quién está, y no se preocupe de nada más.

—Supongamos que logro encontrarla —vaticinó como una pitonisa alzando el cheque.

—Le recompensaremos con el diez por ciento de su tasación —admitió el obispo abemolando la voz—. Según la póliza del seguro está valorada en un millón ochocientos mil euros. No puedo ofrecerle más —determinó—. Lo toma o lo deja. Éstas son mis condiciones —concluyó con sequedad.

El secretario se acercó al obispo y le cuchicheó algo al oído. Se retiró y guardó el talonario en el portafolios. Frank sujetaba el cheque en la mano meditando el asunto. Le acababan de ofrecer un caso complicado, un caso prácticamente imposible de resolver, pero el dinero se había convertido en la tentación del diablo en el desierto.

Ciento ochenta mil euros por localizar una tabla era una cifra justa, sin duda. Sólo Dios sabía, y nunca mejor dicho, si tendría que recorrer medio mundo: de París a Wellington, de Ciudad del Cabo a Oslo, de Nueva York a Tokio o Hong Kong, para investigar a coleccionistas, marchantes o expertos en operaciones de ingeniería financiera. Tendría que seguir la pista del dinero negro del tráfico de drogas, marfil, armas u órganos, que se refugiaba en los mercados clandestinos de obras de arte. Tendría que sumergirse sin escafandra en la mierda del mundo, en las cloacas de la delincuencia organizada.

Ese dinero le permitiría cumplir su sueño, cambiar su estilo de vida. Con un poco más y alguna ayuda oficial podría comprar la masía que tanto anhelaba en el Ampurdán y convertirla en un cómodo y acogedor hotel rural... No había aceptado el caso y ya vendía la piel del oso antes de cazarlo. «Vivir no es necesario, navegar sí», la frase le golpeó de nuevo la cabeza.

No le asustaba el peligro, sino el fracaso. Era un asunto lo suficientemente turbio para que le metieran un tiro en la cabeza, le soldaran los pies a un bloque de hormigón y lo echaran al mar. Fin de su penosa existencia, fin de sus problemas y cuitas. ¿Iba a dejar que eso ocurriera? Claro que no. Confiaba en su experiencia. Se había visto en situaciones peores. Si fracasaba, de los treinta mil euros le quedaría un buen pellizco. No tendría que preocuparse durante unos meses del alquiler, de las facturas del gas, del teléfono, de la electricidad o del agua. Le propondría a Pilar tomarse unas vacaciones. Quizá unos días en las Seychelles, Puerto Rico, Nueva Zelanda...

—Hay una pequeña cuestión que debe saber —dijo el obispo sacándole de sus ensoñaciones—. El robo no se ha denunciado a la policía.

Una mueca de desconfianza se adueñó de su cara. No podía creérselo. ¡Una pintura valorada en trescientos millones de pesetas y no habían denunciado el robo! Dejó el cheque sobre una mesita redonda de madera de palo santo, adornada con un cenicero de cristal tallado y un jarrón de cerámica talaverana con escudos heráldicos. Apoyó los codos en los brazos del sillón y entrelazó los dedos a la altura de la cara. El asunto resultaba más complicado de lo que suponía en un principio. Pensaba basarse en las investigaciones de la policía para seguir la pista de la tabla. Después de veinte años todavía conservaba buenos amigos en el Cuerpo y confiaba que le echaran una mano. Pero la policía no sabía nada y el obispo debía tener una buena razón para ello.

El prelado se frotó la barbilla con gesto adusto y de preocupación.

—¿Conoce los términos jurídicos de los acuerdos firmados entre España y la Santa Sede en enero de mil novecientos setenta y nueve? —le preguntó abatido, agotado por el tiempo que llevaban encerrados en la suite.

Frank negó con la cabeza.

—Las relaciones entre España y la Santa Sede han sufrido numerosos altibajos a lo largo de la historia. Los concordatos firmados con anterioridad a la República quedaron sin efecto al declararse el nuevo Gobierno de orientación laica, y la Iglesia perdió todos sus privilegios. Más tarde —siguió con entusiasmo—, el apoyo de la Iglesia al general Franco, durante la guerra civil de mil novecientos treinta y seis, le valió numerosas prebendas económicas y políticas que se vieron ratificadas por un nuevo Concordato firmado en mil novecientos cincuenta y tres por el representante del Vaticano, monseñor Domingo Tardini, el embajador de España ante la Santa Sede, Fernando María Castiella, y el ministro de Asuntos Exteriores, Martín Artajo. —Hizo una pausa—. Previamente el nuncio de su Santidad en España, el cardenal Cayetano Cicognani, dio su visto bueno al texto.

Hablaba rápido, pero sintetizaba al máximo sus argumentos como si impartiera una clase en la universidad. Intentaba persuadirle de que la decisión de acallar el robo no se tomó a la ligera. Se había decidido tras varias reuniones de personas muy influyentes de la Conferencia Episcopal y una visita relámpago al Vaticano para poner en antecedentes a la Curia romana.

Frank ignoraba los acuerdos firmados entre ambos Estados, pero conocía los esfuerzos de la Iglesia por ocultar cualquier escándalo que pudiera poner en tela de juicio su moral, su rigidez de normas, o sus buenas intenciones.

—Los términos del Concordato de mil novecientos cincuenta y tres —prosiguió el obispo— fueron muy favorables a la política económica de la Iglesia. El artículo cuarto reconocía su capacidad jurídica para adquirir, poseer y administrar toda clase de bienes. Las obras de arte estaban bajo el control absoluto de la Iglesia, que velaba por su conservación, junto a una comisión nombrada por el Ministerio de Educación Nacional. La Iglesia podía vender las obras que quisiera, ajustándose a las leyes civiles y canónicas, pero debía dar opción de compra, en paridad de condiciones, al Estado. ¿Se cumplió alguna vez esto? Usted lo sabe mejor que yo —aseguró tajante—. Nunca, nunca se cumplieron tales prerrogativas porque nadie osaba discutir las decisiones de la Iglesia. Le diré más —insistió—. La seguridad de las obras de arte estaba encomendada a simples ordinarios diocesanos y a religiosos. Gente sin preparación en el ámbito de la seguridad, como puede suponer. De haber desaparecido la tabla que nos ocupa en mil novecientos sesenta nadie habría dicho nada, nadie habría cuestionado la capacidad de la Iglesia para proteger el Patrimonio Nacional. Nadie habría alzado una voz crítica porque se jugaba el cuello. Pero las cosas han cambiado —se lamentó.

—Por fortuna —dijo sin poderlo evitar.

—Créame —atajó el obispo—. La democracia no es la panacea universal para curar los males del ser humano.

—¿Y la Iglesia sí?

—No voy a entrar al trapo, señor Dónovan —sentenció con una sonrisa en los labios—. Usted y yo pertenecemos a mundos diferentes, pensamos de forma opuesta, actuamos de manera distinta, pero en este caso tenemos intereses comunes. A usted le interesa el dinero y a mí recuperar la pintura. Así de sencillo. La Iglesia también sabe bajar al mundo de los mortales, como usted, y hablar su lenguaje, el lenguaje del dinero.

El obispo se levantó y dio cortos paseos frente a la chimenea, como si el caminar, aunque sólo fueran dos o tres metros, le relajara, le ayudara a encontrar las palabras. Las llamas teñían de un tono opalino las paredes del salón. Frank también se puso de pie y se paró junto a la ventana. Las nubes ocultaban la luna y la oscuridad se había adueñado del bosque. Sólo el ulular de los búhos y las lechuzas rompía el silencio profundo de la dehesa.

El obispo se sentó en el lujoso sillón de cordobán y dirigió una mirada a su secretario, tentado de pedirle otra copa de su coñac preferido. Pero ya había bebido suficiente.

—A la muerte del general Franco —continuó con gravedad el obispo— el clero tenía miedo y el miedo le posicionó en contra de la democracia.

—No es del todo cierto —objetó Frank convencido de su afirmación—. En la Iglesia postfranquista también hubo sacerdotes comprometidos con la democracia, sacerdotes que desde sus púlpitos o con sus homilías reforzaron las convicciones democráticas de muchos cristianos. —Hizo memoria—. Recuerde al cardenal Tarancón, que defendió a monseñor Añoveros de la persecución franquista por simpatizar con los independentistas vascos; a Lluís María Xirinacs, que estuvo veintitrés días en huelga de hambre hasta que fueron liberados sus compañeros de la Asamblea de Cataluña; o al padre Mariano Gamo, sacerdote obrero de Madrid, encarcelado por negarse a officiar las exequias del difunto almirante Carrero Blanco...

—Entonces, ¿cómo explica que un texto de la Comisión Permanente del Episcopado incitara a los cristianos a negar su apoyo a los partidos políticos incompatibles con la fe, ya fueran marxistas o liberales? ¿Cómo le llama a eso? —insistió eufórico—. Yo le llamo miedo. Las elecciones de mil novecientos setenta y siete llevaron a cuatro sacerdotes a las Cortes, entre ellos al padre Xirinacs que usted ha citado, pero cuatro es una cifra insignificante. Había muchos más que denostaban la democracia. La Conferencia Episcopal, con el cardenal Tarancón al frente, consideró el texto constitucional positivo, aunque susceptible de mejoras, y recomendó el voto afirmativo a los cristianos. Ésa fue la postura oficial de la Iglesia ante el referéndum. Pero la Conferencia Episcopal no hablaba por boca del conjunto de la institución. El primado de España, monseñor Marcelo González, se mostró beligerante con el texto y anunció que votaría en contra. No se trataba de una voz aislada. Su criterio lo compartían el arzobispo de Burgos y los obispos de Alicante,

Tenerife, Cuenca, Ciudad Rodrigo, Guadalajara, Orense, Vitoria... Aunque para algunos resultó doloroso la Iglesia tuvo que renunciar a regañadientes a su protagonismo político. Ésa es la verdad, señor Dónovan, y las consecuencias todavía las arrastramos. El miedo se instaló en muchas conciencias y un cuarto de siglo después todavía sigue anclado en ellas.

Frank asentía a la reacción del obispo un tanto confuso. ¿Qué relación había entre ese discurso y el cuadro?

—La Iglesia había empezado a descender la cuesta —continuó— pero un año después, en mil novecientos setenta y siete, el setenta y dos por ciento de sus recursos económicos todavía procedían del Estado con una aportación de más de seis mil millones de pesetas. Algunos sectores de la izquierda pugnaban por abolir las prebendas de la Iglesia. No tuvieron que esperar mucho. El final de nuestro dominio llegó con el artículo dieciséis de la Constitución al establecer que ninguna confesión tenía carácter estatal y que los poderes públicos estaban obligados a mantener relaciones de cooperación con la Iglesia católica y las demás confesiones. Ya lo ve —dijo resignado—, cincuenta años de poder se fueron al garete. Ese artículo dejaba bien claro que el Estado trataría a la Iglesia católica de la misma manera que a las otras confesiones. Un dislate que sólo benefició a las seudorreligiones, a las sectas destructivas, a los grupúsculos de tendencia neonazi, porque en muchos casos recibieron subvenciones del Estado. Franco tuvo su bestia negra en los masones, y la democracia en los tentáculos de las sectas que llegan a las más altas instancias del poder...

—Pero en la práctica —le interrumpió— la Iglesia todavía conserva una buena tajada del pastel.

—El artículo quince de los Acuerdos —le explicó— establece que la Iglesia debe poner al servicio de los ciudadanos su patrimonio artístico. A partir de mil novecientos setenta y nueve la Iglesia se vio obligada a catalogar sus bienes e impedir cualquier clase de pérdida. Además, el artículo cuarenta y seis de la Constitución obliga a los poderes públicos a garantizar la conservación del patrimonio histórico, cultural y artístico, y de los bienes que lo integran. —Meditó unos segundos para aclarar—: Desde entonces el Estado tiene la tutela absoluta del patrimonio artístico cualquiera que sea su régimen jurídico y su titularidad. ¿Comprende lo que eso significa? La Iglesia sigue en posesión legal de sus bienes muebles, pero bajo la tutela del Estado, que controla su conservación a través de una Comisión Mixta.

—Sin embargo —dijo Frank—, nada impide que la Iglesia pueda sufrir un robo, que un grupo de delincuentes asalte un museo y se lleve objetos valorados en varios millones de euros. Puede ocurrirle a la Iglesia y puede ocurrirle al Estado. ¿Dónde está el problema?

—El problema está en que hay sectores empeñados en desprestigiar a la Iglesia

para despojarla de las subvenciones. Como le he dicho, todavía recibimos dinero del Estado para la conservación, restauración y tutela de los bienes del Patrimonio Nacional. Hacer público el robo de una tabla como *La Virgen de la Mosca*, una pintura de las más importantes de Zamora, daría argumentos a esos sectores empeñados en retirarnos los fondos. La Iglesia pasa momentos difíciles —reconoció abiertamente—. El número de fieles desciende de forma alarmante, y este descenso conlleva una merma drástica de los ingresos. No podemos perder ni un céntimo más. El Vaticano ha dado órdenes estrictas al respecto. Hay que evitar por todos los medios escándalos que afecten a la Iglesia y a sus intereses. Por eso decidí ocultar el robo. Inmediatamente después comuniqué mi decisión a la Conferencia Episcopal y tras varias horas de deliberación decidieron no denunciarlo y aprobar mi plan para recuperar la tabla. Luego se comunicó a Roma. La APSA, la Administración del Patrimonio de la Santa Sede, me ha dado carta blanca —afirmó con orgullo manifiesto. Dirigió la mirada hacia el entramado de una estera de fibra de coco y sentenció con desánimo—: España ha dejado de ser la reserva espiritual de Occidente...

—¿Cómo piensan ocultar el robo? —le interrumpió Frank.

El obispo cruzó las piernas y se dispuso a aclarar sus dudas.

—La tabla original se ha sustituido por una copia —dijo—. Una buena copia de la misma época conservada en los sótanos de la Colegiata junto a otras obras que jamás se han expuesto por falta de espacio. Sólo un experto podría advertir el cambio —adujo seguro de sus palabras—. Pero confiamos en que usted encuentre el original antes de que eso ocurra. Confiamos en recuperar la tabla, exponerla de nuevo, y concluir esta pesadilla. El precio que debemos pagar será barato en comparación con la pérdida de imagen y los ataques políticos que sufriremos si el robo se hace público. Sus averiguaciones —le advirtió— tienen que ser discretas, muy discretas —puntualizó—, porque de lo contrario rescindiremos nuestro compromiso. Y, por supuesto —especificó para dejarle las cosas claras—, si el escándalo salta a la opinión pública negaremos cualquier relación con usted. Cuando abandonemos esta habitación usted y yo oficialmente nunca nos habremos visto.

—No puedo hacerme cargo de una investigación de este calado en solitario —argumentó Frank para que comprendiera lo complicado del caso—. Necesitaré apoyo. Tendré que confiar en terceras personas.

—Lleve la investigación como le plazca —farfulló el obispo con hastío y cansancio—, pero encuentre la tabla. Usted sabrá en quién puede confiar. Eso es asunto suyo. Pero recuerde —insistió en tono de amenaza— que si alguien se va de la lengua romperemos nuestro compromiso, negaremos cualquier relación con usted.

—¿Cuántas personas conocen los hechos?

—No lo sé con certeza —respondió pensativo—. Ya le he dicho que la decisión

definitiva se tomó tras una reunión de los encargados del patrimonio de la Conferencia Episcopal. Después se comunicó a la Curia y a la Nunciatura Apostólica. En cualquier caso calculo que no más de diez o doce personas. Pero el Vaticano ha decretado el secreto pontificio en relación a este asunto, y su violación supone la excomunión inmediata y la expulsión sin contemplaciones del seno de la Iglesia. Ni siquiera el jefe de seguridad de la Colegiata está al corriente. La copia se colgó tras dispararse las alarmas, antes de que se presentara la Guardia Civil. Oficialmente se trató de un fallo del sistema, de una falsa alarma por motivos técnicos. Los ladrones no violentaron las cerraduras, ni causaron destrozos de ninguna clase. Fue un trabajo limpio, perfecto. Un trabajo de especialistas. —Tomó aire, como el levantador de pesas en halterofilia, y continuó—. Por suerte estaba en Toro aquella noche, en una sesión rutinaria de trabajo, y en cuanto se dispararon las alarmas llamé de inmediato al deán para que acudiera a la Colegiata. Vive cerca y tardó sólo unos minutos. Le di órdenes estrictas de colgar la copia en el acto, de mantener el asunto en secreto, y dejarlo todo en mis manos.

—Le formularé la pregunta de otra manera —repuso Frank—. ¿Cuántas personas directamente relacionadas con usted conocen los hechos?

—Tres —contestó sin dudar—. Mi secretario, el padre Bonatti aquí presente, el padre Felipe Viera, deán de la Colegiata, y usted.

En la habitación se hizo el silencio. Sólo el tenue crepitar de los leños en la chimenea rompía la quietud. El obispo le había dado toda clase de argumentos para que aceptara rastrear las huellas de la tabla. Unas huellas tan endebles como las pisadas de los gatos sobre el acero. Confiaba en que se hiciera cargo de la investigación. No por sus argumentos, ni por sus improbables simpatías personales hacia la Iglesia, sino por la sustanciosa cantidad de dinero que le había puesto en la mano. Le había demostrado que el dinero no era un obstáculo. Le había «regalado» mil quinientos euros sólo por escucharle un par de horas. ¿Qué más podía pedir? A su lado, el padre Bonatti se mantenía en pie. Había seguido la entrevista sin parpadear, casi sin respirar.

—¿Por qué me han elegido a mí? —musitó Frank para sorpresa de ambos.

El obispo alargó la mano para tenderle la carpeta marrón con el escudo del Vaticano. Allí encontraría la respuesta a su pregunta. No había sido una elección al azar. Buscaban a un lobo solitario. A un corredor de fondo. A alguien capaz de moverse en los intrincados hilos de una tela de araña sin caer en la trampa.

Frank abrió la carpeta y barajó los papeles para echarles una ojeada. Aquellos folios contenían el historial detallado de su vida profesional. Allí estaba todo. Sus datos personales, sus principales operaciones en los servicios secretos, y el motivo que le había llevado hasta aquella habitación: su brillante hoja de servicios al frente del Grupo de Defensa del Patrimonio. Sus pasos tras la banda de Erik el Belga, todas

las vías de investigación que siguió hasta lograr su desarticulación, sus contactos, sus confidentes de la época con nombres y apellidos, y un largo etcétera que incluía calificaciones académicas, cambios de domicilio y relaciones personales. El informe concluía con la siguiente nota: «Desconocemos las razones que le llevaron a abandonar el Grupo de Defensa del Patrimonio».

Como en un *thriller*, como en una novela de suspense, las imágenes se sucedieron ante sus ojos como las secuencias de un *flashback*: su ingreso en el servicio militar obligatorio, sus primeras entrevistas con miembros del Servicio de Información del Alto Estado Mayor, y más tarde su ingreso en el Cesid, el Centro Superior de Información de la Defensa. Con el paso de los años su actividad en el Cesid se convertiría en su secreto mejor guardado. Pero Frank dejó el Cesid un día de febrero de 1978 harto de luchar contra los intereses de los burócratas y las camarillas que intentaban desestabilizar la recién nacida democracia. Entonces alguien le propuso ingresar en la Academia General de la Policía. Era un buen agente, dominaba el inglés y el francés, conocía los protocolos de una investigación de alto nivel y nunca había dado muestras de deslealtad. Hacían falta hombres de sus cualidades. Sin pensárselo dos veces aceptó.

Su padre le había contagiado su pasión por el arte y por el Museo del Prado. De niño muchas tardes le llevaba de la mano a recorrer las colecciones de los grandes pintores españoles de los siglos XVI y XVII. Se detenían en la sala de Velázquez, para contemplar *Las meninas* y *La rendición de Breda*; y en la sala de Goya, donde descubrió los *Desastres de la guerra*, que le causó una profunda impresión. Sentía debilidad por la pintura italiana del Renacimiento, en especial por la escuela veneciana. De formación autodidacta, había aprendido a fuerza de ver cuadros, de visitar museos, de leer libros, de sentir esa extraña vibración que desprenden algunas pinturas, algunas obras irrepetibles.

Sus conocimientos de arte le pusieron al frente del recién creado Grupo de Defensa del Patrimonio. El día que llegó a la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol, descubrió con sorpresa que el Grupo sólo lo formaba él. Un agente le condujo a su despacho. Un cuartucho oscuro, sin ventilación, alumbrado por una batería de fluorescentes repletos de cagadas de moscas, de pequeños puntitos negros asquerosos. Había una mesa de madera, recuperada del mobiliario de la antigua Brigada Político Social, con una cajonera astillada, un cristal roto y debajo quemaduras de cigarrillo como melanomas cancerosos; un archivador, también de madera, vacío y difícil de abrir porque las guías, formadas por delgados listones de tabla, estaban abombadas por la humedad. Las paredes mostraban numerosos desconchones, cercos de viejas filtraciones de agua y manchas negras de moho. Frente a la mesa colgaba un crucifijo y a ambos lados las fotografías en blanco y negro de José Antonio Primo de Rivera y el general Francisco Franco. La iconografía

de un régimen extinto. Descolgó las fotografías y el Cristo y se sentó en la silla, sin ningún tipo de acolchado o comodidad, con el chirriar del eje por la falta de lubricante y el roer de las carcomas en sus agujeros. Miró a su alrededor. ¿Dónde se había metido? Lejos de caer en el desaliento vivió aquel instante como un reto personal. Sus compañeros le tenían por un tipo raro. ¿Se podía ser policía y amar el arte? Para muchos policías postfranquistas el arte era cosa de maricones, de sensibilidades atrofiadas, de niños ricos que ingresaban en la Academia para jugar a policías y ladrones. Nada le importó. Soportó las críticas y las burlas con estoicismo, y poco a poco se hizo respetar. Le dotaron de escasos fondos pero los suficientes para emprender las primeras investigaciones. Con el paso de los meses recibió el apoyo de otros compañeros recién salidos de la Academia. Tuvo que instruirles, que transmitirles su pasión por el arte, tuvo que explicarles que eran policías atípicos, policías cuya mejor arma estaba en el pensamiento lógico, en la capacidad de análisis y deducción. Con paciencia y mucha dedicación logró formar un grupo experto en seguir la pista a los ladrones de guante blanco. Su primera misión consistió en recopilar todas las denuncias de robos o desapariciones de obras de arte. Una tarea nada fácil porque la mayoría de las veces los robos no se denunciaban y otras las denuncias quedaban archivadas en un cajón polvoriento de una casa cuartel de la Guardia Civil. Cuando dejó el Grupo de Defensa del Patrimonio, en 1982, el promedio anual de obras robadas rondaba las doscientas, un número elevado pero ínfimo comparado con años precedentes. Entre 1977 y 1982 sólo la banda de Erik el Belga consumió unos sesenta robos con un botín de más de seis mil obras.

El arte nunca había gozado de aprecio y consideración. Pese a todo, España figuraba en segundo lugar, después de Italia, en la lista de países europeos con mayor patrimonio nacional. Durante su permanencia en el Grupo de Defensa del Patrimonio obtuvo abundantes testimonios del escaso interés por el arte.

Durante la Guerra de la Independencia, el arzobispo Moscoso y Peralta regaló al clero de Granada una custodia de oro y plata, con cerca de treinta mil piedras preciosas encastradas. Ante la imposibilidad de pagar el tributo exigido por los franceses, el Cabildo decidió venderla en 500.000 reales. Su nuevo propietario la desmanteló, la fundió, y se perdió para siempre. En 1858 se descubrió, cerca de Guadamar, un fabuloso tesoro compuesto por catorce coronas y varias cruces. Muchas de las coronas se fundieron y el resto, un año después del hallazgo, reaparecieron en el Musée Nationale du Moyen Age, en París. En 1943 se recuperó una parte del tesoro y en la actualidad sólo se conservan tres coronas expuestas en el Museo Arqueológico Nacional.

Durante la Guerra Civil de 1936, Thomas Harris, agente secreto británico y experto en pintura clásica española y en obras de Goya y El Greco, trasladó ilegalmente de las islas Baleares a Inglaterra numerosos cuadros y donó al British

Museum una valiosa colección de obras de Goya obtenida, según todos los indicios, de manera ilegal.

Tras la Guerra Civil el comercio ilegal de obras de arte procedentes de España aumentó de manera alarmante. La mayor parte estaban en manos de la Iglesia y la desinformación de muchos párrocos les llevó a venderlas para lucro personal, para atender las necesidades de su parroquia, o para emprender mejoras en los templos. En 1946 se vendió parte del tesoro del palacio arzobispal de Granada. Entre las obras subastadas, para recaudar fondos destinados a la construcción del Seminario Mayor, figuraban una *Santa Casilda*, de Zurbarán, *El dios Pan escuchando tocar el arpa a Apolo*, de Jacobo Palma el Joven, y una excelente colección de bodegones, entre ellos varios de Van der Hamen. La mayoría de las obras citadas pasaron a manos privadas.

Como había expuesto minutos antes el obispo, las prebendas que el Concordato de 1953 otorgó a la Iglesia facilitaron las ventas ante el escaso control que ejercía el Estado sobre el Patrimonio Nacional. Ermitas, iglesias, monasterios, colegiatas, conventos, oratorios, cenobios, capillas y catedrales guardaban obras de gran valor que despertaban la ambición de coleccionistas y anticuarios sin escrúpulos. En Europa el arte era un valor en alza y España un almacén repleto de piezas únicas.

Ermitas enclavadas en parajes solitarios guardaban verdaderos tesoros sin ninguna protección. Muchos anticuarios se beneficiaron de este caos y traficaron con numerosas obras. Los ladrones lo tenían fácil y supieron sacar tajada de la falta de medidas de seguridad en la mayor parte de los templos y museos. Las bandas internacionales se instalaron en España y camiones repletos de vírgenes, santos, cristos, candelabros, objetos de orfebrería, cerámica, vestiduras litúrgicas, cuadros, joyas, esmaltes, muebles, retablos, incunables, etcétera, cruzaron la frontera francesa para vender los objetos expoliados en los mercados de Londres, Roma, Amsterdam, París o Nueva York. El aumento espectacular de los robos obligó a la Dirección General de la Policía a fundar una brigada especializada en este tipo de delincuencia.

Noviembre de 1979 quedó registrado en los anales del Grupo de Defensa del Patrimonio como el «mes negro». En el cuartucho que ocupaba Frank en la Dirección General de Seguridad, un teletipo registraba las denuncias efectuadas en distintas partes de la Península. El día 1 de noviembre, de la iglesia colegiata de San Antolín, de Medina del Campo (Valladolid), fueron robadas seis tablas únicas de la pintura castellana del siglo XVI, un cáliz y varios objetos de orfebrería. El día 2, de la iglesia museo de San Antolín de Tordesillas, en Valladolid, los ladrones se llevaron un excelente cuadro del tenebrismo hispano, *Las lágrimas de san Pedro*, de José de Ribera, un tríptico flamenco, tres lienzos del siglo XVIII y el *Cristo atado a la columna*, de Juan de Juni, una escultura en alabastro de valor incalculable. El día 5, de la iglesia parroquial de Bañares (Logroño), sustrajeron la llamada arqueta de Bañares, una pieza románica del siglo XII que los expertos catalogan entre las obras

esmaltadas más importantes de Europa. El día 8, de la iglesia de Santa María del Castillo, de Frómista (Palencia), desaparecieron la casi totalidad de sus obras, entre ellas un magnífico retablo de la escuela de pintura hispano flamenca de finales del siglo xv y principios del xvi. Ese mismo día, del Museo Parroquial de Santa Eulalia, de Paredes de Nava (Palencia), robaron seis tablas del retablo mayor, pintadas por Pedro Berruguete, otras seis tablas de un *Apostolado*, de Cristóbal de Herrera, una *Adoración de los Reyes*, un tríptico hispano flamenco y numerosas piezas de menor valor. También el día 8, del Museo Arqueológico de Artesa (Lérida) desaparecieron más de cincuenta piezas de los siglos iv y iii antes de Cristo, descubiertas en la zona de Cogull. El día 10, de la iglesia de Villaseca (Logroño) los ladrones expoliaron una importante talla gótica. El día 12, en la ermita de Ondárroa (Vizcaya) se echó en falta la imagen de la Virgen de la Antigua, una talla muy venerada en la comarca (unos días después los ladrones la devolvieron al obispo de Bilbao). El día 19, en Argadas (Navarra) sustrajeron todas las obras conservadas en la ermita de la Virgen del Yugo. El día 20, de la iglesia de Xuxtas (Lugo) desaparecieron dos piezas renacentistas, y de la capilla de San Alberto de Guitiriz varias tallas y objetos de culto.

Frank colgó frente a su mesa un inmenso y detallado mapa de España, facilitado por el Instituto Geográfico Nacional, en el que figuraban todos los pueblos por pequeños que fueran. Cada vez que recibía una denuncia clavaba en el lugar del robo un alfiler de un color determinado según la región. De esta manera pretendía seguir la pista de los ladrones a lo largo y ancho del territorio nacional. Inmediatamente después se desplazaba él mismo o mandaba a uno de sus hombres a recabar información de primera mano sobre las características del robo y las piezas sustraídas, para intentar establecer un vínculo común, un perfil en el modo de actuar que le condujese hasta los autores. Sentado en su silla de madera, cuyo eje lubricaba con aceite de máquina de coser para evitar los molestos chirridos, Frank inspeccionaba el mapa y leía y releía una y otra vez los informes de sus agentes y los suyos propios. Viendo las agujas clavadas en el mapa dedujo que gran parte de los robos seguían el Camino de Santiago por la importancia de las obras que guardaban las iglesias, catedrales, ermitas y monasterios que jalonaban la ruta jacobea desde el siglo ix. También descubrió otro factor común en el noventa por ciento de los informes. Días antes de perpetrarse el robo, visitaban el lugar dos extraños personajes: un hombre y una mujer, en apariencia una pareja de turistas, que recababan información sobre las piezas conservadas. La identificación resultaba difícil porque llevaban gafas oscuras, gafas de sol, hablaba sólo uno de ellos y las preguntas las hacía casi con desinterés, como los turistas que preguntan simplemente por preguntar. Su actitud, normal a los ojos de los responsables de los museos y las iglesias, no levantaba sospechas.

Una pista muy endeble, porque buscar a una pareja de extranjeros con gafas de

sol resultaba más difícil que buscar una sardina en el mar. De repente tuvo un palpito en la soledad de su despacho. Un dato le vino a la mente con la rapidez y la fugacidad de un relámpago. ¿Dónde había sido? Ya lo recordaba, durante su estancia en Tarragona tras el robo de 1980 en la catedral. Los ladrones sustrajeron ocho cruces, tres copones de plata, tres incensarios, dieciséis portapaces, el retablo de san Bartolomé, las imágenes de santa Tecla y san Miguel arcángel y diversos objetos de un valor incalculable. Frank se había citado con un anticuario en un bar del centro para hablar de los hurtos. El hombre le dijo que unos días antes acudieron a su tienda una pareja de extranjeros interesados en la cerámica antigua. Le facilitó varios datos, ninguno concluyente, pero le comentó que el hombre era diabético, porque le ofreció unos dulces y los rechazó de forma amable alegando dicha enfermedad.

Reunió todas las fichas de ladrones y traficantes de arte remitidas por la Interpol. En general se trataba de fichas elaboradas por los distintos cuerpos policiales de Europa, Canadá, Australia y Estados Unidos. Algunas las descartaba nada más leer las primeras líneas, de otras subrayaba párrafos, y unas pocas las dejaba de lado para solicitar aclaraciones. Había leído cuarenta informes y se dispuso a leer el número cuarenta y uno. El edificio de la Dirección General de Seguridad se había quedado en silencio. Sólo unos pocos policías pululaban por sus pasillos, salas y sótanos. Miró el reloj de péndulo que colgaba de la pared: las tres de la madrugada. Estaba cansado, tenía hambre y sueño, pero se había propuesto acabar la lectura antes de irse a la cama.

Abrió un informe remitido por la policía belga y empezó a leerlo. Estaba a la mitad cuando su vista, fatigada por el esfuerzo y la poca luz del cuartucho, se detuvo ante un dato revelador. El sujeto en cuestión era diabético. Notó cómo el corazón se le aceleraba. Se le humedecieron de sudor las manos y la frente, por efecto de la tensión, y lo leyó de nuevo desde el principio. Se trataba de la ficha policial de René Alphonse Vander Berghè, más conocido por el alias de Erik el Belga. La ficha especificaba que había nacido en Nivelles, un distrito de la provincia de Brabante, en Bélgica, el 1 de febrero de 1940, hijo de Henri y Eglatine, sin profesión ni domicilio conocido en España.

Se reclinó en el respaldo de la silla, sujetó su nuca con las manos y suspiró satisfecho. Ese podía ser su hombre, pensó mientras soñaba con el momento de la detención. Una tarea nada fácil porque la única fotografía remitida por la Interpol mostraba a Erik el Belga de lejos, en una playa y en bañador. Encargó al laboratorio de la Policía Científica varias ampliaciones y las repartió por todas las comisarías y cuarteles de la Guardia Civil sin ningún resultado: las víctimas no reconocieron en la foto al sujeto que, acompañado de una mujer, visitaba los lugares de los robos.

Estaba a punto de abandonar esta línea de investigación cuando, a finales de 1981, agentes de la policía secreta detectaron en Sitges, una pequeña localidad

costera próxima a Barcelona, la presencia de un individuo que se ajustaba al perfil de la fotografía. Frank y varios de sus hombres se trasladaron a la ciudad condal. En las dependencias de la Jefatura Superior de Policía, en la Vía Layetana, le habilitaron un pequeño despacho para seguir la investigación. Sólo puso una condición: que tuviera ventanas a la calle. El aire cargado de yodo, por la cercanía del mar, le reconfortó. Agentes vestidos de paisano siguieron los pasos de Erik el Belga día y noche. Le tomaron nuevas y mejores fotografías, y cuando tuvieron la certeza de que se trataba de su hombre, del hombre que junto a una mujer visitaba los lugares de los robos, decidieron arrestarle. No podía escapárseles. La noche del 28 de enero de 1982, Erik el Belga cenó en un restaurante de Vilanova i la Geltrú y después se marchó al hotel Luna de Sitges, donde residía temporalmente. Los agentes esperaron unos minutos y después llamaron a la puerta de su habitación. Erik el Belga les abrió y se entregó sin oponer resistencia. En los días siguientes el Grupo de Defensa del Patrimonio detuvo en Benidorm a dos anticuarios alemanes, Jürgen H. Dieckmann y Erik H. Fraas. Una semana después también arrestaron en Sitges a Salvador Queraltó y en Valencia a Francisco Fernández, ambos anticuarios y colaboradores de Erik el Belga. En las dependencias del Grupo de Defensa del Patrimonio habilitadas en la Jefatura Superior de Policía de Barcelona, Erik el Belga se mostró desde el primer momento dispuesto a colaborar con la justicia para recuperar las piezas robadas. En 1986 se recuperó en Montpellier el último de los esmaltes robados por su banda en San Miguel de Aralar.

Frank recibió numerosas felicitaciones: del Ministerio del Interior, del Ministerio de Cultura, de la Dirección General de la Policía, del Museo del Prado, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de los Museos de Bellas Artes de Sevilla y Bilbao, de varios museos diocesanos, de numerosos ayuntamientos, de anticuarios honrados, de instituciones y fundaciones privadas comprometidas con el arte... Pero no se dio por satisfecho.

Tras la euforia de los primeros días, regresó a su cuartucho de la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol, dispuesto a seguir con una investigación que presentaba muchos flecos sueltos. Había detenido a la banda de Erik el Belga, sí, pero estaba convencido de que sólo se trataba de la punta del iceberg. El triunfo del Partido Socialista Obrero Español en las elecciones legislativas de aquel año llevó a un relevo en la cúpula de la Dirección General de la Policía, y a un cambio en la política de seguridad. El número de sus agentes se vio drásticamente reducido porque la actividad de los grupos terroristas obligó a una reestructuración de las Fuerzas de Seguridad del Estado. La escalada de la violencia etarra acaparó las primeras páginas de los periódicos y la atención de la opinión pública. El industrial vasco José Antonio Lipperheide fue secuestrado en Bilbao, dos guardias civiles murieron asesinados en Oyarzun, la comandancia de la Guardia Civil de San Sebastián recibió el impacto de varios lanzagranadas, en Rentería mataron a tiros a un cabo de la Benemérita, en un

bar de Sestao ametrallaron a dos inspectores de policía, el delegado de la Compañía Telefónica de Guipúzcoa murió abatido junto a su escolta, en la calle Ríos Rosas de Madrid estallaron varias bombas, dos policías fueron muertos en Barcelona por un comando del Grapo, el ingeniero jefe de la central nuclear de Lemóniz murió víctima de un atentado... Un rosario de muerte y violencia traía de cabeza al listado, al Partido Socialista y a las Fuerzas de Seguridad.

El Gobierno se enfrentaba a demasiados problemas políticos, económicos y militares para embarcarse en la aventura de encarcelar a varias personalidades de relevancia en los círculos empresariales. En la lista de encausados por la investigación del Grupo de Defensa del Patrimonio figuraban banqueros y presidentes de multinacionales. El director general de la Policía llamó a Frank a su despacho y le ordenó suspender las investigaciones. Ya había detenido a Erik el Belga, la escalada de robos había cesado, y las críticas de la opinión pública también. ¿Para qué seguir removiendo la mierda?, le dijo autoritario. Por muchas razones, le contestó sin acritud, pero en aquel momento supo que sus días al frente del Grupo de Defensa del Patrimonio habían tocado a su fin. Metió la mano en el bolsillo interior de su americana y sacó la placa dorada que le identificaba como policía. La dejó sobre la mesa del director general y se marchó con la firme promesa de no regresar nunca más al seno de la policía.

El esfuerzo del Grupo durante cinco años quedó en una pura anécdota. Erik el Belga pasó sólo tres años en prisión. El procedimiento judicial abierto en su contra por el fiscal, que solicitaba cuatrocientos años de cárcel, había prescrito. Frank leyó la noticia en los periódicos, en la soledad de su buhardilla del barrio de las Letras. Lejos de sentir rabia o ira, simplemente esbozó una sonrisa.

Habían transcurrido cinco minutos escasos. Cinco minutos de lectura resumían su vida en las páginas de un informe elaborado por el Servicio de Información del Vaticano. Ya sabía por qué estaba sentado allí, frente al obispo y su secretario, frente a la chimenea de la suite Alhambra del hotel La Bobadilla. Levantó la vista de los folios que sostenía ante sí y se encontró con la mirada inquisitiva del prelado. Le devolvió la carpeta sin decir nada.

—¿Acepta la investigación? —le preguntó el obispo.

Frank le miró fijamente, con frialdad. Estaba confuso, fatigado, necesitaba un respiro, una bocanada de aire fresco. El ambiente estaba enrarecido por el calor de la chimenea y se notaba incómodo. Necesitaba pensar a solas, asimilar la información que había recibido. Quizá sería prudente consultarle a Pilar. La necesitaba para seguir la pista de la tabla, para elaborar un informe detallado de la misma. Desde que trabajaba como detective privado nunca la había tenido en cuenta, pero ahora podría ayudarle, como lo había hecho cuando estaba al frente del Grupo de Defensa del

Patrimonio. No, mejor no involucrarla, se corrigió.

—Déjeme pensarlo y mañana le daré una respuesta —contestó de forma lacónica.

—Está bien. Si no hay ninguna pregunta más por su parte creo que es hora de levantar la sesión.

Se puso de pie y se encaminó a la puerta bajo la atenta mirada del padre Bonatti. La abrió y la voz seca del obispo le retuvo.

—Tenga —dijo con el cheque por valor de treinta mil euros en la mano—. Si acepta es suyo. De lo contrario, simplemente rómpalo.

Habían transcurrido dos horas desde el inicio de la reunión. Los pasillos del hotel estaban solitarios. La mayoría de los huéspedes dormían en sus habitaciones o apuraban las últimas copas de la noche en el bar. Agradeció aquella muestra de confianza. Frank guardó el cheque en el bolsillo trasero del pantalón y miró su reloj.

—Acepto —dijo para sorpresa y alivio del obispo y su secretario.

—No esperaba su respuesta hasta mañana —admitió con una sonrisa de complacencia, al tiempo que anotaba un número de teléfono móvil en el reverso de la fotografía de la tabla y se la entregaba.

Frank contempló la fotografía y el número de teléfono y miró de nuevo su reloj.

—Ya es mañana —sentenció.

Las manecillas de su Patek Philippe marcaban las doce y un minuto de la madrugada.

Capítulo 2

Dejó muy temprano el hotel La Bobadilla. Después de oír un parte informativo apagó el radioreceptor del Opel Vectra. El panorama del mundo no había cambiado durante las escasas horas que había permanecido en aquel oasis de ensueño. Prestaba atención a la carretera pero inconscientemente cavilaba la manera de poner en marcha la investigación. Hacía tiempo, mucho tiempo, que sólo desenmarañaba casos sin importancia. Llevaba más de veinte años apartado de los entresijos del tráfico de obras de arte. La mayoría de sus confidentes acabaron entre rejas, muertos o jubilados. Uno de sus mejores «colaboradores» se había reconvertido en un magnífico jefe de cocina italiana y regentaba un restaurante de cierta nombradía, el Monna Lisa, el título del cuadro que siempre soñó robar.

A finales de los noventa otro de sus confidentes escribió un libro de memorias que narraba la verdad de sus robos, las tramas políticas y económicas que los propiciaron, los personajes, con nombres ficticios evidentemente, que estaban detrás de ellos. La novela tuvo éxito, se colocó en cabeza de las listas de *best-sellers* y se tradujo a varios idiomas. Su autor ahora vivía en un lujoso chalé de Las Rozas entregado al cuidado de su jardín y a disfrutar de las exposiciones que se celebraban en el mundo.

Confiaba en ambos para dar los primeros pasos en la investigación. Por experiencia sabía que los ladrones de guante blanco jamás se retiraban definitivamente del negocio. Los dos llevaban vidas ejemplares a los ojos de sus vecinos y de la sociedad, pero el gusanillo del arte se mantenía vivo en su interior. Estaba seguro. Ya no robaban pero seguramente conocían cuanto ocurría entre los hampones del tráfico ilegal de objetos de arte.

Madrid siempre le parecía frío y triste cuando llegaba del sur. Instalado en su casa, añorando el confort de La Bobadilla, pergeñó un plan para iniciar la búsqueda. En un trozo de papel anotó los nombres de Toro, del obispo y su secretario, de sus dos confidentes de confianza, los unió con líneas y compuso una especie de organigrama imaginario. Pensó unos segundos y trazó un círculo sobre el primero. La clave de una buena investigación radicaba en moverse, en seguir cualquier pista, por efímera que fuese. En recorrer medio mundo haciendo miles de preguntas para obtener una o dos respuestas válidas. Así logró capturar a Erik el Belga y a su banda, y así pensaba recuperar la tabla.

Descolgó el teléfono y llamó a Pilar. Una serie de timbrazos sin respuesta, y después la voz metálica del contestador automático le invitó a dejar un mensaje. Hizo un esfuerzo y tras escuchar el tercer pitido dejó un escueto: «Soy Frank..., te quiero..., iré a cenar...». Si hubiese descolgado jamás habría compuesto una frase tan

cursi, tan sinsustancia, pero hablar a un robot le coartaba, se sentía estúpido, como el loco que en su desvarío habla solo por la calle. Cogió el cheque y lo contempló con la satisfacción con la que un padre contempla la fotografía de su esposa e hijos. Se abanicó la nariz con el papel y percibió el olor del dinero. Miró el reloj. Tenía tiempo de ingresarlo y de visitar al primero de sus confidentes antes de cenar con Pilar.

Estuvo tentado de coger el coche pero desistió debido a los atascos que colapsaban el centro en horas punta. Utilizaría el transporte público. Contribuiría por unas horas a no contaminar el planeta. Caminó hacia la plaza de Santa Ana. Dos indigentes se peleaban a voz en grito por la propiedad de un montón de cartones, bajo la mirada estupefacta de un grupo de turistas. Uno de los indigentes, con más alcohol que sangre en las venas, esgrimió una navaja como último argumento para disuadir a su rival. Los turistas corrieron asustados hacia el vestíbulo del hotel. Añoraba la calma chicha de La Bobadilla, de los pueblos del Ampurdán donde quizá, si la suerte le acompañaba, tendría su hotelito.

Salió del metro en Serrano y subió por la calle Goya. A la altura del número 43 un viejo vendía quincalla fascista: escudos, llaveros, chapas, bolígrafos, mecheros, pisapapeles, insignias, estampas... Al llegar a la calle Lagasca cambió de acera para ir en busca del restaurante Monna Lisa. El local había cambiado poco desde la última vez que comió allí. La sonrisa de la enigmática dama napolitana, pintada por Leonardo sobre una tabla de álamo blanco durante diez mil horas, dominaba el comedor. ¿Cuánto se había escrito sobre la sonrisa de la Gioconda? Para algunos se debía a una hemiatrofia de la mitad derecha del cuerpo, para otros a un ataque de asma, a un nivel elevado de colesterol, según Freud a un complejo de Edipo, e incluso una autora, Suzanne Giroux, afirmaba que escondía las nalgas de dos muchachos. Una teoría sustentada en la homosexualidad de Leonardo da Vinci, que a los veinticuatro años compareció ante un tribunal de Florencia acusado de sodomía. Entre los cuadros destacaba una fotografía solitaria, en blanco y negro y de grano grueso, de Vincenzo Perugia, que en 1911 robó la *Monna Lisa* con la supuesta intención de restituirla a su Italia natal. Para Alejandro Grosseto, el ex ladrón reconvertido en jefe de cocina y dueño del restaurante, Perugia encarnaba el ideal del ladrón romántico y le gustaba relatar las pericias del robo como sus propias aventuras de la mili. Frank había escuchado la historia cientos de veces.

El cuadro viajó a Francia de la mano del propio Leonardo da Vinci. Así comenzaba su relato Grosseto, con un halo de suspense que captaba de inmediato la atención de los oyentes. Después lo adquirió Francisco I por cuatro mil monedas de oro para exhibirlo en los palacios reales de Fontainebleau y Versalles. El 1804 pasó a propiedad del Museo del Louvre, donde permaneció hasta 1911. Un día, al poco de abrir el museo, un conservador lo echó en falta y supuso que lo habían trasladado por

algún motivo oficial. Más tarde, Louis Béroud, un pintor que realizaba una copia en la misma sala de la *Monna Lisa*, se interesó por la obra. Le dijeron que la habían llevado al laboratorio para fotografiarla. Al mediodía, al comprobar que el cuadro todavía faltaba, Béroud le pidió al general Poupardin, encargado de la seguridad del Louvre, que hiciera las averiguaciones correspondientes. Unas horas después, Poupardin concluyó que el cuadro había desaparecido.

La policía registró palmo a palmo el museo. Una labor sumamente complicada porque el Louvre ocupaba ya en aquella época veinte hectáreas y custodiaba más de quinientos mil objetos de arte, la mayoría almacenados en un laberinto de cámaras subterráneas. La noticia saltó a la prensa. La revista *L'Illustration* ofreció una recompensa de cuarenta mil francos a quien aportara información sobre el robo; el *Paris Journal* elevó la cifra a quinientos mil francos. La policía movilizó a todos sus efectivos y poco a poco reconstruyó los hechos. El ladrón había entrado en el museo minutos antes de cerrar las puertas. Descolgó el cuadro, se escondió en uno de los almacenes, desmontó el marco y se marchó. Para escapar descerrajó el pomo de una puerta. Así de sencillo. En su huida se topó de bruces con un fontanero que le confundió con un operario y le indicó la salida.

Durante varios meses la policía francesa siguió todas las pistas que llegaron a sus manos, acudió a sus confidentes, pagó a soplones, apretó las tuercas a viejos ladrones, solicitó ayuda a las policías extranjeras para que investigasen en sus respectivos países. Pero nada dio resultado. El cuadro más famoso de la historia de la pintura había desaparecido sin dejar rastro. En círculos oficiales se barajaba la hipótesis de que el ladrón lo hubiese quemado. A raíz del robo se reforzaron las medidas de seguridad del Louvre, y Théophile Homolle, su conservador, presentó la dimisión forzado por la dirección del museo. Además, quedó al descubierto un extraño incidente protagonizado por el poeta Guillaume Apollinaire y el pintor Pablo Picasso. Un individuo ofreció al poeta dos estatuas propiedad del Louvre que un tal Géry Pieret había robado con absoluta impunidad. Apollinaire rechazó la oferta pero Picasso las compró. Tras la desaparición de la *Monna Lisa*, Pieret, un viejo conocido de la policía, confesó el robo de otra estatua y Apollinaire y Picasso, para no verse involucrados, entregaron las piezas para que fuesen devueltas a su legítimo dueño. Apollinaire, detenido y acusado del robo de la *Monna Lisa*, quedó poco después en libertad al demostrarse su inocencia.

La obra insigne del Louvre tardó dos años en aparecer. Un día del mes de noviembre de 1913 el marchante italiano Alfredo Geri recibió una misteriosa carta desde Paris. En escasas líneas el remitente le ofrecía comprar la *Monna Lisa*. Pensó que se trataba de una broma, pero le mostró la carta a su amigo Giovanni Poggi, conservador de la Galería de los Uffizi, y ambos decidieron seguir la farsa y entrevistarse con el enigmático personaje. Vincenzo Perugia les llevó a su casa y de

debajo de la cama sacó un fardo de forma rectangular: *La Gioconda*. Así recuperó Francia la obra cumbre de la pintura universal. Perugia declaró haberla robado para recompensar a Italia de los saqueos de Napoleón. Juzgado y condenado a un año y quince días de prisión, tras apelar la sentencia quedó en libertad a los siete meses.

Nadie ocupaba todavía las mesas, pero en la barra de roble varios ejecutivos esperaban su turno en amena charla con buenas raciones de jamón de San Daniele y copas de bordalino tinto. Frank tomó uno de los taburetes, se sentó y pidió una cerveza mientras observaba los pequeños cuadros de pasta italiana que reproducían obras famosas. Las «señoritas», el «cabello de ángel», los «cuernos de buey», los «ojos de lobo», los «sombretetes» y las *marille*, la pasta diseñada por Giugiaro, el estilista de Fiat, componían alegorías mitológicas, desnudos femeninos, personajes históricos y escenas de época. El camarero le sirvió la cerveza y aprovechó para entregarle su tarjeta.

—Por favor, dígame al señor Grosseto que un viejo amigo desea verle.

Mientras esperaba al ex ladrón, reconvertido en jefe de cocina, hojeó la carta. A la vista de los platos, las dos estrellas otorgadas por la prestigiosa guía Michelin estaban completamente justificadas. Había sopa de pescado al aroma de azafrán, buñuelos de flor de calabacín rellenos de espuma de pescado, arroz y guisantes aliñados con manteca de cerdo, arroz con queso parmesano y tinta de sepia, berenjenas marinadas, achicoria roja de Treviso salteada con ajo y cebolla, espaguetis con alcachofas, chuletas de cerdo empanadas y cocidas en vinagre de vino blanco y otro buen número de recetas tradicionales cuya sola lectura le hacía la boca agua.

Los succulentos manjares de la carta y su apetito le hicieron ronronear el estómago. Dio un sorbo de cerveza para distraer el hambre. Los ejecutivos habían ocupado su mesa y Grosseto, libreta en mano, recitaba como un rapsoda las sugerencias del día y tomaba nota de la comanda. Le gustaba atender a sus clientes personalmente, al menos hasta que las labores de la cocina se lo permitían. Miró de soslayo hacia la barra y Frank levantó la jarra de cerveza en un guiño de complicidad. Terminó de anotar las preferencias de sus comensales, llamó al *mâitre* para que se hiciera cargo de pasar la comanda a la cocina y acudió a su encuentro. Le abrazó con sonoras palmadas en la espalda.

—¿Cuánto tiempo hace que no venía por aquí?

—Demasiado —sonrió Frank.

Grosseto le trataba de usted, un principio de respeto, un privilegio de los policías sobre los delincuentes. Sabía que había colgado la placa, pero no le importaba. Grosseto siempre le vería como un policía, un madero en el argot, un pasma. Se habían conocido tras el robo de un Matisse en un lujoso chalé de Puerta de Hierro. La vigilancia de uno de los sospechosos le condujo hasta Grosseto, un receptor

experto en arte bien relacionado con los peristas. El ladrón acudió a verle para que autentificara el cuadro porque muchos propietarios encargaban copias que exhibían en sus lujosas mansiones, mientras guardaban los originales en cajas fuertes de seguridad de entidades bancarias. Frank montó un dispositivo especial de vigilancia y cuando Grosseto acudió a peritar el Matisse detuvo a toda la banda. Tenía suficientes pruebas para enchironarle una buena temporada pero le propuso un trato. Le colocó ante los ojos un folio en blanco y un bolígrafo y le pidió el nombre de al menos diez peristas, marchantes o anticuarios que traficaran con obras de arte a cambio de interceder ante el juez para que le dejara en libertad vigilada. Por aquel entonces Grosseto ya rumiaba apartarse del «negocio» y aceptó sin pensárselo dos veces. Así se convirtió en su confidente y gracias a sus delaciones recuperó numerosas obras. Se hicieron amigos y durante años Grosseto le pasó información y recibió en contrapartida sustanciosas cantidades de los fondos reservados del Grupo. Parte del dinero lo empleó en montar el restaurante.

—Necesito tu ayuda —le dijo tras beber un trago largo de cerveza.

Grosseto cogió un taburete y se sentó a su lado.

—Salvo que desee hacer un cursillo de cocina veneciana, no creo que pueda ayudarle. —Sonrió.

—Quiero información —soltó Frank sin preámbulos—. Información sobre tipos interesados en una tabla renacentista.

—Ya no estoy en el candelero y usted lo sabe.

—Es cierto, pero ya conoces el refrán: «Genio y figura...».

—No, comisario, en mi caso no se cumple. Dejé por completo la mala vida. Ahora me codeo con la misma gente de antes pero de una manera honrada.

—¿A qué te refieres?

—Aquí vienen a comer marchantes, banqueros, bolsistas, hoteleros o anticuarios que fueron mis clientes en otras épocas. Pero no me reconocen o hacen ver que no me conocen y yo hago lo mismo con ellos. Haya paz —dijo con la entonación de un cura en el púlpito, y Frank sonrió al recordar al obispo—. Cualquiera puede haber encargado el robo de una tabla. ¿Quiere un consejo?

—Adelante.

—Compre la revista *Forbes* —bromeó—. El tipo que busca aparece con seguridad en sus páginas. Sólo los multimillonarios pueden patrocinar este tipo de robos.

Frank guardó silencio unos instantes mientras daba el último sorbo a la cerveza. Con la vista clavada en la espuma que se deslizaba por el interior del vaso, le pidió información sobre las bandas de guante blanco, sobre los ladrones de cuadros que actuaban en España. Grosseto soltó una sonora carcajada.

—Ya no hay ladrones de guante blanco —espetó convencido—. Ya no quedan

gentlemen en nuestro oficio. En los buenos tiempos se robaba por vocación, por sensibilidad. Me atrevería a decir que por amor al arte. En mil novecientos cincuenta y ocho —recordó con los ojos fijos en la punta de sus zuecos de immaculado color blanco—, por una apuesta varios sujetos robaron de una galería de Aix-en-Provence dos Van Dyck de pequeño formato valorados en catorce mil dólares. Cumplida la apuesta abandonaron los cuadros junto al alféizar de una ventana con una nota que explicaba sus motivos. Tipos cojonudos. Sí, señor —afirmó con admiración—. Hace años había gente que también robaba por ideales políticos o religiosos.

—No me cuentes otra vez el robo de *La Gioconda* —protestó Frank con una sonrisa.

—No, comisario, no me refiero a Perugia, sino a los nacionalistas irlandeses que sustrajeron en mil novecientos setenta y cuatro, de la Kenwood House de Gran Bretaña, el cuadro de Vermeer *Chica con guitarra*. Para devolverlo exigieron a las autoridades londinenses la libertad de las hermanas Dolours y Marion Price, que cumplían condena por actos terroristas. De lo contrario amenazaron con quemarlo. Las autoridades no aceptaron el chantaje y finalmente abandonaron la pintura en un cementerio de Londres. ¡Sensibilidad por el arte! —exclamó—. Esa gente tenía sensibilidad. Pero todo ha cambiado para mal. Ahora los robos no se conciben sin una dosis de violencia. Antes para robar piezas de arte había que ser un caballero. Había que ser inteligente, entender y amar al arte —ratificó orgulloso de haber pertenecido a esa clase de maleantes—. Para robar una pintura, una escultura o una joya, primero había que organizar un equipo, un grupo de especialistas altamente cualificados. Una banda, como usted sabe mejor que nadie, se componía de un jefe que dirigía la operación, un experto en electrónica encargado de desactivar las alarmas, un cerrajero manitas que abría la caja sin violencia, y si fallaba entraba en escena un soldador experto en el manejo de sopletes de oxígeno de alta presión y lanzas térmicas. —Calló unos segundos para sentenciar—: Ahora sólo hacen falta dos tipos armados con pistolas.

—Te hablo de un trabajo limpio —le aclaró—. Un trabajo sin violencia, como en los viejos tiempos. Entraron, descolgaron la tabla y se la llevaron sin desactivar las alarmas. Cuando llegó la Guardia Civil ya se habían esfumado. Rápidos como una centella y limpios como tus zuecos.

—No puedo creerlo —bramó agitando la cabeza—. Ni Robert Wagner en *Ladrón sin destino* hizo una proeza semejante. Ya no quedan especialistas que cronometren al segundo una operación. Se extinguieron con nosotros, como se extinguieron los dodos en Mauricio y las Seychelles. —Caviló unos instantes para preguntarle—: ¿Ha visto en Internet a los criminales más buscados por el FBI?

—No me gusta Internet —protestó Frank, y Grosseto siguió con su disertación sobre las bandas que actuaban hoy en día. Había tenido la suerte de retirarse a tiempo,

de cambiar el rumbo de su nave para bogar en aguas más tranquilas. Pero otros no supieron predecir el temporal y se ahogaron en las agitadas olas de la galerna. Parte de su gente todavía cumplía condena tras varios intentos de fuga, otros murieron abatidos por la policía tailandesa en el paso de las Tres Pagodas cuando intentaban cruzar con un cargamento de opio, y otros agonizaban a causa del sida por culpa de su adicción a la heroína.

—Ni siquiera en el resto de Europa —dijo Grosseto— quedan auténticas bandas de ladrones de arte. Los tipos como Robin Hood han pasado a la historia. —Sonrió y reflexionó—. Creo que me hice ladrón por culpa de las películas de Robin Hood. ¿Recuerda a Errol Flynn y a Olivia de Havilland en *Robin de los bosques*? —Frank sonrió—. Ahora los robos se encargan a bandas comunes —siguió—, a bandas que lo mismo sirven para un roto que para un descosido. Bandas que igual roban una saca de dinero en un aeropuerto que un cuadro en un museo, dan una paliza por unos cuantos dólares, o se cepillan a alguien por encargo. —Hizo una pausa repentina, como si escuchara una voz interior, y le preguntó—: ¿Está al corriente de los robos de arte?

—Me temo que no —respondió lacónico—. Mi interés por ellos murió el mismo día que abandoné el Grupo.

—Lo suponía —aventuró resignado, como el profesor incapaz de hacer comprender las matemáticas a un alumno cabezota—. La violencia —expuso— empezó cuando los precios de los cuadros alcanzaron cifras astronómicas y llamaron la atención de los inversionistas. Antes sólo encargaban robos los coleccionistas, los verdaderos amantes del arte. Sujetos a quienes no importaba el valor pecuniario de la obra, sino el poder contemplarla todos los días del año. Gente que amaba la belleza por encima de cualquier cosa. Gente que se obsesionaba con una obra y quería poseerla a cualquier precio. Sólo así se explica que hayan robado varias veces el *Retrato de Jacobo III de Geheyn*, de Rembrandt. Alguien, en algún lugar del mundo, con dinero y poder, vive obsesionado por esa pintura. En mil novecientos sesenta y seis la sustrajeron de la Dulwich Picture Gallery de Londres. La policía la recuperó pero volvieron a robarla en mil novecientos setenta y tres. Se la llevaron de nuevo en mil novecientos ochenta y uno. Se recuperó y la robaron otra vez en mil novecientos ochenta y tres y todavía no se ha localizado. El coleccionista, el amante del arte, ha cumplido su objetivo. La gente que ama el arte desprecia la violencia. ¿Recuerda el robo de mil novecientos sesenta y uno? —Frank negó con la cabeza—. Veintiuno de agosto de mil novecientos sesenta y uno —puntualizó Grosseto con solemnidad—. La National Gallery de Londres abrió sus puertas. Aquel día entraron casi seis mil visitantes. Uno de ellos saltó por la ventana de los lavabos y se llevó una obra valiosísima, *El duque de Wellington*, de Goya, adquirida sólo unas semanas antes por trescientos noventa y dos mil dólares. Una buena cifra, ¿verdad? —Sonrió—. Pasaron los días sin noticias del cuadro —relató dosificando la intriga—. La policía no tenía

ni puñetera idea de dónde podía estar o quién lo había robado. Entonces se recibió una carta en las oficinas de la agencia Reuters. El supuesto ladrón aseguraba que el cuadro no estaba a la venta, que sólo pedía un rescate de catorce mil libras esterlinas para donarlas a obras benéficas. ¿Qué le parece? —Rió estrepitosamente—. Un Robin Hood del siglo veinte. Como puede suponer no se pagó el chantaje, y en julio de mil novecientos sesenta y dos la agencia Reuters recibió otra carta en la que el sujeto reiteraba su intención de cobrar el rescate y donarlo a los pobres. La policía, erre que erre, rechazó otra vez el chantaje. En diciembre de mil novecientos sesenta y tres se recibió una tercera carta en Reuters. El ladrón pedía a los dueños de los periódicos más importantes de Inglaterra un pequeño «impuesto revolucionario» por cada mil ejemplares vendidos. Nadie le tomó en serio. En mil novecientos sesenta y cinco, cuatro años después del robo, el tipo hizo su última oferta. Devolvería el cuadro a cambio de que fuera expuesto y la recaudación se destinara a obras sociales. Las autoridades también rechazaron el nuevo chantaje. En mayo de mil novecientos sesenta y cinco un joven, que dijo llamarse Bloxham, dejó un paquete en la consigna de la estación ferroviaria de Birmingham. Unos quince días después el periódico *Daily Mail* recibió una nota anónima con el recibo de la consigna. La policía se encargó de recoger el paquete y... ¡Sorpresa! Allí estaba el cuadro de Goya. Unos días más tarde el ladrón se entregó a la policía. Se llamaba Kempton Bunton, un camionero en paro nacido en Newcastle upon Tyne. Dijo que había entrado en el museo con la ayuda de una escalera abandonada en la parte posterior, junto a los lavabos. Confesó que robó un cuadro al azar para protestar a favor de los pensionistas, que pagaban un impuesto por tener televisión. Durante el juicio no pudo demostrarse que Bunton tuviera intenciones de delinquir y salió absuelto. Más tarde le condenaron a tres meses de reclusión por haber perdido el marco.

—Una bonita historia —admitió Frank.

—A finales de los ochenta —continuó Grosseto enfrascado en la charla— los tiburones de las finanzas se dieron cuenta de que resultaba más rentable invertir en arte que especular con la bolsa, el oro o los diamantes. Pero como usted muy bien sabe el mercado del arte, del buen arte por supuesto, es escaso. Pronto las grandes obras dejaron de circular por las casas de subastas. En ese momento los «tiburones» encargaron robos a las bandas tradicionales, a gente que robaba con amor, con mimo para no estropear la obra. Pero ya quedaban muy pocos ladrones de la vieja escuela y entraron en escena las bandas de delincuencia común. No tenían ni puta idea de cómo se roba un cuadro e hicieron lo único que saben hacer: entrar a saco empuñando un arma. —Hizo una seña al camarero de la barra y le pidió una cerveza—. En mil novecientos ochenta y cinco unos tipos se llevaron del Museo Marmottan, una antigua mansión cercana al Bosque de Bolonia de París, cinco Monet, dos Renoir, un Berthe Morisot y un Narusé. Estacionaron un coche en doble fila frente al museo.

Salieron cinco individuos, entraron tranquilamente por la puerta principal, amenazaron al público con pistolas, rompieron las vitrinas, se apoderaron de las obras y salieron tan panchos como habían entrado. ¡Todo en cinco minutos escasos! — exclamó sorprendido de tanta rapidez—. Todavía no se han recuperado las pinturas. Entre los cinco Monet estaba *Impression soleil levant*, el primer cuadro impresionista según muchos expertos. En su momento, el crítico Louis Leroy, de la revista satírica *Le Charivari*, descalificó y menospreció el cuadro. Ya ve, comisario. ¿Conoce su valor?

—Ni idea.

—Quince millones de dólares, tres mil millones de pesetas de la época. Casi nada —dijo con un silbido—. Pistola en mano, a las bravas, también se llevaron en mil novecientos noventa del Museo Vieille Charité de Marsella tres dibujos de Picasso. En Estados Unidos, con idéntico sistema, robaron tres lienzos de Rembrandt, cinco de Degas, uno de Manet y otro de Govaert Flink del Isabelle Stewart Museum de Boston. ¿No lee los periódicos?

—De vez en cuando.

—Hace unos años, en diciembre de dos mil, varios individuos armados hasta los dientes entraron en el Museo Van Gogh de Amsterdam y sustrajeron dos cuadros que hasta la fecha no se han recuperado.

—Ahora que lo dices —admitió con un vago recuerdo—, Pilar me habló de ello.

—A finales de agosto de dos mil cuatro, dos tipos encapuchados y armados entraron en el Museo Munch de Oslo y robaron en treinta segundos tres cuadros de Edvard Munch: *Madonna*, *El grito* y un tercer lienzo sin identificar. ¿Qué le parece, comisario? *El grito*, la obra cumbre del expresionismo noruego, robada con total impunidad a punta de pistola. Un cuadro valorado en sesenta y dos millones de euros. ¿Cuánto suma en pesetas? Todavía no me hago una idea.

—Alrededor de diez mil cuatrocientos millones.

—¡Joder! —exclamó sorprendido por la cifra—. Los museos no escarmientan —lamentó malhumorado—. *El grito* ya había sido robado de la Galería Nacional de Oslo en febrero de mil novecientos noventa y cuatro, en vísperas de las Olimpiadas de Invierno de Lillehammer. Pero afortunadamente se recuperó tres meses después.

—Oí comentar que ni siquiera estaba asegurado.

—Oyó bien —dijo—, pero de qué sirve el dinero ante tal pérdida. De qué le sirve una póliza de seguro al Gobierno noruego si no recupera la obra cumbre de su pintura nacional, el emblema de todo un país. De nada. Han tenido suerte y lo han recuperado gracias a un chivatazo, pero si no toman medidas la próxima vez quizá desaparezca para siempre. —Dio un sorbo a su cerveza—. Sin embargo, robar a punta de pistola tiene un gran inconveniente —apuntilló—. Sólo pueden sustraerse obras de pequeño formato. *La Venus del espejo*, *El entierro del conde de Orgaz*, o *El jardín de las*

delicias son imposibles de sustraer a las bravas. Nadie puede salir corriendo con ellas bajo el brazo como hicieron los tipos de Oslo. Tampoco hay tiempo para cortar la tela o desmontar las tablas. Eso requiere maestría, instrumentos adecuados para no dañar la pintura, y un tiempo del que no dispone quien empuña un arma. Los cuadros, comisario, deben robarse con calma, de la misma manera que se hace el amor a una mujer.

—Es una buena comparación —admitió Frank.

—¿Qué tamaño tiene la tabla de su cliente?

—Lo desconozco.

—En cualquier caso —dijo convencido—, la búsqueda no le será fácil.

—Lo sé.

—Ándese con cuidado —le aconsejó con voz baja pero clara—. Nosotros nunca opusimos resistencia a la policía, pero ahora las cosas han cambiado. El hampa es de gatillo fácil y en menos que canta un gallo le meten tres tiros en el cuerpo.

Las palabras de Grosseto hicieron regresar los fantasmas del fracaso a la mente de Frank. Se enfrentaba a una delincuencia que desconocía y no tenía nada, ni siquiera una brizna de hilo para tirar de la madeja. Ni siquiera sabía las dimensiones de la tabla. ¡Qué desastre! Se jugaba mucho en el éxito de la investigación y se prometió que lucharía contra el desaliento. Tomó conciencia de su falta de información. Un fallo que subsanaría esa misma noche. Confiaba en Pilar, en su experiencia, para conocer los detalles técnicos. Después rastrearía cualquier pista. Investigaría a todas a las personas relacionadas con la tabla, analizaría minuciosamente los sistemas de seguridad de la Colegiata, los intentos de robos anteriores, los visitantes sospechosos de los últimos meses. Buscaría sin descanso hasta encontrar el grano de alpiste que le llevara a los pájaros que habían robado la pintura.

—Quédese a comer —le ofreció Grosseto—. Invita la casa.

—Te lo agradezco, pero no quiero importunarte más.

—Usted nunca molesta —terció con sinceridad—. Estoy hasta la coronilla de atiborrar a periodistas a cambio de un artículo en una revista de mala muerte y a críticos gastronómicos que ni siquiera saben coger los cubiertos. Usted es de los pocos que merecen mi respeto, que merecen que esta casa le invite siempre. Ya no quedan tipos como usted, comisario, tipos con un par de cojones para romper con todo y con todos. La mayoría de la gente cuando mira su cara en un espejo y no le gusta lo que ve, rompe el espejo. Pero usted, no. Usted prefirió romperse la cara, dejar la comodidad y el buen sueldo del Grupo para ser coherente con su forma de pensar y actuar. ¡Chapó! Quédese a comer, comisario —insistió—, usted honra esta casa.

Grosseto se levantó. El restaurante se había llenado y en la cocina reclamaban su presencia. Le estrechó la mano y le deseó suerte. Frank le vio caminar hacia los

fogones, cuchichear al oído del *mâitre* y coger de una mesa de servicio su gorro de cocinero. Cuando empujó la puerta basculante de la cocina le oyó gritar: «*Andiamo, andiamo... Svelti, il ristorante é pieno...*».

El *mâitre* acudió al instante para acomodarle en una mesa que tenía el cartelito de «Reservada». Le entregó la carta y Frank la hojeó por segunda vez. Se decidió por una ensalada mediterránea de escarola, lechuga francesa, alcaparras, tomate verde, aceitunas negras y berenjenas a la *parmigiana*, y una fantasía marina compuesta de langostinos y arroz sobre un lecho de verduras y crema de nata. Para beber pidió una copa de Valpolicella Superiore. Habría comido algo más contundente, algo más acorde con el apetito que tenía, incluso un buen postre, pero Pilar le esperaba para cenar.

Al salir del restaurante miró su Patek Philippe. Si se daba prisa todavía podría hacerle una visita a Carlos Soto, el ex ladrón metido a novelista. Tomó un taxi hasta la plaza de Santa Ana, recogió su Opel Vectra y por la Gran Vía y la calle Princesa enfiló la carretera de La Coruña en dirección a Collado Villalba. Dejó atrás la mole del Ejército del Aire, el arco de triunfo de Moncloa y la Puerta de Hierro, y el paisaje se abrió con las primeras dehesas del monte de El Pardo. Entre las encinas centenarias abundaban los ciervos, jabalíes, conejos, perdices y varias especies de rapaces en vías de extinción.

Ajustó el espejo retrovisor para ver con nitidez al automóvil que se había colocado detrás suyo en el semáforo del intercambiador de Moncloa: un Seat Ibiza azul de cinco puertas. No podría asegurarlo, pero creía que ese coche le había seguido. La autopista A-6, que conecta Madrid con los pueblos de la sierra, soportaba un tráfico intenso a cualquier hora del día. Aceleró y los doscientos once caballos de su Opel Vectra le permitieron alejarse del Seat Ibiza hasta convertirlo en un puntito, en una pequeña mancha azul.

Alcanzó la cuesta de las Perdices. Las antenas, los potentes focos y las cámaras de infrarrojos señalaban la ubicación del Centro Superior de Información de la Defensa, el actual CNI, un gran edificio en forma de «Y» en el punto kilométrico 8,8. En la entrada, cerrada a cal y canto por un doble sistema de verjas electrificadas, el viejo escudo de bronce con el lema «Saber para vencer» había sido sustituido por otro con las siglas del Centro Nacional de Inteligencia sobre una esfera armilar.

En apenas quince minutos recorrió los dieciocho kilómetros que separan Madrid de Las Rozas. Salió de la autopista y enseguida encontró el panel indicador de la urbanización Las Rozas Rojas. Una avenida, enmarcada por círculos de adelfas y rosas, le condujo a la caseta del vigilante jurado. Se detuvo frente a la barrera levadiza y el hombre se acercó a la ventanilla del coche para preguntarle el motivo de su visita. Frank le entregó una tarjeta y le comunicó su deseo de entrevistarse con

Carlos Soto. El guarda se metió en la garita y habló unos segundos por teléfono. Miró el reloj, anotó el nombre de la visita, la matrícula del coche y la hora en un libro de registro, y después levantó la barrera. Hacía tiempo que no visitaba a Soto y dudó la dirección a seguir. Giró a la izquierda por una calle de amplios parterres de césped y pomos de flores. Avanzó unos metros y al final de la misma reconoció el chalé.

Un muro, sobrepasado por un tupido seto de aligustres, ocultaba el jardín de miradas indiscretas. Llamó al timbre y apenas retiró el dedo del pulsador un rottweiler se abalanzó sobre la verja metálica. Permaneció de pie, quieto, sin inmutarse por los ladridos histéricos del perro que daba saltos para intentar morderle el cuello. Desde dentro del chalé una voz gritó: «*Vermeer...*, *Vermeer...*, quieto..., *sit...*, *sit...*». Carlos Soto caminó hacia la verja, sujetó al perro del collar y abrió.

—¿Le asustan los perros, comisario? —le preguntó con una sonrisa, mientras el can se tumbaba manso a sus pies.

—No.

—Si hubiese cruzado la verja, le hace añicos.

—¿Quieres probarlo? —replicó Frank en broma, y se desabrochó la americana. Bajo su axila izquierda colgaba su Colt MK-IV.

—No, claro que no —respondió Soto con una sonora carcajada—. Le tengo cariño a *Vermeer*.

—Sabia decisión. Acabas de ahorrarte ochenta mil pelas en otro chuchó.

—De cualquier manera no se fíe. Estos perros tienen muy mala leche —dictaminó—. Por eso lo compré. Por si alguien mete las narices donde no le llaman.

—Los hombres son peores que los perros. No lo olvides... ¿Por qué le llamas *Vermeer*?

—Por una de mis pinturas preferidas, *La señora y la sirvienta*, de Johannes Vermeer. ¿Ha visto el cuadro?

—Sí, lo he visto. Siempre que viajo a Nueva York me doy una vuelta por la mansión Frick. Es de los mejores de la colección —afirmó convencido—, aunque personalmente prefiero *El astrónomo*.

—Magnífico cuadro, sí, señor. Le quitaba el sueño a Hitler y no cejó hasta confiscarlo a la familia Rothschild. La última vez que lo contemplé en el ala Richelieu del Museo del Louvre estaba espléndido tras una perfecta restauración. Magnífico —repitió—. Pero el juego de luces de *La señora y la sirvienta* me parece sublime. Ya sabe, sobre gustos no hay nada escrito.

Carlos Soto ató el perro a una cadena de gruesos eslabones anclada junto a la perrera y le invitó a entrar en la casa. Siguieron un sendero sobre el césped formado por grandes losas de cuarcita. El jardín, debido a las lluvias, requería una siega, pero en su conjunto estaba bien cuidado. Una enredadera trepaba por la fachada hasta alcanzar las ventanas del primer piso, donde se mezclaba con una buganvilla de flores

moradas. Pequeños círculos abiertos en la hierba agrupaban las distintas especies de fanerógamas que formaban una combinación de colores bien estudiada. Había adelfas, margaritas, pensamientos, lilas, azaleas, y muchas plantas aromáticas: tomillo, lavanda, romero, salvia... Al pasar junto al garaje vio asomar el morro de un Volvo S-80 y un Freelander. No le iban mal las cosas, pensó.

Una joven filipina de unos veinte años, no muy agraciada, pero de gestos amables y medidos, le recibió con su uniforme impecable tocado de cofia blanca y labor de puntilla, para darle la bienvenida. Le pidió su chaqueta para colgarla, pero Frank prefirió quedarse con ella puesta para ocultar el arma. Pasaron a un amplio y lujoso salón. Soto le ofreció asiento en un cómodo sillón de piel. De las paredes colgaban cuadros de pintores modernos y algún que otro impresionista del último cuarto del siglo XIX. En suntuosos muebles de maderas nobles destacaban esculturas griegas y romanas. Sobre una cómoda-escritorio de tambor, de palo de rosa, caoba y limoncillo, posiblemente del siglo XVIII, sobresalía un fragmento de metopa con un ateniense derribado por un centauro. Había jarrones de cerámica de Sèvres, bronce taurinos de Mariano Benlliure, la pequeña escultura de una bailarina firmada por Degas y otras piezas de colección como un magnífico reloj astronómico de James Reinhold. Los diversos ambientes estaban separados por bellos biombos chinos y filipinos. Frank observó con atención uno compuesto por bastidores de ébano calado y tallado, y decorado con pinturas sobre seda.

—Son pinturas del siglo diecinueve —dijo Soto para satisfacer su curiosidad— y pertenecen al taller de William Eden Nesfield.

La calidad de las obras convertía al salón en un pequeño museo. Soto llamó a la criada y la joven acudió al instante. Se colocó junto al señor de la casa y esperó.

—¿Qué desea tomar, comisario? —preguntó Soto.

—Lo que tú prefieras.

—¿Una copa de Don P. X.? —le ofreció—. Acaban de traérmelo de Aguilar de la Frontera.

—¿Etiqueta Doble Gran Reserva mil novecientos setenta y siete?

—¿Cuál si no? A mis amigos sólo les ofrezco lo mejor.

—Acepto.

—Dos copas de Pedro Ximénez —ordenó a la muchacha.

La sirvienta regresó con una bandeja del siglo XVIII, de asas labradas, cubierta con un pequeño mantel de hilo y dos catavinos, dos joyas del siglo XIX de la Compagnie des Cristalleries de Saint-Louis, y una botella de Don P. X. Etiqueta Doble Gran Reserva 1977, de Bodegas Toro Albalá. Llenó los catavinos con la precisión de un barman y se los entregó. Frank dio un sorbo, paladeó el licor y aprobó la calidad del buqué.

—Brindemos por nosotros —propuso Soto alzando la copa.

Frank le secundó y la levantó a la altura de los ojos. Su anfitrión dio un trago largo, que dejó el licor en las últimas. Como todos los alcohólicos, Soto no gustaba, no paladeaba ni disfrutaba del licor, simplemente lo bebía.

La historia de Carlos Soto se resumía en breves líneas. Frank le detuvo en La Junquera, en la frontera con Francia, cuando intentaba pasar al país vecino una camioneta cargada de antigüedades y obras de arte robadas en distintos lugares de España. No pudo atribuirle la autoría directa de los robos, pero el juez le procesó por un delito de contrabando, de tráfico ilegal de obras de arte con detrimento del Patrimonio Nacional, y le sentenció a veinte años de cárcel, al considerar el agravante de obstrucción a la justicia por negarse a facilitar los nombres de sus proveedores y de sus contactos en el extranjero.

Cumplía sus tres primeros años de condena en la cárcel Modelo de Barcelona cuando Frank le solicitó una entrevista. Soto, como todos los ladrones de guante blanco, se consideraba un caballero y el sórdido ambiente carcelario le desbordaba, le asfixiaba como una serpiente pitón arrollada al tórax. No soportaba la vulgaridad de los reclusos, la suciedad de las celdas y los servicios, la bazofia que les daban de comer, la violencia que se respiraba en el ambiente y se desataba al amparo de la noche. Harto de todo ello, se comprometió a entregarle una lista con el destino de numerosas obras que había trasladado de España a Francia e Inglaterra, a cambio de su libertad condicional y la inmunidad de sus actuales propietarios. No le prometió nada pero se prestó a gestionar su oferta porque creía en la redención si con ello se recuperaban las obras expoliadas. Frank empeñó su palabra, respondió del compromiso de Soto ante las autoridades judiciales, y un mes después el juez firmó su acta de libertad vigilada.

—Supongo —dijo Soto— que no es una visita de cortesía.

—Afirmativo —respondió con el aroma a pasas del Pedro Ximénez inundándole la nariz—. Necesito información para recuperar una pintura.

—Mal asunto, comisario —se lamentó—. Siempre le estuve agradecido, porque no hubiese soportado más tiempo en la cárcel. En alguna ocasión, hasta me pasó por la cabeza suicidarme... Pero hace años que vivo apartado del hampa. Ya no me interesa. Cometí un delito y pagué mi deuda con la sociedad. Nunca más he removido la mierda.

—Lo sé, lo sé —convino para tranquilizarle—. Pero quizá sepas quién puede estar interesado en una tabla renacentista.

—Un montón de gente —espetó subiendo el tono de voz—. Son las obras mejor pagadas aunque no pertenezcan a primeras firmas. —Se levantó para servirse una segunda copa, y le preguntó—: ¿De qué hablamos? ¿Un Van Eyck, un Petrus Christus, un Robert Campin, un Van der Weyden, un Van der Goes, un Rubens?, o quizá un cuadro del Renacimiento romano o veneciano, ¿tal vez un Boltraffio, un

Luini o un Sodoma?

—No puedo confiarte esa información —atajó—. Es confidencial.

—Entiendo, comisario. —Se sentó con la copa en la mano—. Le han contratado para que recupere una tabla. Pero si tengo que serle sincero no creo que pueda hacerlo sin el apoyo de la policía. Lo más seguro es que no hayan denunciado el robo.

—Supones bien.

—No se meta en líos. Deje este asunto. Los tipos que no denuncian los robos no son trigo limpio. Seguramente la tabla ha llegado a manos de su cliente de forma ilegal. Por eso no quiere denunciar el robo. ¿La tenía en una caja de seguridad?

—No —dijo pensativo—. Simplemente entraron y se la llevaron.

—¡Joder!, comisario —exclamó contrariado—. No me lo pone fácil. Tengo la sensación de estar jugando a las adivinanzas. De todas maneras puedo asegurarle que su tabla ya ha salido del país, rumbo a los mercados de Hong Kong, Singapur, Bangkok o China. A mercados de economías emergentes. —Hizo memoria y recordó con lucidez—: Hace treinta años a orillas del Chao Phraya sólo había casas de teca. Ahora descollan sobre el agua grandes rascacielos fruto del milagro económico tailandés. Los inversionistas intentan capitalizar sus beneficios en bienes revalorizables, y el arte es el principal junto al oro, los diamantes o el marfil. ¿Qué voy a contarle? —dijo agitando con sus movimientos el licor en la copa—. Contratan como asesores a especialistas europeos y saben que las obras antiguas, principalmente del Renacimiento, gótico o románico, son las más cotizadas. Su tabla —vaticinó convencido— está en el sudeste asiático. Se deteriora bajo la humedad del trópico porque esos tipos no aprecian el arte en sí mismo, sólo su valor. —Interrumpió su discurso para lamentarse—: No sé cómo puedo ayudarle.

—Abre los oídos y si te enteras de algo dímelo.

—Pierda cuidado.

—¿Todavía viajas? —dijo para aliviar la tensión.

—Sobre esa cómoda —señaló con el dedo un mueble barroco con trabajo de marquetería— tengo dos pasajes de avión para Venecia. En el palacio Grassi, el último que sobrevive a orillas del Gran Canal, se celebra la primera exposición de arte etrusco que reúne piezas de casi cincuenta museos del mundo —afirmó con la convicción de un experto—. Un milagro cultural posible gracias a la Fiat, que financia el evento. Cada año patrocina una muestra única en su género y procuro no perderme ni una. En el noventa y tres acudí a la dedicada a Marcel Duchamp, en el noventa y cinco a la de Henry Moore, y en el noventa y seis a la de Giambattista Tiepolo.

—Te envidio.

—Tuve un golpe de suerte —dijo—. Mi novela se vendió como churros y puedo vivir de las rentas. ¿Recibió el ejemplar que le mandé?

—Sí.

—¿Qué le pareció? Su opinión me interesa.

—Si debo serte sincero, no sé cuánto vales como escritor. Tendrías que escribir otro libro... —se sinceró Frank—, pero la trama tiene su miga, porque los personajes se identifican con facilidad. Algunos estaban en mi punto de mira antes de retirarme.

Soto apuró su segunda copa de vino. Iba a servirse otra pero se contuvo. Dejó el catavinos sobre la bandeja y llamó a la muchacha para que la retirara. Frank todavía conservaba vino en la suya.

—¿Quiere un poco más? —le preguntó.

—No, gracias —dijo—. Hay que beber despacio, a sorbos pequeños para paladear el licor, para percibir los aromas varietales que recuerdan al café, al chocolate, al higo pasificado, al cacao, al dátil... No disfruta más quien bebe más. Deberías saberlo. Este vino es una joya para el paladar y para el bolsillo porque una botella cuesta casi cien euros.

—Lo sé, pero en la cárcel el alcohol me ayudó a evadirme... —Frank asintió—. Para saber quién está detrás del robo —Soto cambió de tema—, primero hay que conocer la obra. ¿Tiene algún informe técnico?

—No, pero esta misma noche le pediré a Pilar que me eche una mano en este asunto.

—¿Sigue con ella?

Frank asintió y Soto aprobó con un gesto, se levantó del sillón y le rogó que le acompañara. Cruzaron una pequeña estancia decorada al estilo colonial africano, con sillas y mesas de rafia, tallas de ébano de Nairobi, un trono y una máscara yoruba, otra máscara baulé de Costa de Marfil y cinco estatuas mumuye. Entraron en un segundo salón, tan amplio como el anterior, donde guardaba una pequeña colección de iconos y objetos de liturgia ortodoxa junto a muebles rusos. Presidía el conjunto un tríptico de la déesis con Jesucristo en la cruz y san Juan Evangelista y María a los pies. Soto le cogió del brazo y le colocó frente a un icono de la Transfiguración, pintado a finales del siglo XIV por Teófanos el Griego.

—A veces —acarameló la voz como si le confiara un secreto— el alma de los cuadros lleva al alma del ladrón.

Soto miró fijamente el icono. Entornó los ojos para percibir los pequeños detalles de la pintura.

—¿Qué ve? —le preguntó, con los ojos casi cerrados.

Frank prestó atención a la pintura. Se alejó unos pasos, para tener una mejor perspectiva del conjunto, ladeó la cabeza, para calibrar la perfecta simetría de las figuras respecto al tema central, estudió los colores, las sombras, el tratamiento de la luz...

—Un icono ruso, como has dicho, pero de la escuela griega —dijo por fin—. El

conjunto respeta el esquema de los miniaturistas bizantinos, posiblemente porque se pintó bajo la influencia del arte monástico de iluminar biblias. —Buscó otros detalles reveladores y prosiguió—. La escena que representa es clásica en los iconos bizantinos. Los evangelistas Mateo, Marcos y Lucas aseguran que cuando Cristo culminó el monte Tabor, acompañado de tres de sus discípulos, se transfiguró iluminado por una luz celeste. Los teólogos interpretan este hecho como una anticipación de la gloria de la resurrección, que el autor representa de una manera casi absoluta. Fíjate —dijo volcado en su análisis— en la mezcla de los colores. Transmiten la sensación de una aparición sobrenatural. El destello de los rayos que surgen alrededor de Cristo se refleja sobre el Tabor e ilumina la ropa de los apóstoles postrados. El color azul se mezcla con el amarillo y el rojo, y produce una vibración óptica que convierte al icono en una pieza única. Jesús realmente se transfigura en esta obra —concluyó entusiasmado.

—Muy bien, muy bien —aprobó Soto—. Pero su disertación es puramente académica. Ha hecho la lectura docta de un entendido en arte, pero sin desvelar la verdadera alma del icono. La mayoría de las pinturas esconden símbolos herméticos que revelan su espíritu.

—No entiendo —dijo Frank confundido.

—Si pudiera leer el alma del icono comprendería que encierra un mensaje críptico. Atienda —le dijo, y con el dedo, sin tocar la frágil superficie, le señaló algunos detalles—. Hay seis figuras mayores colocadas en dos planos respecto al eje del icono: tres arriba y tres abajo. Este símbolo habla de la magia del tres y de la enseñanza de su gran iniciado, Hermes Trismegisto: «Lo que está arriba es como lo que está abajo...». A las tres figuras de arriba las acompañan otras cuatro, situadas dos a cada lado en pequeñas hornacinas, porque el cuatro, el número de la perfección en la mística griega, no puede eclipsar al tres, el número de la sabiduría absoluta. El cuatro sólo ratifica el mensaje. Y a las figuras de debajo las acompañan ocho figuras también encerradas en hornacinas o nichos porque transmiten la enseñanza del ocho, el número del infinito, del conocimiento más allá del mundo material, el número por excelencia de Fibonacci. ¿Qué se deduce de todo esto? —se preguntó a sí mismo para responderse—: Pues que este icono lo pintó alguien relacionado con las escuelas esotéricas del monte Athos, alguien que estudiaba las claves herméticas de la Biblia. Quizá un cabalista o un alquimista. ¡Vaya a saber! El pintor no sólo quería reflejar la realidad tangible de los Evangelios, la Transfiguración de Jesucristo. El icono representa la mística cristiana entrelazada con la egipcia. Después de todo, las Sagradas Escrituras son semíticas por naturaleza, y Moisés vivió en Egipto. ¿Entiende?

—Por supuesto —dijo Frank atento a sus explicaciones—. Pero ¿a qué viene esto?

—Escuche. Este icono formaba parte de la colección privada de un anticuario checo que conocí en Praga, aficionado al esoterismo. Me lo vendió porque pasaba serias dificultades económicas. Hicimos el trato y le pregunté de dónde procedía. ¿Sabe qué me respondió?

—No tengo ni idea.

—Que lo habían robado de la Galería Tretyakov de Moscú por encargo suyo. ¿Y sabe por qué? —Frank negó con la cabeza—. Porque para el anticuario este icono resumía el saber hermético de la Antigüedad. —El detective gesticuló con incredulidad—. Una gilipollez. Estoy de acuerdo con usted, pero cuando entra en escena el fanatismo cualquier cosa es posible.

—Insinúas que hay sujetos capaces de robar un cuadro por sus creencias metafísicas.

—Eso es —admitió—. Hay sectas con gran poder económico. Grupos fanáticos que se aferran a sus mitos y se atribuyen la obligación de rescatar para su custodia obras de contenido esotérico. ¿Le parece raro?

—A estas alturas ya nada me sorprende.

—Hitler encargó a la Gestapo rastrear obras con claves alquímicas, convencido de la capacidad de transmutación. El *Führer* también quería poseer la lanza de Longinos, el Arca de la Alianza, el Santo Grial, reliquias y amuletos, convencido de su poder mágico. Hay cientos de *hitlers* sueltos por el mundo. —Le cogió otra vez del brazo—. Tiene que saberlo todo sobre la tabla que busca —le recomendó—. Sólo así podrá seguir su pista. Por cierto, si algún día va a Praga no deje de visitar la galería de antigüedades Starozitnictvi Solidet, en la calle Francouzská; tiene una buena colección de pintura.

Regresaron al salón y Frank cogió su copa. Todavía quedaban unas gotas de vino y las apuró de un trago.

—Muchas gracias por tu ayuda —dijo sinceramente—. Pero ahora debo irme, Pilar me espera a cenar, y ya sabes cómo son las mujeres cuando nos retrasamos...

Soto sonrió y le acompañó a la puerta. Cuando salieron al jardín *Vermeer* ladró histórico. Soto le hizo callar a un golpe de voz.

—Si desea algo —le dijo—, aquí estaré.

Soto le había abierto los ojos hacia otra vía de investigación. En sus tiempos no había sectas ni grupos esotéricos mezclados en el tráfico de arte. La búsqueda había comenzado, debía permanecer activo y tener paciencia. Ése había sido siempre el secreto de su éxito. Tocaría todas las teclas hasta que una sonara, hasta que alguien se pusiera nervioso y levantara la liebre. La «teoría de la paciencia» la llamaban en el Grupo. «Cuando la paciencia de la víctima no tiene límite, la paciencia del verdugo se acaba», rezaba un viejo proverbio chino.

Dejó el automóvil en el aparcamiento subterráneo de la calle Arapiles, debajo de El Corte Inglés, y compró un ramo de rosas en el quiosco-floristería de la esquina. Pilar vivía en el número 10 de la plaza del Conde del Valle de Súchil. Alrededor del pequeño estanque central con surtidor varias niñas, la mayoría sudamericanas, charlaban de sus asuntos mientras los niños se columpiaban o deslizaban por los toboganes. También las nanas habían cambiado, no se parecían en nada a las que tuvo de pequeño.

Antes de abrir el portal se entretuvo en el escaparate de Futonia, una tienda de muebles japoneses. Pequeños jardines *hiraniwa* o jardines zen, de piedras y arena de sílice, se mezclaban con muebles de bambú, linternas de papel, lámparas de fibra vegetal trenzada y fuentecitas para armonizar la energía *feng shui*. La sola contemplación de esos muebles minimalistas le relajaba.

Entró sin llamar porque desde hacía meses Pilar le había confiado un juego de llaves. La encontró en la cocina, sudorosa por el calor de los fogones, con el ruido ensordecedor de la campana extractora de humos y la premura de terminar a tiempo.

—¿Todo va bien? —le preguntó cuando Frank le entregó el ramo de rosas. Nunca antes había tenido la delicadeza de regalarle flores sin ironía.

Frank no respondió. Se miraron fijamente y se fundieron en un beso.

—Creí que finalmente no vendrías —le dijo Pilar cuando sus labios se separaron.

Estaba guapísima pese a su aspecto desaliñado. Se sujetaba el pelo con una cinta ancha de terciopelo azul cerrada con un velero. Vestía el pantalón rojo de un viejo chándal, una camiseta de color crema y un delantal lleno de lamparones. Frank la alejó sin soltarle las manos, para mirarla mejor.

—No estás para la pasarela de Chanel, a decir verdad... —bromeó, y ella le azotó un par de veces con un trapo de cocina.

—Chanel... —susurró—. No me has dado tiempo —dijo quitándose el delantal—. Espera y verás. —Retiró la última cacerola que borboteaba en el fuego y se metió en el cuarto de baño.

Frank oyó el ruido de la ducha y se la imaginó desnuda, con el agua deslizándose por su cuerpo. Se imaginó su pubis blanco de jabón y sus pezones sobresaliendo entre la espuma. Estuvo tentado de entrar, de desnudarse y de amarla bajo el chorro del agua. Pero se contuvo. Cotilleó las ollas y las sartenes y salió de la cocina.

La mesa del comedor estaba ataviada con un mantel de hilo bordado, dos grandes copas para vino tinto, otras dos de tulipa para el cava, vasos para el agua, un juego de platos de la vajilla de La Cartuja que guardaba en un bonito aparador de nogal y unos cubiertos de plata que había heredado de su madre. En el centro dos ramilletes de lilas arropaban un candelabro de tres brazos.

Se sirvió un vermú con hielo y soda y conectó el estéreo. A cada lado del equipo se alzaba una columna con CD'S de música clásica y moderna. Eligió uno de Simone

que arrancaba con la canción *Procuro olvidarte*. Su mente se llenó de recuerdos. Recuerdos de sus primeros días cuando a la menor ocasión huían del mundo para vivir su amor en absoluta intimidad. Lejos del bullicio, de sus problemas y obligaciones. Le golpearon las imágenes de un fin de semana en Granada y una juerga sonada en la zambra de Enrique el Canastero, la única que sobrevivía en las viejas y legendarias cuevas del Sacromonte. La Gitana Elegante, apodo de una bailadora entrada en años, con su voz desgarrada, ronca y gastada, desgranaba en versión gitana *Procuro olvidarte*, mientras ellos vivían en una nube sin sospechar que se habían enamorado para siempre.

Se quitó la americana y se desembarazó de la cartuchera. La metió en un cajón del mueble mural que cubría una pared del comedor. A Pilar no le gustaban las armas, no le gustaba ver que iba armado porque le recordaba los peligros de su profesión. Entre las muchas cosas que le seducían de ella estaba su temperamento, su ímpetu, su energía desbordante y su independencia. Se consideraba un tipo duro, pero a su lado se sentía protegido, arropado ante los peligros de la vida, en perfecto equilibrio consigo mismo. Pilar se había ganado a pulso su posición profesional. Tras licenciarse en Historia del Arte trabajó de becaria en el Departamento de Conservación del Metropolitan Museum of Art, gracias a una beca de la Fundación Fulbright. Durante su estancia en Nueva York realizó varios cursos de peritación de arte y estudió técnica en los talleres de los mejores maestros de la restauración. Vivía en Manhattan, en un apartamento de Park Avenue con vistas a Central Park, a la Madison y la Fifth Avenue, entre las calles 75 y 76, cerca de la farmacia Zitomer, famosa por sus excelentes productos de cosmética. Un apartamento pequeño pero sumamente cómodo y bien situado que le prestó un amigo de la familia. Tenía amistades influyentes y un futuro inmejorable en la ciudad de los rascacielos. Pero el bullicio de Nueva York la asfixiaba. Le aterraba levantar la vista y contemplar un cielo de hormigón. ¿Dónde estaban las estrellas? Aborrecía el estilo de vida americano, la comida basura, la inseguridad de las calles. Odiaba la doble moral de la sociedad más poderosa del mundo. Cuando le ofrecieron trabajo en Madrid no lo dudó, hacía tiempo que soñaba con volver.

En casa de Pilar se sentía a gusto. Hasta el comedor llegaba el olor de las pinturas, disolventes y barnices que utilizaba en su trabajo. Entrar en su taller, para alguien neófito en el oficio, resultaba una experiencia emocionante, como Ali Babá cuando entró en la cueva del tesoro. Cuadros con desconchones, con la pintura cuarteada o la tela rota se mezclaban con libros deshojados, porcelanas hechas añicos, pergaminos raídos, estatuas desmembradas, muebles carcomidos, botes de pintura, aerosoles de lacas impermeabilizantes o pinceles de todos los calibres para efectuar los delicados retoques, repintes y correcciones que formaban parte del día a día de su oficio. En anaqueles de madera se apilaban diminutos tubos de pintura, frascos con

resinas y siliconas, bolsas de masillas hidrófugas, instrumentos de ebanistería, marquería y escultura, todo aparentemente mezclado pero en un orden perfecto. Las piezas que restauraba la obligaron a gastar una buena suma de dinero en un sofisticado sistema de seguridad. Una puerta blindada Fichet, dotada de sistemas antipalanca y antitaladro, una cerradura de seguridad de la misma marca, una caja fuerte Hamber y una serie de sensores magnéticos y de infrarrojos para detectar el movimiento y el calor convertían el piso en un pequeño bunker.

Abrió la puerta del balcón que daba a la plaza y respiró el aire fresco de la noche. La lluvia había limpiado la atmósfera. Dio un sorbo de vermú y se entretuvo en remover los cubitos del vaso con los dedos. Las farolas dibujaban sombras alargadas bajo sus pantallas. Las niñeras se habían marchado y los toboganes y columpios estaban vacíos como los pueblos abandonados. Sobre los bancos de piedra algunas parejas se arrullaban al amparo de la oscuridad. El silencio le permitía oír el ruido del surtidor en cuyo estanque se refrescaban las palomas. Levantó la vista. Frente al hotel Conde Duque le llamó la atención un Seat Ibiza azul de cinco puertas. Lo miró fijamente. Le pareció el mismo que había dejado atrás en la autopista. Las sombras de los árboles y la escasa luz de las farolas, que teñía los espacios de un color aciguatado, le impedían distinguir al conductor. Empleó un pequeño truco y cerró el puño ante el ojo para reducir el campo de visión y ganar nitidez. Aquel tipo le observaba. No había duda. Cerró la puerta del balcón y esperó unos segundos. Después corrió un poco las cortinas y miró hacia la entrada del hotel. El Seat Ibiza había desaparecido. Su hueco lo había ocupado rápidamente otro vehículo. Se frotó los ojos. Quizá había sido fruto de su imaginación.

El zumbido del secador marcaba una etapa más del ritual interminable del aseo de una mujer. Apuró el último trago de vermú, tiró el hielo sobrante al fregadero y metió el vaso en el lavaplatos. Simone entonaba las primeras estrofas de *Yolanda*, una canción de amor de Pablo Milanés. Subió el volumen. Un siseo le hizo girarse.

Pilar estaba radiante. Su melena rubia brillaba. Se había maquillado, perfilado los párpados con un lápiz de ojos, alargado las pestañas con rímel y pintado los labios con carmín. Giró sobre sí misma, con la maestría de las modelos en las pasarelas, y le mostró el vestido: un traje largo, rojo y blanco, de Moschino, comprado en la Via Borgognona, que le ceñía el cuerpo como un guante de seda. El escote dejaba ver el arranque de sus pechos. Frank la rodeó con sus brazos y bailaron las últimas estrofas de la canción.

Una luz diáfana se filtraba a través de los visillos y caía con fuerza sobre el edredón. A tuestas cogió su Patek Philippe y miró la hora. Las diez y cuarto de la mañana. Estaba desnudo bajo el cobertor y sintió el agradable calor del sol en su cuerpo. Quería despertarse el resto de su vida como aquella mañana. Descansado, relajado

después de una noche de pasión con la mujer que amaba, y con suficientes fondos en su cuenta corriente para no tener preocupaciones económicas.

Pilar entró en la alcoba. Frank vio su cuerpo a contraluz, sus curvas bajo el camisón de seda, sus pezones erizados por el roce de la tela, su pelo mojado, sus labios carnosos sin carmín y sus ojos limpios de rímel. La casa olía a café, a hogar.

—Levántate, gandul —le dijo Pilar tirando del cobertor.

—Métete en la cama.

—No te hagas el héroe —le replicó—. Anoche estabas más derrotado que un enano en los saltos de altura —bromeó.

—Métete en la cama —insistió—, y descubrirás al verdadero Frank.

Pilar soltó una carcajada y le besó fugazmente. Estaba alegre, juguetona. Su piel olía a vetiver.

—Dúchate mientras preparo el desayuno —le apremió. Desde la cocina llegaba el aroma del pan tostado.

Frank salió de la ducha con su albornoz y le besó en la mejilla. Se sentaron a la mesa de la cocina y Pilar sirvió el desayuno. Untó una de las tostadas con mantequilla, puso azúcar en el café con leche y lo removi6 con una cucharilla. Frank disfrutaba de las primeras horas de aquella mañana como pocas veces había tenido la ocasión de disfrutarlas. Por primera vez en mucho tiempo no tenía prisa por marcharse. Hacían una buena pareja, no cabía duda. Quizá había llegado el momento del cambio. Se lo había dicho, un poco en broma, y ahora quería retomar esa conversación de la noche anterior, pero no se atrevía por miedo a romper la magia de aquel instante. Se armó de valor y le cogió la mano.

—Nunca creí que me lo pidieras —dijo Pilar de pronto, como si pudiera adivinarle el pensamiento.

—Lo he rumiado mucho últimamente y quiero cambiar de vida...

—¿Qué quieres decir exactamente? —le preguntó, un tanto confusa.

—No sólo quiero que vivamos juntos —dijo Frank, procurando elegir bien sus palabras—, también quiero que cambiemos nuestras vidas.

—¿Y tu trabajo? ¿Y mi trabajo?

—Sé que no resulta fácil...

—Ya entiendo —musitó Pilar con un suspiro—. Quieres hacer realidad tu frase preferida: «Vivir no es necesario, navegar sí».

Frank asintió.

—Quiero comprar una masía en el Ampurdán —dijo con la mirada iluminada—, restaurarla y convertirla en un hotelito rural. Quiero vivir contigo en el campo, respirar el aire fresco de la mañana, escuchar el canto de los pájaros en primavera, sentir el sol en la cara mientras desayunamos en el porche...

—Para eso se necesita dinero, Frank, mucho dinero. ¿Cómo vamos a conseguirlo?

—Si tienes un sueño tienes la obligación de hacerlo realidad. —Pilar se limitó a mirarle, pensativa—. Hay algo que no te he contado —dijo Frank. Por unos segundos temió que el castillo de ilusiones que había levantado se derrumbara—. Si todo va bien, voy a cobrar ciento ochenta mil euros...

—¿Qué?... —Pilar conocía de sobra sus honorarios y sabía que nunca ascendían a más de cuatrocientas o quinientas mil pesetas.

Frank le explicó los entresijos de su último contrato, rompiendo la promesa formal de guardar secreto que había hecho al obispo. Le narró cómo había recibido una misteriosa nota que le citaba en el hotel La Bobadilla, los pormenores de la reunión, los motivos de la Iglesia para no denunciar el robo de una tabla y por qué le habían elegido a él para recuperarla. Pilar le escuchó con atención, casi sin respirar.

—Deja este asunto —le dijo tras meditar unos segundos, mientras le servía otra taza de café—. Con el dinero de la casa y mis ahorros podemos empezar.

—No puedo. Serán sólo unos meses, quizá unas semanas. Después, se acabó. Hasta tiraré al mar mi pistola para que no vuelvas a verla jamás —bromeó tratando de distender el ambiente.

La abrazó y sintió el calor de su cuerpo y esa extraña seguridad que le transmitía sólo con estrecharla entre sus brazos.

—Sólo te pido dos cosas —le susurró Pilar al oído, sin soltarse del abrazo.

—¿Cuáles?

—La segunda —dijo intentando ensortijar con el dedo los pelos de su pecho—, que en nuestro fu-tu-ro ho-gar —recalcó las sílabas— pueda instalar mi taller. No sabes cuánto me gustaría trabajar con luz natural, con ventanales llenos de sol...

—¡Concedido! —dijo como un subastador—. ¿Y la primera?

—Que me pongas al corriente de todo. Sufro cuando pasan los días sin tener noticias tuyas. Este asunto me preocupa muchísimo...

—Pensaba pedirte que trabajáramos juntos —dijo Frank complacido.

Pilar se libró del abrazo para mirarle a los ojos, pero Frank no bromeaba.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Como lo hiciste cuando nos conocimos... ¿Recuerdas?

—Sí, claro que me acuerdo —respondió confusa—. Pero entonces sólo tuve que certificar la falsedad de unas litografías. Ahora es diferente.

—Ahora —dijo— necesito que elabores un informe completo sobre la tabla. Un informe con todos los detalles posibles: época, pintor, escuela, tema, tamaño, cromatismo, simbolismo, copias documentadas, valor de mercado... Todo lo que sepas. No podemos dejar ningún cabo suelto. En cualquier detalle, por insignificante que sea, puede estar la clave para encontrar a los ladrones.

—El valor no puedo precisarlo porque el mercado se rige por las subastas.

—Me hablaron de un millón ochocientos mil euros —dijo Frank—. Al menos eso

establece la póliza del seguro.

—¿De qué tabla hablamos?

—De *La Virgen de la Mosca*.

—¿Sólo trescientos millones de pesetas por *La Virgen de la Mosca*?

—¿La conoces?

—¿Cómo no voy a conocerla? ¡No puedo creer que hayan robado ese cuadro!

—Me han ofrecido el diez por ciento del seguro...

—Esa tabla, o cualquiera otra de su época, vale muchísimo más. Los precios se han disparado los últimos años.

—Grosseto y Soto opinan lo mismo, ¿les recuerdas?

—Claro que les recuerdo.

—Dicen que las subidas van en consonancia con el desplome de la bolsa y los mercados financieros.

—El tema es más complejo —dijo Pilar—. En mil novecientos setenta, por ejemplo, se subastó el cuadro más caro hasta esa fecha, el *Retrato de Juan Pareja*, de Velázquez, en trescientos ochenta y cinco millones de pesetas. Una buena cifra, desde luego, pero acorde con el valor del coleccionismo, la calidad del pintor y del lienzo y la escasa circulación de obras de Velázquez. Durante la década de los setenta los mercados se contuvieron y no hubo alzas notables en los precios, pero en mil novecientos ochenta *Julieta y su niñera*, de Turner, se subastó en cuatrocientos cincuenta y cuatro millones de pesetas. Ahí empezó la locura —protestó—. Puede decirse que este cuadro marcó la salida en la carrera desenfrenada de los precios. Tienen razón Grosseto y Soto. Los inversionistas fueron los responsables. Las grandes firmas de subastas, como Christie's y Sotheby's, viendo el volumen de negocio, entraron de lleno en el juego. En sólo seis años *Los girasoles*, de Van Gogh, sustituyó a *Julieta y su niñera* en el récord: se pagaron más de cinco mil millones de pesetas en una subasta organizada por Christie's de Londres. ¡Y pensar que en vida Van Gogh vendió *Jardín en rojo* por cuatrocientos francos! Pero se sospecha que hay críticos al servicio de las casas de subastas que sobrevaloran las obras para conseguir precios más altos. Así se explica que, sólo un año antes, otro cuadro de Van Gogh, *Paseo de Alyscamps*, se vendiera en quinientos millones de pesetas. Pero nada comparado con el precio de *Muchacho con pipa*, de Picasso, un cuadro de su período azul subastado por Sotheby's en ochenta y cinco millones de euros. ¡El cuadro más caro de la historia hasta la fecha! Algunos meses después, en julio de dos mil cuatro, *Muchacha sentada en el virginal*, de Johannes Vermeer de Delft, lo subastó Sotheby's en treinta millones de euros. Parece ser que la baronesa Thyssen pujó por este pequeño cuadro pero se le escapó de las manos. Las firmas internacionales de subastas —siguió—, como Dorotheum de Viena, Koller de Zürich, Briest de París, Finarte de Milán y por supuesto Sotheby's y Christie's, han duplicado en pocos años

sus ganancias. Los grandes marchantes de finales del siglo diecinueve y principios del veinte como Ambroise Vollard, el primer agente de Picasso, Matisse o Cézanne, Paul Rosenberg, propietario de la famosa galería de su nombre en el veintiuno de la rue de la Boétie de París, o Henri Bénézit, crítico y comerciante de arte, jamás pudieron imaginar el rumbo que tomaría el negocio en la actualidad. El mercado del arte, e incluso el propio arte, se ha vuelto loco. Sólo así se explica que la Tate Gallery adquiriese varias latas con treinta gramos de mierda cada una excretada por el artista Piero Manzoni.

—¿Y en España?

—En España los precios se contienen porque no se subastan obras de grandes maestros internacionales. Hace un par de años *El anuncio de los pastores*, un óleo sobre tabla de Pedro Berruguete, se vendió en treinta y cinco millones de pesetas. *La crucifixión*, de Honorât Borrassa, un pintor a caballo entre los siglos catorce y quince, se adjudicó en el último momento a la Generalitat de Cataluña por ciento cuarenta millones de pesetas. Por la misma época *Mujer con un pequeño sombrero*, un retrato de Dora Maar pintado por Picasso, alcanzó los setecientos millones de pesetas, pero nada comparado con los dos mil millones que se pagaron durante el mismo período en Londres por el óleo *Cosecha en Provenza*, de Van Gogh. Sin ir más lejos, en noviembre de dos mil Christie's de Nueva York subastó *Mujer con los brazos cruzados*, de Picasso, una de las obras más significativas del período azul, en diez mil quinientos sesenta millones de pesetas, la quinta obra más cara vendida en una subasta. A fecha de hoy sólo lo superan unos pocos, como el *Retrato del doctor Gachet*, de Van Gogh...

—Según tú —la interrumpió Frank—, ¿cuál sería el precio en una subasta internacional de *La Virgen de la Mosca*?

—Es difícil saberlo —musitó pensativa—. Como te he dicho, depende del momento, de la publicidad, de la casa de subastas, del interés general por la obra... Pero a grandes rasgos podríamos hablar de entre tres y cinco millones de euros, entre quinientos y ochocientos millones de pesetas o más. Vete a saber.

Frank soltó un silbido de admiración.

—Creo —dijo convencido— que tendré que revisar mi comisión al alza.

—Tu vida vale más, mucho más —dijo Pilar tomándole la mano—. Deja este asunto, por favor, es demasiado peligroso.

—No puedo —repitió—. Si acepté es sólo por dinero y porque tengo suficiente experiencia.

—No lo dudo —admitió ella—, pero la delincuencia ha cambiado, tu vida ha cambiado. Antes estabas en la policía, dirigías un grupo de investigación, tenías medios técnicos y humanos, y ahora estás completamente solo.

—Te tengo a ti —dijo para zanjar la discusión—. Tengo una ilusión y tengo

amigos en la policía. Hay gente que me debe favores y ha llegado la hora de cobrárselos. —Pilar bajó la cabeza con resignación—. Anticípame algo sobre la tabla —le pidió él.

—No conozco los detalles más allá de los textos de las enciclopedias de arte —dijo con sequedad—. Dame un poco de tiempo para consultar a otros expertos, para leer varios libros que me rondan por la cabeza, y confío en poder ayudarte.

—Necesito saber al detalle qué busco para saber dónde puede estar. ¿Lo comprendes? —Pilar asintió con gesto serio—. ¿Sabes qué tamaño tiene? —insistió.

—No lo recuerdo exactamente. Pero no más de un metro de lado. ¿Por qué?

—Encaja con la teoría de Grosseto —reflexionó Frank—. Sólo los cuadros de pequeño formato pueden robarse con la velocidad de una centella.

Mientras Pilar ponía los platos y las tazas del desayuno en el lavavajillas y arreglaba la cocina, Frank aprovechó para vestirse de prisa, abrir el cajón del mueble mural y ajustarse la cartuchera bajo la axila izquierda sin que le viera.

Se despidió con un beso y la promesa de llamarla aquella noche. Al llegar al portal echó un vistazo a la plaza. No vio ningún Seat Ibiza azul. Eso le tranquilizó. No iba a dejarse cazar. Si alguien le seguía podía haber cambiado de vehículo, haberlo aparcado en una calle próxima, o vigilarle camuflado entre los transeúntes que contemplaban los escaparates o paseaban a sus perros. Debía moverse con celo. La primera regla aconsejaba fijarse en algo concreto. De nada servía anotar la matrícula del coche sospechoso o la forma de vestir del conductor. Había que fijarse en pequeños detalles, en la marca de los neumáticos, en el tipo de sujeción de las llantas, en posibles arañazos de la pintura, en un lunar o una cicatriz, en la forma de las cejas, de las uñas... Durante su permanencia en el Cesid le entrenaron los *watchers*, agentes de la Sección A del MI-5 encargados de identificar y vigilar a las personas que entrañaban un riesgo para la seguridad de Inglaterra. Recordaba muy bien sus consejos.

La plaza estaba tranquila. Caminó hacia el aparcamiento subterráneo de la calle Arapiles y se detuvo frente al escaparate de la Óptica Súchil para comprobar en su reflejo si alguien le seguía. No vio nada. Apretó el paso y se detuvo en el quiosco de prensa de la esquina del hospital de Madrid. Compró el periódico mientras disimuladamente inspeccionaba los alrededores. Tampoco vio nada extraño.

Abrió el coche, se sentó al volante y guardó silencio para escuchar el ruido de unos pasos, el golpe de una puerta al cerrarse, algo que le pusiese sobre aviso. Pero no escuchó nada. Arrancó el motor y ganó la calle. Cada vez que efectuaba un giro comprobaba por los retrovisores si otro automóvil copiaba su maniobra. Quizá se había obsesionado con el Seat Ibiza azul. Al entrar en la autopista, tras pasar la Puerta de Hierro, se colocó en el último carril de la izquierda y aceleró. Durante quince

minutos rodó a más de ciento ochenta kilómetros por hora. Dejó atrás al resto de automóviles. Nadie le seguía. Sólo esperaba que la Guardia Civil no hubiese activado los radares.

Capítulo 3

No conocía Toro pero le resultó fácil orientarse. Entró en la ciudad por la puerta de la Corredera, el único vestigio del segundo recinto amurallado. Casas de poca altura y balcones de piedra y forja dejaban constancia de un urbanismo medieval que había resistido el paso del tiempo. Por una calle estrecha alcanzó la plaza de Santa Marina, presidida por la torre del Reloj. Aparcó en la plaza y contempló el vuelo de las cigüeñas sobre el último cuerpo de la torre. Sus nidos formaban parte del decorado.

Observó a lo lejos el cimborrio de la Colegiata y caminó en su dirección por la calle de la Puerta del Mercado. Entró en una churrería para tomar un tentempié mientras planificaba su actuación. Dos chicas atendían la barra. Pidió un café con leche y cuatro churros. Las paredes mostraban carteles de fiestas taurinas y eventos deportivos. Las mesas se apiñaban unas junto a otras, bañadas por el tímido sol de la tarde que entraba por la cristalera. Sacó su bloc de notas y repasó los datos de la entrevista con el obispo. Bebió, espolvoreó azúcar en un churro y le dio un mordisco. Estaba delicioso.

El obispo le había hablado de una operación limpia. Los ladrones entraron sin violentar puertas o ventanas descolgaron la tabla y salieron con la rapidez de un pestañeo en pleno ulular de la sirena. Las alarmas estaban conectadas a una central receptora o directamente al cuartel de la Guardia Civil. En el segundo caso el tiempo de reacción se reducía en uno o dos minutos. Pero de cualquier modo, mientras comprobaban la veracidad de la alarma y acudían, no pasaban menos de diez minutos. Tendría que verificar el tipo de puertas y el sistema de seguridad que protegía la tabla, y medir el tiempo que llevaba entrar, robarla y salir. Suponía que todo ello no podía exceder de ocho minutos para tener un margen de fuga de al menos dos minutos. Pero en cualquier caso cronometraría los tiempos y después se haría pasar por inspector de la compañía de seguros e intentaría sonsacar más información al jefe de seguridad.

—¿A qué hora abren la Colegiata? —preguntó a la camarera.

—A las cuatro —contestó la chica de forma automática, porque todos los turistas preguntaban lo mismo.

Bebió el último sorbo de café con leche y dio buena cuenta del cuarto churro. Después pagó y salió.

El sol, que había dominado las primeras horas de la tarde, se ocultó tras un espeso manto de nubes. Un cielo gris, repleto de estratos, amenazaba tormenta. Soplaban un aire helado que cortaba la cara. Se echó el aliento en las manos y continuó su paseo. Tenía una hora de margen para inspeccionar los alrededores y estudiar las vías de fuga que habían utilizado los ladrones. Por la calle de la Puerta del Mercado llegó a la plaza Mayor, presidida por la Casa Consistorial. Un coche de la policía municipal

guardaba la entrada. En la plaza de Bollos de Mito se entretuvo en el escaparate de una tienda de vinos.

Anduvo unos pasos y se encontró en la plaza de la Colegiata. Contempló embelesado su arquitectura cuidada y monumental, tras una reciente restauración. La fecha exacta de su fundación se desconocía, pero los historiadores aventuraban hacia mediados del siglo XII, porque en 1240 ya figuraba en un documento eclesiástico. La Colegiata revelaba, incluso a los ojos del profano, dos períodos de construcción bien diferenciados por las piedras de su fábrica. Primero se utilizó piedra caliza basta y después piedra arenisca de tono rojizo. Al segundo período correspondía el cimborrio de la nave central, que imitaba el estilo de la torre del Gallo de Salamanca. La imagen de la Colegiata le reconcilió con el arte, con sus propias grandezas y miserias. Sintió una extraña sensación en las tripas, la misma que le llevó a la captura de Erik el Belga. Otra vez estaba en la brecha.

Las nubes se hicieron más espesas y empezó a lloviznar. Había recorrido durante casi una hora las calles aledañas a la Colegiata y ya no albergaba ninguna duda. Los ladrones habían huido por el laberinto que formaba la antigua judería. Un dédalo de callejuelas estrechas, umbrías, solitarias, abiertas a grandes descampados, y de casas bajas de pocos vecinos. Algunas callejuelas conducían a la salida de la ciudad. A la carretera que permitía llegar a Zamora o a Tordesillas para enlazar con la autovía A-6. Pensó en un grupo reducido, en tres o cuatro personas a lo sumo, para pasar completamente desapercibidas.

El cielo se iluminó con el destello de un relámpago y la llovizna se convirtió en un fuerte aguacero. El agua empezó a calarle la ropa. Su chaqueta de pana no era impermeable. Sintió frío, un frío intenso que le hizo tiritar. Apretó el paso y alcanzó la puerta de la Colegiata en el pórtico septentrional, una espléndida muestra del románico zamorano de arquivoltas con motivos vegetales y religiosos. Se sacudió el agua y se secó las manos y la cabeza con un pañuelo. Antes de entrar inspeccionó la cerradura. Una cerradura antigua, gruesa, pesada, de simples pestillos, fácil de abrir para alguien experto en el manejo de palanquetas y ganzúas.

La lluvia y el frío habían disuadido a los visitantes. Una joven sentada a una mesa se encargaba de cobrar el donativo que permitía visitar el pórtico de la Majestad y la sacristía. La saludó y levantó la vista hacia la cúpula del cimborrio. Se acercó al altar Mayor, que exhibía un retablo barroco del siglo XVIII labrado por el maestro Gavilán Tomé, y contempló la planta formada por tres naves de tres tramos que desembocaban en tres ábsides semicirculares. El tres, número mágico y simbólico, el número de los dioses, el número de Hermes Trismegisto. Recordó a Soto y su interpretación del icono de la Transfiguración.

Dio una vuelta y descubrió la imagen de una Virgen embarazada, una iconografía bastante rara en el arte sacro, y cuatro sepulcros de nobles toresanos esculpidos a

principios del siglo XVI con decoración flamenca. No observó ningún tipo de sensores de infrarrojos o magnéticos. No había ningún sistema de seguridad activa. Pagó el donativo, bajo la mirada atenta de una mujer que sacaba lustre a los bancos con la ayuda de un trapo y un bote de cera, y se plantó ante el pórtico de la Majestad. No pudo reprimir un pequeño gesto de admiración. Construido en 1240, había recobrado su esplendor y policromía tras una minuciosa restauración. La iconografía del mainel, las arquivoltas, el tímpano, las jambas y la rosca exterior narraban la vida de la Virgen y la infancia de Cristo, con figuras de arcángeles, profetas, reyes del Antiguo Testamento, santos, vírgenes, músicos, escenas del Juicio Final, de la resurrección, del purgatorio, del paraíso y del infierno.

Una segunda puerta, blindada, protegía la sacristía, vigilada por una señora entrada en años. Miró con disimulo la cerradura, una cerradura de seguridad Fichet, más difícil de abrir que la anterior, pero también vulnerable para un experto. La ausencia de sensores en las naves había permitido a los ladrones trabajar con absoluta tranquilidad. Descerrajar una puerta blindada sólo requería tiempo.

La sacristía presentaba objetos de orfebrería, pinturas e imaginería expuestos de manera caótica. En una pequeña vitrina, protegida por un sensor magnético, se exhibía, en lugar de la original, la copia de *La Virgen de la Mosca*. Pilar tenía razón. No excedía del metro de lado. Grosseto también había acertado. Se trataba de una pintura de pequeño formato, relativamente fácil de robar. Sólo el sensor magnético en el marco de la vitrina protegía la joya de la Colegiata. El mismo sensor que disparó la alarma. Junto a *La Virgen de la Mosca* colgaba, sin ninguna medida de protección, un *San Jerónimo* de grandes proporciones, que copiaba el modelo de José de Ribera.

Contempló durante unos minutos un calvario de marfil y carey, de la primera mitad del siglo XVII. La talla, de una sola pieza a excepción de los brazos, tuvo que esculpirse sobre un colmillo de notables proporciones, a tenor del diámetro y la curvatura del cuerpo. Nunca antes había estado en la Colegiata. Nunca antes había contemplado aquel calvario, y sin embargo le resultaba familiar. Pronto lo recordó: su fotografía figuró entre las dos mil quinientas del catálogo de objetos robados más buscados por la Interpol.

Se colocó de nuevo ante la copia de *La Virgen de la Mosca*. Miró el segundero de su Patek Philippe y cronometró el tiempo que llevaría descolgar la tabla y caminar a paso normal, sin prisas, hacia la puerta de la calle. Sólo tardó dos minutos y medio en salir. Dos minutos y medio sonando la alarma pero entre seis y ocho para emprender la fuga. Los ladrones conocían perfectamente las medidas de seguridad. Sabían que no hacía falta desactivar el sensor magnético.

¿Para qué arriesgarse? Sonando la alarma tenían tiempo suficiente. Regresó a la sacristía, se colocó frente a la tabla otra vez y repitió la operación con paso más lento. Tres minutos en total. Entre cinco y siete minutos de margen para la fuga. Mucho

tiempo.

Iba a ejecutar una tercera comprobación cuando un vigilante le cortó el paso. Sus idas y venidas habían alertado a la señora que custodiaba la sacristía.

—Perdone —le atajó el hombre—, ¿puede identificarse?

—¿Por qué debo hacerlo? —respondió con naturalidad.

—Pura rutina, señor.

—Ya sé —dijo para evitar mostrarle la documentación—. Recela de mi actitud por la alarma del otro día. ¿No es así?

—¿Cómo sabe?...

—Soy inspector de la compañía de seguros —afirmó Frank mirando en círculo a su alrededor— y compruebo que todo esté en orden.

El vigilante dudó unos segundos.

—Lo siento pero tendrá que identificarse —insistió.

Frank metió la mano con cuidado en el bolsillo interior de la chaqueta, para no descubrir su pistola, y fingió sorprenderse.

—Lo siento, pero con las prisas he olvidado la cartera en el coche. ¿No pretenderá que vaya a buscarla con este aguacero? —dijo, y antes de que reaccionara le propuso—: Llame al jefe de seguridad y que hable con el señor obispo. Está al corriente de mi visita.

—Sólo yo custodio la Colegiata —determinó—. No hay jefe de seguridad.

—Entonces es usted la persona que busco.

Había logrado tranquilizarle. Lo notó en sus gestos y palabras, más relajados que al inicio de la charla. La mujer dejó de mirarles al comprobar que entablaban diálogo y regresó a su puesto en el interior de la sacristía.

—¿Cómo se llama? —le preguntó el vigilante.

—Frank —dijo—, Frank Dónovan.

Sacó un teléfono móvil de la funda que colgaba en su cintura, junto a las esposas y el revólver, y efectuó una llamada.

—Póngame con el señor obispo —dijo con autoridad—... de Santiago Senillosa... Bien... Sí..., sí..., de acuerdo. Está aquí el señor Dónovan. De la compañía de seguros... No se preocupe..., perdone...

Guardó el teléfono en la funda y le tendió la mano.

—Perdone —dijo estrechándosela—. Pero tal y como están las cosas no puedo fiarme de nadie. Me llamo Santiago Senillosa y estoy a su disposición para lo que guste.

—¿Ha hablado con el obispo?

—No —respondió—. Monseñor no estaba en su despacho pero su secretario, el padre Bonatti, me ha confirmado su identidad.

Frank tragó saliva aliviado. El padre Bonatti parecía tener cierta autoridad.

Recordó su traje hecho a medida y su aspecto imponente.

—Permítame que le felicite —espetó para seguir con su adulación y ganarse su absoluta confianza.

—¿Por qué?

—Porque ha seguido a la perfección el protocolo de una identificación rutinaria: permanecer a un metro y medio de distancia como mínimo del sujeto a identificar, desabrochar el arma con disimulo, no apartar la mirada de sus ojos para prever cualquier acción violenta y atrasar un poco la pierna para repeler de una patada un intento de agresión. —Hizo una pausa y terminó—: No es frecuente que un vigilante atienda con tanta profesionalidad las normas. Conozco a muchos, créame, y no es frecuente. A veces no tienen la formación suficiente. Les entregan la porra y la pistola, y ¡hala!, a trabajar.

—Verá, señor Dónovan —habló con orgullo—. Tengo cincuenta y cinco años y hasta los treinta y cinco pertenecí a la Benemérita. —Bajó la mirada hacia el suelo, como si recordase más fácilmente en aquella posición, y siguió en tono de nostalgia—. Tuve un accidente de tráfico. Me salí de la carretera a causa del hielo, di varias vueltas de campana y me empotré contra un árbol. Me destrocé la rodilla izquierda. Quedé inútil para el servicio. Cuando llevo un rato de pie me entra un dolor en la rótula insoportable y empiezo a cojear. Con mis piernas no podría derribar ni a un pelele. En eso se ha equivocado.

—Éste no es un mal empleo —repuso, para no preguntarle directamente cómo había ocupado el puesto de vigilante.

—No, no, desde luego —admitió por si había interpretado mal sus palabras—. ¡Dios me libre de quejarme! Sería completamente injusto. Estoy contento, gano un buen sueldo, puedo descansar muchas horas. En diez años mi rodilla ha mejorado muchísimo porque me paso la mayor parte del tiempo sentado —dijo señalando con el dedo un banco junto a un sarcófago—. Y todo se lo debo a monseñor Salgado. Un buen hombre.

—¿Le dio el empleo?

—Sí —afirmó, y le propuso—: ¿Le importa si charlamos sentados?

—No, claro que no.

Se acomodaron en un banco situado bajo el órgano de la Colegiata. El vigilante abrochó el corchete de la cinta de cuero que sujetaba el arma a la funda. Pasaba muchas horas sin hablar con nadie y Frank le había soltado la lengua. Había roto su rutina.

—No conocía al señor obispo —siguió el vigilante—, pero un amigo del Cuerpo le habló de mi situación. En casa el mundo se me venía encima. No sabía qué hacer para matar las horas. Sólo vivía para lamentarme de mi mala suerte. Quejarme del dolor de pierna, meterme con mi mujer por cualquier tontería, dar collejas a los niños

a la mínima. No quería salir a la calle porque la cojera me parecía algo indigno, ridículo. ¡Fíjese qué tontería! Me pasaba las horas frente al televisor, bebiendo cerveza y echando barriga. Mi pensión no llegaba a final de mes y mi mujer tuvo que fregar escaleras. Me sentía inútil. Un parásito que ni siquiera podía mantener a su familia. Un día llamó el obispo a mi puerta y me dijo: «Santiago, necesito a un hombre como tú. Un hombre honrado, trabajador, un hombre bregado en asuntos que escapan a la tutela de Dios y de sus siervos». Y al cabo de unas semanas, tras cumplimentar el papeleo, ingresé de vigilante en la Colegiata. Ésa es la historia.

—Sabia decisión —dijo Frank meditabundo.

—Sí, desde luego. Hace años robaron el calvario. Seguramente eso decidió al obispo a contratar un vigilante.

—Mucho antes —se lamentó— la Colegiata ya sufrió la visita de los ladrones.

—¡No me diga!

—¿Ha oído hablar de la custodia de Toro?

—No, nunca.

—La mayor parte del tesoro —le explicó el detective sin entrar en demasiados detalles—, principalmente los ornamentos de la liturgia y algunas alhajas, fueron donados en mil cuatrocientos ochenta y seis por el obispo de Coria. Entre las piezas que guardaba la Colegiata había una magnífica custodia de plata labrada en mil quinientos treinta y ocho por el orfebre Juan Gago. Los expertos la consideraban una pieza excepcional, una joya de la orfebrería. En mil ochocientos noventa la robaron con cuanto había de valor en el archivo. Nunca se recuperó.

—En este país nunca aprenderemos —dijo resignado—. Por suerte esta vez ha sido un fallo técnico. ¡Menudo susto! Cuando me llamó el deán para decirme que la alarma se había disparado temí lo peor.

—¿Qué ocurrió exactamente?

—Un fallo del sistema —dijo reclinado en el banco para estirar la pierna—. Ayer inspeccionaron el circuito dos técnicos de la empresa de seguridad. —Movié la cabeza en desaprobación—. No se pusieron de acuerdo. Uno atribuía el fallo a un campo electromagnético originado por un rayo, y el otro a la vibración del cristal protector a causa de un trueno. Las dos hipótesis parecen factibles porque llevamos una semana que no deja de llover y relampaguear, y la noche en cuestión cayeron varios rayos aquí cerca, a no más de cien metros, y retumbaron hasta los cimientos de las casas. Estos sensores son muy delicados y a la mínima se disparan.

—¿Acudió enseguida?

—Enseguida, enseguida, no —dijo como si necesitara justificarse—. Tardé unos minutos. Vivo cerca pero estaba acostado y en atender la llamada del deán, vestirme y acudir pasaron unos veinte minutos. De hecho la Guardia Civil llegó antes que yo.

—¿Cuánto tardó la patrulla?

—No mucho —dijo pensativo, para aventurar—: unos ocho minutos. Ya conoce el procedimiento: se dispara la alarma, se recibe el aviso en el cuartelillo y sale una patrulla de inmediato. El sistema está conectado directamente con la Guardia Civil para ganar tiempo. Sea una alarma verdadera o falsa, como en este caso, siempre acude una patrulla por si acaso.

—¿Sólo hay el sensor de la vitrina?

—Aquí arriba sí.

—Perdono mi falta de información —se disculpó Frank para no levantar sospechas—, pero es la primera vez que inspecciono la Colegiata y tengo que elaborar un informe. ¿Le importaría aclararme lo del sensor?

—Es lógico que su compañía se preocupe por la seguridad. Al fin y al cabo ustedes perderían una buena suma si se produjera un robo. ¿No es así?

Frank asintió con un gesto de complicidad e insistió:

—¿Hay otro dispositivo?

—En esta planta no. Las piezas más valiosas, como el calvario, se suben todos los días desde la cámara acorazada del sótano para ser expuestas y después se vuelven a guardar. Aquí debajo —señaló con el dedo una de las losas de piedra— hay sensores de infrarrojos, de movimiento, células fotosensibles, un sistema complejo prácticamente invulnerable y una cámara acorazada de acero, con puerta de acero y cerradura de acero de apertura retardada. Ni siquiera con un butrón puede accederse a ella porque hay sensores sísmicos enterrados que detectan la más mínima vibración.

—Sin embargo —le recordó Frank— acaba de decir que se temía lo peor.

—Bueno, ya sabe que no hay un sistema seguro al cien por cien. Además, *La Virgen de la Mosca* no se mueve de su sitio.

—No le entiendo.

—Al principio —le aclaró— se trasladaba a la cámara acorazada. Pero un día llegó un grupo de expertos del Patrimonio Nacional y desaconsejaron mover a diario la pintura porque sufría, según dijeron, un deterioro por el solo hecho de colgarla y descolgarla, manosearla, cambiarla de lugar... y eso que utilizaba guantes —aclaró para evitar cualquier sospecha de falta de profesionalidad por su parte—. Entonces se decidió dejarla en su sitio. Se blindó la puerta de la sacristía, se construyó la vitrina, también por consejo de los expertos del Patrimonio, y se instaló el sensor magnético conectado con el sistema central de alarma vía teléfono y radio. —Sonrió—. Su compañía puede estar tranquila.

—¿Inspeccionó la Guardia Civil la sacristía?

—¿No dudará de su eficacia?

—Al contrario, al contrario. Estoy convencido de que siguieron el procedimiento, y me gustaría reflejarlo en mi informe. Sólo eso.

El vigilante respiró satisfecho al entender que compartía sus simpatías por la

Guardia Civil.

—El fallo del sistema —siguió— se produjo sobre la una y media de la madrugada. Por suerte estaba aquí el señor obispo y se hizo cargo inmediatamente de la situación.

—Sé que no me incumbe —anticipó Frank para disimular—, pero ¿qué hacía el obispo a esas horas en la Colegiata?

—¡Trabajar, trabajar y trabajar! —vociferó sin contener el orgullo ajeno—. Déjeme que le diga una cosa. Si todos trabajáramos como el señor obispo otro gallo le cantaríamos a este país.

—No le conozco personalmente —mintió—, pero deduzco que dedica muchas horas a la administración y los asuntos de su diócesis.

—No le quepa la menor duda —convino—. A veces incluso duerme aquí. Como la otra noche, o la mayoría de los jueves cuando confiesa en persona. Hay un par de habitaciones acondicionadas para huéspedes —le explicó—. Suelen usarlas los sacerdotes, en especial los jesuitas, que visitan la Colegiata para realizar estudios.

—Comprendo.

—Sobre las diez —siguió, con el único propósito de ser cortés— se presentó monseñor para despachar con el deán. Le había llamado por la mañana para convenir la cita. Lo sé porque me pidió que encargara la cena en un restaurante vecino. A las diez y media trajeron la cena, comieron y después repasaron las cuentas, hablaron de la marcha de la diócesis, de las últimas pastorales, de los beneficios de la restauración de la Colegiata, de algunos préstamos a la próxima exposición de las Edades del Hombre, y de otras muchas cosas. —Advirtió una mueca de picardía en su rostro y se apresuró a dejarle el asunto claro—. ¡No piense que uno anda con la oreja puesta! Simplemente al entrar y salir se oyen cosas. ¿Entiende? —Frank esbozó una sonrisa de comprensión, y el vigilante siguió—. Llovía, llovía a mares como esta tarde. Hacia las doce y media de la noche el deán se marchó a su casa, pero monseñor decidió quedarse a dormir. Zamora sólo está a treinta y tres kilómetros, pero de noche cerrada y con tormenta es un trago conducir hasta allí.

—¿Y después?

—No sé qué más puedo decirle. —Dudó durante unos instantes—. Yo también me marché y a eso de la una y media me llamó el deán para que viniera rápidamente porque había saltado la alarma. Cuando llegué ya estaba aquí la patrulla de la Guardia Civil. Hablé con ellos. Habían inspeccionado la Colegiata de arriba abajo. Todo estaba en orden. Puertas y ventanas perfectamente cerradas. Ningún cristal roto, ninguna reja forzada. La cámara acorazada sin un arañazo. La sacristía cerrada a cal y canto. Los objetos en su sitio. Ningún signo de violencia. Un susto. Un buen susto pero nada más, por suerte para nosotros, y para su compañía.

Frank se levantó. Ya sabía algo más. Pero nada concluyente. Nada que le

permitiera iniciar una vía de investigación. Buscaría entre sus viejos conocidos. Entre quienes nunca emplearon la violencia pero vaciaron museos y ermitas. Entre quienes robaban por amor al arte. Posiblemente alguien había vuelto a las andadas.

Los ladrones abrieron dos puertas. La primera sin ningún esfuerzo, utilizando un juego de ganzúas. La segunda, casi con absoluta certeza, con la ayuda de una llave maestra. En el mercado del hampa circulaban este tipo de llaves aunque a precios elevados. La falta de un sistema de seguridad periférico les permitió trabajar con calma, con mucha calma para abrir la segunda puerta, la puerta blindada de la sacristía. Después abrieron la vitrina con una llave de contadores, una llave universal de paso cuadrado de las que venden en cualquier ferretería, y se dieron a la fuga con la alarma sonando. ¡Qué les importaba! Total, sólo precisaron dos o tres minutos para descolgar la tabla y salir por la puerta. La patrulla de la Guardia Civil acudió muy rápido. Sólo tardó siete u ocho minutos. El tiempo necesario para alcanzar en automóvil la salida de Toro. Dos individuos entraron, descolgaron la tabla mientras un tercero les esperaba con el motor en marcha. Estaba convencido de que fueron tres. Una operación matemática, cuidada hasta el mínimo detalle. El obispo, el primero en acudir, el único que permanecía en la Colegiata, descubrió el robo. A los pocos minutos llegó el deán. Planearon el cambio del original por la copia. No había tiempo que perder. Los segundos corrían en su contra. Abrieron la cámara acorazada con una combinación de urgencia, sacaron la copia y la colgaron. Ocho minutos fueron suficientes. Cerraron la vitrina, cerraron las dos puertas, y asunto concluido. La Guardia Civil comprobó la falsa alarma, se marchó, y la maquinaria del Vaticano se puso en funcionamiento.

La mujer al cuidado de la sacristía cerró la puerta y le entregó la llave al vigilante. La joven hacía media hora que también había cerrado el acceso al pórtico de la Majestad. Fuera el aguacero arreciaba con fuerza. Los relámpagos iluminaban el cimborrio a través de las estrechas ventanas, y las geometrías de los rosetones desaparecían bajo la intensidad de sus destellos. Un trueno retumbó en lo alto de la cúpula.

—¿Usted guarda las llaves? —le preguntó al vigilante.

—No, no —respondió—. Sólo me encargo de llevarlas al despacho del deán.

—¿Alguien más tiene copias?

—De la puerta de acceso a la Colegiata y del pórtico de la Majestad hay varios juegos, pero de la sacristía no. —Le mostró la llave Fichet, con tija de doble guarda y ojo triangular—. Estas llaves no pueden duplicarse. Tienen un código —señaló el lugar— y solamente puede copiarlas la propia marca.

—¿Dónde se guardan?

—En un armario del despacho del deán.

—¿Quién conoce la combinación de la cámara acorazada?

—Sólo el deán. La cámara está programada para abrirse a una hora en concreto. —No estaba autorizado a desvelarla—. Si surge alguna emergencia dispone de una segunda combinación para abrirla en cualquier momento.

—¿Podría hablar con el deán?

—Se ha marchado —lamentó—. Don Felipe solicitó hace años plaza en una casa de ejercicios espirituales de Funchal, y ayer mismo le llegó la orden de traslado a la isla de Madeira. Esta madrugada un coche del obispado le ha llevado a Madrid para tomar el avión, y mañana una empresa de mudanzas vendrá a recoger sus cosas. Menuda suerte vivir en un paraíso —afirmó con envidia—. ¿Conoce Madeira?

—Sí.

—¿Le gusta?

—No está mal —admitió sin ningún convencimiento—. Se vive a un ritmo que permite contemplar las cosas bellas.

—Cuando me jubile voy a regalarme un viaje a Madeira. ¿Sabe que Colón vivió en Porto Santo?... ¿Sabe que en la iglesia de la Santísima Trinidad hay enterradas tres monedas de oro?...

Frank simuló asombro. Poco más podía averiguar del vigilante empeñado en seguir la conversación sobre la isla de Madeira. Le tendió la mano y le agradeció el tiempo que le había dedicado. Se levantó para corresponder al saludo.

—¿Ya se marcha?

—Todavía no. Voy a quedarme unos minutos para hacer turismo. Ya le he dicho que nunca había estado en la Colegiata.

—Quédese cuanto guste. Todavía falta una hora para cerrar. —Le estrechó la mano y se disculpó—. Tengo que marcharme. Si me necesita mándeme llamar por Matilde.

Al oír su nombre, la mujer que lustraba los bancos se giró hacia ellos. El vigilante la saludó y salió por una puerta lateral. Frank sintió frío mientras caminaba por la nave. Estornudó un par de veces. La humedad le calaba los huesos. Notó su cuerpo aterido, los músculos agarrotados, un intenso escalofrío. Se tocó la frente. Tenía un poco de fiebre. La mujer se acercó.

—¿Qué hace con la chaqueta puesta? —le regañó como una madre a su hijo—. Ande, démela —dijo con la mano tendida.

—Gracias pero ya me marcho —alegó para no verse obligado a entregarle la chaqueta. No podía quitársela sin dejar a la vista su arma.

—¡Ni se le ocurra hasta que se calme la tormenta!

—De acuerdo. Le haré caso —dijo—. ¿Cree que dejará de llover?

—¿Quién sabe?, pero marcharse ahora es una locura. No va preparado para el agua —certificó mirando su atuendo—. Si tuviera un paraguas se lo prestaría, pero con el viento le serviría de poco. Antes de la restauración —prosiguió con ganas de

conversar— rezaba para que no lloviese porque las techumbres estaban de pena y había goteras. Ahora, cada vez que llueve, rezo para dar gracias a Dios porque las han reparado. En fin, que me paso la vida rezando y limpiando. —La bóveda resplandeció con una chispa eléctrica seguida de un trueno lejano—. No he hecho otra cosa en mi vida que trabajar. Tengo sesenta y cuatro años y desde los doce no he parado un solo día...

—¿Siempre ha trabajado en la Colegiata?

—No, sólo desde hace cinco años. Antes servía en una casa particular —le aclaró con pesadumbre—, pero los señores se hicieron mayores y sus hijos les ingresaron en una residencia. Entonces Senillosa me dijo que la mujer de la limpieza iba a marcharse, y no me lo pensé. A los pocos días ya estaba pasando el mocho por el altar Mayor. No sabe lo raro que se me hizo las primeras veces. Porque una cosa es quitar el polvo a un televisor, a un mueble, a un jarrón o a una pianola, pero otra muy distinta al altar, al viril del Santísimo, al hostiario, a una Virgen o a un santo. Dios mío, estaba tan obsesionada que antes de pasarles el trapo les pedía perdón y rezaba un avemaría. —Calló unos segundos, para escuchar el agua de la lluvia, y le preguntó —: Y usted, ¿qué hace aquí? No le había visto antes.

—Trabajo para una compañía de seguros.

—Entonces ha venido por la alarma.

—¿Cómo lo sabe?

—En el pueblo no se habla de otra cosa —dijo con voz grave—. Los pitidos despertaron a todo el vecindario. Yo no vivo cerca, pero un pariente de ahí al lado —señaló con la cabeza hacia la plaza de la Colegiata— me dijo que parecía una noche de fiesta mayor. Pese a caer chuzos de punta todo el mundo se asomó a los balcones y ventanas. Cuando llegó la Guardia Civil la recibieron con aplausos. Aquí —dijo para justificar la curiosidad de sus convecinos— no suele ocurrir nada. Éste es un pueblo tranquilo, demasiado tranquilo para mi gusto, y cuando algo rompe la calma...

El relato de la mujer alteró sus planes. No contaba con el testimonio de los vecinos. ¿Había visto alguien a los ladrones? ¿Lo habrían comunicado a la Guardia Civil? La charla empezaba a interesarle.

—Por fortuna no ocurrió nada —la tranquilizó para que entrara en detalles.

—¡Gracias a Dios! —exclamó persignándose de cara al altar Mayor dos veces con una pequeña genuflexión—. Menudo disgusto para el pueblo y para el señor obispo si hubiesen robado en la Colegiata. Pobre hombre, no se merecería una cosa así. Es un santo. Es tan bueno que saca tiempo de debajo de las piedras para confesar un día a la semana en la Colegiata.

—Los jueves...

—Sí, los jueves. —Hizo un paréntesis y siguió—. A los fieles les encanta don Salgado porque siempre tiene palabras de consuelo y ánimo, les pregunta por sus

familias y les ofrece su ayuda. Incluso viene a confesarse gente de Zamora, y muchos inmigrantes sudamericanos, que son muy religiosos. Más que nosotros, que hemos perdido el respeto por las sotanas —gruñó—. Vienen incluso comunistas. ¿Qué le parece?

—¿Comunistas?

—Inmigrantes de los países ateos —aclaró con desprecio.

—¿Quiere decir rusos, polacos, rumanos, búlgaros...?

—Sí, señor —espetó la mujer—. No creen en Dios pero vienen a confesarse por la confianza y cariño que les inspira el obispo. A veces vienen hasta pelanduscas vestidas de manera irreverente y tipos que parecen maleantes. Por eso me asusté. Cualquiera de ellos podría ser un ladrón. Son todos unos muertos de hambre que robarían a su madre un trozo de pan. Pero afortunadamente todo quedó en un susto. Menudo disgusto si hubiesen robado. ¡Dios Santísimo! —exclamó con una nueva señal de la cruz—. Pero no importa. La casa del Señor abre sus puertas de par en par a los desheredados del mundo. Eso dice el señor obispo. Qué corazón tiene, ¿verdad? Yo no les dejaría ni entrar. Me dan mala espina. Pero el obispo, por muchos pecados que hayan cometido, siempre tiene palabras de perdón. Es pan bendito. La gente viene para escucharle porque sus palabras, según me dijo un ecuatoriano, son balsámicas. ¿Qué le parece? No sé exactamente qué quiso decirme. Viene gente sólo para escucharle. El otro día, sin ir más lejos —recordó—, vino una de esas pelanduscas. Una rubia de ojos azules, alta, delgada como las modelos que salen en televisión. Se confesó y se marchó sin cumplir la penitencia. Por eso me fijé en ella.

—¿No cumplió la penitencia? ¿Qué quiere decir?

—Que no rezó las salves o los padrenuestros que ordena el obispo para perdonar los pecados. ¿Sabe por qué? Porque vino sólo a escucharle.

—Me gustaría conocer al obispo —dijo para disimular y mostrar interés por su admiración.

—Venga un jueves a confesarse.

La mujer tapó el frasco de cera, se colgó el trapo de la cintura y miró su reloj.

—Tengo que irme a dar de comer a mi hijo y a mi marido —dijo—. Y a mi *Rifi*.

—¿Quién es *Rifi*?

—Un perrito callejero que decidí adoptar... ¿Cómo pudo alguien abandonar a un perro tan simpático? Me voy porque debe de estar acurrucado en el sofá, asustado por los truenos.

Frank sonrió y estornudó otra vez. La mujer le miró con gesto de preocupación y le tocó la frente.

—Tómese un vasito de coñac con una rodaja de limón, azúcar y una aspirina antes de acostarse. Hágame caso —le insistió— si no quiere coger una pulmonía.

—Lo haré.

—¿Para qué compañía trabaja?

—Nationale Nederlander —dijo—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Por nada en concreto. Mi hijo tiene que renovar el seguro del coche y he pensado que podría darme su número de teléfono. No está contento con la compañía actual y quiere cambiar.

—¿Tiene papel y lápiz? He olvidado mi cartera en el coche —dijo para justificarse.

—En el bolso —afirmó la mujer.

Caminó hacia un rincón de la nave y cogió su bolso de debajo de un banco. Lo abrió y regresó con un pedazo de papel de envolver regalos y un lápiz diminuto.

—Voy a darle el teléfono de un agente de mi compañía —determinó con naturalidad—, porque los inspectores no estamos autorizados a contratar pólizas —mintió con la misma naturalidad.

Con el lápiz liliputiense Frank garrapateó sobre el papel el número y el nombre de un amigo suyo agente de seguros y se lo entregó. Matilde lo leyó con dificultad, deletreando las palabras.

—Dígale que llama de mi parte y le hará una rebaja en la prima.

La mujer le dio las gracias, dobló el papelito un par de veces, lo metió en el bolso y lo cerró.

—Si ve algo raro. Si sospecha de alguien, de algún tipo de esos que le dan mala espina —le dijo Frank—, llámeme.

—¿Adónde?

—A ese mismo teléfono.

La mujer cabeceó. Frank se despidió y caminó hacia la puerta.

—¿Cómo se llama? —gritó la limpiadora—. Yo me llamo Matilde Ulloa, pero usted no me ha dicho su nombre.

—¡Frank Dónovan! —dijo, y cerró la puerta tras de sí.

Al entrar en el Parador de Zamora respiró con alivio, como el escalador al culminar la cima en medio de la ventisca. El alojamiento ocupaba el antiguo palacio de los condes de Alba y Aliste, un enorme caserón del primer tercio del siglo XVI. Frank se felicitó por haber reservado una habitación allí. La calefacción le reconfortó, le devolvió la comodidad perdida durante su paseo por las calles de Toro, con el viento helado cortándole la cara, durante las horas en la Colegiata, ensopado en agua de lluvia. Se quitó la ropa y se dio un baño caliente. Después llamó a Pilar.

—Ya casi tengo el informe. Sólo me falta introducir algunas notas pero confío en terminarlo antes de que regreses —dijo. Su voz dejaba percibir cierto cansancio.

Frank se lo agradeció y le prometió que cenarían juntos al día siguiente.

Se dedicó a registrar varias notas en su bloc, mientras disfrutaba de una sopa castellana de ajo, un lomo de bacalao a la tranca con pimientos de Benavente y una botella de Viña Pedrosa Reserva. Comió despacio, como despacio analizaba una y otra vez su charla con el obispo, con el vigilante de la Colegiata y la mujer de la limpieza. No había puntos reveladores; sólo la presencia de algunos vecinos después de la alarma, acodados en sus balcones pese a la tormenta, en pijama y muertos de curiosidad, podría reportarle nuevos datos. El *mâitre* le miró extrañado cuando le pidió un vasito de coñac caliente con una rodaja de limón, azúcar y una aspirina.

La receta de la limpiadora le hizo efecto. Se levantó como nuevo. La tiritera y el frío habían desaparecido. Ya no estornudaba y sus músculos habían recobrado la elasticidad. Recogió sus cosas y las metió en la bolsa de viaje. Un botones llamó a la puerta y le entregó su chaqueta seca y planchada. Tenía previsto regresar a Toro para indagar entre los vecinos.

El día amaneció radiante. Las nubes de tormenta habían descargado con fuerza durante la noche a medida que se alejaban hacia la costa mediterránea. Por los ventanales del comedor entraba un sol diáfano, vivo, que cortaba las sombras como una cuchilla de plata. Un grupo de australianos de la tercera edad alababa las cualidades de la armadura que presidía la entrada al comedor y el magnífico pasamanos de la escalera.

Salió a la calle y notó la agradable caricia del sol. Un paseo le sentaría bien. A diferencia de Toro, conocía Zamora de otras visitas y otras circunstancias. No precisaba mapas para orientarse en el casco histórico. A su padre le gustaba la Semana Santa y cada año recorrían los pueblos castellanos para contemplar sus pasos y sus tronos, sus ritos y misterios teñidos de dolor, llanto, vestidos de terciopelo negro y muerte. El desfile de los amortajados de Bercianos de Aliste, y la procesión de las «capas pardas» de Zamora, con las capas alistanas como único atuendo de los cofrades, sus caras de claroscuros fantasmagóricos a la luz de las farolas, el tronar constante de las matracas y el sonido triste del bombardino..., formaban parte de su infancia.

Tomó la calle Ramón Carrión. Rodeó la catedral por la calle Puerta del Obispo y encontró de inmediato el palacio episcopal, en el barrio de Olivares, sobre un balcón que dominaba las aguas del Duero. El palacio, del siglo XVIII, albergaba las dependencias de la diócesis de Zamora, la residencia del obispo y el archivo de la Mitra. Observó un rato la puerta de entrada. Algunas personas transitaban con pliegos en la mano. Dos sacerdotes, de edad avanzada, con sus sotanas negras atravesadas en vertical por una hilera de botones, charlaban sobre los asuntos de sus parroquias. En la zona ajardinada los ancianos tomaban el sol, apoyados en sus bastones de madera

repletos de nudos. Al llegar al aparcamiento privado echó mano de su bloc. Buscó las matrículas que había anotado en el hotel La Bobadilla para cotejarlas. Un Mercedes 350, de color azul metalizado, coincidía. Se dispuso a comprobar el resto cuando unas voces se alzaron por encima del rumor del viento. Se aclocó entre dos coches y vio salir al obispo y a su secretario. Parecían nerviosos. Se detuvieron ante el Mercedes 350. El padre Bonatti sacó una llave, la pulsó y el coche lanzó dos destellos con las luces de posición. Abrió la puerta trasera derecha, para que se sentara el obispo, después se puso al volante y arrancó.

El coche se alejó y Frank recuperó su posición. Sintió un pinchazo en las rodillas. ¡Qué lejos quedaban sus días de gimnasio! Suspiró y siguió comprobando las matrículas. No coincidía ninguna más, pero un vehículo le resultó familiar: un Seat Ibiza, de color azul y cinco puertas. Decidió inspeccionarlo. Anotó la matrícula, la marca de los neumáticos y algunas señales para identificarlo: el guardabarros delantero derecho mostraba una pequeña abolladura y la puerta trasera del mismo lado un arañazo que dejaba la chapa al descubierto. El grupo de australianos alojados en el Parador rompió con su algarabía la paz de los jardines.

El resto de la mañana lo dedicó a recorrer el barrio de la colegiata de Toro para interrogar a los vecinos. Era gente reservada, poco dada a charlar con desconocidos. A cada pregunta le respondían con otra. Sólo sentían curiosidad. Para ellos el asunto estaba zanjado, como lo estaba para la Guardia Civil. Cuando la gente se asomó a los balcones ya se habían esfumado. Por eso nadie vio nada. Frank echó la cuenta de los días transcurridos desde el robo, cinco. Seguramente los ladrones —tres o cuatro, aunque en la planificación del robo, el plan de fuga y el operativo para sacar la pintura del país hubieran intervenido más— ya disfrutaban de su botín en una playa del índico, mientras un financiero contemplaba la tabla en su oficina del Exchange Square Comercial de Hong Kong.

Llegó a Madrid a media tarde. En Instituciones Penitenciarias consiguió una lista de los reos sin delitos de sangre que habían cumplido condena los últimos diez años por atentar contra el Patrimonio Nacional. La lista se reducía a veinte individuos. Ninguno le resultaba familiar. Ninguno estaba en activo cuando dirigía el Grupo de Defensa del Patrimonio. Le llevaría algún tiempo investigarlos a todos pero no le quedaba otra alternativa. Se metió la lista en el bolsillo. Pilar le esperaba.

La encontró sentada frente al ordenador, con los ojos enrojecidos por la fatiga de tantas horas dedicadas a redactar su informe. Tenía el despacho en una habitación aneja al taller. Sobre la mesa había un montón de libros abiertos, algunos con láminas y grabados de la tabla que se había convertido en el motivo de sus desvelos. Otras tantas fichas, escritas a mano, asomaban en los archivadores como las lenguas de los pacientes en las consultas de los médicos. Dos latas de Coca-Cola y una bolsa de

patatas fritas a medio terminar daban testimonio de la frugalidad de su almuerzo. Tenía un nudo en el estómago y los nervios a flor de piel. Frank la abrazó con fuerza, la besó, le pidió una y mil veces perdón por exigirle demasiado, por su egoísmo.

Le propuso salir a comer algo y aceptó. Durante la cena la puso al corriente de sus averiguaciones en la Colegiata, y después dieron un paseo. Pilar caminaba cogida a su cintura. Sus miedos y zozobras se habían desvanecido. El aire fresco de la primavera le alivió el dolor de cabeza, el escozor de ojos, la fatiga. Se sentaron en un banco, como dos enamorados sin rumbo fijo. La plaza estaba desierta. Seguramente transmitían un partido de la Liga de Campeones. Sólo el brotar del surtidor rompía el silencio. Pilar le cogió las manos y le juró que no volvería a inquietarle con sus miedos.

—Haz tu trabajo —le dijo con voz grave—. Y luego veremos...

Tenía un poco de frío y le pidió que subieran a la casa. Había concluido el informe. Sólo quedaba imprimirlo y lo haría antes de acostarse.

—Olvídate del informe ahora —le dijo Frank cariñosamente—. Tienes que dormir y descansar. Mañana será otro día.

Sólo quería meterse en la cama y abrazarla, fundirse en besos y caricias, y hacer el amor. Si entretanto el mundo se hundía no le importaba.

Extendió la mano para acariciar su cuerpo y encontró la cama vacía. Encendió la luz de la lamparita. Se incorporó. Pilar no estaba. Notó su lado frío. Vio la almohada arrebujada y las sábanas caídas, arrastrando por el suelo como una lombriz. Se frotó los ojos, bostezó y miró la hora en su Patek Philippe. Las once de la mañana. ¿Por qué no le había despertado? Junto al reloj había una nota: «¡Dormilón!, me he ido al museo. En la cocina tienes el desayuno. Besos. Te quiero muchíssimo».

Sobre la encimera encontró una bandeja con dos cruasanes recién horneados, un termo lleno de café con leche, un plato, una taza, una cucharilla, el tarro del azúcar, el frasco de la mantequilla, el botecito de la mermelada, y algo más: una treintena de folios perfectamente encuadernados. En un papelito autoadhesivo pegado a la cubierta de plástico, leyó: «Espero que te sirva». No había otra mujer igual. Mordió un cruasán y abrió el informe. Estaba dividido en cinco capítulos, separados por cartulinas de diferentes colores y pestañas que identificaban cada parte. Se sentó a la mesa con la bandeja a un lado y el informe en el otro, y comenzó a leer.

FICHA TÉCNICA
LA VIRGEN DE LA MOSCA

Título original: Se desconoce.

Título técnico: *Sacra conversación o Sagrada Familia con santas.*

Título popular: *La Virgen de la Mosca, Virgen con mosca o El cuadro de la mosca.*

Descripción general: Óleo sobre tabla. Escuela primitiva flamenca. Fechado hacia 1520.

Autor: Anónimo.

Dimensiones: 92 por 79 centímetros.

Estado de conservación del soporte: Bueno.

Estado de conservación de la pintura: Muy bueno (restaurada).

Valor patrimonial para el Estado: Dos.

Valor patrimonial para la Comunidad Autónoma de Castilla y León: Cinco.

Valor patrimonial para el municipio de Toro: Nueve.

Copias documentadas: Siete; se conserva una copia, poco fiel al modelo, en la colección Spiridon (París), y otra, réplica del original, en la colección Methuen (Inglaterra). Esta última reproduce fielmente la tabla toresana con los repintes y añadidos descritos en los apartados siguientes («Consideraciones sobre la autoría» y «Composición y personajes»), hecho que permite suponerla una copia de la tabla de Toro y, según el estudio de Navarro TALEGÓN, «acredita que los retoques se efectuaron en su lugar de origen y no en España». Estas copias, las mejor estudiadas, posiblemente han servido de modelo a otras muchas y no se descarta la existencia de copias no documentadas.

Se levantó instintivamente. Tomó un periódico viejo apilado en un estante de la cocina y desplegó cuatro hojas. Las extendió sobre la mesa y con la ayuda de una cinta métrica calculó el tamaño de la tabla. Podía trasladarse fácilmente bajo el brazo. Las medidas no la hacían sumamente pesada. Los ladrones habían elegido el método más rápido y eficaz para robar una obra de aquellas dimensiones. La copia del original conservada en la colegiata de Toro, que colgaba en sustitución de la verdadera, no estaba catalogada.

Seguramente, había más copias en manos privadas, sin que sus propietarios supieran el tesoro que entrañaban. Se sentó y siguió con la lectura.

CONSIDERACIONES SOBRE LA AUTORÍA

Los especialistas todavía no han resuelto al cien por cien el problema de la autoría de la tabla. En un principio se creyó que procedía del taller de Fernando Gallego, ante la aparición a los rayos X de dos firmas apócrifas de este pintor salmantino, con taller propio, que surtió de pinturas a la región central del Duero. Sin embargo, el estilo de Fernando Gallego (Salamanca, h. 1440-h. 1507), influido por las obras de Nicolás Florentino, Nicolás Francés y, en especial, de Jorge Inglés, se caracteriza por el individualismo de sus figuras, de gestos agrios y convulsos, con rictus pronunciados y una fuerte expresividad. Los especialistas definen su arte como dramático y consideran sus rostros los más angustiados de la pintura española cuatrocentista. Estas características no corresponden con la tabla objeto de este informe. Basta contemplar algunas de las mejores obras de Fernando Gallego, como el cuadro de *La Anunciación* (1494-1496), conservado en la iglesia de San Lorenzo el Real de Toro (Zamora), las pinturas murales de la Universidad de Salamanca, el *Martirio de Santa Catalina*, del Museo del Prado, *La Epifanía*, del Museo de Arte de Toledo (Ohio, EE. UU.), *La Quinta Angustia*, del Museo Diocesano de Salamanca, o el retablo Mayor de la iglesia de Santa María de Trujillo (Cáceres), para comprender que *La Virgen de la Mosca* no salió de su mano porque difiere notoriamente de su estilo y supera con creces la calidad de su pintura.

¿Por qué aparece su firma en la tabla de Toro? En 1966 un informe redactado por Díaz Marios y Cabrera Garrido, del Instituto de Conservación y Restauración de Obras de Arte y Arqueología, tras realizar varias radiografías y fotografías con luz infrarroja y ultravioleta, demostró que la pintura había sufrido algunas actuaciones posteriores que se detallan en el apartado de «Composición y personajes». Estas actuaciones se llevaron a cabo para subsanar el deterioro de la tabla durante su traslado a España. Las firmas citadas indicarían que fueron ejecutadas en el taller de Fernando Gallego por un pintor de su círculo de influencia. El estudio de Martos y Garrido no logró identificar al autor de la tabla pero establece ciertas afinidades con pintores como Gerard David, Jan Provost y Van Orley, y señala como fecha posible de su realización entre 1518 y 1525.

La fecha en que llegó a la colegiata de Toro también se desconoce. Navarro TALEGÓN sugiere que la tabla perteneció a la capilla Mayor fundada en 1468. La primera noticia sobre ella se registra en 1897, en un estudio de Cuadrado Chapado, cronista local, que vierte bellos elogios y la califica como «la perla de Fernando Gallego» al figurar en la misma la inscripción «Ferdinandus Gallecus». En 1927 Manuel Gómez Moreno la definió como una

«obra flamenca de primer orden», y atribuyó su autoría a Gerard David, o a algún pintor del círculo de Isenbrant, o a Ambrosius Benson, conocido como «maestro de Segovia». El historiador belga Didier considera a *La Virgen de la Mosca* una pintura del círculo de Gerard David.

En 1966 la aparición de un supuesto Gossaert inédito replanteó la autoría de *La Virgen de la Mosca* y Díaz Padrón apuntó hacia este pintor por la similitud que presentaban ambas obras. Jan Gossaert o Gossart (Mauberge, h. 1472-Amberes, h. 1532), pintor flamenco, hijo de un encuadernador y protegido de Felipe de Borgoña, hijo bastardo del duque Felipe el Bueno, firmó sus obras hasta 1515 como Jennine Gossart o Gossaert. Influidor en sus orígenes por Gerard David, cultivó después el manierismo y experimentó una transformación que le acredita como introductor en la pintura flamenca de la tendencia «romanista» basada en la influencia gráfica de Durero y Lucas de Leyden. Numerosas copias y originales de las vírgenes de Gossaert se encuentran en España. En el Museo del Prado se conserva una *Virgen María con Niño*, regalada a Felipe II en 1588 por el municipio de Lovaina en agradecimiento al reducir los impuestos durante una epidemia de peste.

Para otro grupo de expertos la tabla toresana se debe a la mano de un pintor anónimo de la escuela de Brujas conocido como «maestro de la Santa Sangre», apelativo acuñado por Hulin de Loo en 1902 tras estudiar un tríptico del *Descendimiento* en el Museo de la Santa Sangre de Brujas. La mayoría de expertos en arte señalan que el estilo del anónimo «maestro de la Santa Sangre» está fuertemente influenciado por la obra de Quintín Massis o Metsys. En la tabla central de un tríptico conservado en el Metropolitan Museum of Art se observa también la influencia de Van der Weyden, al copiar uno de sus famosos *Descendimientos*.

Dos trípticos de este maestro, el ya citado *Descendimiento* y la *Deipara Virgo*, en la iglesia de Saint Jacques de Brujas, presentan numerosas similitudes con *La Virgen de la Mosca*. Pese a estas consideraciones, que atribuyen la autoría de la tabla al «maestro de la Santa Sangre», existen otras con suficiente base científica para catalogarla como una obra de Gerard David (Oudewater, h. 1460-Brujas, 1523), un pintor holandés de estilo flamenco que se inició en las tradiciones artísticas de la escuela de Harlem, y especialmente de Alberto van Ouwater y Gerard de Saint-Jean. Su pintura se caracteriza por la inteligente comprensión del paisaje y la distribución de la luz, que envuelve a las figuras en un ambiente de extrema naturalidad. No obstante, tras instalarse en Brujas, en 1483, cambió su estilo al quedar profundamente impresionado por las obras de Van der Weyden, Van Eyck, Van der Goes y Memling.

De los diversos temas que abordó Gerard David a lo largo de su vida artística destacan las vírgenes, principalmente las de medio cuerpo, tema tradicional de la pintura flamenca del siglo XV que dignificó con su arte. Hasta el siglo XV no se embelleció a la Virgen ni al Niño, que se representaba con la facies de un muchacho flamenco en edad escolar. Gerard David cambió las formas y pintó un tipo de Virgen flamenca que predominaría a lo largo del siglo XVI. En sus lienzos y tablas la Virgen aparece de rodillas, de medio cuerpo o cuerpo entero, sentada en un interior o con un paisaje de fondo, como *La Virgen de la sopa de leche* (colección Van Pannwitz) o *Descanso en la huida a Egipto* (National Gallery, Washington). En la pintura de Gerard David el paisaje deja de ser un elemento suplementario para convertirse en algo predominante.

Frank conocía bien la obra de los pintores Fernando Gallego y Gerard David. Sin embargo, del «maestro de la Santa Sangre» no tenía referencias. Del primero había una buena colección en el Museo del Prado, y del segundo recordó una impresionante tabla de *La Virgen de la Rosa* conservada en la colegiata de San Cecilio, en la cumbre del monte Valparaíso, en Granada, en el mismo lugar que en 1594 se descubrieron varias láminas de plomo con el martirio de san Tesifón. Otra obra de Gerard David, *El descenso*, la recordaba mucho más lejos, en la colección Frick de Nueva York, y otras en la Gemäldegalerie de Berlín.

Con el último pedazo de un cruasán en la boca avanzó en la lectura. Al pasar la página encontró una magnífica lámina a color de la tabla toresana con algunos detalles remarcados con una delgada línea de rotulador amarillo, para resaltar los motivos reseñados en el informe.

COMPOSICIÓN Y PERSONAJES

La tabla de la colegiata de Toro muestra a la Virgen sentada en un trono de corte barroco, decorado con un arco de angrelado y varias columnas de fuste liso en la parte baja y labrado y abalaustradas en la alta. Las columnas de la parte alta descansan sobre capiteles jónicos de volutas sencillas. En esta posición la Virgen ofrece una pera al Niño, que descansa en su regazo vestido con una sayuela de algodón. María Magdalena (se reconoce por el pomo de perfume colocado sobre un pilar bajo, que corresponde a la tradición iconográfica de la Santa) contempla con ternura la escena, vestida con ricos ropajes de cortesana y apoyada en el brazo del trono, mientras en el lado opuesto de la pintura (a la derecha de quien la contempla) aparece santa Catalina de Alejandría (según se desprende de sus atributos tradicionales: la corona que ciñe su cabeza y su espada, apoyada en el suelo, medio oculta por las telas de su falda), diríase que en estado de éxtasis, ajena a cuando transmite la escena central. Detrás de ella un personaje masculino anónimo, imberbe, deja de leer unos instantes el libro que sujeta en sus manos, junto con unas antiparras, para fijar su mirada en Santa Catalina. Algunos expertos, sin demasiada base argumental, identifican a dicho personaje, por su edad madura, la calva prominente y las arrugas que surcan su cara, con san José, completando así una Sagrada Familia con santas, tema muy frecuente en la pintura holandesa de la primera mitad del siglo XVI. El fondo recrea un paisaje idílico y una arquitectura fantástica, de corte señorial y palaciego.

La composición, regida por el esquema del triángulo equilátero, pertenece al Renacimiento. Se observa una clara idealización de los rostros, pintados con gran belleza y suavidad de formas. Podría decirse que la belleza de los personajes predomina por encima de su fuerza expresiva. Estas particularidades, junto a los detalles ornamentales, sitúan la obra en el Renacimiento italiano y denotan la influencia de éste sobre la pintura flamenca de diversos autores, entre ellos Gerard David.

La escena destaca por su equilibrio y armonía, que transmiten una paz plena. Los labios de las tres mujeres están delicadamente perfilados, y sus narices obedecen a un canon de belleza supuestamente poco frecuente en el Renacimiento. El realismo de los trazos corresponde a la tradición flamenca. Da nombre popular a la tabla una mosca que aparece sobre el manto escarlata de la Virgen, a la altura de su rodilla izquierda (derecha del espectador). Por este motivo se conoce también como *La Virgen con mosca* y *El cuadro de la mosca*. La mosca, según demuestran los estudios microscópicos, se pintó sobre el barniz protector de la tabla. Este hecho demuestra que se trata de un añadido posterior, tras concluir el original. Esta actuación puede corresponder a la misma época en que se efectuaron varios repintes en el vestido azul de la Virgen y se ocultó su velo original para sustituirlo por el aura estrellada que corona su cabeza. Los análisis también han demostrado una actuación posterior sobre el vestido de santa Catalina. En sus orígenes el vestido era completamente liso y con posterioridad se le añadieron los magníficos brocados que luce en la actualidad.

La mosca, la rana que aparece junto a un gusano a los pies de la Virgen, los ricos ropajes de María Magdalena, el personaje masculino (algunos autores también lo identifican con Nicodemo), con precedentes estilísticos en la pintura de Memling o de Bouts, y el parecido de santa Catalina con algunos retratos de la reina Isabel la Católica, permiten hablar de una tabla de gran interés por su pintura y factura, pero también por su iconografía.

Las estimaciones de Pilar habían sido correctas. La tabla, pese a estar asegurada en un millón ochocientos mil euros, en una puja pública e internacional superaría con creces esa cifra. Los ladrones habían dado un buen golpe. El siguiente capítulo interpretaba los símbolos esotéricos que contenía la pintura. Frank le había pedido a Pilar algunas notas al respecto por consejo de Soto. *La Virgen de la Mosca* podría ocultar algún símbolo hermético, algún dato importante para la historia eclesiástica, o incluso para descubrir un tesoro, como ocurrió con el cuadro de Nicolás Poussin *Los pastores de la Arcadia*. En opinión de algunos autores, este cuadro permitió a Saunière, un párroco de la localidad francesa de Rennes-le-Château, descubrir el tesoro de la Orden del Temple. Retiró la bandeja de la mesa, para ganar espacio, y colocó la lámina que adjuntaba el informe.

ESTUDIO DE LA SIMBOLOGÍA

La tabla presenta numerosos elementos que corresponden al esoterismo clásico. No sería descabellado pensar que se debe a la mano de expertos alquimistas o de iniciados en la masonería tradicional. Su composición, en triángulo, simboliza el número tres, el número de Hermes Trismegisto, el gran iniciado de la religión egipcia que ha dado lugar a las distintas tríadas de las religiones, como, por ejemplo, en el catolicismo a las personas de la Santísima Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo) y en la religión y mística hindú a la *Trimurti* o representación frecuente en los medios sivaíticos de un dios (Siva) con los tres rostros de las supremas deidades hinduistas: Brahma, Visnú y Siva (creación, conservación y destrucción del mundo).

Con el vértice hacia el cielo, el triángulo simboliza al fuego, el oro del conocimiento y de la potencia fecundadora del hombre. Por el contrario, con el vértice hacia la Gea, simboliza el agua y el sexo femenino. Entre los heterodoxos, magos, brujos y hechiceros, el triángulo se utilizaba como símbolo apotrópeo (del griego *apotropaïos*, «el que conjura los males»). El triángulo equilátero, que corresponde a la composición de la escena central de la tabla, simboliza a la divinidad, a la armonía y a la proporción. Entre los francmasones el triángulo simbolizaba la fortaleza, la belleza y la sabiduría divina, como piedra angular del templo masónico, de los reinos —animal, vegetal y mineral— y de las tres etapas del desarrollo del ser humano (*separatio* o «parto», *fermentatio* o «desarrollo» y *putrefactio* o «muerte»). El triángulo masónico llevaba inscritas las palabras «duración» (en la base) y «tinieblas» y «luz» (sobre los lados que se unen en el vértice), conjunto que delimita el ternario cósmico. Aquí puede estar la clave de la simbología de esta pintura. En los talleres de Brujas, donde trabajaron Gerard David y otros pintores a quienes se atribuye la tabla, abundaban en el siglo XVI los adeptos a la masonería, que desde el siglo XV se había convertido en una sociedad secreta de carácter internacional.

El libro que sujeta el personaje anónimo alude directamente a la sabiduría, porque a santa Catalina de Alejandría se la consideraba una «sabia» y en numerosas iconografías uno de sus atributos es el libro. El libro abierto y la presencia de la Virgen María simbolizan la promesa cumplida del Antiguo Testamento. Santa Catalina es para muchos estudiosos del esoterismo clásico un símbolo alquímico y representa la contemplación absoluta. Por su parte, la tercera figura femenina, santa María Magdalena, alude en términos alquímicos al ser primigenio que vio la piedra filosofal, porque Cristo es la materia pura, sin imperfecciones ni máculas, el oro de los alquimistas.

La pera, que ofrece con la mano izquierda la Virgen al Niño sentado en su regazo, es el símbolo de María por la blancura inmaculada de los pétalos de las flores del peral. La pera también, por su forma, se asimila al número ocho, el número de las principales direcciones en la rosa de los vientos, el número del orden y del equilibrio cósmico. Para los budistas e hinduistas el ocho es el número primordial al formar parte de la «rueda solar», la «rueda de la vida» o la «rueda de la doctrina». En el cristianismo el ocho simboliza el «octavo día de la creación», es decir, la «próxima creación», la resurrección de Cristo y la esperanza de la resurrección de la humanidad. Sólo los puros de corazón y mente, quienes estén en posesión de los secretos de la alquimia, de la piedra filosofal, quintaesencia o gran magisterio, vivirán, resucitarán al octavo día.

Por sus metamorfosis se consideró a la rana símbolo de la resurrección, pero también símbolo del corazón de la Tierra, es decir, de la muerte, circunstancia que la asimiló al demonio. Sin embargo, en la tabla, en virtud de otros símbolos ya estudiados, la rana, que aparece a los pies de la Virgen, se convierte en el símbolo alquímico del agua, del líquido esencial de toda forma de vida. El agua, uno de los cuatro elementos fundamentales de la alquimia occidental, por su capacidad de creación, se convirtió en «agua divina», químicamente en «agua de azufre». Muchas construcciones medievales y cuadros de claro contenido esotérico presentan en sus composiciones a la rana. En *La tentación de san Antonio*, del Bosco, aparece en el centro una rana con rostro humano sumamente envejecido, encaramada sobre una copa sostenida por una negra. El gusano que figura en la tabla simboliza la vida que renace de la podredumbre o de la muerte, el paso a un grado superior, de la muerte a la vida, de la ignorancia al conocimiento supremo espiritual.

Para los griegos la mosca estuvo en el panteón de los animales sagrados. En la cultura europea la mosca también simbolizó a la muerte y al demonio. Debe tenerse en cuenta, al tratarse de una tabla de tema religioso, que en la Biblia el demonio mayor o jefe de los demonios recibe el nombre de Belcebú (del hebreo *Ba'al Zebub*, «Señor de las Moscas»).

¿Había sectas dispuestas a robar una tabla porque supuestamente escondía secretos del pasado, secretos esenciales? Una vía de investigación que no podía desechar. Un grupo especializado de la policía se encargaba de controlar a las sectas y

a las asociaciones fascistas. Eso facilitaría sus pesquisas.

El informe tocaba a su fin. Sólo le quedaba un apartado. Se dispuso a leerlo.

CONCLUSIONES

Se trata de una tabla sumamente importante del Renacimiento holandés, de la llamada «escuela de Brujas», cuyo valor en el mercado resulta difícil precisar porque depende de numerosos factores: demanda de originales flamencos del siglo XVI, cuadros de su estilo en el mercado del arte, estado de conservación de los mismos, autores, estado de la economía mundial (a mayor recesión de las finanzas, mayor valor de los bienes muebles), etcétera. En cualquier caso su valor económico se establece, según peritos consultados, entre trescientos y quinientos millones de pesetas, es decir, entre un millón ochocientos mil euros y más de tres millones, aunque estas cifras pueden verse incrementadas notablemente en una subasta pública internacional.

Su simbología permite establecer que ha pasado por manos heterodoxas, manos que han pintado símbolos esotéricos, como la mosca, el gusano o la rana, en una tabla de carácter sagrado. Este tipo de actuaciones no resultan extrañas en el arte pictórico como se ha demostrado en infinidad de ocasiones. El rastreo de los símbolos, factor que requeriría un estudio más profundo y de mayor envergadura, permitiría conocer las escuelas o talleres que han actuado sobre la tabla, principalmente después de terminado el original.

El informe finalizaba con una serie de consideraciones sobre cuadros semejantes de colecciones privadas, algunos catalogados pero en paradero desconocido después de la Segunda Guerra Mundial, o tras desaparecer en «circunstancias todavía no aclaradas». Pilar había escrito las últimas palabras con un doble sentido. Para hacerle ver que se enfrentaba a un enemigo invisible al que otros muchos también se habían enfrentado sin ningún resultado. Quería que se diera cuenta de que no debía ir más allá de lo éticamente razonable. Sólo una pequeñísima parte de los objetos de arte robados se recuperaban, y Frank lo sabía mejor que nadie.

Tras una semana de investigaciones apenas había avanzado. Frank visitó uno a uno a los delincuentes que figuraban en la lista de Instituciones Penitenciarias. Varios habían muerto de forma natural, de viejos o de enfermedad. Otros vivían retirados en pequeños pueblos de la costa mediterránea y allí consumían sus días como un jubilado más. Sólo uno seguía relacionado con el arte. Al salir de la cárcel abrió una tienda en el barrio de Chamartín, para trapichear con objetos viejos que los lerdos adquirirían como antigüedades. Estaba reinsertado en la sociedad e incluso pagaba su cuota de autónomo a la Seguridad Social. Estaba limpio. Otra vía de investigación le cerraba la puerta.

En la Jefatura Superior de la Policía le facilitaron una relación de las organizaciones sectarias de todo tipo que operaban en el territorio nacional. Le sorprendió la cantidad de sectas y grupos sectarios que actuaban a lo largo y ancho del país, y la cantidad de gente que captaban para unos fines que sólo perseguían el lucro personal de los dirigentes o infiltrar a sus adeptos en puestos «sensibles» (los inspectores emplearon esta palabra) de la política, la economía o la judicatura. De la conversación con los inspectores que controlaban a estos grupos, dedujo que era casi

improbable que alguno estuviera involucrado en el robo de piezas de arte, ni siquiera en ninguna clase de robo porque las aportaciones voluntarias o coactivas de sus miembros no hacían necesaria otra fuente de financiación.

Frank habló también con periodistas expertos en sectas y grupos marginales, y ni uno solo le aportó una pista fiable. El móvil del robo no estaba en las connotaciones metafísicas de la tabla. Seguramente, su nuevo dueño ni siquiera conocía el simbolismo, los intrínquilos de los personajes, su historia, su mensaje críptico. A un verdadero coleccionista, a un amante enfermizo del arte, sólo le interesaba la pintura, la serenidad de los retratos, la paz que transmitía, la composición, los colores, el tema; en definitiva, la belleza. A un magnate de las finanzas o a un traficante sólo le interesaba poseerla, saberla suya, de nadie más. Saber que poseía una joya con quinientos años de antigüedad. Una joya única, reflejo de su propio poder. Al mirar la tabla recreaba su ego, no veía una obra de arte, sino la expresión de su riqueza, de su poder absoluto sobre los demás.

Mientras tanto, Pilar trabajaba en la restauración de un *koursi*, un pequeño armario utilizado en las mezquitas para guardar el Corán. Un empresario madrileño lo había comprado por doce euros en el bazar de Teherán. Estaba completamente destrozado, convertido en un rompecabezas, carcomido por los insectos. El vendedor le entregó parte de las piezas en una bolsa de plástico. Lo adquirió por la magnífica filigrana de marquetería que componía las inscripciones cúficas. Después vino la sorpresa cuando el análisis de la madera y los barnices situó el armario en el siglo XIV. El empresario le encargó restaurarlo por completo. Una tarea difícil porque había que reproducir muchas partes con la misma madera, restaurar otras, y finalmente ensamblarlas evitando los contrastes entre las viejas y las nuevas. Además, tenía que recomponer sobre papel los versículos del Corán para trasladarlos sin errores a la madera. Un trabajo de mucho presupuesto. Pero la pieza merecía la inversión.

La imaginaba concentrada en su trabajo mientras, tendido en el sofá, recorría con la vista su buhardilla, algo sucia, desordenada. Nunca había reparado en esos detalles. ¿Por qué se fijaba ahora? ¿Qué hacía allí tumbado? ¿Por qué no vivían juntos? Se levantó y revisó la correspondencia que acababa de subir, tras descartar en la escalera los folletos publicitarios: algunas cartas del banco con los últimos extractos y un par de sobres con los recibos del agua y el gas. Hojeó los extractos. Los treinta mil euros ya estaban disponibles en su cuenta.

Se preparó un sándwich de jamón y queso, descorchó una botella de Ontañón Reserva y se sentó a disfrutar de su cena de soltero. De casualidad reparó en la luz intermitente del contestador automático. Pulsó el botón. Esperaba oír la voz de Pilar con un mensaje cariñoso. En la pantallita digital apareció el número uno. No oyó nada. Habían colgado sin hablar. Sólo escuchó un ruido de fondo. Un ruido de algarabía, como si llamasen desde un mercado, un bar, una galería comercial o algún

lugar parecido. El ruido se cortó. En la pantallita apareció el número dos. Tampoco habían dejado mensaje, pero escuchó el mismo ruido de fondo. A continuación saltó el número tres, el último de los mensajes. No había nada grabado, excepto el mismo barullo de los mensajes anteriores. Cogió una hoja de papel, un bolígrafo y rebobinó la cinta para escucharla de nuevo y anotar la hora de recepción de los mensajes registrada en la pantallita digital. La primera llamada se había producido a las 18.22 horas. Hacía escasamente treinta minutos. La segunda a las 18.32 y la tercera a las 18.37. Pulsó otro botón, para averiguar el número de origen de las llamadas, y la pantallita mostró una serie indescifrable de signos. Telefonaban desde una cabina o un teléfono codificado.

Borró los mensajes y esperó. Si insistían con la misma frecuencia no tardaría en producirse una cuarta llamada. Habían pasado cinco minutos escasos, estaba pendiente del teléfono, pero su pitido le sobresaltó. Descolgó rápidamente y escuchó la voz de Pilar, angustiada, con la respiración convulsa.

—¡Gracias a Dios que te encuentro!

—¿Qué ocurre? —le preguntó alarmado.

—Alguien ha entrado en casa —soltó a bocajarro—. Ven cuanto antes, te lo ruego. Ven cuanto antes —insistió fuera de sí.

—¿Has llamado a la policía? ¿Estás bien?

—Sí, sí... —dijo ella con un leve tartamudeo—. Por favor, ven enseguida...

Colgó. ¿Qué pasaba? No podía perder tiempo. Abrió la puerta para marcharse y volvió a sonar el teléfono. ¡Maldita sea! Dudó entre cogerlo o no. Entre perder unos segundos preciosos o no. Seguramente era Pilar otra vez. Cerró la puerta y descolgó.

—¿Comisario? —dijo una voz seria al otro lado del hilo.

—¿Sí?...

—Soy Carlos Soto. ¿Dónde se ha metido? —dijo como si regañara a un niño.

El corazón le dio un vuelco. No podía perder tiempo. Le llamaba en un mal momento. Las manos le sudaban. Estuvo tentado de colgarle.

—No puedo hablar ahora —dijo con apremio—. Tengo que marcharme sin perder un segundo. Llámame más tarde...

—No voy a poder —le interrumpió—. Dentro de una hora y media salgo para Venecia, ¿recuerda? La exposición de arte etrusco —Frank guardó silencio mientras ordenaba las ideas. Las voces de fondo, la algarabía: el aeropuerto de Barajas. De repente el vacío de las tres llamadas cobró sentido.

—... Es importante —insistió Soto con gravedad—. Tengo noticias sobre la tabla que busca...

Miró el reloj. Sólo necesitaba unos segundos.

—¿Qué sabes? —le apremió con impaciencia.

—Sólo le haré una pregunta, ¿de acuerdo? —convino al tragarse la cabina su

última moneda.

—Adelante, rápido...

—¿Se trata de *La Virgen de la Mosca*?

Frank no respondió. La pregunta le dejó paralizado. Una semana sin una puñetera pista y en el peor momento Soto se descolgaba con algo importante. ¿Cómo había averiguado el nombre del cuadro? ¿Dónde había obtenido la información? Sus nervios estaban a punto de romperse como las cuerdas mal tensadas de un violín. El sudor hacía resbaladizo el auricular y tuvo que sujetarlo con ambas manos. Sus latidos se aceleraron. Tuvo una taquicardia. Respiró hondo. No poseía el don de la ubicuidad. Sólo los dioses estaban a un mismo tiempo en distintas partes.

—¿Dónde quedamos? —espetó confuso, sin saber si podría acudir a la cita.

—Déjeme ver... —masculló echando un vistazo a su alrededor—... En la terminal uno. Busque la cafetería Neptuno.

—No te muevas de ahí —dijo.

Las luces centelleantes de una patrulla de la policía municipal y una ambulancia del Samur producían destellos azules y anaranjados en las paredes. Dejó el coche mal aparcado, sobre la acera, y corrió. Un grupo de curiosos, vecinos de la plaza, formaban corrillos en la acera. Al llegar a la altura de la ambulancia un policía le cerró el paso. Le preguntó quién era y le señaló a un sanitario. Le flojearon las piernas al verla tendida en una camilla.

—No se preocupe —le dijo el médico a cargo de la unidad—. Sólo estaba nerviosa y le hemos administrado un calmante por vía oral. Tiene que descansar, relajarse. Unas horas de sueño y todo solucionado.

—¿Puedo subir a la ambulancia?

—Claro, hombre. Suba, suba...

Al verle Pilar intentó levantarse pero una joven, del equipo de sanitarios, se lo impidió. Estaba pálida, del color de la cera. Tenía los párpados enrojecidos y los ojos vidriosos.

—Estoy mejor —le dijo a la chica que tomaba su tensión arterial.

—Quédese aquí un poco más, mientras terminamos de rellenar el informe —le recomendó guardando en una cajita el estetoscopio que colgaba de su cuello. Un policía que hablaba por la emisora de radio le pidió que firmara un impreso.

Pilar hundió la cara entre las manos y comenzó a sollozar.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Frank con un susurro.

—Estaba en el taller —relató con voz serena—, recomponiendo una caligrafía del *kursi* cuando recordé que no tenía naranjas para el zumo del desayuno. Bajé a la frutería de la esquina. No pasé más de diez minutos fuera. Al regresar y meter la llave en la cerradura me di cuenta de que la puerta estaba abierta. —Suspiró, con un

escalofrío al recordarlo—. La empujé un poco y de repente salió un hombre, vestido de negro, con un pasamontañas cubriéndole la cara. Grité como una histérica, me dio un empujón y caí escalera abajo. Se marchó corriendo. Al oír los gritos acudió mi vecina, y su marido llamó a la policía.

—¿Habías conectado la alarma?

—No —dijo con culpa—. Sólo iba a estar unos minutos fuera...

—¿Cerraste con llave?

—Sólo de golpe. ¡Ya te he dicho que fueron unos minutos!

—¿Has notado si faltaba algo?

—No me atrevo a entrar en casa —confesó aterrada.

—Espérame aquí.

—¿Adónde vas? —dijo cogiéndole del brazo.

—A hablar con los policías.

Se acercó al coche patrulla. Los corrillos se habían deshecho. Sólo algún que otro transeúnte se detenía frente al portal con curiosidad, para seguir de inmediato su camino. La ambulancia y el coche patrulla habían apagado los parpadeos de sus luces de emergencia. Saludó a uno de los agentes.

—¿Han registrado la casa?

—Sí —dijo el policía—. Todo está en orden. No hemos observado signos de violencia, ni en la puerta ni en ninguna de las ventanas. De todos modos, no podemos asegurar si faltaba algo, porque la señora se ha negado a subir. Si echa de menos alguna cosa denúncielo directamente en la comisaría de la calle Luna.

—¿Sospechan qué puede haber ocurrido?

El policía sacudió la cabeza.

—Ahora son bastante frecuentes estos robos que sólo duran unos minutos —le explicó—. Los «chorizos» vigilan unos días el edificio para conocer los movimientos de los inquilinos y esperan la ocasión propicia para entrar y desvalijar las joyas y el dinero.

—Descuideros —susurró Frank.

—Se conforman con un botín escaso, pero apenas corren riesgos.

El coche de la policía abandonó la plaza. Pilar se despidió de la auxiliar sanitaria y del médico que le había atendido. Sentía el cuerpo dolorido por la caída, pero no presentaba ninguna lesión. Sólo hematomas que sanarían por sí solos. Le recomendaron que antes de acostarse se tomara una infusión de tila o valeriana y se untara sobre los moratones un poco de Thrombocid. Les dio las gracias y la ambulancia también se marchó. La plaza recobró su tranquilidad.

Tomaron el ascensor y subieron a casa. Frank abrió la puerta pero ella se negó a entrar. Desconfiaba. Frank asintió e inspeccionó el piso habitación por habitación. Miró dentro de los armarios y debajo de las camas. A simple vista todo estaba en

orden. En el taller vio las piezas del *kousir*, como un gran rompecabezas sobre una tabla de madera. El ladrón no había tenido tiempo de llevarse nada. Volvió al descansillo en busca de Pilar y le pidió que pasara.

Cogida de su mano, revisó las habitaciones una a una para comprobar que todo estaba en orden. Esperaba encontrarse los cajones revueltos, la ropa esparcida por el suelo, los colchones destripados, el taller patas arriba, su joyero vacío, la caja fuerte reventada, algunas cerámicas de valor rotas... Le reconfortó ver que estaba equivocada, que sus temores eran infundados. Tenían que ser ladrones de poca monta, de lo contrario hubiesen arramblado con todo, incluidas las piezas de la pequeña colección de arte que decoraba la casa. Piezas sin demasiado valor económico, pero de gran valor sentimental o artístico, como un huaco nazca o un vaso chimú.

Se abrazó a Frank aliviada, y le sorprendió mirando disimuladamente el reloj.

—¿Tienes que marcharte? —le preguntó con frialdad.

—Yo... —titubeó.

Pilar le liberó del abrazo.

—Deja —musitó con rabia—, estoy acostumbrada. No te importo nada. Nadie te importa nada... Sólo vives para ti. Ni siquiera después de lo ocurrido...

—No es cierto —negó rotundo—. No es cierto que no me importes...

No me dejes sola —le suplicó—. Esta noche no...

Frank la cogió de la cintura. No deseaba marcharse pero tenía que hacerlo. Su semblante reflejaba la amargura de una decisión que no quería tomar. Trató de explicarle el motivo de su prisa. Soto tenía información vital para su investigación. Algo que podía precipitar los hechos. Quizá la tabla todavía no había salido del país. Quizá conocía su paradero, o sabía quién la había robado. El tiempo se le escapaba entre las manos como el agua de lluvia. Pareció no escucharle.

—Vete..., debe de ser muy importante para ti —dijo finalmente Pilar, sin levantar la vista.

—Lo es... Te juro que lo es.

Pilar asintió y se tumbó en el sofá con el pañuelo apretado entre sus manos y la vista perdida. Hipnotizada por un péndulo invisible. Frank le besó la frente, salió al rellano y llamó al timbre de la vecina.

—¡Señor Dónovan! —dijo la mujer sorprendida, anudándose un mandil a la cintura—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Verá —dijo—, tengo que marcharme un par de horas y me gustaría que pasara a casa para hacerle compañía a Pilar. Está algo asustada por lo ocurrido.

—Pierda cuidado... En cuanto termine la cena, en unos diez minutos, voy.

—Gracias.

—No hay de qué.

Consultó el reloj para valorar el tiempo de que disponía. Las ocho menos diez.

Soto ya habría embarcado. Su avión tenía prevista la salida a las ocho y cuarto. ¡Mierda!, exclamó para sus adentros. En llegar al aeropuerto, aparcar y buscar la cafetería Neptuno tardaría unos cuarenta y cinco minutos. A esa hora Soto ya volaría rumbo a Venecia. No lo dudó. Se dirigió a las cabinas telefónicas que había en la plaza, frente al hospital de Madrid, e hizo una llamada.

Al entrar en el vestíbulo del aeropuerto se dirigió al panel horario de información de llegadas y salidas. Buscó con la mirada un vuelo a Milán, Turín o Verona a las 20.15 horas, porque no había vuelos directos de Madrid a Venecia, y con agrado vio parpadear el rótulo de «Retrasado» en el vuelo a Milán de las 20.20 horas. Sus cálculos habían sido correctos. Le preguntó a un «chaqueta roja» por la cafetería Neptuno y apretó el paso.

Soto y su mujer esperaban sentados a una mesa de la cafetería, y al verle llegar se levantaron para saludarle. Hacía tiempo que Frank no veía a Dolores Barrachina, una señora gruesa, bonachona, amable, y orgullosa de haber convertido a su marido en un hombre honrado. Le saludó cariñosamente, y Frank se limpió con disimulo las marcas de *rouge* que con seguridad había dejado en sus mejillas. Luego la mujer se explayó acerca del viaje a Venecia, una de las ciudades que más le gustaba, y del hotel Gritti Palace, a un paso del Gran Canal. Sólo le preocupaba *Vermeer*, que habían dejado al cuidado de una residencia canina. La última vez, cuando lo recogieron, estaba flaco, comido de pulgas y muy triste... Soto la interrumpió para preguntarle a Frank si deseaba tomar algo, y Dolores les dejó para que «hablaran de sus cosas». De una cartera de piel que llevaba metida en el bolso cogió la tarjeta de embarque y le dijo a su marido que le esperaba en el Duty Free. Se despidió de Frank y se alejó hacia el control de policía para entrar en la zona comercial de las salas de embarque.

Soto apuró las últimas gotas de cerveza y le invitó a tomarse otra, pero Frank la rechazó amablemente. Tenía el estómago encogido por haber abandonado a Pilar. Quería acabar cuanto antes para regresar a su lado.

—¿Qué sabes del robo? —espetó sin tapujos.

—¿Estaba en lo cierto? ¿El cuadro que busca es *La Virgen de la Mosca*? — insistió Soto con malicia.

—No voy a contestarte —dijo Frank con sequedad—. Deberías saber que nunca se descubre la información cuando se trabaja en un caso.

—He dado en el clavo. Lo sé —afirmó complacido—. Me lo dice su cara. La cara es el espejo del alma, y en su alma hay grabado el nombre de esa tabla.

Soto empezaba a cargarle. Le daba demasiadas vueltas al asunto. Estaba convencido de que no había obtenido la información de círculos próximos a la Iglesia, porque según el obispo sólo una decena de personas conocían el robo y todas

habían jurado guardar secreto. Los curas nunca soltaban prenda. Cuando se trataba de cuestiones internas incluso comían con la boca cerrada. Pero quizá corrían rumores por otro lado. Los delincuentes solían presumir de sus fechorías.

—¿Quién te ha soplado semejante majadería?

—Un muerto —respondió con gravedad, sin ningún atisbo de broma.

—¿De qué hablas?

—¿Ha leído *El País* de hoy?

Frank negó con la cabeza, sin dejar de mirarle fijamente a los ojos. Soto desdobló un ejemplar que guardaba junto a un tabardo de piel y una maleta pequeña con ruedas y le señaló el recuadro de una noticia con dos fotografías. El titular rezaba: «Pescador muere ahogado en el embalse de Ricobayo». Frank miró con atención la primera de las fotografías. Se veía a un hombre tendido en el suelo, con la cabeza y el tronco hundidos en el agua, y a su lado, de pie, dos guardias civiles de la Unidad Subacuática contemplaban el cadáver varado en la orilla. La otra instantánea, una foto de carné de identidad, mostraba el rostro del pescador ahogado. El rostro del vigilante de la colegiata de Toro.

—¿Qué significa esto? —balbuceó sorprendido.

—Conocí a Santiago Senillosa, «S. S.», como le llamaban sus compañeros de la Guardia Civil, cuando estaba en la cárcel —relató Soto sin dejar de mirar las fotos—. Entonces trabajaba para el Servicio de Información. Andaban detrás de un traficante de heroína, un colombiano al que suponían que yo podía identificar porque compraba obras de arte para lavar parte del dinero negro del cártel. Nunca le vendí nada pero le conocía porque se movía en los círculos de los tratantes de arte. Frecuentaba las mejores galerías del mundo y en un par de ocasiones coincidimos en la galería Durand-Ruel y en el Art Institute de Chicago —aclaró—. Le di algunas pistas y se mostró agradecido. Pero no lograron trincarle porque se les adelantó la DEA, la agencia antidroga de los Estados Unidos. Lo detuvieron en Nueva York con un *Descendimiento* de Van der Weyden robado en Bélgica. No volví a ver a Senillosa nunca más, pero era un hombre agradecido y me escribió varias veces a la cárcel —recordó con nostalgia—. Cuando gracias a usted obtuve la condicional, le perdí definitivamente la pista hasta que hace unos años visité la colegiata de Toro y, ¡sorpresa!, allí estaba, convertido en vigilante de seguridad. Me dijo que había tenido un accidente...

—Conozco esa historia —le interrumpió—. ¿Qué pretendes decirme? ¿Por qué relacionas al vigilante con la tabla que busco? Aquí —dijo con el dedo sobre el texto de la noticia, que había leído con calma— asegura que resbaló por el barro de las últimas lluvias, se golpeó la cabeza, perdió el conocimiento, cayó al agua y se ahogó. Un desafortunado accidente.

—¿Eso cree? —le preguntó con mirada desafiante.

—¿Por qué no iba a creerlo?

—Porque usted mismo se ha delatado —afirmó satisfecho—. Acaba de admitir que le conoce, que conoce su historia. Le conoce porque ha investigado en la Colegiata.

—No voy a morder el anzuelo —dijo Frank con la firmeza del jugador de ajedrez cuando cae en una celada.

—Comisario, sabe mucho de arte y de ladrones, pero muy poco de pesca. —Hizo una breve pausa, sacó un Cross de oro y le señaló la fotografía—. Senillosa era un buen aficionado a la pesca, afición que yo también comparto. Hablamos algunas veces de pescador a pescador, y creo que ése fue el motivo de nuestras simpatías. Si conociera los entresijos de la pesca sabría que nadie se viste de esta guisa para pescar en un pantano —dijo señalando en la fotografía las botas de caucho, el chaleco y el peto que llevaba el vigilante—. Esta clase de indumentaria se utiliza en aguas bravas, para la pesca del salmón o la trucha en los ríos de montaña, pero nunca en la orilla de un pantano donde no hay corrientes, ni siquiera mucha profundidad. —Frank hizo el gesto de decir algo pero Soto continuó—. Senillosa era un buen pescador y en alguna de sus cartas me decía que no le gustaba pescar en embalses y pantanos, que eso no era pesca deportiva. Tenía razón. El simple hecho de capturar peces no puede considerarse pesca deportiva. A Senillosa, como a mí, le gustaba la pesca del salmón y de la trucha, la pesca en ríos de aguas torrenciales del Pirineo o de Asturias. En los embalses sólo hay peces estúpidos: carpas, percas, lucios... El único que se bate cuando pica el anzuelo es el lucio, pero ahora hay veda, y Senillosa nunca vulneraría la ley. —Se mesó la barbilla pensativo, como si buscara palabras fuera del léxico técnico para argumentar su teoría—. Por otra parte —prosiguió—, dudo que haya lucios en el embalse de Ricobayo. Créame, comisario, Senillosa no estaba pescando. Alguien se lo cargó, le vistió y simuló un accidente. Ésa es mi teoría. El resto es fácil de suponer.

—Sigue —le instó Frank, interesado en su hipótesis.

—Cuando usted estuvo en casa me dijo que buscaba un cuadro renacentista. Le nombré una serie de pintores de la época pero me olvidé de uno de los más importantes, Gerard David. ¡No sé cómo pudo pasármese por alto! —se lamentó—. *La Virgen de la Mosca* figura entre sus principales obras y casualmente se muestra en la colegiata de Toro. Unos días después de su visita aparece muerto Senillosa con signos evidentes, desde mi punto de vista, para suponer que alguien se lo ha cargado. Punto y final —dijo abatido y con la boca seca—. Le prometí que si me enteraba de algo se lo diría y he cumplido mi palabra porque siempre estaré en deuda con usted. Lo que haga a partir de ahora me importa un bledo. Es asunto suyo. Créame o déjeme por idiota. Siga mi consejo o piérdase por los cerros de Úbeda. Si quiere que le diga la verdad, sólo me preocupa coger ese maldito avión. —Bostezó y miró las pantallas

horarias de información—. Aunque no sé si debería porque se rumorea que el retraso se debe a una amenaza de bomba.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Diez días, dos semanas, ¿quién sabe? —especuló sin entusiasmo—. Hasta que mi mujer se cansa de comprar y yo de las exposiciones.

—¿Nos veremos a la vuelta?

—Claro que sí —dijo—. Iremos a comer a un buen sitio, y si estoy en lo cierto usted paga. ¿Apostamos?

Frank le dio las gracias sin más. No podía poner en peligro la investigación por una pequeña confidencia. Se abrazaron unos segundos, como dos amigos que van a tardar mucho tiempo en volverse a ver. Soto se vistió el tabardo, sacó su billete de avión del bolsillo y se encaminó hacia el control de policía para reunirse con su mujer en el Duty Free. Se había alejado unos metros cuando oyó que Frank le llamaba. Se giró.

—¡Soto! —le gritó Frank—. Coge ese avión sin miedo. No hay ninguna bomba.

—¡Hijo de puta! —masculló entre dientes al ver su sonrisa burlona.

Frank salió por la misma puerta que había entrado. Miró a su alrededor. Sintió envidia de los viajeros que guardaban cola en los mostradores de facturación, de las parejas que esperaban impacientes su turno para emprender un viaje. ¿Cuánto hacía que no salía de viaje, que no disfrutaba de una merecida vacación? Demasiado.

Al llegar al aparcamiento buscó un cajero automático para abonar el importe del pupilaje. Metió las monedas en la ranura indicada y esperó a que la máquina escupiera el comprobante del pago. Se agachó para retirar la tarjeta y vio un Seat Ibiza azul que le resultó familiar. Estaba aparcado en doble fila y su conductor permanecía al volante. Dio un rodeo, para evitar ser visto, y de lejos comprobó los datos que había anotado en su libreta. Ni siquiera se habían molestado en cambiarle la matrícula. Tenía la misma abolladura en el guardabarros delantero derecho, y aunque no podía verlo desde la distancia, seguramente en la puerta trasera del mismo lado un arañazo dejaba la chapa al descubierto. Caminó en busca de su Opel Vectra. Arrancó despacio y por el retrovisor observó que el Seat Ibiza imitaba su maniobra. Dio una vuelta al aparcamiento, como si buscara la salida, y cuando quedó fuera del radio de visión de las cámaras de seguridad paró el coche. El Seat Ibiza se detuvo en el carril paralelo, separado por una batería de automóviles. Se agachó en el interior del Opel, como si buscara algo, y disimuladamente abrió la puerta. Protegido del Seat Ibiza por los coches estacionados, caminó agazapado y lo rodeó por detrás. Desenfundó su pistola, tiró de la corredera para meter una bala en la recámara y de un salto se incorporó y encañonó al conductor.

—¡Las manos sobre el volante y no vuelva la cabeza! —dijo con absoluta

tranquilidad.

—Oiga, yo...

—¡Obedezca! —gruñó.

El conductor del Seat Ibiza notó el frío del cañón detrás de la oreja. Apoyó las palmas de las manos en el volante y mantuvo la cabeza entre ellas. Frank abrió la puerta y le pidió que bajara sin hacer ningún movimiento brusco.

—¡Ya está bien! —gritó el hombre cumpliendo sus órdenes—. ¡Soy el padre Bonatti!

—¡No me diga! —Le giró bruscamente, con la pistola hundida en su estómago.

—Suélteme... ¿A qué viene esto?

—¿A qué viene esto? ¡Eso le pregunto yo! —gritó, girándolo como a una marioneta.

Le obligó a colocar las manos sobre el capó. El padre Bonatti intentó zafarse, pero Frank le agarró de la nuca y le golpeó con fuerza contra la chapa. Con las manos apoyadas en el capó, le dio una patada en los tobillos y le abrió las piernas en ángulo. En esa posición, sin dejar de apuntarle al cogote, le cacheó. No llevaba armas. Se apartó un poco y enfundó la suya. El padre Bonatti se incorporó y se llevó los dedos a la barbilla. Un hilete rojo bajaba por su garganta para perderse en el cuello de la camisa.

—Esto no quedará así, señor Dónovan —le amenazó.

No, por supuesto que no —le retó Frank mientras el cura presionaba la herida con un pañuelo para contener la pequeña hemorragia—. La próxima vez que le pille oliéndome el culo le mato. ¿Entendido?

Bonatti no contestó. Estaba furioso. De buena gana le hubiese devuelto el golpe, pero se contuvo. Miró el pañuelo manchado de rojo, lo guardó e intentó meterse en el coche.

—No tan rápido —le retuvo Frank cerrando la puerta—. ¿Por qué me sigue? Anda detrás de mí desde el primer día.

El padre Bonatti se tocó la barbilla, para calibrar la profundidad del corte, y le miró como si intentara leer sus pensamientos. No quería entretenerse más. Temía que el guardia de seguridad les viera y se acercara a preguntar qué pasaba.

—Le vigilaba —dijo sin más.

—Ya lo sé. ¿Por qué?

—Órdenes del obispo —dijo—. ¿No lo recuerda? —le preguntó con ironía—. Le pagó treinta mil euros y quiere saber si se gana el sueldo.

En un ataque de ira, Frank le cogió de las solapas y tiró con fuerza hacia arriba, hasta casi levantarlo del suelo.

—Dígale al obispo que cumpliré mi parte del trato. Pero dígame también que si vuelve a entrometerse en mis asuntos daré por zanjada nuestra relación. ¿Ha quedado

claro? —agregó, y le soltó con brusquedad.

El cura asintió y se acomodó el traje. Entró en el Seat Ibiza y arrancó. Frank se quedó de pie, viendo cómo se alejaba en busca de la M-30. Sospechaba que no le había dicho la verdad, al menos no toda la verdad. Antes de ponerse al volante de su Opel Vectra se agachó para inspeccionar los bajos. En la parte delantera no observó nada. Repitió la operación en la parte trasera. Pasó las yemas de los dedos por el guardabarros izquierdo y notó un bultito. Lo arrancó y cayó en su mano un transmisor del tamaño de una caja de cerillas, con un imán para sujetarlo a la chapa, una diminuta antena telescópica, un diodo rojo intermitente y un interruptor en la posición de «encendido». Estaba en lo cierto. El padre Bonatti no era quien aparentaba ser. No era un simple aficionado. Arrojó el transmisor al suelo y lo pisó con fuerza.

Podía entrar con su llave pero prefirió llamar al timbre. Le abrió la vecina porque Pilar se había acostado.

—Comió una ensalada, se tomó una infusión de valeriana, se untó la pomada que le ha recetado el médico y se metió en la cama, señor Dónovan. Sólo necesita dormir. No se preocupe —le tranquilizó la mujer—, está mucho mejor. Y ahora, si me disculpa, tengo que irme...

Frank le agradeció su amabilidad, la acompañó a la puerta y cerró con dos vueltas de llave. Pilar dormía plácidamente, cruzada a lo largo de la cama, desnuda, con la mitad del cuerpo destapado y la otra mitad cubierto por el edredón nórdico. La oyó roncar suavemente. Buena señal. Los calmantes habían hecho su efecto.

Entornó la puerta y se dirigió a la cocina. No había cenado y notaba el estómago vacío. El sándwich de jamón y queso y la botella de Ontañón Reserva habían quedado intactos en su buhardilla. Sacó del frigorífico un paquete de pan de molde, cogió dos rebanadas, las pringó de mantequilla y se preparó un sándwich de salchichón ibérico. En un estante de la nevera vio una botella de Gran Juvé y Camps. El cava lo convertiría en un plato magnífico. El cosquilleo de las burbujas en el paladar le devolvió el placer por la vida. Habían sido demasiadas emociones para un solo día. Se sentó en un sillón del salón comedor, con el sandwich y la copa de cava en una bandeja sobre la mesa de centro, y conectó el televisor. Se entretuvo zapeando hasta que encontró un informativo de última hora. Se preparó otro sándwich y se sirvió un par de copas más. Tenía hambre. Cuando terminó dejó la bandeja en la cocina, tapó la botella de cava y la metió en la nevera. Todavía quedaba para otra noche de soledad gastronómica. Apagó el televisor. Necesitaba descansar para recuperar las energías. Le harían falta. Caminó descalzo hacia la alcoba, para no hacer ruido, y al pasar frente a la puerta del despacho oyó un zumbido, el ronroneo de un pequeño motor en funcionamiento. Entró. El ordenador estaba encendido y el extractor de aire de la CPU zumbaba sordo en el silencio de la noche. El aparato

permanecía en *stand by* y el salvapantallas mostraba una playa idílica. Movi6 el rat6n para recuperar la imagen del programa y le apareci6 una de las p6ginas del informe sobre *La Virgen de la Mosca*. ¡Joder!, exclam6, y se llev6 una mano a la boca. Pilar no había usado el ordenador ese día. Había trabajado toda la tarde en recomponer la caligrafía del *koursi*. El intruso había encendido el ordenador y había leído el informe. Eso es lo que buscaba.

Capítulo 4

Los pequeños rótulos luminosos de «*Allaciare le cinture/Fasten seat belt*» se encendieron. El vuelo de Alitalia AZ-063-E, con salida de Madrid a las 17.55 horas y llegada a Roma a las 20.15 horas, se disponía a aterrizar. Los pasajeros se abrocharon los cinturones, colocaron los asientos en posición vertical y plegaron las mesitas en los respaldos de las butacas delanteras. Dos azafatas se apresuraron a retirar el carrito de servicio que ocupaba por completo el ancho del pasillo, y otras dos comprobaron las medidas de seguridad antes del aterrizaje. El padre Bonatti se retrepó en su butaca y dio el último sorbo al whisky con hielo antes de que la azafata le retirara el vaso. Miró por la ventanilla. A lo lejos resplandecían las luces del aeropuerto de Fiumicino como estrellas de una galaxia lejana.

Los escasos pasajeros de la clase preferente fueron los primeros en alcanzar la terminal del aeropuerto y dirigirse a las cintas transportadoras para retirar sus maletas. El padre Bonatti viajaba sólo con una pequeña bolsa de mano y un portafolios. No había facturado equipaje para evitarse el tiempo de espera. No podía perder ni un segundo. Tenía una cita a las nueve y media de la noche con el hombre más poderoso del Vaticano, su jefe, el cardenal Rudolph Böhm.

Levantó la vista hacia el cielo y vio un manto de nubes grises, espesas, que avanzaban de Oeste a Este. Cayeron las primeras gotas y en pocos minutos llovía a cántaros. Los viajeros que esperaban a los taxis se protegieron bajo las marquesinas apiñados como los gajos de una naranja. El padre Bonatti se vistió su gabardina, se puso un sombrero de loneta y cruzó la calzada a la carrera hasta alcanzar el Jaguar de color gris metalizado, con placas del Estado Vaticano, que lanzaba ráfagas de luz con los faros. El chófer le saludó, y tan pronto como su pasajero se acomodó en el interior del automóvil arrancó a toda velocidad. Tenía órdenes estrictas de llevarle cuanto antes al palacio del Governatorato.

El Jaguar enfiló la entrada del Traventino, la frontera imaginaria que separa Roma del Estado Vaticano. Las placas oficiales le permitieron franquear los controles de seguridad de la guardia pontificia. Rodeó la basílica de San Pedro por la derecha para acceder al palacio del Governatorato. Paró frente a la entrada principal, muy cerca de la iglesia de San Esteban, y el padre Bonatti descendió. Dejó en el maletero su bolsa de viaje y dio instrucciones al chófer para que trasladara su equipaje a la habitación que tenía asignada en la residencia de Santa Marta, un hotel de lujo construido por Juan Pablo II para albergar a los cardenales durante el cónclave, y al personal transeúnte de la Santa Sede. Se subió el cuello de la gabardina, para protegerse del frío y del agua, y ganó la entrada del palacio. Fueron sólo unos metros pero suficientes para que su sombrero chorreara agua sobre el suelo encerado.

Dos guardias suizos le cerraron el paso mientras un tercero le pedía su

identificación. El sacerdote se desabrochó los botones superiores de la gabardina y metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta dejando entrever el alzacuello. Sacó una cartera de piel, la abrió y le mostró su credencial. El guardia observó detenidamente su acreditación como miembro del Servicio de Información del Vaticano, y junto a la misma una tarjeta Visa Oro y otra American Express Gold emitidas por el Deutsche Bank. El padre Bonatti pertenecía a la elite de los servicios de inteligencia del Estado Vaticano y el guardia lo sabía. Aquel tipo de tarjetas sólo las usaban los agentes de operaciones especiales.

El guardia le franqueó la entrada sin pedirle que depositara el portafolios en el escáner para una inspección rutinaria. Una prerrogativa que tenían muy pocos habitantes del Estado de Dios. Caminó por una serie de pasillos, cruzó algunas estancias y finalmente entró en el vestíbulo de la oficina central del Servicio de Información. Otro guardia, esta vez sin uniforme y sentado frente a una mesa, le pidió su nombre y su código. Tecleó los datos en un ordenador y le rogó que esperara en una salita aneja. El cardenal Rudolph Böhm, máximo responsable de la inteligencia vaticana, estaba en una reunión de urgencia de la Curia romana. El padre Bonatti maldijo en su interior el contratiempo. Se sentó en una butaca de terciopelo azul con ribetes dorados. Acomodó la nuca lo más recta que pudo, para aliviar la tensión muscular, suspiró y cerró los ojos. Fuera el agua de lluvia corría por las vidrieras del palacio.

El padre Giuseppe Bonatti tenía cuarenta y tres años. Había nacido en Feltre, un pueblecito de montaña al nordeste de Italia, en el Véneto. De familia acomodada, de tradición agrícola con algunas tierras, estudió sus primeras letras en una escuela católica y después, al cumplir los catorce años, ingresó en el seminario de Belluno gracias a la amistad de su padre con el cura del pueblo. Diez años más tarde se ordenó sacerdote. Tenía la ilusión de hacerse cargo de una parroquia en algún pueblo de montaña de los Alpes Dolomitas, pero el destino truncó sus esperanzas. Al acto de ordenación acudió un colaborador del cardenal Rudolph Böhm, encargado de reclutar hombres para el servicio de inteligencia, y se interesó por aquel novicio de altura considerable, complexión atlética y talento analítico, según manifestaba su acta de calificaciones académicas.

Sin tiempo para asimilar su nueva misión evangélica, el padre Bonatti se encontró vestido de civil y con identidad falsa en un campo de entrenamiento de la CIA. Tras cinco años de adiestramiento ingresó en la Academy U. S. Marine Corps, con base en Quantico, Virginia, para recibir instrucción por parte del FBI y convertirse en un auténtico «hombre del Gobierno». De aquella época recordaba las duras sesiones en Hogan's Alley, la ciudad simulada construida por el Departamento Federal de Investigación para sus clases prácticas. Como el resto de alumnos, al concluir su formación había disparado la friolera de tres mil proyectiles.

Se le concedió la ciudadanía vaticana y se puso a las órdenes de Rudolph Böhm. Una semana después cumplía su primera misión: entregar a las autoridades argelinas toda la información de que disponía el Vaticano sobre las actividades de Abdelkader Hachani, líder del Frente Islámico de Salvación. Unos días más tarde, el 22 de enero de 1992, Hachani fue detenido en Argel bajo la atenta y discreta mirada del padre Bonatti. Oyó el tañido de una campana lejana. Llevaba media hora de espera y el cardenal Rudolph Böhm seguía sin aparecer.

Un Estado pequeño, de 0,44 km², enclavado al oeste de Roma, a la derecha del Tíber y al sur del monte Mario, poseía el Servicio de Información más cualificado de Occidente. Sólo el Mossad le hacía sombra en algunas zonas de influencia. Las razones del buen funcionamiento de los servicios secretos vaticanos no había que buscarlas en su presupuesto, ni en el adiestramiento de sus agentes, sino en la entrega y fidelidad de los miembros de la Iglesia, y en su defensa a ultranza del Estado de Dios. Cada monja, misionero, fraile o cura se convertía en informador si lo requería la defensa del Vaticano. Una red de información con los tentáculos más extensos del mundo. Ningún Estado oriental u occidental acumulaba tanto poder con un censo de menos de mil habitantes, sólo ciento veinte turismos y cincuenta y tres vehículos comerciales.

El cardenal Böhm llevaba más de cuarenta años al frente de la Santa Alianza, conocida en círculos diplomáticos y del espionaje como Servicio de Información del Vaticano, y entre sus miembros como «La Entidad». Había nacido en 1929, en Fügen, un pueblecito perdido en las montañas del Tirol austríaco. Su carácter montañés le había servido para hacerse respetar en los círculos de la diplomacia internacional, de la misma manera que de pequeño se había hecho respetar por sus hermanos mayores. Böhm era el menor de seis hermanos. Tenía la astucia del pastor y el olfato del agricultor. Se había forjado a sí mismo, como los eremitas y estilitas, en la soledad de su propia miseria. Su madre murió al darle a luz y esa circunstancia marcó su personalidad a través de los años. Se mostraba siempre reservado y poco hablador. Hierático y distante. Frío y calculador. El pequeño Rudolph sintió la vocación religiosa muy temprano. Con el fin de aliviar la economía doméstica y tener una boca menos que alimentar, a los once años, por mediación del párroco de Fügen, el joven Böhm ingresó en el seminario de Linz.

En 1940 Linz ya era una ciudad populosa, o al menos eso le pareció al joven Rudolph, que venía de un pueblo de algo menos de dos mil almas. Se instaló en pleno corazón de Linz, en la Harrachstrasse, una calle entre las iglesias de las Ursulinas y de los Carmelitas, en una habitación diminuta que compartía con otros tres seminaristas. La Segunda Guerra Mundial había estallado. Las tropas del Tercer Reich parecían invencibles. En ese ambiente de guerra el joven Rudolph apenas salía de su alcoba, entregado por completo al estudio. Su dedicación llamó la atención de

sus profesores. Nunca habían visto a un seminarista con una capacidad de estudio tan elevada y una memoria tan prodigiosa.

Sus buenas aptitudes para el estudio, el análisis y la lógica hicieron que el director del seminario de Linz, en connivencia con su padre, decidiera trasladarle a Viena. En ese preciso momento comenzó su ascensión al cardenalato. En 1952, a los veintitrés años, se ordenó sacerdote. En 1958 marchó a Roma para estudiar en la Universidad Gregoriana y doctorarse en teología. Tras el doctorado, con *magnum cum laude*, recibió el cargo de vicario general de la diócesis de Linz, y sólo unos meses más tarde Juan XXIII le nombró obispo de Véneto Vittorio. Sus dotes para la política internacional y las relaciones diplomáticas hicieron que en 1961 el papa Roncalli le nombrara director del Servicio de Información del Vaticano. Un cargo que pocos estaban dispuestos a aceptar.

En aquellos días el Vaticano vivía momentos difíciles. A primeros de octubre se vio obligado a reconocer al Gobierno de Siria y el problema de Cuba se acentuó con el fracaso de bahía Cochinos. Las hambrunas de África, el avance del comunismo, las revueltas sociales y otros factores desestabilizadores preocupaban seriamente a Juan XXIII al considerar que la Iglesia no evolucionaba de acuerdo con los problemas de la humanidad. Para afrontar ese período el papa Roncalli decidió organizar el Segundo Concilio Vaticano. Por su expreso deseo el obispo Böhm se hizo cargo de la seguridad del Concilio, y pese a todos los contratiempos e intentos de infiltración, el 11 de octubre de 1962 dos mil trescientos ochenta obispos se reunieron en Roma para el acto inaugural. El nuevo jefe de los servicios secretos del Vaticano había hecho bien su trabajo. En agradecimiento, el Papa le nombró cardenal.

Rudolph Böhm dio un giro espectacular a la organización de la inteligencia vaticana. El Servicio de Información se convirtió en uno de los pilares del Estado de Dios. El cristianismo era la única religión del mundo que tenía como cuartel general un Estado independiente, y este privilegio entrañaba, desde su punto de vista, funcionar como un Estado en todos los aspectos, con acciones diplomáticas a los ojos de la opinión pública internacional, pero también con acciones de guerra sucia si la situación y los intereses de la Santa Sede así lo aconsejaban. La Iglesia tenía demasiados enemigos para mostrarse blanda, demasiados intereses que defender para dormirse en los laureles. El arzobispo Paul Casimir Marcinkus, involucrado en la quiebra del Banco Ambrosiano, amigo personal y antiguo director del Instituto para las Obras de la Religión, le confesó en cierta ocasión: «No puede dirigirse la Iglesia con preces a María». Rudolph Böhm tomó buena nota de ello. Y supo transmitir al padre Bonatti la enseñanza.

Al principio tuvo una crisis de conciencia. El cargo de director del Servicio de Información estaba *ex supererogationes*, más allá de su deber apostólico. Se había doctorado en teología y necesitaba buscar una justificación moral y espiritual a su

nueva misión dentro de la Iglesia. ¿Existía tal justificación? ¿Servía a Dios y a Cristo en las cloacas del Estado? Claro que sí. En su calidad de teólogo conocía la Vulgata perfectamente. Sabía que las misiones de espionaje fueron habituales entre los antiguos cristianos. Se encerró en su despacho y consultó los textos sagrados que conocía al dedillo. En Josué leyó: «Josué, hijo de Nun, envió secretamente desde Sittín dos espías con esta consigna: “Id a explorar la tierra de Jericó...”». La Biblia aceptaba la existencia de espías y legitimaba su utilización. «El que tenga oídos, que oiga...», decía el Apocalipsis. En eso consistía su misión, en escuchar, evaluar y actuar según los intereses de la Iglesia.

¿Y la violencia? ¿Era legítima la violencia a los ojos del Señor? El Decálogo, el fundamento de la alianza contraída por Yahvé con Israel sobre el Sinai, decía: «No matarás». Sin embargo, el Antiguo Testamento condenaba a pena de muerte el homicidio, los pecados contra Dios y la violación de la piedad paterna o la honestidad familiar. Otros muchos versículos de la Biblia también justificaban el uso de la violencia. ¿Acaso no expulsó Jesús a golpes de azote a los mercaderes del templo? En Mateo leyó: «No penséis que he venido a traer la paz al mundo; no he venido a traer paz, sino espada. Porque he venido a poner al hijo en contra de su padre, a la hija en contra de su madre, a la nuera en contra de su suegra...». El Génesis también justificaba el uso de la violencia hasta su última consecuencia: «Quien derrame sangre de hombre verá la suya derramada por el hombre, porque Dios ha hecho al hombre a su imagen...». En el Apocalipsis la violencia quedaba justificada con esta frase: «El que mata con la espada, a espada morirá...». Dios justificaba con su palabra bíblica la violencia. En Números halló la respuesta definitiva a sus dudas: «No profanáis la tierra que habitáis, porque la sangre profana la tierra, y la tierra no puede ser purificada de la sangre vertida sobre ella, sino con la sangre del que la ha vertido...».

La Iglesia podía utilizar la violencia para sus fines como la utilizó Jesús para los suyos, para arrojar del templo sagrado a los paganos e irreverentes, para purificar la tierra de la sangre del delito. La Iglesia había utilizado la violencia contra sus hijos, por voluntad propia, y estaba autorizada a utilizarla contra los demás. La ley del talión, admitida y aceptada en el Antiguo Testamento, se basaba en la reciprocidad del daño causado. El Levítico decía: «Ojo por ojo y diente por diente...». La violencia purificaba. Según el Nuevo Testamento el muerto entregaba su espíritu al seno de Dios para recibir el castigo o la bendición. Las órdenes flagelantes redimieron sus pecados con el castigo corporal, con la mortificación de la carne, con el dolor de Cristo en la cruz, el único y verdadero dolor. Para la Iglesia la dignidad humana no existía porque la auténtica dignidad se refería al espíritu y no a la carne. De esta manera el sufrimiento del cuerpo resultaba el mejor remedio para anular el placer de los sentidos y devolver el espíritu a la carne.

Su misión al frente del Servicio de Información del Vaticano estaba hermanada con la misión de Dios, de los místicos, de los monjes soldados del medievo. Si el Papa, como representante de Dios en la Tierra, asumía la existencia de un órgano de defensa, espionaje y contraespionaje, no podía cuestionarse su legalidad, sus funciones y su fin. Su *pudoris et confusionis sensum*, su vergüenza y confusión, no tenían sentido. A Dios se le servía de infinitas maneras, por infinitos caminos. La Iglesia la formaban hombres y mujeres y conocía de sobra la condición humana. La violencia forma parte de esa condición y los antropólogos lo habían demostrado. Entre los animales el más violento se convertía en el jefe y obtenía más hembras, pasaba sus genes a más descendencia. Gobernaría al Estado de Dios con puño de hierro. Todas sus preguntas hallaron respuestas, todas sus dudas morales quedaron zanjadas. Cerró la Vulgata. Cogió el crucifijo de marfil que colgaba de su pecho, lo miró fijamente y susurró: «Mía es la venganza», recordando las palabras de Pablo en su Epístola a los Romanos. Aquel día Rudolph Böhm encontró la justificación espiritual y moral que buscaba, e hizo de su misión un apostolado. El cardenal Paluzzo Paluzzi, jefe de la Santa Alianza en el siglo XVII, definió su lealtad al Sumo Pontífice de manera tajante: «Si el Papa ordena asesinar a alguien en defensa de la fe, se hace sin preguntar. Porque el Papa es la voz de Dios y nosotros [la Santa Alianza] su mano ejecutora». El cardenal Böhm suscribió estas palabras.

Las actividades de la inteligencia vaticana, o Santa Alianza, se remontaban al papado de Pío V, que en 1566 organizó el primer servicio de espionaje pontificio para luchar contra el protestantismo encabezado por Isabel I de Inglaterra. Clemente VIII, con la ayuda de numerosos jesuitas, convirtió el espionaje papal en un verdadero servicio secreto. Con períodos más o menos activos los servicios secretos vaticanos habían intervenido en la política, las finanzas, el estado de opinión y el orden social de todos los tiempos. En época moderna funcionó la Sapinière, una sociedad secreta de espionaje al servicio del Vaticano. Giuseppe Melchiorre, el futuro papa Pío X, puso en marcha el Soladitium Pianum, el Círculo o Asociación de Pío, para defender los intereses del papado y la Santa Sede. Su principal misión consistió en vigilar a los modernistas, francmasones y socialistas. Suprimido oficialmente en noviembre de 1921 por el papa Benedicto XV, el SP dejó paso al moderno Servicio de Información del Vaticano.

Durante la Segunda Guerra Mundial el Servicio de Información del Vaticano trabajó en estrecha colaboración con la Oficina de Servicios Estratégicos, la antecesora de la CIA dirigida en Roma por James Jesus Angleton, un católico practicante amigo personal del papa Pío XII. El Papa solicitó ayuda a Angleton para luchar contra el comunismo en el seno de la Iglesia y en la política europea para lograr el ascenso al poder de la Democracia Cristiana. La Curia y el propio Papa estaban convencidos de que los comunistas italianos organizaban una campaña para

destruir a la Iglesia. Esta obsesión del papado llevó a sus servicios de inteligencia a luchar de manera destacada contra las células comunistas y de izquierdas en general. Tras la fundación de la CIA el Vaticano exigió la misma colaboración. En 1952 dirigía el cuartel o «estación» de la CIA en Roma otro católico practicante, William Colby, más tarde director de la CIA en Vietnam. Colby estrechó los lazos entre ambos servicios de inteligencia para luchar contra la amenaza comunista. Paralelamente a esta política anticomunista, el Vaticano favoreció a los fascistas italianos, alemanes y croatas y, gracias al denominado «Pasillo Vaticano» y a la operación «Odessa», destacados nazis y fascistas desaparecieron de forma misteriosa en España y Sudamérica.

Tras más de cuarenta años al frente del Servicio de Información del Vaticano, el cardenal Böhm había intervenido en multitud de asuntos que afectaban a la imagen y seguridad de la Santa Sede. Desde su despacho en el palacio del Governatorato contribuyó a desestabilizar regímenes socialistas, a potenciar la subida al poder de dictadores de derechas, a perseguir a intelectuales contrarios a la Iglesia, a proteger a sacerdotes díscolos acusados de abusos sexuales a menores, a borrar pruebas de culpabilidad... Si desaparecían las pruebas que inculpaban a dos monjas de Ruanda Burundi de contribuir al genocidio de los tutsis, a los ojos de la Iglesia tal acusación carecía de fundamento.

El cardenal Böhm tuvo que emplearse a fondo, para dispersar la atención pública, cuando el escritor y diplomático francés Roger Pierre Peyrefitte publicó en la revista italiana *Tempo* un artículo que acusaba a Pablo VI de mantener relaciones homosexuales con un actor de cine. También tuvo que echar toda la carne en el asador el 28 de septiembre de 1978 cuando murió el papa Juan Pablo I, a los treinta y tres días de su pontificado. Investigaciones independientes, como la realizada por David A. Yallop, sostenían que el papa Albino Luciani había muerto asesinado, posiblemente con la administración de una dosis de digital. El cardenal Böhm borró pruebas, destruyó documentos y acalló voces críticas.

El 13 de mayo de 1981 la Iglesia vivió otro momento delicado. El turco ultraderechista Mehmet Ali Agca intentó asesinar a Juan Pablo II. ¿Había fallado el cardenal Rudolph Böhm? Dos periodistas, Gordon Thomas y Clarissa Me. Nair, destaparon las relaciones entre el Vaticano y la CIA. Se supo entonces que cada viernes el director de la CIA hablaba por teléfono con Juan Pablo II, y que la Central de Inteligencia Americana facilitó al Vaticano la lista de los sacerdotes que colaboraban con la guerrilla en Centroamérica. ¿Por qué no se abortó el intento de magnicidio? Las investigaciones de estos periodistas pusieron de relieve que los servicios de inteligencia franceses e israelíes advirtieron a sus homónimos vaticanos de un plan para asesinar al Papa. Sin embargo, la CIA calló y al parecer conocía muchos detalles del complot.

—Acompáñeme, por favor.

Un sacerdote entró en la salita y le abstraigo de sus pensamientos. Sin duda el cardenal Böhm había pasado momentos difíciles, pero el tema que ahora les ocupaba, por sus eventuales derivaciones, actuaba de bisagra y podía marcar un antes y un después en las finanzas del Vaticano. El sacerdote le guió hasta un suntuoso despacho, al que se accedía por una puerta de doble hoja, y le acomodó frente a una mesa de roble barnizada y pulida a mano, con decoración vegetal de marquetería, cantoneras de bronce sobredorado y un frontis con un bajorrelieve del sacrificio de Isaac. Después salió, dejó abiertas las hojas de la puerta, y dos miembros de la guardia suiza, con su vestimenta tradicional, se apostaron en ella.

Estaba en la parte noble del palacio, en el despacho personal del director del Servicio de Información del Vaticano. Un lujoso salón decorado con frescos mitológicos, arañas de lágrimas en el techo y cuadros de obispos y cardenales en las paredes. Desde allí el cardenal dirigía los destinos de la Iglesia. Examinó de cerca el lienzo de un cardenal anónimo pintado por Jacobo Carrucci. En un pequeño camarín destacaba una talla barroca de la Virgen María, y justo detrás de la mesa un perchero de madera de ébano compuesto por una columna central dórica rematada por cuatro cabezas de elefantes. Conocía de sobra el santuario del espionaje vaticano, pero cada vez que lo visitaba le invadía una sensación de desasosiego.

Cinco minutos después entró el cardenal Rudolph Böhm con varios legajos bajo el brazo que sujetaba con dificultad. A sus setenta y seis años mantenía su completa vitalidad, que demostraba con gestos medidos y órdenes tajantes. Los guardias se pusieron firmes, con sus alabardas completamente rectas, pegadas al cuerpo, e inclinaron la cabeza cuando pasó junto a ellos. Después cerraron la puerta y se apostaron enfrente para proteger la intimidad del cardenal.

El hombre más poderoso del Vaticano dejó los papeles encima del escritorio y alargó la mano derecha para que el padre Bonatti besara su sello de oro, con la tiara y las llaves de san Pedro, orladas con la frase latina *Vincite, si ita vultis*, «Venced, si así lo queréis». La calva de su coronilla le daba cierto toque de distinción. Tenía los dedos regordetes y cortos, amarillentos por la nicotina, las uñas cuidadas de manicura, y bajo sus ropajes se adivinaba un vientre abultado. Su cara redonda enmarcaba una mirada profunda, inquisitiva. Se quitó el capelo cardenalicio y colgó el manto de púrpura del perchero con cabezas de elefante. De su cuello pendía una cruz papal de oro sujeta a un grueso cordón también de oro. Se sentó en un sillón de diseño moderno y abrió el informe que el padre Bonatti había extraído de su portafolios. Pasó las hojas rápido, como si no le interesase demasiado. Lo cerró y lo guardó en un cajón de la mesa, junto al último ejemplar del *Diario Nacional de Inteligencia*, un periódico editado por la CIA.

Hizo tintinear una campanilla de cobre que tenía sobre el escritorio y acudió de

inmediato el sacerdote que hacía las funciones de secretario personal, el mismo que minutos antes había acomodado al padre Bonatti. En la Santa Sede estaba prohibido fumar, pero el cardenal parecía ignorarlo. Nunca había respetado la norma y nunca pensaba respetarla. Un buen cigarro le ayudaba a concentrarse, a buscar soluciones a los problemas más escabrosos. El humo, desde la más remota antigüedad, tuvo funciones oraculares. Si el Santo Padre le daba rienda suelta para actuar en cualquier país del mundo, para vulnerar la ley de Dios y de los hombres, no creía que le importara mucho que fumara, que no respetara una ley que desde su punto de vista no tenía ni pies ni cabeza. Con sus amigos más íntimos bromeaba al respecto y aseguraba que si en tiempos de Jesucristo hubiese existido el tabaco, su «jefe» se habría fumado un buen cigarro después de la Última Cena.

Le pidió al *maggiordomo* un puro y cuando lo tuvo entre sus dedos le ofreció otro al padre Bonatti, que lo rechazó con cortesía. El cardenal acercó el Cohiba a su oreja, lo rodó entre sus dedos para comprobar que no crujía en exceso, que tenía el grado preciso de humedad, y después lo deslizó bajo su nariz para aspirar la fragancia de las hojas del tabaco. Sacó un cortapuros de un estuche de piel y seccionó la punta del cigarro para prenderlo. Dio una calada profunda y expulsó lentamente el humo con evidente placer. Miró al sacerdote a los ojos, como si acabara de advertir su presencia.

—¿Sabe cuán importante es su misión? —le preguntó con la cabeza envuelta en una nube de humo.

—Sí, eminencia.

—Tenemos que encontrar al ladrón de esa tabla como sea y cerrarle la boca. Está en juego nuestro prestigio.

—Puedo asegurarle, eminencia —se apresuró a responder—, que la investigación avanza en absoluto secreto. Déjelo en mis manos y no le defraudaré.

—Eso espero, padre —resopló.

—¿Puedo hacerle una pregunta, eminencia?

—Hágala, aunque no le garantizo una respuesta.

—¿Por qué no se denunció el robo?

—Porque los problemas de la Iglesia —terció malhumorado por la pregunta— se resuelven en el seno de la Iglesia. —Tomó aire para decir en un tono más conciliador—: Quizá necesite información complementaria para entender la verdadera importancia de su cometido...

—Hasta donde sé —alegó— hay que recuperar una tabla renacentista y borrar a los responsables del robo y a quienes estén al corriente del mismo, fuera de nuestra Institución, para que no puedan irse de la lengua.

—Correcto —dijo satisfecho—. Pero eso sólo es la superficie de una operación de mayor calado. —Retrepó su espalda en el sillón y continuó—. Desde hace más de

cinco años la Administración del Patrimonio de la Santa Sede trabaja en una clasificación secreta de las obras patrimonio de la Iglesia que no figuran en los catálogos de los Estados que las cobijan. ¿Entiende? Obras perdidas, obras que permanecen ocultas en las bodegas de los conventos de clausura, en iglesias a las que nadie presta atención, obras que se suponen destruidas en el curso de las guerras. En resumen, obras que los Estados ignoran que poseen. Verbigracia, la copia de la tabla que ahora cuelga en esa pequeña localidad de España entraba en los planes de la Santa Sede para equilibrar su déficit presupuestario, como otras tantas localizadas en Alemania, Andorra, Austria, Italia, Polonia, Irlanda, Portugal, República Checa...

—No comprendo —dijo con sorpresa.

—Esa pintura no figura en ningún catálogo oficial —puntualizó—. Para el Estado español no existe. Para el Estado español sólo existe la tabla original, pero no la copia, y eso hace que podamos disponer libremente de ella. Pero si sale a la luz o se descubre el robo habrá investigaciones, se emprenderá una revisión del Patrimonio Nacional español en poder de la Iglesia, y tendremos que dar por concluida la operación. Además, todos los Estados cristianos se pondrán en alerta.

El sacerdote hizo un gesto de afirmación. Su misión formaba parte del eslabón de una gran cadena. Un grano de arroz en la inmensidad de un saco, pero si ese grano de arroz lo devoraban los gorgojos, posiblemente acabarían devorando el saco entero. Su misión consistía en evitar que el grano a su cuidado se pudriera.

—La Santa Sede pasa momentos económicos difíciles —continuó el cardenal, jugueteando con el puro entre los dedos—. Hemos sufrido muchos reveses. La época de Pío XI y Bernardino Nogara queda lejos. Entonces la Iglesia tenía acciones en boyantes empresas, poseía el Banco di Roma, el Banco di Santo Spirito y la Casa di Risparmio di Roma. Entre mil novecientos cincuenta y mil novecientos sesenta, en una sola década, nuestra banca recibió cientos de millones de dólares de la CIA para luchar contra el comunismo en diversos frentes. En mil novecientos setenta, el capital del Estado Vaticano se cifraba en más de trece mil millones de dólares. Pero todo tiene un principio y un fin. Primero tuvimos que pagar impuestos al Estado italiano por las transacciones comerciales y bursátiles, después tuvimos que retirarnos de los laboratorios de anticonceptivos y de las fábricas de armas. Aunque el verdadero desastre comenzó en mil novecientos sesenta y ocho cuando se hicieron cargo de las finanzas vaticanas Paul Marcinkus y Michele Sindona. —Hizo una pausa—. Ellos llevaron a la quiebra al Banco Ambrosiano. Y así hasta hoy, que arrastramos un déficit de más de tres mil millones de euros.

El padre Bonatti se mesó la barbilla y notó la aspereza de su barba y la cicatriz de la herida.

—Pierda cuidado, eminencia —dijo con la voz quebrada—. Estaré a la altura de las circunstancias y cumpliré la misión que tengo encomendada.

—Eso espero y deseo, padre —sentenció con la colilla del puro entre los dientes y un ojo cerrado para evitar el escozor del humo—. Recuerde que los problemas son como los peces, si no los pescas crecen. ¿Qué le ha pasado en la barbilla? —le preguntó, y aplastó la colilla del puro en el cenicero.

—Me corté al afeitarme —mintió.

El cardenal pareció no escucharle.

—Curioso —dijo con aire distraído—. Recuerdo haber leído en su expediente que jamás se afeitaba con cuchilla o navaja, que siempre utilizaba maquinilla eléctrica porque tenía la piel extremadamente sensible. En fin —siguió, restándole importancia al comentario—, en estos momentos no puede hacerse público ningún asunto relacionado con el patrimonio de la Iglesia que afecte a los intereses de los Estados. La Iglesia tiene previsto capitalizar más de tres mil piezas de arte que no figuran en los catálogos oficiales. Toda la maquinaria está engrasada y en marcha. En un período de cinco o seis años inundaremos el mercado de obras por las que se pagarán miles de millones de euros. Y ésa será nuestra salvación. El maná en el desierto. Ésa será la manera de equilibrar nuestro déficit presupuestario y evitar la bancarrota del Estado Vaticano. ¿Se imagina qué sucedería si quebráramos económicamente?

—Desapareceríamos como Estado independiente, eminencia —admitió Bonatti sin un atisbo de duda.

—Así es, padre —ratificó el cardenal—. Todos nuestros privilegios desde Constantino a Mussolini se vendrían abajo y con ellos la institución misma de la Iglesia. La Iglesia precisa dinero, mucho dinero para mantener su hegemonía en los nuevos tiempos. —Cogió aire y siguió con sus argumentos—. Necesitamos una economía fuerte porque de ella depende nuestra independencia política y nuestra seguridad. Por eso necesitamos equilibrar nuestras finanzas. Necesitamos dinero para subsistir. Nuestro presupuesto de defensa ha crecido casi en un mil por mil. —Calló unos segundos para preguntarle, como si no viniera a cuento—: ¿Sabe por qué Juan Pablo II nunca aceptó la supresión del celibato? ¿Sabe por qué Benedicto XVI se muestra también contrario?

—Por una cuestión teológica, eminencia... —respondió Bonatti, pero su respuesta sonó como una pregunta.

—Se equivoca, padre —le contradijo—. La Iglesia no acepta la supresión del celibato simplemente por una cuestión económica. Para no incrementar los costos de la plantilla de la Iglesia. ¿Se imagina a la mayoría de los sacerdotes casados y con hijos? Habría muchos más gastos, mucho más déficit en las arcas vaticanas, un dispendio que no podemos permitirnos. Además, si los sacerdotes contrajeran matrimonio la Iglesia no heredaría sus bienes y sufriría una pérdida patrimonial muy importante. Por la misma razón la Iglesia jamás reconoce a los hijos de los sacerdotes. Les declara ilegítimos para evitar que puedan reclamar sus bienes

patrimoniales.

—Pura cuestión de dinero, eminencia —dijo con resignación.

—Así es, padre —convino el cardenal—. Cualquier secta maneja cientos de millones de dólares. ¿Cómo luchar contra eso? Con una economía que nos permita actuar en todos los frentes porque las cosas van de mal en peor. El islam se hace fuerte y abre mezquitas en los países occidentales al amparo de la democracia y la libertad de culto. Y mientras tanto la Iglesia retrocede. Desamortizamos conventos y monasterios por falta de vocaciones. Nuestros sacerdotes celebran misa en varias parroquias para evitar cerrarlas, clausuramos colegios porque carecemos de alumnos o de profesores. Hay que hacer algo. Hay que recuperar el poder económico y político o el próximo siglo el Vaticano se convertirá en el gran museo de una religión extinta. Me quedan sólo dos años —confesó, algo abatido—. Dentro de poco me marcharé a mi pueblo natal, a Fügen, para vivir en paz lo poco que todavía me quede de vida. Pero hasta ese momento estaré al pie del cañón. Cumpliré con mi mandato y lo haré cumplir.

En ese momento entró el *maggiordomo*, el sacerdote que hacía las funciones de secretario personal. Se acercó al cardenal, le cuchicheó algo al oído y dejó sobre la mesa una carpeta marrón con el escudo Vaticano. El cardenal la abrió, pasó algunas hojas, leyó varios párrafos que llamaron su atención y después la tendió al padre Bonatti.

—Es el expediente del obispo Salgado —certificó—. Como verá, se trata de un hombre leal a la Iglesia, sin una mácula en su trayectoria. ¿Cree que sospecha de su verdadera misión?

—En absoluto, eminencia —dijo Bonatti convencido, mientras hojeaba los folios—. El obispo supone que actúo de observador. Que me ha enviado la Santa Sede a supervisar sus actuaciones para esclarecer el robo. Nada más. De hecho, aunque la idea de camuflar el robo partió inicialmente del obispo, ha dejado el asunto completamente en mis manos.

—Bien, muy bien —afirmó satisfecho—. Gánese su confianza pero sin darle ninguna información al respecto. Cuando aparezca la tabla original recupérela, devuélvasela, y traiga la copia a Roma. Utilice la valija diplomática para sacarla del país.

—Así lo haré, eminencia.

—¿Y ese tal Frank Dónovan? —dijo—. ¿Qué papel juega en esto? ¿Por qué me solicitó su expediente?

—Necesitábamos la colaboración de un experto en robos de arte. Alguien que conociera ese mundo desde dentro, alguien bregado en la investigación, ambicioso, que no hiciera ascos al dinero. El señor Dónovan nos conducirá hasta los ladrones, no le quepa la menor duda. Después, yo personalmente me encargaré de recuperar la

tabla y...

—¿Es bueno?

—El mejor —contestó convencido—. El mejor en su género.

—Debe de serlo para pagarle más de treinta mil euros y prometerle otros ciento ochenta mil si recupera la tabla.

—Era la única baza para convencerle —se defendió—. Es un tipo ambicioso, un tipo que adora el dinero. Un dinero que nunca cobrará, eminencia.

—Usted sabrá lo que hace —dijo con resignación—. Disponga de los fondos que necesite. No hay límite, si con ello recuperamos la maldita tabla, traemos la copia a Roma y zanjamos el asunto. Pero tenga presente que si usted falla rodarán muchas cabezas. Entre ellas la suya.

—Soy consciente, eminencia.

—¿Va a quedarse en Roma, padre?

—Sólo un par de días. Hasta que concluya un asunto pendiente.

—Bien —dijo para terminar la charla—. Si desea algo no dude en acudir a mí. Por lo demás confío en su buen hacer... ¡Ah!, y tenga cuidado con el señor Dónovan —le aconsejó mientras le acompañaba a la puerta—. Los mejores suelen ser los más peligrosos.

—Lo tendré en cuenta.

—Sí, téngalo en cuenta... Sobre todo la próxima vez que se afeite —concluyó con una sonrisa.

Se dirigía al embarcadero próximo a la iglesia de Santa María del Giglio o de la Azucena, donde tenía amarrada su góndola, para empezar una larga jornada de trabajo. Había heredado el amarre y la góndola de su padre, de la misma manera que éste los heredó de su abuelo, y su abuelo de su bisabuelo, y así hasta los días de la Serenísima. De los doce embarcaderos de góndolas autorizados por el ayuntamiento de Venecia, el campo del Giglio y la plaza de San Marcos figuraban entre los mejores y más cotizados. El campo del Giglio era muy frecuentado por los turistas, principalmente de noche, cuando los gondoleros, vestidos con sus tradicionales jerséis a rayas y sombreros de paja, entonaban serenatas que encendían el corazón de los enamorados. De los enamorados ricos, porque un paseo privado de poco menos de una hora costaba la friolera de quinientos setenta euros.

Mientras ahuecaba los almohadones de plumas que daban confort a la carroza, vio un bulto flotando en las aguas del canal d'Ostreghe. Llevaba veinte años de gondolero y con demasiada frecuencia su remo sacaba a flote bolsas de basura. Nada extraño. Los ciento setenta y siete canales que recorrían Venecia mostraban unas aguas sucias y malolientes, principalmente cuando se producía la *acqua alta*, la marea que evitaba el drenaje de los canales e inundaba la plaza de San Marcos.

El bulto avanzó hacia el embarcadero hasta golpear la popa de la góndola, impulsado por el leve oleaje que producían los fuera borda de madera barnizada que surcaban los canales como una alternativa a las góndolas medievales. Maldijo al conductor del taxi acuático por no aminorar la velocidad y, procurando no perder el equilibrio a causa del balanceo de la embarcación, intentó con la ayuda del remo halar el fardo para sacarlo del agua, pero pesaba demasiado. Con un silbido reclamó la atención de otro gondolero que también aparejaba su embarcación para iniciar la jornada laboral. Saltando de góndola en góndola se colocó a su lado y, con la ayuda de un bichero, arrastraron el bulto hacia la proa. Mientras uno lo sujetaba con el bichero, el otro puso pie a tierra para tirar con más fuerza.

El capitán Enzo Giuliani, del Cuerpo de Carabineros, contemplaba el embarcadero del campo del Giglio con la espalda apoyada en uno de los bolardos multicolores que servían de amarre a las góndolas. Más allá del cordón policial, un grupo de curiosos comentaba el hallazgo y hacía conjeturas sobre la identidad del muerto. Posiblemente, se trataba de un borracho. Habría perdido el equilibrio y caído al agua. Solía ocurrir con frecuencia, sobre todo por las noches.

Un sargento tomaba declaración a los dos gondoleros que habían descubierto el cadáver. El color negro de las embarcaciones vestía de luto las aguas mientras varios hombres rana de la Unidad Subacuática de los carabineros sacaban a la superficie el cuerpo sin vida de un hombre de unos sesenta años. Lo dejaron sobre las frías losas de granito y el capitán se acercó. Se puso unos guantes de látex y se agachó para inspeccionar el cadáver. Tenía la cara hinchada y la piel arrugada y blanquecina por el contacto con el agua. Los ojos todavía ocupaban sus cuencas y supuso que llevaba poco tiempo en el agua, porque era lo primero que devoraban las ratas y los peces.

Vestía ropas caras, y el capitán buscó las etiquetas para corroborarlo. Hurgó también en el interior de los bolsillos. No encontró dinero ni ningún tipo de documentación: ni pasaporte, ni permiso de conducir, ni tarjeta sanitaria, ni carné de identidad, ni tarjetas de crédito... Nada que pudiera ayudar a identificarlo. Al inspeccionarle las manos le llamó la atención una pequeña marca. En el dedo anular de la mano derecha observó una diminuta franja mucho más blanquecina que el resto de la piel. La típica marca que dejaba un anillo tras exponer el cuerpo al sol. Le arremangó el brazo izquierdo y vio una marca similar a la altura de la muñeca. La marca de un reloj.

Se levantó, se quitó los guantes de látex y los arrojó a una papelera cercana. Se llevó las manos a los riñones y encorvó la espalda hacia atrás para aliviar la tensión acumulada durante el rato que había permanecido en cuclillas. Aquel tipo tenía aspecto de borracho solitario, de bebedor compulsivo, de divorciado o solterón rico acodado en la barra de un bar en busca de ligue. En cualquier caso, no había muerto

de accidente. No había perdido el equilibrio y caído al agua a causa de su embriaguez. Había sido víctima de un robo. Pondría la mano en el fuego. Le habían desplumado como a un pavo en Navidad. Seguramente, se habrían fijado en su reloj de oro, en sus gemelos y en su anillo, también de oro, y le habían seguido. En cualquier callejón solitario y poco iluminado le habían asaltado y desvalijado. No mostraba signos aparentes de violencia. Quizá le dieron un mal golpe, perdió el conocimiento, cayó al agua y se ahogó. Si estaba en lo cierto la autopsia avalaría su teoría: un caso de homicidio involuntario con el agravante de robo.

Vio acercarse al forense, a dos miembros del Grupo Científico y a la jueza encargada del levantamiento del cadáver. Habló primero con la jueza y después con el forense para transmitirle sus sospechas, y le rogó que tan pronto tuviera el dictamen de la autopsia se lo hiciera llegar. El médico asintió con el gesto y, al igual que había hecho el capitán, se enfundó unos guantes de látex para una primera inspección ocular del cadáver. Sus impresiones a pie de embarcadero no le aportaron nada nuevo: varón, caucasoide (de rasgos europeos en lenguaje común), de algo más de sesenta años, uno setenta y cinco de estatura, complexión fuerte, uñas cuidadas, verbigracia, clase media alta o alta, menos de ocho horas en el agua, sin señales de violencia y signos de ahogamiento. El médico se deshizo de los guantes y sacó del maletín una cámara Polaroid. Le tomó cuatro fotografías: dos en primer plano de la cara y otras dos de cuerpo entero, y le entregó un juego al capitán.

El capitán se dirigió a sus compañeros del Grupo Científico y les pidió una necrodactiloscopia para la identificación del cadáver. Se apartó del escenario del crimen, llamó a uno de sus hombres y le encargó que recopilara las denuncias por desaparición o abandono de domicilio que se hubiesen producido en las últimas setenta y dos horas. El cuerpo sólo llevaba ocho horas en el agua, en opinión del forense, pero quería curarse en salud. Mientras, recorrería los establecimientos de la zona por si alguien hubiese visto algo sospechoso.

Tres horas después, instalado en su despacho de la prefectura, el capitán Giuliani recibió la lista de desaparecidos durante las últimas setenta y dos horas: veintiocho casos en toda Italia. Buscó las denuncias efectuadas en Venecia, descartó a las mujeres con un grueso trazo de rotulador rojo, a los menores de sesenta años y mayores de setenta, a las razas no caucasoides, a los de talla inferior a un metro setenta y cinco centímetros, a los indigentes..., y sólo le quedó una línea en blanco. Un turista. Debió suponerlo. Descolgó el teléfono y contactó con el Grupo de Dactiloscopia para que recabaran a través de la Interpol la identidad del cadáver. Colgó y llamó al forense para que le anticipara los primeros resultados de la autopsia. Le confirmó que había muerto ahogado, pero no por inundación de los pulmones sino por asfixia, aunque todavía no podía dictaminar la causa concreta. El capitán le

insistió en la urgencia del asunto. Había evidencias suficientes para considerarlo un caso de homicidio. Después abandonó su oficina para efectuar personalmente una comprobación. La denuncia partía de una mujer alojada en el hotel Gritti Palace y quería mostrarle las fotografías para certificar que se correspondían con la identidad del desaparecido.

En una suntuosa habitación repleta de muebles del siglo XVII, alfombras persas, jarrones chinos, espejos de molduras doradas y unas vistas fantásticas al Gran Canal, Dolores Barrachina, la mujer de Carlos Soto, reconoció en las fotografías a su marido y estalló en un ataque de llanto. Cuando se calmó, gracias a un sedante administrado por el médico del hotel, le contó al capitán que su esposo había salido la tarde anterior a visitar a un anticuario al que compraba piezas siempre que iban a Venecia. Abrió un cajón del secreter de madera lacada con puertas pintadas, que adornaba un rincón de la sala, y extrajo una tarjeta de visita. El capitán conocía de sobra a Beppe Patitucci, un prestigioso anticuario del campo de Santa María del Giglio. A su tienda acudían bibliófilos y enamorados de los muebles barrocos, los espejos de marcos rococós, los paneles pintados, las cerámicas y los cuadros. El prestigio de Beppe Patitucci llevaba en peregrinación a su tienda a los grandes coleccionistas del mundo y a muchos galeristas de Nueva York.

Habían quedado a las diez y media en la habitación del hotel para salir a cenar. Ella había pasado la tarde en Bottega Veneta, un comercio especializado en cuero trenzado. Tenían mesa reservada en Antico Martini, su restaurante preferido, y llegó temprano al hotel para tomar un baño y arreglarse. Pero al pasar las horas y no llegar su marido se puso nerviosa. Soto era muy puntual. Le había ocurrido algo malo. Estaba convencida. Si hubiese sufrido un contratiempo, si se hubiese entretenido más de lo previsto, si le hubiese surgido un compromiso, cualquier cosa, la habría llamado. A la una y media de la madrugada decidió hablar con la dirección del hotel y exponer sus temores. Ellos se encargaron de llamar a la policía y efectuar la denuncia.

Dolores Barrachina sostenía la fotografía polaroid en sus manos trémulas.

—No puedo creerlo, no puedo creerlo —repetía una y otra vez, y volvía a estallar en una crisis de llanto—. No nadaba bien pero se defendía en el agua. Pobrecito. Qué muerte más horrible.

El capitán no quiso revelar sus sospechas, no quiso causarle más dolor hasta que las evidencias de la autopsia fuesen concluyentes. Siempre que podía evitaba comunicar la muerte a los familiares de las víctimas.

—¿Su marido solía beber, señora? —le preguntó, para descartar por completo la hipótesis del accidente.

—El pobre se hizo alcohólico en la cárcel —se lamentó la viuda—, pero le sermoneé día y noche, sin descanso, hasta que ingresó en una terapia de desintoxicación. Ahora estaba prácticamente curado. Alguna cerveza, algún vasito de

ron o de whisky, pero ya no se emborrachaba...

El capitán se mesó la barbilla. El muerto había estado en la cárcel. Eso complicaba las cosas..., o las facilitaba. Un pequeño indicio que avalaba su teoría del homicidio.

Capítulo 5

La parte capaz de discernir cuándo debe atacar y cuándo no, vencerá». La frase de Sun-zi le martilleaba la cabeza. Había perdido el tiempo, o al menos tenía esa extraña sensación. Los ladrones habían dado un paso importante, decisivo, si Soto estaba en lo cierto respecto a la muerte del vigilante de la Colegiata. Andaba perdido en un laberinto de intrigas y no tenía nada a qué aferrarse. ¿Qué camino debía seguir? Sun-zi no podía decírselo. Recordó la regla número uno: un buen investigador siempre lleva la iniciativa. Lo sabía de sobra, como también sabía que necesitaba ayuda. Alguien que le cubriera las espaldas, alguien de confianza para acceder a la autopsia de Santiago Senillosa.

Tras el incidente de la noche anterior, Pilar le había pedido que se trasladara a vivir a su casa. Temía que alguien intentara entrar de nuevo estando ella. Si el fulano no había conseguido su objetivo quizá volviese en otro momento. Frank aceptó de buen grado. De hecho había pensado proponérselo para su tranquilidad. Se trasladaría de inmediato, eso la serenaría. Le había prometido tenerla al corriente de todo, pero no iba a revelarle las sospechas de Soto. Al menos no de momento, no quería preocuparla sin necesidad.

Estaba seguro de que el intruso buscaba información sobre la tabla. Pilar le confirmó que no había usado el ordenador ese día. ¿Para qué necesitaban esa información los ladrones? Tampoco encontraba una explicación a eso. Se trataba de alguien vinculado al robo. Pero ¿quién? Estuvo tentado de buscar huellas dactilares pero no le habría servido de nada porque se enfrentaba a un profesional, a un experto capaz de abrir en segundos una puerta de seguridad, de entrar sin mover un solo objeto, y de salir con absoluta parsimonia. Pensó de nuevo en Pilar y en los peligros que la acechaban por su culpa. Llamó a Telefónica y solicitó conectarse al servicio de desvío de llamadas para enlazar su teléfono con el número de ella. No quería perder ningún aviso.

Absorto en sus pensamientos se plantó frente a un portal lúgubre del distrito Centro, en la calle de la Palma. Echó un vistazo y entró. Una escalera oscura, de bombillas rotas o fundidas, peldaños estrechos, con los baldosines sueltos o perdidos, la barandilla oxidada y las paredes ajadas, repletas de grafitos, conducía a pisos de puertas desvencijadas y mirillas de hierro atrancadas por la herrumbre, donde vivían jubilados de pensiones míseras e inmigrantes sin papeles. Al llegar al tercer piso se detuvo. Recobró el aliento entre las voces de una mujer sudamericana que increpaba a su marido por holgazán.

Inspeccionó la placa que mostraba la puerta: «Clínica odontológica». Una pátina de mugre cubría el brillo del latón. Nada parecía haber cambiado desde la última vez

que visitó la unidad encubierta de la Brigada de Delitos Monetarios. No sabía por qué la policía tenía debilidad por las clínicas odontológicas a la hora de buscar una tapadera. Pulsó el pequeño botón de cerámica y en el interior sonó el eco de un timbrazo. Oyó correr los pestillos de la puerta. Una joven, con bata quirúrgica de immaculado color blanco, se aprestó a decirle que la clínica no admitía más visitas de momento. Cuando terminó y se disponía a cerrarle la puerta en las narices, Frank desplegó su credencial de detective y le preguntó por el comisario Gálvez.

La joven, una policía de servicio en la unidad, le condujo a una pequeña habitación de paredes falsas levantadas con paneles blancos de Pladur y le pidió que esperara. La salita estaba prácticamente vacía. Una batería de luces halógenas iluminaba una silla de tubo de hierro. Sobre una mesita había varios ejemplares atrasados del *National Geographic*, con las hojas sueltas y las tapas marchitas. Se quedó de pie. Apenas cinco minutos después la puerta se abrió y el comisario Juan Gálvez, ex compañero y amigo de los servicios secretos, le tendió la mano, le atrajo hacia sí y se fundieron en un abrazo.

—¡Frank, amigo, cuánto tiempo!... Me alegro de verte —dijo Gálvez separándose un poco para mirarle de hito en hito—. Por ti no pasa el tiempo. Estás hecho un dandi.

—Tú también estás igual... —mintió Frank. En realidad le encontraba envejecido. Tenía el pelo de las sienes blanco, las arrugas pronunciadas alrededor de los ojos y la coronilla despoblada. En un año y medio había envejecido dos lustros. Supuso que la culpa era del trabajo, del estrés, de la presión...

—Vayamos a tomar algo —le propuso Gálvez—. Llevo horas aquí encerrado y me apetece salir.

—Yo invito.

—Vale, pero antes acompáñame un segundo.

Frank le siguió por un pasillo estrecho hasta llegar a la puerta de su despacho. Le esperó apoyado en el quicio y vio cómo sacaba de un cajón su Smith & Wesson modelo 66 y la enfundaba en una cartuchera de cintura. Gálvez metió la barriga con una inspiración profunda y se ajustó el arma en el lado izquierdo.

—¿Necesitas eso para salir a tomar el aperitivo? —se burló.

—El otro día intentaron atracarme dos moros, dos chavales de unos diecisiete años. ¿Te imaginas? Aquí al lado, en Malasaña, hay bronca todos los fines de semana: peleas, navajazos, contenedores quemados, escaparates rotos...

Bajaron la escalera inundada por un aire pegajoso, húmedo y dulzón, con olor a fritanga. Al pasar junto a la puerta del piso de abajo oyeron gemidos de placer mezclados con la estridencia de la música de salsa a todo volumen. La guajira se había tomado en serio la propuesta del holgazán y echaban un polvo salvaje, un polvo desesperado, de vicio, la mejor manera de aliviar las penas. La mejor manera de

olvidar la mierda y vivir unos instantes en el paraíso.

El aire tibio de la calle les reconfortó. Caminaron en silencio hasta la esquina de Acuerdo con la Palma y entraron en la bodega El Maño. Una vieja taberna que mantenía el sabor tradicional. Tras la barra destacaban unas grandes tinas de barro para almacenar vino y sobre sus barrigas, con trazos gruesos de tiza, los precios de los mejores caldos y canapés. Se sentaron a una mesa junto al ventanal. Frank se fijó en la camarera. Una chica joven, de treinta y pocos, melena larga y lacia, morena, delgada, y un lunar prominente junto a la comisura de los labios. Sus miradas se cruzaron y los dos sonrieron. La joven se acercó.

—Dos vermús de grifo y dos canapés de bacalao, por favor —ordenó Gálvez, y le comentó a Frank—: Una de las especialidades de la casa.

Se miraron en silencio unos segundos. ¿Qué había sido de ellos? De sus años de juventud, de sus ilusiones, de su progresismo. Dos antiguos miembros del servicio de inteligencia frente a frente con un montón de recuerdos y vivencias compartidas.

Gálvez abandonó el Cesid en 1994, asqueado de las intrigas internas. Había resistido dieciséis años más que Frank. Sus compañeros siempre le consideraron un buen analista de operaciones. Evaluaba la situación y emitía un dictamen lógico basado en el estudio matemático de los hechos. Pocas veces sus operaciones fueron cuestionadas o fracasaron. Tres meses después de abandonar el Cesid ingresó en la Brigada de Delitos Monetarios. Podía haberlo hecho mucho antes pero se tomó un descanso para ordenar sus ideas, para decidir la senda de su tortuoso futuro. Licenciado en Ciencias Exactas y especializado en contabilidad, dominaba los balances como las viejas las agujas de hacer calceta. Sus análisis sobre los sistemas financieros de algunas empresas llevaron a la Brigada a culminar con éxito importantes acciones contra el blanqueo de dinero, el tráfico de divisas y la evasión de impuestos. Le llovieron las buenas ofertas laborales y económicas para ingresar en la plantilla del Ministerio de Hacienda, para dirigir las Unidades de Inteligencia de varios grupos bancarios, pero las desestimó. Por encima del dinero y del prestigio se consideraba un policía.

Vivía tranquilo, analizando balances, facturas, cheques, pagarés, rastreando cuentas en paraísos fiscales. Un trabajo cómodo comparado con su anterior en el Cesid, pero con un sueldo de miseria. El eterno problema de los policías. Hasta que un buen día le propusieron dirigir una unidad encubierta para perseguir a delincuentes de altos vuelos: traficantes de divisas, narcotraficantes, vendedores de armas, grupos terroristas y demás ralea, gente que escapaba de las redes de la justicia con triquiñuelas legales, al amparo de los derechos constitucionales y las garantías de la democracia. Las investigaciones ortodoxas, ajustadas a la ley, tenían un techo que la policía no podía sobrepasar, unos límites que jugaban en favor de la delincuencia organizada. La unidad a su cargo debía rastrear la pista de sus finanzas con medios

ilegales: escuchas no autorizadas, robo de información, sobornos a contables, registros sin orden judicial, violación del secreto postal y bancario, y un largo etcétera que pondría los pelos de punta a cualquier magistrado. Gálvez conocía bien este tipo de delincuencia y cómo se organizaban las operaciones clandestinas. Debía luchar con el poder de la información, desde la comodidad de una oficina, sin correr riesgos innecesarios porque el trabajo sucio lo harían otros. Llegaría a casa a una hora prudente, como el conductor de autobús que finaliza su turno. Su mujer y sus hijos lo agradecerían. No perdería su rango y ganaría mucho, mucho más dinero.

Disponía de fondos reservados y no estaba obligado a dar explicaciones a sus superiores sobre las actividades de la Unidad. Eso le dejaba libre de pies y manos para actuar en conciencia. Sólo estaba obligado a ofrecer resultados, a presentar todos los meses informes concluyentes sobre personas o empresas para que la Brigada de Delitos Monetarios actuara en consecuencia. Necesitaba hombres leales, hombres dispuestos a trabajar en la sombra con suficiente experiencia para no meter la pata, y Frank cumplía al cien por cien todos los requisitos. Le quería a su lado, codo con codo, como en los viejos tiempos, pero Frank ya había rehecho su vida como detective. Vivía mal, pero no rendía cuentas a nadie. Era dueño de sus acciones, de su negocio y de su tiempo. Era jefe y empleado, patrón y marinero. Le ofreció un buen sueldo pero rechazó la oferta. Valoraba su independencia más que un saco de oro, su libertad para entrar o salir, para decidir la hora de acostarse o de levantarse.

—¿Te lo has pensado mejor y vienes a trabajar conmigo? —le sondeó.

Frank sonrió, y prefirió esperar un poco antes de contarle el motivo de su visita.

—Y tú, ¿en qué andas ahora?

—Control a ONG'S.

¿ONG'S?

La joven dejó el pedido sobre la mesa. Alzaron los vasos de vermú con soda y brindaron.

—En España hay registradas más de once mil ONGS —le contó Gálvez—. Proliferaron a partir de la década de los ochenta, porque muchos jóvenes, ante la expectativa del paro, tramitaban la licencia de una ONG, cobraban la subvención y se asignaban un sueldo. Así de sencillo. Muchas ONGS no nacieron como fruto de la solidaridad, sino del interés económico personal. Mi unidad maneja datos de una ONG dedicada a apadrinar niños que cobra la asignación aun después de fallecer los chavales.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Frank.

—El Gobierno estudiará a conciencia la situación —dijo seguro de que así sería—. Me consta que hay en curso investigaciones paralelas a la nuestra a cargo de otras unidades. Después, si le conviene, filtrara una parte de la misma a algún periódico. La noticia aparecerá en primera plana: «ONG'S sospechosas de fraude». Estallará el

escándalo. Se hablará en las tertulias de radio, televisión, los diarios le dedicarán editoriales, etcétera, y entonces, como si no supiese nada, el Gobierno iniciará una investigación oficial.

—Nada ha cambiado.

—Nada —sentenció Gálvez, y rió con los carrillos llenos de bacalao.

—Dime —le preguntó—, ¿sigues con Pilar? ¿Ya te han domado?

—Algo así —sonrió Frank—. Le he pedido que vivamos juntos. No pensamos casarnos, pero haremos una fiesta y, por supuesto, te reservamos un puesto de honor en la mesa de los invitados.

Frank esperaba alguna broma, algún chascarrillo sobre el hecho de perder su soltería, pero Gálvez guardó un silencio tan profundo como prolongado. Bajó los ojos hacia el vaso de vermú y se quedó hipnotizado.

—¿Cómo está Carmen? —le preguntó Frank.

—Tiene leucemia —musitó Gálvez al cabo de unos instantes—. Los médicos le han dado seis meses de vida.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace un año, más o menos —respondió como si hablara de una fecha tan lejana que le resultara imposible recordarla—. Y pensar que teníamos tantos proyectos... Teníamos la ilusión de comprarnos un velero —dijo como un autómatas—. Antes de que le diagnosticaran la enfermedad estuvimos en el Salón Náutico de Barcelona —recordó con una sonrisa de nostalgia—. Le encanta navegar. La vi feliz entre aquellos barcos que se me antojaban sueños inalcanzables.

—Nunca hay que renunciar a los sueños —murmuró Frank.

—Sueños, sueños, sueños —repitió Gálvez—. En mi vida ya no hay lugar para ellos. —Levantó la mano para llamar a la camarera y le pidió otros dos vasos de vermú—. Así están las cosas. Mi vida se ha convertido en una pesadilla.

Dio el primer sorbo al segundo vaso de vermú. La bodega estaba llena y la tranquilidad se vio alterada por el bullicio de las voces y carcajadas de un grupo de jóvenes que recordaba la juerga del último fin de semana. En la calle se produjo un pequeño atasco y los cláxones inundaron con su ruido ensordecedor todos los rincones.

—Quizá todo se jodió cuando entré en el Cesid —soltó Gálvez de pronto, con rabia contenida—. Si pudiera retroceder cambiaría muchas cosas. Pero ya es tarde.

—Nunca es tarde.

—¡Mira quién habla! —protestó enérgico—. ¿Acaso tú querías ser detective, perseguir a maridos rijosos, a mequetrefes sin dos dedos de frente y a perritos falderos? ¡No me jodas!

—Yo soñaba con ser policía, agente secreto, detective, pero no en la vida real sino delante de una cámara: quería ser actor —dijo—. Estudié arte dramático en Madrid y

después estuve un año en Nueva York. Incluso formé parte de un grupo de teatro independiente, El Desagüe. Representábamos obras de Arthur Miller, Bertolt Brecht, Tennessee Williams... Pero también me tentaba la aventura, los viajes... y aquí estoy. —Bebió un poco de vermú—. Pero ahora he decidido cambiar. He decidido dejar esto y acabar mis días en el Ampurdán, con Pilar, en absoluta tranquilidad. He decidido disfrutar los años que me queden de vida. Nunca es tarde si tienes agallas para dejar muchas cosas atrás.

—Mi caso es diferente... pero dejémoslo. ¿Todavía practicas aquel truco de magia? —dijo para cambiar de tema.

Frank sonrió. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una moneda de un euro. Se la entregó y le pidió que la examinara. Un euro auténtico acuñado en la República Italiana. Abrió las manos sobre la mesa y le invitó a ponerlo en una. Gálvez eligió la derecha y Frank la cerró muy despacio. Después cerró la izquierda igual de despacio. La giró ciento ochenta grados y juntó los puños pulgar con pulgar. Sopla. ¿En qué mano está la moneda? Gálvez señaló la derecha, no la había perdido de vista ni un segundo. La abrió tan despacio como la había cerrado y..., ¡sorpresa!, el euro había desaparecido. Abrió la izquierda y allí estaba la moneda.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó, como tantas otras veces, sabiendo que nunca se lo diría.

—Secreto, secreto de mago —respondió Frank, complacido de haber podido dibujarle una sonrisa—. Me lo enseñó un prestidigitador de Nueva York y le juré que nunca revelaría el truco.

Guardó la moneda y dirigió la vista a la calle. El tapón de coches seguía sin moverse. Un coche aparcado en doble fila tenía la culpa. No dejaba avanzar a un camión de mudanzas.

—Cuéntame a qué has venido —soltó Gálvez de sopetón.

—A muchas cosas y a nada —respondió—. Necesitaba que me echaras un cable, pero me las arreglaré solo. Ya tienes bastantes problemas para ocuparte también de los míos...

—¡No seas gilipollas! —gruñó con el vaso de vermú en alto para proponerle un brindis—. ¿Cuándo he dejado de ayudarte? ¿Cuándo me has dejado tú en la estacada? Por qué iban a cambiar ahora las cosas. ¡A nuestra salud! —Dio un trago e insistió imperativo—: ¡Vamos, cuéntame en qué lío andas!

—¿De verdad quieres saberlo?

—¡Joder! Claro que sí. ¿Cómo tengo que decírtelo?

Frank acomodó sus posaderas sobre el taburete, que empezaba a incomodarle, y se dispuso a relatarle el robo de la tabla, cómo y quién le había contratado, los pasos que había dado sin éxito, sus pesquisas en la Colegiata, el seguimiento a que le habían sometido, la intrusión en el piso de Pilar, y así hasta desgranar todos y cada

uno de los detalles. Gálvez le escuchaba con atención, y a medida que avanzaba en la exposición de los hechos fruncía el ceño preocupado. Por último, Frank le relató la entrevista con Soto y su teoría sobre la muerte del vigilante. Guardó silencio, a la espera de una opinión, y no tardó en obtenerla.

—Déjalo —le aconsejó Gálvez sin preámbulos—. Este robo huele mal. Descuenta tus gastos y devuélveles el dinero del adelanto. Diles que estás en un laberinto que no conduce a ningún lugar y despídete. Regresa a tu rutina, a tus casos de infidelidad y perros perdidos. Pero no te compliques la vida porque ya ves que se complica sola.

—No puedo —protestó—. Me juego mucho. Tengo planes para Pilar y para mí.

—¿El Ampurdán?

—Sí —dijo Frank—. ¿Crees que tienes el monopolio de los sueños?

Gálvez bajó la mirada. Recapacitó. Luego pareció cambiar de opinión. Cogió el vaso, lo alzó a la altura de sus ojos y brindó de nuevo.

—¡Salud! —dijo—. A partir de ahora formamos equipo.

—No —replicó Frank—. Sólo pretendía que consiguieses el resultado de una autopsia. Nada más.

—No me mientas —le desafió—. Para eso te las pintas solo.

—Ya tienes bastantes quebraderos de cabeza para buscarte otro.

—¡Lo sé, lo sé! —casi gritó—. La verdad, Frank, necesito salir de esta jaula. Déjame que te ayude. Me hará bien. ¿No te das cuenta? No es una decisión altruista, sino puro egoísmo —argumentó para convencerle—. No pretendo ayudarte, sino que me ayudes.

—No sé —masculló Frank indeciso, con la barbilla apoyada en la mano.

—¿Recuerdas nuestro lema?

—«Los viejos agentes nunca mueren» —recitó con una sonrisa.

—Eso es. A fin de cuentas, estamos vivos, ¿no?

Frank miró sus ojos y los descubrió clavados en el vaso, contando las burbujas del agua de Seltz que ascendían a la superficie en pequeñas columnas. Nunca pretendió que trabajaran juntos. Sólo que le facilitara el resultado de la autopsia para valorar la credibilidad de la hipótesis de Soto.

—Acepto —dijo tras reflexionar unos segundos—. Pero yo llevaré la voz cantante.

—Sin ningún problema. El caso es tuyo y tú decides el rumbo a seguir. Tú llevas el timón de la nave y marcas la derrota. ¿Cuál es nuestro primer puerto de destino?

—Una copia de la autopsia de Santiago Senillosa.

—Cuenta con ello —afirmó sacando un bolígrafo. Cogió una servilleta de papel y garabateó el nombre—. Dime cómo ocurrió, dónde le hallaron, en qué depósito está el cuerpo.

—El cómo lo ignoro —dijo pensativo—. Según el periódico salió a pescar, resbaló, se golpeó la cabeza, quedó inconsciente, cayó al agua del pantano de Ricobayo y se ahogó. Es todo.

—¿Dónde está Ricobayo?

—Cerca de Zamora.

—Bien —asintió—. Contactaré con el Instituto Anatómico Forense de Zamora y les pediré una copia de la autopsia. —Meditó unos segundos y aventuró—: Espero tenerla esta misma tarde, pero no te hagas ilusiones. Ten por seguro que se trata de un accidente, de lo contrario habría una investigación abierta y los periódicos habrían recogido la noticia. —Calló un instante para seguir—. Si la sospecha de tu amigo es cierta y no murió de accidente, entonces tendrás que darme la razón y reconocer que pisas mierda. Hay más mierda detrás de este robo de la que imaginas.

—Lláname en cuanto tengas el informe —dijo Frank para zanjar el tema.

—Lo haré. Pediré que me lo tramiten vía fax por el procedimiento de urgencia —aclaró para su tranquilidad.

—También quiero la máxima discreción.

—Descuida —le tranquilizó—. Dispongo de canales que garantizan el secreto. Pediré la autopsia a través de la Central, como si se tratara de una simple comprobación para un caso de los nuestros.

Dieron buena cuenta del poco vermú que les quedaba en los vasos. La camarera se había colocado detrás de la barra para atender a los clientes que la abarrotaban. El servicio de las mesas estaba ahora en manos de un muchacho, un tanto desgarrado, que atendía con indolencia a los comensales.

Frank pidió la cuenta y la pagó. Se levantaron. El sol doraba la parte alta de las fachadas y algunos vecinos de los pisos superiores buscaban su caricia después de varios días de lluvia. Caminaron uno junto al otro por el medio de la calle y se despidieron en la esquina.

—Gracias —le dijo Gálvez, y sin darle tiempo a responderle se alejó cabizbajo y pensativo hacia su clínica odontológica de ficción. Frank siguió por la calle Acuerdo hacia Noviciado y alcanzó San Bernardo para bajar en busca de la Gran Vía. Por estrechas y tortuosas callejuelas llegó a su buhardilla.

Abrió la nevera y del congelador sacó una bolsa de cubitos de hielo comprada en una gasolinera. Puso tres piedras en un vaso y se sirvió una buena dosis de Macallan de doce años. Dio un sorbo al whisky y sintió un fuerte ardor de estómago seguido de un escalofrío. Tenía la víscera contraída y el alcohol le quemaba las entrañas. Dio otro sorbo, para demostrar a su propio cuerpo quién mandaba, y conectó el radiocasete. Luz Casal esparció una canción por el aire enrarecido de la buhardilla. Una punzada en el estómago le arrancó una mueca de dolor. ¿Podía ocurrirle a Pilar lo mismo que a Carmen? ¿Podían cebarse en ella la enfermedad y la muerte? Sintió

un miedo que jamás había experimentado.

Refrescaba y prendió la caldera que alimentaba los radiadores. Se sentó en una butaca, frente a la galería acristalada que daba al patio de vecinos. La trastienda de la vida. Contempló el pulso de una ciudad que se ahogaba en historias de sufrimiento, dolor, violencia y muerte. Una mujer tendía la ropa al sol de la tarde. En una ventana lejana, detrás de la celosía de un biombo, se dibujaba la figura confusa, turbia por la distancia y el enrejado de tablillas, de una muchacha que vestía su cuerpo desnudo. En el bloque de enfrente un viejo leía el periódico bajo la luz tamizada de unos estores. «Hay caminos que no deben transitarse; tropas que no deben atacarse; plazas fuertes que no deben asaltarse; áreas que no deben disputarse, y órdenes del soberano que no deben acatarse», aconsejaba Sun-zi, el gran maestro del arte de la guerra. Sin embargo, se aferraba a este caso como si fuera la única posibilidad para cambiar el rumbo de su vida. Whisky, vermú y oscuros pensamientos no combinan bien, y sintió un leve mareo. Derramó las últimas gotas de licor en el desagüe del fregadero y se tomó un vaso de leche fría. La voz de Luz Casal invitaba a la nostalgia: «Piensa en mí, cuando sufras, cuando llores, también piensa en mí... Cuando quieras quitarme la vida, no la quiero, para nada, para nada me sirve sin ti...». Con la mano sobre la boca del estómago, se acercó a la galería. La mujer había tendido la ropa sobre los alambres y recogía las pinzas sobrantes para guardarlas en los bolsillos del delantal. La muchacha se había vestido y se maquillaba frente a un tocador. El viejo dormía acariciado por el sol y el periódico reposaba a sus pies con la mansedumbre de un perro cansado.

El cielo se oscureció poco a poco. Sólo el planeta Venus brillaba solitario en el firmamento. De pequeño, sentado en las rodillas de su padre, en el porche del chalecito que les asignaron cuando ascendió a comandante, contemplaba las estrellas y aprendía el nombre de las constelaciones: Osa Mayor, Osa Menor, Escorpión, Toro, León, Cangrejo, Ballena... ¡El cielo estaba vivo! Con la ayuda de un planisferio su padre unía con gruesos trazos de lápiz las estrellas que formaban constelaciones y dibujaba los animales que les daban nombre. A Frank le parecía asombroso que el cielo estuviese repleto de animales, lleno de seres fantásticos. Bastaba levantar la cabeza para descubrir otro mundo. «Los pilotos son los seres que más cerca están de las estrellas», decía su padre. Había sido feliz durante su infancia en la base aérea. Los televisores y los equipos estéreos de cuarenta y cinco revoluciones por minuto llegaron antes a la base que a muchas casas de Madrid. «Mi padre ha comprado una caja llena de señores», decía a sus compañeros de clase, que se reían a carcajadas.

No sabía el tiempo que había transcurrido. Se había quedado dormido, abatido por el cansancio y los espasmos del estómago. Su dolor de cabeza había desaparecido, al menos de momento, y su estómago había recobrado el sosiego. Miró de manera

instintiva el reloj: las nueve. La ropa puesta a secar continuaba colgada de los alambres sacudida por las ráfagas de viento. En una ventana lejana se dibujaban los destellos rítmicos de una pantalla de televisión. Se había dormido pensando en su padre, un ingeniero aeronáutico nacido en Minnesota que había servido como mecánico a bordo de un bombardero B-25 durante la Segunda Guerra Mundial. Llegó a Madrid en diciembre de 1953 como miembro de una comisión encargada de poner en marcha los convenios de defensa firmados entre España y Estados Unidos. Su afán de aventura le llevó a enrolarse en la USAF tras el ataque japonés de Pearl Harbour. Sin apenas tiempo para meditar su locura, cinco meses después, en abril de 1942, formaba parte de una fuerza especial compuesta por dos portaaviones, el *Enterprise* y el *Hornet*, que puso rumbo a las costas de Tokio. A setecientas millas de la capital nipona la megafonía de los buques tocó a zafarrancho de combate y una escuadrilla de bombarderos B-25 rompió con el estruendo de sus motores el cielo nipón. Su vuelo sobre la capital del Sol Naciente duró treinta segundos. El tiempo justo para soltar cuatro bombas de quinientas libras. Treinta segundos que sirvieron para devolver al pueblo americano la confianza en su ejército y a los japoneses el presagio del desastre que se avecinaba.

Se instaló en un improvisado barracón de la futura base aérea de Torrejón de Ardoz, mientras trabajaba en los planos para acondicionar las pistas y los hangares. En sus horas libres se propuso conocer Madrid, sus calles, su ambiente, sus museos. En Madrid la historia y el arte se palpaban en cada esquina. Disfrutaba también del ambiente de las tascas y los bares. Muchas tardes acudía a Casa Labra a tomar cañas y pinchos de bacalao, o se sentaba en alguno de los cafés que abrían sus puertas en las avenidas más populosas de Madrid. Entre sus preferidos estaban el Comercial, el Gijón o el Espejo.

Siempre que su trabajo en la base se lo permitía, acudía a las fiestas y festejos que se celebraban en Madrid, a las verbenas y romerías. En una de esas verbenas se enredaron los hilos de su destino. Un día de San Antonio acudió a la fiesta que celebraban las modistillas en la ermita de San Antonio de la Florida, con su bóveda y cúpula pintadas por Goya. Allí conoció a su futura esposa y madre de Frank, vestida de chulapa con un bello mantón de Manila. Sus miradas se cruzaron, sus labios esbozaron una tímida sonrisa, y la muchacha metió su mano en un cesto lleno de alfileres para saber cuántos pretendientes había dispuesto Cupido para ella: tantos alfileres pegados a la palma, tantos novios vaticinaba la superchería. Sólo uno quedó prendido de su mano, entre las risas de sus compañeras de taller y de tienda, que se burlaban de su parca ventura amorosa. La orquestina arrancó a tocar un chotis, tan popular como bien acogido por la concurrencia, y cada cual buscó a su pareja para entregarse al baile más típico de Madrid. Sus manos se encontraron. El comandante James Dónovan jamás había bailado el chotis y su dominio del castellano sólo le

permitía balbucir algunas palabras. Las suficientes para llamarla «guapa». Así empezó un romance, una historia de amor que sólo terminó el día que ambos murieron.

Pilar montaba las piezas del *koursi*, una a una, con infinita paciencia. El mueble tomaba forma. El amasijo de maderas mostraba su decoración geométrica de arabescos y filigranas y los versículos del Corán recompuestos. En un gran papel vegetal, calcaba los caracteres cúficos de la escritura, y debajo anotaba la traducción al castellano. Frank leyó la primera frase: «No hay Dios, sino Alá. Mahoma es su profeta. No hay fuerza ni poder sino en Alá...».

—¿Qué te pasa? —le preguntó Pilar alzando la vista y viéndole desencajado, con la palma de la mano apoyada en su frente.

—No me ha sentado bien el almuerzo —dijo para no preocuparla.

Pilar sacudió la cabeza y le besó. Le reconfortaba tenerle en casa por las noches. Todavía palpitaba al recordar el intento de robo.

—Por cierto —dijo de sopetón, como si temiera olvidarse—, ha telefonado Gálvez.

—¿Cuándo?

—Hace media hora. Me ha dicho que volvería a llamarte esta noche. —Hizo una pausa para añadir—: No sabía que hubierais vuelto a veros. ¿Le ocurre algo?

—¿Por qué?

—Por nada. Solía ser dicharachero, alegre, con ganas de conversar, y hoy apenas me ha saludado. Le he notado distante, reservado. Pensaría que está enfadado conmigo, si no fuese porque no tiene motivo.

—Tendrá problemas en el trabajo —aventuró Frank para no entrar en detalles.

—Te prepararé algo ligero de cena —dijo ella encaminándose a la cocina.

Frank asintió y permaneció unos minutos mirando las piezas del *koursi* con la mente en blanco. El teléfono sonó y sintió el pitido en mitad del cerebro. Pilar descolgó, cruzó un par de palabras y con un gesto le indicó que lo cogiera.

—¿Has conseguido la copia de la autopsia? —preguntó sin que mediara un saludo.

—Sí, sí... —dijo para tranquilizarle—. La tengo delante de mí. Siento decirte que tu amigo estaba equivocado. El vigilante murió de un accidente.

—¿Qué dice sobre la causa de la muerte?

A través del auricular oyó el frufrú de los folios al pasar. Los segundos que tardó en buscar la causa de la muerte dictada por el forense se le hicieron eternos. Soto parecía seguro.

—Aquí está —musitó al encontrar el apartado que especificaba las circunstancias de la muerte, y leyó—: «Asfixia por inmersión con la subsiguiente invasión y

encharcamiento de los pulmones. Causa de la asfixia: pérdida del conocimiento con caída al agua. Causa de la pérdida del conocimiento: fuerte golpe en la cabeza, en la región del lóbulo occipital. Causa de la caída: posible pérdida del equilibrio». —Leyó algunas líneas para sí, con un leve murmullo, y siguió—: «En la herida, con desgarro del cuero cabelludo, se observan restos de calcita (carbonato cálcico) cuyo análisis coincide con las rocas (calizas) que bordean la parte del embalse donde apareció el cadáver y la piedra aportada como prueba por la policía judicial. Los restos de sangre hallados en la roca estudiada (roca que golpea al sujeto en su caída) también coinciden con el grupo sanguíneo del cadáver: A positivo. Considerandos: no se observan signos externos ni internos de violencia; tampoco se aprecian signos de agresión en las ropas. Dictamen final: muerte accidental por pérdida del conocimiento y posterior asfixia por inmersión...».

Frank guardó silencio, como si el resultado de la autopsia le hubiese defraudado. Como el corredor que tropieza y cae a escasos metros de la meta.

—La escena de los hechos es la siguiente —dijo Gálvez para romper su silencio—: el tipo va de pesca, desciende por un paso complicado, resbala, pierde el equilibrio, cae al suelo, se golpea la cabeza con una piedra, queda inconsciente, rueda hasta el agua y se ahoga. Punto y final. Un lamentable accidente. No hay una sola prueba para sospechar que se trata de un homicidio. He hablado con los colegas de la Brigada y en la inspección ocular no han hallado ningún indicio sospechoso. Ninguno...

—Tenemos que vernos —dijo Frank contrariado.

—¿Para qué?

—Necesito hacer una comprobación.

—Dime de qué se trata.

—No creo que sea prudente...

—Si te refieres al teléfono quédate tranquilo —dijo orgulloso—. He pedido un barrido de la línea y de momento es segura. Puedes hablar sin miedo. Nadie nos escucha.

Frank sonrió, Gálvez siempre le sorprendía. Tenía la facultad de adelantarse a sus pensamientos. De medir con precisión milimétrica sus pasos.

—¿Cuándo van a enterrarle? —le preguntó.

—No lo sé, pero supongo que mañana o pasado mañana. Una vez el forense pasa el dictamen de la autopsia al juzgado se autoriza la inhumación del cuerpo. Por cierto, no van a enterrarle sino a incinerarle.

—No podemos perder tiempo —le apremió Frank—. Necesito que hables con el forense. Pídele una muestra de agua de los pulmones.

—No creo que haya problema.

—Es importante.

—Bien, muy bien —admitió resignado—. Tú mandas, pero creo que yerras la línea de investigación. Te obcecas con esta muerte.

—Quizá, pero tú mismo reconociste que el robo olía mal, muy mal, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo —dijo con un resoplido—. Pero no me refería a la muerte del vigilante, sino a los tipos que han robado la tabla.

—Sólo quiero hacer una pequeña comprobación.

—Está bien —admitió—. Me has convencido.

—¿Figura en el informe el lugar exacto donde se halló el cadáver?

Oyó el frufú de los folios otra vez y la voz de Gálvez, convertida en un susurro, leer los renglones que encabezaban el dictamen forense.

—Aquí está —dijo al fin—. Le hallaron en la vecindad de Ricobayo. En una zona abrupta. No especifica el punto exacto pero hay varias fotografías del lugar. Si las necesitas puedo enviártelas por correo electrónico.

—No hace falta —dijo Frank, después de agradecerle su interés, y colgó preocupado.

Esa noche, ni Frank ni Pilar pudieron conciliar el sueño. Frank le había contado las sospechas de Soto, a oscuras y con un susurro, como si hablara en sueños. No pensaba hacerlo para no preocuparla, pero no pudo evitarlo. Nunca se había enfrentado a un caso tan complejo. Pasaban los días sin una pista. Soto le había devuelto la esperanza, le había dado un cabo del que tirar, pero de momento la madeja estaba enredada. Nadie sabía nada, nadie había visto nada; y sin embargo, en las sombras de la noche alguien había entrado para robar el informe de la tabla. ¿A qué se enfrentaba? Estaba perdido en un laberinto sin salida, y necesitaba a Pilar más que nunca. También ella, como en sueños, le dijo que deseaba ayudarle. No sólo con informes. Se ofreció incluso a jugar a ser detective para que acabara de una vez con ese asunto.

Capítulo 6

Pilar aparcó el coche cerca de un bar y entró. En el interior flotaba una neblina espesa, alimentada por los cigarrillos de varios trabajadores de la empresa eléctrica que gestionaba los recursos del pantano. Se hizo un silencio repentino, seguido de un ligero murmullo, y después la charla recobró su tono. Se sentó en un taburete de la barra y pidió un café con leche. Al doblar las piernas la falda se encogió dejando al descubierto parte de sus muslos. Se sintió observada con descaro por varios camioneros que jugaban al julepe. Se sintió incómoda entre tantos hombres.

El dueño del bar le sirvió el café con leche y aprovechó para preguntarle dónde había aparecido el cuerpo del pescador. El hombre dio por sentado que trabajaba en los juzgados y le indicó que al cruzar el Esla, a la entrada del pueblo, encontraría una zona de baños muy frecuentada en verano y no muy lejos, a unos doscientos metros a la izquierda, estaba el talud en el que apareció el cadáver.

Se tomó el café con leche, mientras hojeaba un periódico local. En el reloj del bar sonaron dos campanadas: las diez y media. La foto de un hombre con parte del cuerpo hundido en el agua le ayudó a comprender la tragedia. El texto no aportaba nada nuevo, nada que no le hubiese comentado Frank mientras se desperezaba ante un tazón de leche con cereales, mientras ella pensaba en su cita en la Dirección General de Bellas Artes. Allí debería estar ahora, en el despacho del director general, intentando convencerle de que ella era la persona indicada para dirigir los trabajos de restauración del *San Juan* de Berrugete. Maldijo la hora en que se ofreció a tomar parte activa en este caso. Maldijo la hora en que aceptó hacerle el favor y se puso al volante rumbo a Zamora. Pagó la cuenta y abandonó el bar entre las miradas lascivas de los empleados de la hidroeléctrica y los camioneros. Caminó hacia el coche con el bolso pegado al cuerpo para mitigar las ráfagas de aire helado que barrían las calles. Se cruzó con un par de perros lanudos que detuvieron su marcha para mirarla fijamente. No era del pueblo.

Tomó la dirección que le había indicado el camarero y llegó inmediatamente a la zona de baños. Giró a la izquierda y unos restos de cinta plástica con franjas rojas le señalaron el lugar correcto. Aparcó en la cuneta, paró el motor y observó las orillas agrestes del embalse. El aire rizaba la superficie del agua y levantaba nubes de polvo que la fuerza del viento disipaba rápidamente. El cielo estaba limpio, azul, y las siluetas de los buitres permanecían estáticas.

Se acercó al borde del talud. Tenía unos diez metros de desnivel en fuerte pendiente, y numerosas rocas sueltas de aristas cortantes. Se miró los zapatos. Unos preciosos mocasines de fina piel italiana. Se sintió ridícula en mitad de aquel páramo semidesierto vestida con un traje chaqueta y zapatos de Farrutx. Abrió el portamaletas y sacó una nevera portátil con hielo seco. Cogió una cajita de porexpan

y extrajo varios tubos de ensayo. Los metió en el bolsillo de la chaqueta y se dispuso a bajar a la orilla. Apoyó el pie derecho en las piedras, resbaló y se dio un culazo contra el suelo guijarreño. Empezaba mal. Se levantó, se frotó las nalgas para aliviar el dolor y descubrió un desgarro en la falda. ¡Maldita sea! Debía haberse vestido con tejanos y botas, pero Frank la tomó tan de sorpresa que ni siquiera tuvo tiempo de cambiarse. Más que un favor, aquello era una prueba. Ni por un momento pensó en recordar sus años de boy scout. Odiaba las excursiones campestres. Se sacudió las manos, para librarlas de los restos de arenilla, y se dispuso a descender. Ahora con más cautela. Sin prisas. Colocó el pie derecho sobre una piedra, pero antes de apoyar el peso del cuerpo tanteó para cerciorarse de que estaba bien sujeta. La mayoría rodaban con facilidad a la menor presión.

Se imaginó al vigilante descendiendo por aquellas rocas resbaladizas, con las manos ocupadas sujetando la caña, la nasa, el salabre, las cajitas de cebos y anzuelos, el cubo del maíz para cebar... Un paso en falso y ¡zas! Perdió pie, no pudo amortiguar la caída, se golpeó la cabeza y rodó al agua como una pelota. Cualquier peso mediano rodaría fácilmente con semejante desnivel.

A trancas y barrancas alcanzó la orilla. Un pedazo de cinta plástica, atrapado entre las piedras, remolineaba con la fuerza del viento. Tenía algo escrito: «No pasar - Guardia Civil». A su lado observó unos guantes de látex, el émbolo de una jeringa hipodérmica y numerosas huellas en el barro seco. Estaba en el lugar exacto. Ni un metro más a la derecha ni a la izquierda, como le había recalcado Frank. Había dejado el coche abierto, fuera de su vista, y ahora temía que lo robaran. ¿Quién iba a robarlo si no pasaba un alma? Instintivamente levantó la vista hacia el cielo. Los buitres seguían allí, buscando una carroña. Desde que salió de Madrid sólo tenía malos presagios. En otras circunstancias habría respirado profundamente un par de veces para relajarse y controlar la situación, pero aquel paraje solitario, batido por el viento que ululaba sobre la superficie del agua, la aterraba. Sacó los tubos de ensayo, los llenó de agua y los precintó con un tapón de goma y un trocito de cinta adhesiva. Los guardó en el bolsillo y se dispuso a ascender. Subir siempre resultaba menos complicado que bajar. Observó por última vez la orilla desierta. Aunque hubiese circulado un coche en el momento del accidente no lo habría visto. Aquel rincón quedaba escondido.

Ascendió tanteando una a una las piedras antes de apoyar el peso, como había hecho para descender. La subida le resultó más cómoda y pronto alcanzó el borde del talud. Recobrar el asfalto la liberó de la tensión. No le había ido tan mal. Sólo unos rasguños en las manos, el trasero dolorido, la falda rota y los zapatos embarrados y con algunas peladuras en la piel. Cuando llegara a Madrid le pondría las peras a cuarto a Frank. El favor le costaría una tarde de compras. Sacó los tubos de ensayo del bolsillo y los metió en la cajita entre los pedazos de hielo seco. Misión cumplida.

Cerró el portamaletas, arrancó el coche y de regreso a Madrid. Pero antes visitaría la Colegiata de Toro.

Acababan de fregar el suelo y todavía estaba húmedo. Frank caminó sobre hojas de periódico y el crepitar del papel sonó alto y claro. En el bar no había nadie. Sólo Gálvez sentado con la espalda recostada en la pared, un diario abierto sobre la mesa, una cerveza en la mano y una pulga de jamón en un platito. Seguramente había elegido con intención aquella mesa apartada para cubrirse las espaldas y controlar la entrada al bar y a los aseos.

Frank se sentó a su lado, pidió un cortado y dejó sobre el mármol de la mesa una bolsa de plástico con una cajita. La destapó y le mostró su contenido: seis tubos de ensayo precintados, con agua congelada, y una etiqueta adhesiva con la localización exacta de las muestras.

—¿Qué es eso? —preguntó Gálvez al ver un humo blanco.

—Hielo seco —respondió—. Anhídrido carbónico en estado sólido. Un tipo de hielo que produce dos veces y media más frigorías que el hielo de nevera. Cosas de Pilar —le aclaró—. Me dijo que el agua no se alteraría con este hielo.

Tapó la cajita, la envolvió en la bolsa de plástico y la dejó a un lado. Dio un trago largo de cerveza, y después un mordisco al bocadillito.

—Y bien —preguntó Gálvez—. ¿Cuál es el siguiente paso?

—¿Tienes la muestra con agua de los pulmones?

—Sí.

—Hay que analizarla. Hay que establecer un análisis comparativo entre ambas para comprobar si químicamente son idénticas, si el agua de los pulmones corresponde al embalse. Así sabremos con certeza si el vigilante se ahogó en Ricobayo o lo ahogaron en un excusado de Zamora y simularon un accidente.

—¿De verdad crees que asesinaron a ese tipo?

—Si conocieras a Soto... —dijo rasgando el sobre del azúcar para echarlo en el cortado—. Un detalle, por pequeño que fuera, le servía para certificar una obra, conocer si había sido retocada, la época del repinte, e incluso por los talleres que había pasado.

—Pero no estamos ante una pintura —le contradijo Gálvez—. Estamos ante un ahogado sin signos de violencia. Un muerto no es un cuadro —sentenció, y bebió un trago de cerveza.

—Soto nunca se equivoca.

Gálvez resopló.

—Está bien. Enviare las muestras al Departamento de la Policía Científica asignado a mi Unidad. Trabajar de forma encubierta evita muchas preguntas.

—¿Cuándo tendrás el resultado?

—No lo sé...

—No hay tiempo —dijo contrariado—. Pilar estuvo en la Colegiata y me dijo que la copia es buena. Lo suficientemente buena para engañar a los turistas que visitan el templo, pero no tan buena como para engañar a un experto. Cualquiera día se dejará caer por allí un inspector del Patrimonio Nacional, algún entendido en arte, y saltará la liebre. No hay tiempo.

—Dame tres o cuatro días —le pidió—. No sé cuánto pueden tardar los cultivos, los análisis mineralógicos...

—Está bien —admitió—. Mételes prisa y si pueden hacerlo en dos días mejor que en tres.

—Intentaré tener el resultado cuanto antes. Déjalo en mis manos.

—Gracias —dijo con voz grave—. No sé qué haría sin ti.

—Te las arreglarías solo. No me cabe ninguna duda. Eres un jinete solitario. —Dio el último sorbo de cerveza y un mordisco al pan—. He hecho algunas averiguaciones —dijo limpiándose el aceite de los dedos en una servilleta de papel—. Mientras esperas el resultado y decides qué camino seguir deberías visitar a Hassan.

—¿Quién es?

—Un tipo curioso que me debe varios favores. Verás —dijo volteando un currusco de pan que había dejado en el plato—. Es un testigo protegido del Cesid. Se llama Rissouni Hassan y durante muchos años trabajó como agente especial para el servicio secreto marroquí. Hassan —siguió— colaboró con el Servicio Central de Documentación como agente doble infiltrado. Sus colegas marroquíes nunca le descubrieron y su información resultó vital para organizar en abril de mil novecientos setenta y ocho el atentado contra Cubillo. En mil novecientos ochenta y siete, cuando el Movimiento para la Liberación del Pueblo Canario se disolvió, Hassan todavía trabajaba a las órdenes de la inteligencia española pero ya no les servía de nada. Los aires independentistas canarios dejaron de soplar. Estaba agotado como agente. Los marroquíes habían descubierto su doble juego y pusieron precio a su cabeza. Para agradecerle los servicios prestados le integraron en el programa de protección de testigos, cambió oficialmente de identidad, ahora se llama Kamún Yunes, le dieron una nueva vida y le ayudaron económicamente. Regenta una tienda de antigüedades en el Rastro, una tienda de muebles y cacharros viejos.

—¿Puede saber algo del robo?

—No directamente —reflexionó Gálvez—. Pero trata con mucha gente, con chamarileros, y esos tipos oyen cosas.

—Siempre será mejor que esperar de brazos cruzados —argumentó—. ¿Cómo se llama la tienda?

—El Sueño de Alá.

—¡No me jodas!... ¿Dónde está?

—Cerca de Cascorro, en las Galerías Piquer —le indicó—. Es un tipo simpático. Dile que vas de mi parte y no habrá inconveniente.

No perdió el tiempo. Apenas una hora después de dejar a Gálvez estaba en la plaza de Cascorro, frente a la estatua de Eloy Gonzalo García, un soldado madrileño de los muchos que el destino y la desgracia llevaron a tierras de ultramar y que en 1897, de manera heroica, prendió fuego, con una lata de petróleo, a varias casas del pueblo cubano de Cascorro, donde se habían atrincherado numerosos mambís.

Entre la marabunta humana que recorría el Rastro se camuflaban carteristas, navajeros, timadores, camellos, macarras, vagabundos, borrachos, drogadictos... Frank descendió la empinada cuesta de la Ribera de Curtidores, entre tenderetes de ropa usada, prendas de cuero y bisutería barata, y cruzó el arco de entrada a las Galerías Piquer, un oasis de verdaderos anticuarios. Recorrió la parte baja, repleta de estatuas descomunales de mármol para adornar jardines, algún cañón de bronce, fuentes barrocas, tiendas de arte chino con objetos de terracota fechados entre los siglos VII y X (con certificado de garantía, según especificaba un rótulo) y numerosos locales de antigüedades y muebles coloniales. Entró en uno. Se interesó por una magnífica mesa victoriana de nogal: cuatro mil ochocientos euros. Subió al primer piso, con más tiendas de antigüedades de aspecto añejo, y se topó con una puerta acristalada sobre cuyo dintel pendía una gran lámpara de aceite. Una de esas lámparas de los cuentos árabes de las que al frotarla surge un genio para conceder tres deseos. Un rótulo de madera, sujeto por dos cadenitas a un triángulo de metal, anunciaba: El Sueño de Alá.

Abrió la puerta y entró. Un tintineo de campanillas advirtió de su presencia pero nadie salió a su encuentro. Echó un vistazo a su alrededor. Muebles viejos apilados sin orden ni concierto, amercillos de escayola de dedos rotos, querubines mancos, perchas de colgaderos hechos serrín, bocinas de gramófonos abolladas, llaves descomunales de hierro oxidado, barandillas de balcones de forja, puertas de madera de algún establo castellano, paragüeros de cobre ennegrecido, botellas de cristal tallado, camafeos, cuberterías de tenedores despuntados y cucharas combadas... Miles de piezas pero ni una auténtica antigüedad.

El ruido de una cortina de eslabones le hizo girarse. Un hombre de unos sesenta años, grueso, bajito, con una calva prominente que sólo respetaba las sienes y la nuca, de cara morena, ojos negros, nariz aguileña subrayada por un bigotito que cubría la comisura del labio superior y vestido con un caduco traje azul oscuro, se acercó.

—¿En qué puedo servirle? —le preguntó con dejo afrancesado.

—¿Kamún?...

—Kamún Yunes, para servirle —dijo cogiendo del cajón de una cómoda una daga

—. ¿Le gusta? Es una gumiá yemení con empuñadura de plata y ébano.

Frank la tomó en la mano y la inspeccionó. No se consideraba un experto en armas blancas, pero dedujo su factura moderna por la técnica empleada en la soldadura de la plata. Se la devolvió y sin inmutarse el marroquí la guardó en el cajón de la cómoda.

—Ha entrado en El Sueño de Alá. Dígame, ¿qué busca?

—Cuadros, tablas, fragmentos de retablos, tapices o arquetas medievales. Soy aficionado a las antigüedades y me interesa cualquier objeto que pueda enriquecer mi colección.

—Espere un momento —le rogó, para desaparecer tras la cortina.

Frank esperó de pie, tanteando el terreno.

—Estoy seguro de que esto le interesará —dijo Yunes al regresar, y le mostró un carlín.

—No, lo siento —negó sin rodeos—. No colecciono monedas.

—Entonces déjeme su teléfono y si encuentro algo que merezca la pena le llamaré —le propuso contrariado, algo molesto por haber despreciado la pieza más valiosa de su emporio: un carlín, una monedita de plata que circuló en la España del siglo XVI.

Sacudió la cabeza y volvió a mirarle inquisitivamente mientras el ex agente al servicio de la inteligencia española, del Secid, no le quitaba ojo de encima. Entonces Frank echó mano de la cartera de piel y le mostró su credencial de detective. Tampoco pareció inmutarse por aquel golpe de efecto.

—Busco algo —confesó pausadamente— y un amigo común me ha dicho que quizá pueda ayudarme.

—No comprendo a qué se refiere, ni de qué me habla —protestó receloso—. ¿Quién le envía?

—El comisario Gálvez.

—¿Gálvez?

—Sí, somos buenos amigos y me recomendó que hablara con usted.

—¿Le importaría mostrarme de nuevo su credencial?

—No, desde luego. —Metió la mano en el bolsillo y se la entregó.

El ex agente leyó su nombre y apellidos. Se fijó en los anagramas, sellos y marcas de agua para asegurarse de que fuesen auténticos. Cerró la cartera y se la devolvió con un gesto de complacencia.

—Detective Dónovan —dijo—. No le importará que efectúe una pequeña comprobación.

—Adelante.

El marroquí le dejó a solas una segunda vez para desaparecer tras la cortina de agallones de madera. Pasados unos minutos apareció. Esbozaba una amplia sonrisa y sus ademanes de vendedor habían desaparecido.

—He llamado al comisario Gálvez y me ha confirmado su identidad. Le ruego que no tenga en cuenta mi desconfianza, pero como sabrá mi cabeza tiene precio en Marruecos.

Se encaminó a la puerta acristalada, que daba al patio central de las galerías, echó los pestillos y volteó el letrero de «Cerrado». Después le rogó que le siguiera y ambos desaparecieron tras la cortina. Entraron en un despacho con dos mesas de trabajo repletas de papeles y una gruesa capa de polvo. Una mujer de aspecto magrebí archivaba facturas en una carpeta de anillas. Le hizo un gesto y les dejó a solas. El humo de un narguile inundaba el cuarto de un aroma penetrante a tabaco y miel.

—Es Salima, mi esposa —le aclaró—, y aunque le parezca mentira desconoce mi pasado. Mejor así. ¿No cree? —Frank asintió sin interés—. Nos conocimos en Perpiñán —insistió Yunes en el tema— cuando ya estaba en el programa de protección del Cesid.

Se imaginó la vida de aquel pobre diablo. Perseguido con saña por sus propios compañeros, huyendo de una ciudad a otra para borrar cualquier rastro de su existencia, siempre guardándose las espaldas para no recibir un disparo a traición, un tiro en la nuca en un callejón solitario. Sin conciliar el sueño noche tras noche por miedo a no despertarse, y si lograba dormir lo haría atenazado por pesadillas que le sobresaltaban empapado en sudor frío.

—Siéntese, por favor —le ofreció Yunes.

Se acomodaron cara a cara, separados por una de las mesas.

Acercó el narguile a su silla y le ofreció una calada. Frank la rechazó con cortesía. Le vio aspirar el humo con deleite y formar burbujas en el agua. Abanicó la brasa con un paipái y cobró fuerza, pero no la suficiente para prender correctamente el tabaco. Con voz autoritaria llamó a Salima y le pidió el hornillo de la trastienda. La mujer obedeció, sumisa, sin decir una palabra, mirando a Frank de soslayo porque no le inspiraba confianza. Al instante regresó con el hornillo, extrajo una brasa candente y la dejó en el cuenco donde quemaba el tabaco.

—Señor Dónovan —dijo Yunes con la boquilla del narguile en la boca—, vayamos al grano y dígame en qué puedo ayudarle.

—¿Tiene contactos entre los traficantes?

—Me temo que no —afirmó con rotundidad—. Cuando entré en el programa de protección me comprometí a respetar las leyes de su país. ¿Por qué me lo pregunta? El comisario tendría que habérselo dicho.

—El comisario me dijo que trataba con chamarileros, que compraba piezas sin hacer demasiadas preguntas, y que podría conocer el paradero de cierta tabla que me trae de cabeza.

—Sea más concreto, se lo ruego.

—Me gustaría pero no puedo —dijo con la cabeza envuelta en una bocanada de

humo—. ¿Nadie le ha tentado con una pieza de valor?

—No —respondió sin titubeos—. Hace años un gitano me ofreció un banco de retablo supuestamente del siglo quince. Tenía a un sujeto interesado en este tipo de cosas y pensé que podía hacer un buen negocio, ganarme unos billetes fáciles. Pero antes de que le diera una respuesta le detuvieron porque había robado la pieza de un monasterio de Teruel. Eso me sirvió de escarmiento para no fiarme de nadie y a partir de entonces me juré no poner en tela de juicio mi credibilidad.

—Quizá haya oído algo.

—Oír se oyen muchas cosas —admitió, y abandonó la boquilla a un lado—, pero nada que pueda llevarle hasta esa misteriosa tabla. No hay que ser muy listo para saber que busca una tabla robada, y si alguien se ha tomado la molestia de contratar a un detective para recuperarla supongo que vale un pastón. Eche un vistazo a su alrededor —le retó describiendo un círculo con el brazo—. ¿Cuántas antigüedades ve?

—Ninguna.

—Ahí tiene la respuesta. Compro y vendo cosas viejas, cosas que no tienen valor, cosas que un anticuario tiraría a la basura sin pensárselo dos veces. Pero es mi negocio y no tengo otro. No da mucho dinero pero el suficiente para vivir mi esposa y yo. No puedo andarme con tonterías, señor Dónovan. Cada vez que suenan las campanillas de la puerta no puedo reprimir un respingo. Tengo miedo. Jodí a los míos, les desbaraté unos planes sumamente ambiciosos para declarar las islas Canarias independientes y anexionarse el Sahara Occidental sin problemas. Pero a quién le importa eso ahora. Sólo a mí y a los sicarios que tienen órdenes de cortarme el cuello. Póngase en mi pellejo. ¿Se arriesgaría a meter las manos en la mierda y perder la protección de un país amigo? Habría que ser estúpido para hacerlo y no lo soy.

—De todos modos si oyera algún rumor, si se enterara de algo, le rogaría que me llamara a este número de teléfono —dijo, y le entregó su tarjeta.

—Descuide, pero no puedo prometerle nada. Aquí sólo se oyen gilipolleces... —afirmó con la vista fija en la tarjeta—. Hace meses vino un viejete con un montón de medallas ganadas en Rusia y quería que se las comprase por tres millones de pesetas, cuando ni siquiera valían tres mil, o un tipo con un montón de billetes alemanes del Segundo Reich que pretendía endosarme a precio de oro. Para que se haga una idea hace poco entró una mujer y me preguntó cuánto valdría el cuadro de una Virgen con Niño y una mosca pintada en el manto. ¿Se imagina?

Frank contuvo la respiración.

—¿Guapa la mujer, al menos? —preguntó guiñándole un ojo para disimular su interés y obtener más información.

Yunes revoleó complacido los ojos y dibujó con las manos una silueta femenina

en el aire, al tiempo que lanzaba un silbido de admiración.

—Unos treinta años, alta, rubia, de melena larga, ojos azules, piel bronceada, cintura entallada, piernas bien moldeadas, pechos abundantes... Una modelo o una prostituta —concluyó—. Vaya usted a saber.

—¿Española?

—No, rusa, creo... No sabía hablar, se expresaba mal, y no por su origen eslavo, sino por su falta de preparación. Ya ve. ¡Preguntar el valor de un cuadro con una Virgen y una mosca, sin dar ningún otro detalle!

—¿Ha vuelto por aquí? ¿La reconocería si la viera otra vez?

—No, no ha vuelto y créame que lo lamento. ¿Reconocerla? Sí, claro.

—Si regresa llámeme, por favor —le pidió—. Me gustaría conocerla, me ha dejado intrigado.

—No pierde puntada, ¿eh?

Frank sonrió. Yunes le guiñó el ojo en señal de complicidad y señaló hacia la tienda, donde su esposa barría el suelo.

—Le llamaré, sí, señor —dijo Yunes—; pero prepare un buen fajo de billetes.

—No hay problema —bromeó Frank—. Un buen polvo vale todo el oro del mundo.

—*Inshallab* —repuso Yunes, y alzó la mano a modo de saludo.

Frank salió a la calle, y cuando se alejó de El Sueño de Alá se paró unos segundos. Sacó su libreta y anotó los rasgos de la mujer. ¿Sería mera casualidad que hubiese entrado en la tienda preguntando por *La Virgen de la Mosca*? No tenía una respuesta convincente. Todas sus líneas de investigación apuntaban hacia un grupo de especialistas, a una banda experta en robar obras de arte. No precisaban conocer el valor de la tabla porque seguramente la robaron por encargo. ¿Y si la robaron para venderla en los circuitos clandestinos del arte? Tampoco precisaban entrar en una tienda de mala muerte del Rastro para conocer su valor. Las bandas contaban con expertos tasadores. ¿Qué pintaba entonces esa mujer? ¿Casualidad? Quizá, pensó. Pero tendría en cuenta el dato.

Capítulo 7

El Retiro estaba desierto. Un jardinero echaba mantillo a las plantas y el hedor se esparcía ayudado por una tenue brisa que agitaba las hojas de los árboles más altos. Otro jardinero desbrozaba los parterres con la ayuda de un rastrillo. Algunas ardillas trepaban a los troncos en busca del sustento diario, y los pájaros desgranaban sus trinos de apareamiento en una explosión de vida.

Frank subió por el paseo de la Argentina, entre parterres de césped y de flores, y llegó al paseo Salón del Estanque, que desembocaba delante del lago artificial. Miró a ambos lados y le vio a lo lejos, a su izquierda, apoyado en la barandilla que separa del agua.

—¿Se trata de Carmen? —preguntó a bocajarro, sin siquiera saludarle.

—No —respondió con voz queda.

Giró la cabeza para mirar a la chica del chándal que pasó junto a ellos y al tipo del perro pachón que se había sentado en un banco próximo. No se fiaba ni de su sombra. Hizo una señal al hombre del perro, que asintió desde lejos con un gesto, ató el perro a una de las patas del banco y desplegó un periódico. La chica dejó de correr y se apostó con la espalda apoyada en el tronco de un árbol.

—Son agentes de mi unidad —le aclaró para tranquilizarle.

—¿Qué ocurre? —dijo Frank impaciente—. Llamas de madrugada y me hablas en lenguaje cifrado cuando se supone que la línea del teléfono está limpia, me citas a las nueve y media aquí, traes agentes de tu unidad para que nos cubran las espaldas. Dime de una puñetera vez qué pasa.

Gálvez metió la mano en un bolsillo de la americana y le entregó un sobre rectangular, algo abultado, que tenía impreso el membrete del Departamento de la Policía Científica. Frank rasgó la solapa. Desdobló los folios y leyó rápido, saltándose los párrafos superfluos. Gálvez no le miraba, seguía apoyado con los antebrazos en la barandilla y la vista clavada en el agua.

—Así que era eso —musitó Frank. Dobló las hojas, las guardó en el sobre y se lo entregó.

—Tu amigo estaba en lo cierto —se lamentó sin mirarle a la cara—. Es fácil hacer la película de los hechos. El hombre descubrió algo relacionado con el robo y decidieron matarle.

—Senillosa había visto la tabla miles de veces...

—Sigue como estabas —le ordenó Gálvez de repente—. Habla mirando al agua. Puede que alguien intente captar nuestra conversación con un micrófono direccional.

Frank le obedeció. Había perdido la rutina que conformaba la actuación de un agente de campo. Lo sabía. Sabía de sobra que las conversaciones dirigidas hacia la superficie ondulante del agua resultaban muy difíciles de captar debido a la distorsión

continua de las palabras por efecto del movimiento.

—Te enfrentas a gente muy preparada —afirmó para justificar su recelo—. Gente capaz de matar tan limpiamente que ni siquiera un forense sospecha que se trata de un asesinato.

—Estaba acostumbrado a ver la tabla —insistió Frank—, y seguramente descubrió el cambio al cabo de unos días. No pudo ocurrir otra cosa.

—Puede que alguien se la tuviese jurada —argumentó en busca de otra posibilidad—, alguien que no guarda ninguna relación con el robo. No olvides que pasó muchos años en el Servicio de Información de la Guardia Civil.

—De eso hace demasiado tiempo para ajustarle las cuentas ahora.

—Entonces tienes que darme la razón —repitió—. Déjame que te haga un resumen de los hechos desde mi punto de vista.

—Te escucho —dijo sin mover la cabeza, con la rigidez de una estatua.

—El vigilante descubrió el cambiaso. Los ladrones se enteraron...

—¿Cómo?

—De momento eso no importa —dijo Gálvez, y siguió—. Había que callarle, pero antes tenían que averiguar lo que sabía, si había hablado con alguien. Le secuestraron, le llevaron a un lugar seguro y le sometieron a un interrogatorio.

—Nivel tres o cuatro, sin violencia aparente.

—Así es. El vigilante boquea en busca del aire salvador, y sus verdugos le repiten la pregunta: ¿Quién más lo sabe? El hombre niega con la cabeza, y antes de que recupere el resuello le hunden de nuevo la cara en el barreño. Así una y otra vez hasta cerciorarse de que nadie más está al corriente de sus sospechas...

—Pero ¿quién?

—No lo sé —masculló pensativo—, pero a bote pronto se me ocurren cientos de posibilidades. Hay miles de tipos sueltos, peligrosos en extremo, que por un puñado de dólares matarían a su propia madre. Tienes que olvidarte de este asunto.

—No insistas —replicó alterado—. No voy a abandonar. Voy a llegar hasta el final. Voy a averiguar quién está detrás del robo y a cobrar la recompensa.

—Hablaré con Pilar para que te haga desistir de una vez por todas. Estás loco, estás jugando con su vida. Han entrado en su casa, han revuelto sus papeles, han asesinado a un guarda, y quieres seguir adelante. ¡Despierta!

—No vuelvas a hablarme en ese tono —dijo Frank cuando Gálvez recuperó la calma—. No metas a Pilar en esto. Yo cuidaré de ella. ¿Entendido?

Gálvez le miró de arriba abajo, y pasados unos segundos le cogió del brazo y le obligó a caminar en dirección a la fuente del Ángel Caído. Sus agentes les siguieron unos pasos por detrás, cuidando que nadie se les acercara. La chica se lanzó a la carrera para inspeccionar disimuladamente los alrededores del estanque.

—¿Más tranquilo? —le preguntó todavía aferrado a su brazo.

—Yo..., no quería...

—Lo sé, lo sé... No te preocupes —dijo para sosegarle—. No es la primera vez que discutimos y supongo que tampoco será la última.

Frank asintió abatido.

—¿Qué sabe Pilar de este embrollo? —le preguntó Gálvez.

—Todo, excepto que el tipo que entró en su casa buscaba información sobre la tabla.

—¿Por qué la metiste en esto?

—Porque me lo pidió, porque quería ayudarme...

—¿Sólo por eso?

Y para ganarme su confianza —dijo enfadado consigo mismo—. Para hacerla partícipe de mi trabajo. Además, es experta en arte y eso podía serme de utilidad. No me equivoqué. Sólo ella podía redactar en unas horas un informe completo sobre la tabla. Necesitaba saber qué buscaba y me lo dijo con pelos y señales.

—Pero de ahí a mandarla a buscar la muestra del agua a Zamora...

—No tenía que haberla mezclado con mi trabajo. ¡De acuerdo! ¡Absolutamente de acuerdo! Ahora me arrepiento, pero ya es demasiado tarde. Sólo quiero terminar cuanto antes para largarnos al Ampurdán y empezar una nueva vida.

Señaló un banco, algo apartado del estanque, metido en un bosque de coníferas, y le propuso que se sentaran. El agente del perro encendió un cigarrillo y se quedó de pie unos metros delante de ellos. La chica se sentó sobre el césped húmedo del parterre que daba a sus espaldas.

—Vas a tenerme a tu lado hasta el final —dijo Gálvez tras un prolongado silencio de ambos—. Pero no podemos actuar al tuntún. Tenemos un muerto sobre la mesa y eso obliga a tomarse las cosas muy en serio. ¿Estás de acuerdo? —Frank asintió y le palmeó la espalda, agradecido—. En cuanto a Pilar —prosiguió—, estaría más segura lejos de ti. No le digas nada de lo ocurrido. Miéntele. Dile que tu amigo estaba en un error y que el vigilante murió de un accidente. Eso la tranquilizará. Déjala que haga su vida, aunque lo mejor sería mandarla lejos de Madrid. Tengo un chalecito en El Boalo, en la sierra, un refugio al que Carmen y yo huíamos de vez en cuando, pero ahora... Si quiere puede quedarse allí hasta que esto acabe.

—Eso levantaría la libre. Estoy seguro de que nos controlan desde que metí los pies en el cesto.

—Hay que protegerla —insistió con gravedad—. Es tu punto débil y lo saben.

—Descuida. Yo me encargaré de que nada le ocurra.

—Bien —convino ante su negativa—. Ahora debemos planificar qué hacemos. Hasta la fecha no tenemos nada salvo una muerte supuestamente relacionada con el robo.

—No tengo ninguna duda de la relación directa entre la muerte de Senillosa y el

robo de la tabla.

—A estas alturas yo tampoco. Pero seguimos sin una pista acerca de los ladrones. El vigilante tuvo que comunicar sus sospechas a alguien. Quizá estaba implicado.

—No lo creo —afirmó convencido—. Hablamos un buen rato y se mostró tranquilo. Me relató los hechos minuto a minuto pero desde la ignorancia de los detalles. El obispo guardó el robo en secreto para evitar filtraciones. La Iglesia lo ha calificado de secreto pontificio. Senillosa no sabía nada. Nada de nada respecto al cambio de la tabla y a la sustracción del original.

—¿Qué propones?

—Investigar el entorno del cuadro.

—Es una buena idea. —Gálvez sacó un bloc, pasó algunas hojas y leyó una de sus anotaciones—. El día que viniste a la oficina —dijo— me comentaste que tuviste un encontronazo con el secretario del obispo. ¿Es cierto?

—Sí —afirmó—. Me siguió hasta el aeropuerto cuando me entrevisté con Soto. Pero a la salida le dejé las cosas claras. Hacía días que me seguía.

—¿Por qué?

—Me dijo que el obispo quería controlar su inversión. Supongo que les preocupaba saber si me tomaba el trabajo en serio o simplemente iba a trincar la pasta.

—No es creíble —gruñó Gálvez—. Sabían muy bien a quién contrataban. Conocían tu historial. ¿No es verdad?

—Sí... —ratificó pensativo—. Puede que tengas razón, pero desde ese día ha dejado de incordiar.

—Empecemos por averiguar quién es quién en este asunto. Yo me encargaré del secretario del obispo. —Pasó algunas hojas del bloc—. El padre Bonatti, ¿correcto?

—Giuseppe Bonatti.

—Tú averigua cuanto puedas sobre el obispo.

—Lo haré.

—Otra cosa —dijo Gálvez con preocupación—. A partir de hoy no mantendremos contacto directo. Nadie tiene que relacionarnos. Es más seguro.

—¿Pretendes recuperar nuestro sistema de intercambio de información?

—Si en otra época funcionó ahora no tiene por qué ser diferente.

—Bien, muy bien —dijo aceptando la idea.

—En la calle Pizarro, cerca de mi unidad, hay una estafeta. Me encargaré de contratar un apartado de correos. Compra unas pegatinas circulares de color rojo, de un centímetro de diámetro. Yo haré lo mismo con otras de color verde. Cuando necesitemos contactar depositaremos la información en el apartado de correos y colocaremos una pegatina en la papelera de la calle San Bernardo esquina Noviciado. Así sabremos que hay algo en el buzón.

—Haz la reserva a mi nombre —le sugirió Frank—. Recogeré la llave y a partir de ese momento cada día inspeccionaremos la papelera.

—Si necesitamos vernos personalmente utilizaremos un mensaje en clave, un código numérico.

—Veinticuatro, veintidós —recitó automáticamente.

—Establezcamos tres puntos de cita: el primero a las nueve treinta en el bar Mayrit. ¿De acuerdo? —Asintió—. El segundo a las diez treinta aquí, frente al estanque del Retiro; y el tercero a las dieciséis quince en el centro comercial ABC de la calle Serrano.

Sólo dos números: el 24 y el 22. Un código convenido de antemano. Un código absurdo que nunca les relacionaría. Sólo tenían que dejarlo en un contestador, en un buscador, en el apartado de correos, inserto en las páginas de una revista o de un periódico, y establecerían contacto en el primer punto de cita a la hora convenida. Si por cualquier motivo uno de los dos no acudía la cita se trasladaba al segundo punto de encuentro y por último al tercero. El mismo código servía para dictar las pautas de descifrado de un mensaje.

—¿Algo más? —preguntó Gálvez.

—Por mi parte nada.

Los primeros visitantes del Retiro ocuparon los bancos, principalmente los expuestos al sol. Los chiringuitos abrieron sus puertas y los camareros colocaron las mesas en las terrazas. El Retiro recobraba el pulso de todos los días entre el ir y venir de deportistas ocasionales, el trino de los pájaros y las primeras parejas que alquilaban barcas para recorrer el estanque. Había perdido de vista a Gálvez cuando Frank recordó que no le había comentado nada sobre su encuentro con Kamún Yunes y la historia de la mujer que entró en El Sueño de Alá a preguntar el valor de un cuadro de Virgen con Niño y una mosca pintada.

Salió del Retiro por el acceso a la plaza de la Independencia y caminó por Serrano en busca de una cabina telefónica. Peregrinó por varias hasta encontrar una en perfecto estado de funcionamiento.

—Vaya sorpresa —dijo Pilar al escucharle—. ¿A qué debo el placer?

—No puedo vivir sin ti.

—Eso me halaga.

—¿Qué tal si comemos juntos?

—¿Bromeas?

—En absoluto. Voy a la Biblioteca Nacional y al mediodía estaré libre.

—¿A la Biblioteca Nacional?

—Ya ves.

—¿Qué se te ha perdido allí?

—Información sobre el obispo Salgado: notas de sociedad, breves de prensa, noticias culturales... Datos para reconstruir su pasado.

—Deberías ir a la Conferencia Episcopal.

—Demasiado arriesgado —argumentó—. Podría levantar sospechas.

—Entiendo... —balbució pensativa—. Creo que puedo ayudarte —dijo—. Pregunta por Pascual Urruti. Es amigo mío y trabaja en la hemeroteca.

—¿Sólo amigo?

—No seas tonto... ¿Dónde quedamos?

—En Príncipe y Serrano a las dos y media. ¿Te parece bien?

—Sí, a esa hora ya habré terminado en el museo —dijo—. Yo me encargo de reservar mesa.

—De acuerdo... Hazme un favor.

—Mientras no sea volver al embalse de Ricobayo, lo que quieras —bromeó.

—Trae tu minicasete y un par de cintas.

—Voy a anotarlo para que no se me olvide. ¿Algo más?

—Sí: piensa en mí hasta las dos y media.

Caminó hasta la calle Villanueva para descender y entrar en la Biblioteca Nacional por el paseo de Recoletos. Los bocinazos de los cláxones taladraban los oídos. Comprobó que el atasco se prolongaba más allá de la plaza de Colón y seguía por el paseo de la Castellana. Ni siquiera los autobuses avanzaban por el carril reservado para el transporte público. Entró en los jardines de la Biblioteca Nacional y enfiló hacia la entrada lateral.

Empujó la puerta acristalada, seguido por la mirada recelosa de un vigilante de seguridad (no tenía pinta de estudiante ni de profesor), y pasó bajo el arco detector de metales, que sonó con estridencia. El vigilante le rogó que depositara los objetos de metal en una bandeja pero Frank no llevaba. Le pidió que se acercara y cuando lo tuvo enfrente le enseñó su credencial, se desabrochó la chaqueta y señaló su Colt MK-IV enfundado bajo la axila. El hombre no puso reparos pero le comunicó que tendría que depositar el arma en una caja fuerte.

Frank le acompañó a un despacho cerrado, vigilado por dos agentes de seguridad, y guardó la pistola en una caja de caudales. Siguió las indicaciones del vigilante para llegar a la hemeroteca y entró en una sala luminosa, en completo silencio y con el olor característico del papel viejo. En amplias y cómodas mesas varias personas consultaban periódicos de páginas amarillentas y revistas en blanco y negro, con maniqués de moda y anuncios de productos ya desaparecidos. En mitad de la sala vio a otro agente de seguridad pasearse entre las mesas.

La bibliotecaria, una chica delgada, con traje de chaqueta, removía ejemplares en una mesa aislada de las demás. Dobló algunos periódicos, les colocó una serie de números trazados a lápiz en el ángulo superior izquierdo y los dejó a un lado junto a

otro montón de viejos diarios vespertinos. En las portadas destacaban fotografías desleídas, de color sepia, del general Franco sentado en el palacio de El Pardo junto al general Trujillo.

—Disculpe, busco al señor Pascual Urruti...

—Un momento, por favor —dijo, y se levantó para desaparecer tras una puerta a sus espaldas. Pasados unos minutos regresó acompañada de un hombre vestido con un guardapolvo azul marino, de unos cuarenta años, fondón, con entradas prominentes que acentuaban su aspecto desgachado y unas gafas de concha sujetas con papel adhesivo.

—Este señor te busca —indicó antes de sentarse a la mesa y seguir con su tarea.

—¿Nos conocemos? —le preguntó Pascual Urruti, mientras le tendía una mano y con la otra empujaba las galas hacia el vértice de la nariz.

—No tengo el gusto —respondió Frank—. Vengo de parte de Pilar.

—¿Pilar?

—Pilar Araujo.

—¡Ah, sí! —dijo con notable complacencia—. ¿Qué tal está?

—Bien, muy bien.

—La conocí en Valladolid —le explicó—, en un curso de bibliología. ¿Sigue en el museo?

—Sí. Me ha pedido que le transmita un saludo.

—Gracias. ¿En qué puedo ayudarle?

—Deseo consultar algunos periódicos.

—Sin ningún problema. Está en el lugar adecuado. Rellene los datos de estos impresos. —Le señaló un montoncito de papeles sobre la mesa de la bibliotecaria—. Pida que le asignen un pupitre, y personalmente le traeré los ejemplares que necesite.

—La verdad es que ando un poco despistado —confesó con absoluta sinceridad—. No sé exactamente qué busco.

—Veamos... —murmuró—. ¿Conoce el título del periódico, la fecha de publicación, dónde se edita?

—Me temo que no.

—Lo pone difícil. —Empujó de nuevo las gafas hacia el vértice de la nariz—. ¿Qué busca concretamente?

—Noticias sobre el actual obispo de Zamora.

—Bien, ya tenemos algo —suspiró aliviado—. Los periódicos que más páginas dedican a la religión y a la vida social de la Iglesia son de derechas: el *ABC*, *La Razón*..., ya sabe. Pero le aconsejaría que se centrara en un periódico local. Suelen llenar más páginas con eventos cercanos a sus lectores. Permítame un momento. —Abrió un cajón de la mesa donde la joven clasificaba diarios vespertinos y extrajo una agenda de la comunicación. Pasó algunas hojas y señaló—: ¡*El Correo de Zamora!*,

éste es su periódico. Ahora sólo necesito una fecha. Como puede imaginarse hay miles de ejemplares.

Frank sacó su libreta y repasó las notas de su conversación con la limpiadora de la Colegiata. La mujer llevaba cinco años en su puesto y cuando empezó a trabajar el obispo ya regentaba la diócesis.

—Empecemos por los periódicos de enero de mil novecientos noventa y nueve —le sugirió—, y si no hallo nada retrocederemos a partir de ese año.

—Los tomos son mensuales —le aclaró—. Le traeré el primer trimestre.

Frank se acomodó en una de las mesas, prendió la lamparita correspondiente y esperó la entrega de los ejemplares. El silencio de la sala permitía oír el tenue crujir de las hojas al pasar empujadas con mimo por los lectores. En gran parte se trataba de gente mayor. Posiblemente historiadores, profesores de universidad que buscaban datos ya olvidados, intelectuales que trabajaban en algún ensayo. La buena información no estaba en Internet sino en las bibliotecas.

—Aquí tiene —le dijo el bibliotecario con amabilidad—. Tres volúmenes con todos los ejemplares de *El Correo de Zamora* correspondientes al primer trimestre de mil novecientos noventa y nueve. Cuando termine le traeré el segundo trimestre y así hasta que usted me diga basta.

—Gracias.

El hombre se mostraba servicial. Frank se acomodó en la silla y abrió el primero de los tomos. Pese a haber transcurrido sólo cinco años las páginas estaban amarillas y las fotografías un tanto ajadas. Pasó las hojas sin prestar atención a las noticias, la mayoría de corte local, en busca de un titular alusivo a las actividades de la Iglesia. Encontró uno. Hablaba del viaje de Juan Pablo II a Méjico y Estados Unidos. En Méjico pronunció un discurso en contra de la pobreza y en favor de las reivindicaciones indígenas, y en EE. UU. planteó la necesidad de una mayor justicia social y suplicó al presidente Bill Clinton la supresión de la pena de muerte. La noticia no tenía ningún interés para sus propósitos. Siguió pasando las hojas. A veces, sin darse cuenta, lo hacía de una manera tan rápida y compulsiva que atraía las miradas de desaprobación de los lectores más próximos a su pupitre.

Había agotado el año 1999 sin un atisbo de protagonismo social por parte del obispo de Zamora y emprendió el recorrido por el primer trimestre de 2000. Nada. El primer tomo tampoco le aportó ninguna noticia. Inició la inspección del segundo volumen. Pasó las hojas con rapidez, sin entretenerse en informaciones que a primera vista le parecían curiosas y reclamaban su atención. No podía distraerse y perder tiempo. Continuó con las primeras páginas del periódico del día 17 de febrero de 2000 y encontró el siguiente titular: «El Papa pide perdón en nombre de la Iglesia por quemar vivo a Giordano Bruno...». Leyó la noticia con calma: «El Papa solicitó perdón públicamente por haber quemado en la hoguera al filósofo dominico italiano

Giordano Bruno, el 17 de febrero de 1600. El pecado que condenó a Giordano, un entusiasta de la nueva astronomía renacentista, consistió en afirmar la infinitud del universo en una filosofía de clara tendencia panteísta. El Papa —seguía la noticia— en sus veintiún años de pontificado ha pedido perdón en noventa y cuatro ocasiones por los errores de la Iglesia en el pasado, pero no todos los cardenales comparten el denominado “radicalismo del perdón”. Entre los contrarios a esta actitud del Pontífice se citan el cardenal Rouco Varela, presidente de la Conferencia Episcopal Española, que en repetidas ocasiones se ha negado a pedir perdón por la actuación de la Iglesia durante la guerra civil de 1936 y los años de dictadura fascista, y el actual obispo de Zamora, monseñor Sebastián Salgado...». Frank esbozó una sonrisa de satisfacción. Después de una hora inmerso en el polvo de viejos diarios —que se le metía en la nariz y le provocaba algún estornudo que otro— había encontrado la primera referencia al obispo de Zamora. No muy halagüeña, por cierto.

En los ejemplares correspondientes al tercer trimestre de 2000 halló otras noticias referentes al ideario del obispo Salgado. En esta ocasión defendía con vehemencia la beatificación de monseñor Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei. Tenía que haberlo supuesto después de su entrevista. Le había contratado un hombre de extrema derecha, un miembro del Opus Dei, del sector duro y conservador que dominaba la actual política del Vaticano. Sólo faltaba que le obligara a llevar cilicio.

Siguió la búsqueda. Ahora rastreaba los periódicos anteriores a 1999. El bibliotecario retiró los últimos volúmenes consultados y dejó otros cuatro sobre la mesa. Frank hojeó los ejemplares del primer trimestre sin detenerse a leer una sola página. Agotó el primer tomo sin hallar nada de interés. Siguió con el segundo trimestre del mismo año y en las primeras páginas del diario del 5 de mayo de 1994 se topó con una noticia que no esperaba. El titular rezaba: «Nuevo obispo para la diócesis de Zamora». ¡Bingo! El artículo ocupaba media página y resumía la trayectoria profesional del prelado. Esta vez leyó con calma, prestando atención a los datos del currículum que trasladaba a su libreta.

El obispo había nacido en 1946 en San Pedro Manrique, un pueblecito soriano de quinientos habitantes. Sus padres, de condición humilde y profundamente cristianos, alineados en el bando nacional, le inculcaron los sentimientos y principios religiosos desde su más tierna infancia. Tras estudiar las primeras letras en un colegio católico de Soria, por consejo del párroco de San Pedro Manrique ingresó en el Seminario de San Carlos de Zaragoza. Recién cumplidos los veintitrés años, en 1969, se ordenó sacerdote e inició su labor pastoral en varias parroquias rurales de la provincia de Madrid. Dos años después, en 1971, marchó a estudiar teología en la Universidad Gregoriana de Roma. A los veintisiete años se afilió al Opus Dei tras leer el libro *Camino*, publicado por su fundador en 1934, que dejó en él una profunda huella espiritual. Su buena relación de amistad con el obispo de Toledo le llevó a colaborar

estrechamente con algunas publicaciones de teología, y en 1981 ocupó el cargo de secretario canciller del arzobispado de Toledo. Por expreso deseo de la Santa Sede instruyó al clero castrense sobre las normas eclesíásticas que regían la recién instaurada democracia española. Durante su estancia en el ejército obtuvo el cinturón negro de judo, deporte que practicó en sus años de instituto y que nunca abandonó. *Mens sana in corpore sano*. Algún tiempo después la Santa Sede le nombró administrador apostólico de Toledo. En 1988, a los cuarenta y dos años, recibió el obispado de Solsona, y en 1994 se puso al frente de la diócesis de Zamora.

«Cinturón negro de judo», reflexionó Frank. Ahí radicaba su porte de ejecutivo, el semblante serio y hierático, casi militar, que le transmitió durante la entrevista. Las sesiones de judo contribuían a mantenerle joven. Tenía cincuenta y ocho años pero aparentaba algunos menos. No le echaba más de cincuenta y cinco. El obispo Salgado no estaba acostumbrado a perder, a que otros le ganasen la partida, y eso le complicaría las cosas si no resolvía el robo. Soltó el aire de los pulmones con alivio. Las horas que llevaba encerrado en la Biblioteca no habían sido estériles. Decidió continuar hasta completar el tercer y cuarto trimestre. Sólo le quedaban dos tomos. Hojeó los periódicos con rapidez.

A punto de concluir la búsqueda, en el cuarto tomo halló una noticia que tampoco esperaba. La encabezaba el siguiente titular: «El obispo ordena inventario del patrimonio...». Leyó: «A los cinco meses escasos de tomar posesión de su cargo, monseñor Salgado ha impulsado la actividad artística de la diócesis y ha ordenado la elaboración de un inventario de todos los bienes muebles del patrimonio eclesíástico de la provincia. Monseñor, experto en artes plásticas y figurativas, se ha comprometido a diseñar un plan para la salvaguarda y custodia de dichas obras, entre las que figuran algunas piezas de notable interés, como el grupo escultórico de la Anunciación (finales del siglo XIII) conservado en la iglesia de Santa María del Azogue (Benavente), cuya policromía requiere una restauración inmediata...».

Cerró el último tomo y lo dejó sobre los demás. Se miró las yemas de los dedos. Las tenía negras de tinta. «Experto en artes plásticas y figurativas», apuntó Frank en su libreta. El obispo conocía a la perfección la tabla. Sin embargo, en su *charla* no mencionó este detalle. Es más, le transmitió la sensación de que sus conocimientos de arte resultaban escasos, por no decir nulos. Seguramente en el compromiso público de «salvaguardar y custodiar» las obras de la diócesis radicaba su empeño por recuperar la tabla. Cerró el bloc de notas y lo guardó.

El bibliotecario le ofreció otra tanda de volúmenes, pero ya había terminado. Le dio las gracias mientras le estrechaba la mano.

—Salude a Pilar de mi parte, y dígame que la llamaré uno de estos días —dijo, y retornó a su mundo, al laberinto de papel donde se movía como un pececillo de plata.

Apagó el casete, extrajo la cinta y la metió en el sobre. Tiró del papel que protegía la banda autoadhesiva y pegó la solapa. Apuró el último sorbo de la tacita, se metió el sobre y el casete en el bolsillo y salió a la calle. Miró la hora. Las seis y cuarto. Tenía tiempo de recoger la llave del apartado de correos y dejar la cinta con la información sobre el obispo Salgado para Gálvez.

El destello de una luz verde a lo lejos le indicó que se aproximaba un taxi.

Todavía conservaba en sus manos el perfume de Pilar. *Aire* de Loewe. Pilar..., Pilar... Pilar odiaba las armas pero llevaba una navaja en el bolso. Había caído sobre el mantel cuando lo abrió para darle la grabadora y las cintas. Ese pequeño incidente había arruinado un almuerzo perfecto. Ella se había puesto a llorar, ofendida y avergonzada como una niña, cuando Frank se burló sin malicia de su ingenuo método de defensa y le propuso regalarle una pistola. Se había levantado de la mesa y marchado antes del postre, sin despedirse, con la navaja en el bolso.

Tenía que protegerla con algo más efectivo que una navaja, e incluso que una pistola. Pero ¿cómo? Quizá Gálvez tuviera razón, quizá fuera una buena idea recluirla en esa casa...

El taxi se detuvo frente a la boca de metro de la glorieta de Ruiz Jiménez, sacándolo de sus pensamientos. Pagó la carrera y bajó por la calle San Bernardo hacia la Gran Vía. Lo hizo por la acera de la derecha, en el sentido de su marcha, y de trecho en trecho repitió las mismas precauciones de momentos antes para comprobar que nadie le seguía. Entró en la iglesia de Santa María la Real de Montserrat. Sus pasos resonaban solitarios bajo la cúpula. Se sentó en un banco cercano al altar Mayor y contempló los balcones enrejados que se abrían a la nave principal. Sacó con disimulo los discos de papel rojo, desprendió uno y lo pegó en la palma de su mano derecha. Después se levantó, se acercó a la puerta de entrada y se quedó unos segundos contemplando la calle junto a dos mendigos que ocupaban la escalera de acceso al templo. Se cercioró por enésima vez de que nadie le siguiera. Reemprendió la marcha y al llegar a la esquina de la calle Noviciado soltó con cuidado el disco de papel rojo sujeto a su palma y sin detenerse lo pegó en la papelería con disimulo. Cruzó a la otra acera y apretó el paso. A su derecha dejó el antiguo palacio de Sonora. Se detuvo instintivamente frente al escaparate de la librería Fuentetaja para comprobar si alguien controlaba la papelería. Pasados unos segundos continuó en dirección a la Gran Vía.

A la altura de la calle del Pez, giró a la izquierda y penetró en un dédalo de miseria, suciedad, prostitución y delincuencia. Subió por la calle Pizarro y vio la estafeta de correos.

Sólo una mujer sudamericana ocupaba el mostrador de atención al público. En

otra ventanilla, protegida por gruesos cristales blindados, una empleada se limaba las uñas. Golpeó el vidrio con los dedos y la mujer levantó la mirada.

—¿Qué desea?

—Retirar la llave de un apartado de correos.

—¿Es de nueva contratación?

—Sí —afirmó—. De esta misma mañana.

—Dígame su nombre y apellidos.

—Frank Dónovan.

—Espere un momento, por favor.

La mujer se miró las uñas, para comprobar la perfección de su trabajo de manicura, se quitó las gafas de presbicia y dejó la lima sobre el plato de una balanza electrónica de pesar paquetes y cartas. Cogió un pequeño fichero a sus espaldas, lo abrió y pasó las cartulinas. Extrajo una junto a un sobrecito de papel manila y se acercó a la ventanilla.

—Aquí está —certificó con el sobre y la ficha en la mano. Los dejó a un lado y se ajustó las gafas—. ¿Puede mostrarme su carné de identidad?

—Aquí tiene.

—Correcto —dijo—. Firme en la señal, por favor.

La empleada rasgó el sobre y le entregó un llavín de acero inoxidable con el número 130 grabado en el anillo. Frank abandonó la ventanilla y se dirigió al pasillo contiguo, donde se alineaban los cajetines metálicos de los apartados de correos. La mujer volvió a su manicura.

El comisario Gálvez leía el último informe elaborado por la Sección de Rastreo Informático de su unidad, formada por tres *hackers* que él mismo había investigado, localizado y contratado. Les había ofrecido un buen sueldo y les había convencido de que servir a la patria resultaba más beneficioso que actuar en su contra.

La sección se encargaba de penetrar ilegalmente las redes de comunicación ofimática para obtener datos sobre movimientos de capitales, cuentas cifradas, transacciones de dudosa legalidad y demás operaciones de ingeniería financiera para lavar dinero negro. El informe estaba clasificado de «secreto». Sus muchachos habían descubierto la fuente de financiación de una célula terrorista islámica con ramificaciones en Granada. Dejó el informe sobre la mesa, descolgó el teléfono y habló con un agente para que criptografiara la información y la transmitiera de inmediato al CNA, el Centro Nacional Antiterrorista. Colgó e hizo otra llamada. Casi al instante entró en su despacho Fauno, uno de los tres *hackers*, que hacía honor a su apodo.

—Siéntese —le dijo Gálvez cordialmente.

El joven obedeció, a la espera de recibir una orden.

—¿Quiere tomar algo? —le ofreció de pie, frente a un globo terráqueo convertido en mueble bar.

—Estoy de servicio, señor —sonrió Fauno.

—No. Ya no está de servicio. Acabo de relevarle por unas horas. Vamos, dígame qué le apetece.

—¿Tiene ron?

—Sí, por supuesto. —Tiró del cuello de una botella y se la mostró—. ¿Qué le parece? Barceló Imperial.

—Excelente.

—¿Recuerda el día que llamé a su puerta? —soltó Gálvez a bocajarro.

—¿Cómo podría olvidarlo? —Dio un largo trago al ron—. Siempre le estaré agradecido.

—Me alegro de que piense así, porque tengo que pedirle un favor personal.

—Pídame lo que quiera, señor —dijo con solemnidad—. Estoy en deuda con usted.

Gálvez paladeó un sorbo de whisky complacido. Se retrepó en la silla, dejó la copa sobre el informe que acababa de leer y le miró fijamente.

—¿Qué posibilidades hay de penetrar el sistema informático del Vaticano?

—¿A qué nivel, señor?

—Al nivel de la inteligencia vaticana —proclamó dejándose caer en el respaldo.

El agente estiró el cuello hacia atrás, como si le molestaran las vértebras cervicales, y pensó unos segundos antes de darle una respuesta. Gálvez intuyó que la propuesta se convertía en un desafío personal para Fauno. Jamás había vulnerado el sistema informático del Vaticano, pero no sería más difícil que penetrar la seguridad de una multinacional, un banco, o el control aéreo del Ejército del Aire. Después de todo, los *hackers* se alimentaban de superar retos. De Fauno a Mitnich, el ídolo por antonomasia de la comunidad *hacker*, todos los piratas informáticos vivían sólo para superar dificultades al frente de sus ordenadores. Mitnich, el *hacker* más famoso según el *Libro Guinness de los récords*, y el más peligroso según el FBI, el único que figuraba en los carteles de «*Ten most wanted fugitives*», como los pistoleros del antiguo Oeste u Osama ben Laden, era el ídolo de Fauno.

—Creo que podría hacerlo, señor —dijo Fauno finalmente—. Sólo preciso algo de tiempo y disponer durante unas horas del sistema Promis.

Gálvez evaluó su petición en silencio y sorbió otro trago de whisky. Fauno le pedía algo muy delicado: acceso directo, sin control, al arma tecnológica más importante de su unidad. El sistema Promis no se utilizaba en investigaciones rutinarias, pero, desde luego, vulnerar los ordenadores de la inteligencia vaticana no era una investigación rutinaria.

Miró a su agente. ¿Qué edad tenía? Veintiocho años. Llevaba diez a su servicio.

¿Cuántas veces había usado Promis? En solitario nunca, pero en coordinación con los otros agentes muchas. La última durante los atentados del 11-M para rastrear las tarjetas prepago de los teléfonos móviles utilizados por los terroristas como temporizadores. Precisaba saber quién era el padre Bonatti, y su hombre podía averiguarlo.

—De acuerdo —dijo decidido—. Manos a la obra.

Se encaminaron a una sala sin ventanas a la calle, iluminada por varios tubos fluorescentes y lámparas de mesa halógenas. Fauno se sentó frente al teclado de su ordenador. El comisario acercó una silla a la mesa para seguir sus manipulaciones. Primero conectó con la página web de la Nunciatura Apostólica de Madrid. Desde esa página Promis le conectó sin dificultad con la red informática del Vaticano. Revisó el *Anuario Pontificio*, un índice con los nombres y ocupaciones de los miembros de la Santa Sede. Como suponía no halló ningún rastro del padre Bonatti. Siguió. Tecléo a una velocidad asombrosa, y vio abrirse en la pantalla el sistema informático del Cuartel General del Servicio Diplomático Papal o Sección de Asuntos Extraordinarios, un departamento que trabajaba en estrecha colaboración con el Servicio de Información del Vaticano. La Sección de Asuntos Extraordinarios contaba con veinte «escritorios» que manejaban los asuntos de la Santa Sede. Los rastreó uno a uno pero tampoco allí encontró información sobre el padre Bonatti.

La cosa se complicaba. Dio nuevas instrucciones a Promis y pasado un minuto la pantalla mostró la puerta de entrada al sistema informático del Servicio de Información del Vaticano. En el monitor parpadeaba insistentemente una ventana que solicitaba el código de acceso. Debía andarse con pies de plomo. Promis no dejaba rastro de su penetración en otros sistemas informáticos, pero algunos servicios de inteligencia habían modificado el programa original y podían detectar cualquier intento de vulneración. La Sección de Rastreo Informático disponía a su vez de un programa de alerta que desconectaba automáticamente el sistema en caso de intento de rastreo.

Ahora Promis buscaba una puerta trasera de entrada para acceder a los archivos sin necesidad del código. Al comisario le sudaban las manos, no despegaba la vista de la pantalla.

—Si parpadea este icono —le explicó el agente para tranquilizarle—, es que han detectado nuestra intrusión y pretenden rastrear el origen de la misma. Pero tranquilo. En menos de quince segundos el sistema se autodesconecta.

Gálvez asintió. Los secretos de la informática escapaban a su entendimiento. Para eso estaban sus muchachos.

—¡Aquí está, comisario!

En el monitor apareció el mensaje «*Open access*». El agente tecléo el nombre objeto de su búsqueda, Giuseppe Bonatti, y esperó. Una sucesión de signos inundó el

monitor.

—El sistema se ha vuelto loco —dijo Gálvez.

—No —sonrió Fauno, nervioso—. Busca datos con millones de operaciones por minuto.

La imagen se detuvo, quedó estática en la pantalla. Ambos fijaron los ojos e inclinaron el cuerpo para acortar la distancia con el monitor. Gálvez apenas pudo leer el texto cuando saltó una página con el nombre de Giuseppe Bonatti. Después saltó otra página y después otras.

—¿Puede ralentizar la información? —casi protestó, impotente.

—Podría hacerlo, señor, pero cuanto más tiempo permanezcamos en el archivo más probabilidades hay de que nuestra intrusión sea descubierta.

—Sí, sí, claro... ¿Podría leer de alguna manera el contenido de estas páginas?

—Por supuesto, señor —dijo—. Estoy transfiriendo la información a mi base de datos lo más rápido posible. Después podré imprimirla.

—Bien, bien... —convino asombrado de su pericia.

De repente el icono de desconexión automática parpadeó frenético y el ordenador se apagó al instante. La pantalla mostró un dibujo psicodélico. El comisario miró hipnotizado las estrellas de colores que danzaban en el espacio virtual del monitor.

—¿Qué ha ocurrido?

—El sistema se ha autodesconectado para evitar que pudieran rastrear la señal.

—¿Significa que han detectado la intrusión?

—Puede —dijo Fauno, dubitativo—. En cualquier caso nunca sabrán quién ha sido. Hay cientos de *hackers* que atacan los servicios informáticos de la CIA, el FBI u otras unidades sin que sean descubiertos.

El comisario se levantó de la silla, la dejó en el mismo lugar del que la había tomado una hora antes, le pidió al agente una copia del informe y abandonó la sala más preocupado que antes de entrar.

A más de dos mil kilómetros de Madrid, el cardenal Rudolph Böhm abandonó el tercer piso del palacio Apostólico, escoltado por un miembro de la seguridad del Vaticano. Se dirigía a su despacho del palacio del Governatorato con un grueso informe en su portafolios sobre la situación de Oriente Medio y las directrices diplomáticas y políticas que aconsejaba seguir la Sección de Asuntos Extraordinarios.

Su *maggiordomo* entró con una bandeja de alpaca, una gran jarra de cristal de Bohemia y una botella de *Porter*. Le sirvió la cerveza hasta casi rebosar la jarra de cincuenta centilitros, con un dedo de espuma compacta que se pegó a los labios del cardenal al primer sorbo. Apaciguada la sed con un segundo trago tan largo como el primero, el cardenal le pidió un puro. Lo prendió y aspiró el humo con deleite para lanzarlo hacia los frescos del techo como la estela de un avión de reacción. Abrió el

informe, y se dispuso a leerlo cuando entró por tercera vez su secretario, un tanto azorado. Normalmente llamaba a la puerta, pero se saltó las normas y se cuadró frente a la mesa con cara de circunstancias.

—Un *hacker* intenta penetrar nuestros archivos, eminencia —soltó sin protocolo.

El cardenal enarcó las cejas.

—¿Qué tiene de raro? —dijo.

Cada día miles de *hackers* intentaban asaltar las páginas del Vaticano para colgar mensajes obscenos, consignas satánicas, palabras soeces, virus, proclamas ateas, dibujos pornográficos..., pero la gran mayoría no lograba vulnerar los estrictos filtros de seguridad que protegían la red binaria del Estado de Dios. Sólo unos pocos, a lo sumo dos o tres, conseguían su finalidad pero eran detectados inmediatamente y la normalidad se restablecía en breves segundos.

De un trago apuró la cerveza, se levantó y se colocó el capelo. Su voluminoso cuerpo y los chorros de humo que lanzaba al aire, al tiempo que apresuraba el paso, le convertían en una vieja locomotora de vapor. Nadie tomaba decisiones propias. Todo el mundo le necesitaba. ¿Qué harían cuando se jubilara? Entró en la sala de control, una habitación repleta de ordenadores que vigilaban el sistema informático del Vaticano, y un joven jesuita, experto en sistemas de seguridad, le reclamó ante su pantalla.

—¿Qué ocurre? —bramó el cardenal con enfado.

—Ha penetrado un *hacker* en el archivo confidencial del Servicio de Información del Vaticano. Casi sin darle tiempo al sistema de detección a reaccionar.

—¿Puede localizarle?

—Podría con algo de tiempo.

—Hágalo —le ordenó tajante para dar a continuación una calada profunda al puro. El jesuita percibía sobre su hombro la intensidad amenazante de la mirada del cardenal.

—¡Aborte la intrusión!, ¡aborte!... —gritó el cardenal histérico, con la cabeza envuelta en una bocanada de humo, al comprobar que el expediente del padre Bonatti corría raudo en la pantalla. La vieja locomotora se había convertido en un dragón medieval.

El jesuita obedeció al instante. Dio las órdenes precisas a su computadora y resopló aliviado al ver fundirse la pantalla en negro. Había contrarrestado el ataque. Una gota de sudor cayó sobre el teclado. La transpiración le había empañado las gafas. Se las quitó y las limpió con una pequeña gamuza de seda.

—¿Le ha localizado?

—No puedo saberlo hasta que reinicie el programa —argumentó—. He tenido muy poco tiempo, eminencia.

El pirata informático se había movido deprisa, con una rapidez inusual y con un

equipo tan sofisticado que el jesuita dudaba haberle localizado. Temeroso de la furia del cardenal, reinició el programa. Tecleó con tranquilidad, como el pianista que interpreta la misma rapsodia todas las noches. La pantalla estuvo unos segundos en blanco, sólo con las ventanas del programa abiertas, y unos dígitos, que el cardenal ignoraba para qué servían, progresaban a toda prisa en la base de la pantalla. El jesuita se limpió la frente con un pañuelo. La tensión se manifestaba en el sudor de su cara y en el cerco húmedo bajo sus axilas. Finalmente el monitor mostró los nombres de una serie de países y ciudades: Francia... París..., Alemania... Berlín..., EE. UU... Nueva York..., India... Calcuta..., Sudáfrica... Pretoria..., Rusia... San Petersburgo...

—¿Qué significa eso?

—El rastro de la señal del *hacker*, eminencia —dijo, para explicarle a continuación—: Nadie penetra directamente un sistema informático porque sería muy fácil localizar el origen de la intrusión. Nuestro hombre es un tipo experimentado y cuenta con un equipo muy avanzado que le permite enlazar con varios servidores para camuflar su posición.

—Entiendo —balbuceó observando sus dedos amarillos de nicotina.

Poco a poco los nombres de los países y las ciudades, que aparecían y desaparecían tan rápido como los dígitos, se ralentizaron hasta quedar fijo en la pantalla el nombre de España: el origen de procedencia de la intrusión. El jesuita esperó impaciente que saltara la ciudad, pero el mensaje «Fin de rastreo automático» daba por concluida la búsqueda. El cardenal frunció el ceño contrariado. El jesuita no se dio por vencido. El *hacker* había burlado el programa de rastreo, pero todavía le quedaban algunas cartas por jugar. Pulsó las teclas en espera de una respuesta más concisa. La pantalla se quedó en blanco y en su centro se abrió una ventana con el mensaje «En proceso de selección».

—¿Qué hace? —le interrogó el cardenal, dando por sentado que la señal se había perdido en España.

—Intento localizar el origen exacto —le aclaró—. El lugar de donde partió la señal base.

—¿Puede averiguar eso?

—Sí, eminencia —afirmó convencido—. Sólo se requiere un poco de paciencia, algo de tiempo, y mucha, mucha suerte.

—Adelante —gruñó nervioso por el dolor de espalda—. Encuentre a ese mal nacido y me encargará personalmente de que el Papa le recompense.

Tras cinco minutos de nerviosa espera la ventana de «En proceso de selección» se apagó. La pantalla quedó ciega unos instantes. Sólo una franja horaria con un reloj digital destellaba en el margen superior izquierdo. El jesuita contuvo el aliento. Las décimas de segundo saltaban a gran velocidad. Tres minutos de angustiosa espera. El

reloj desapareció del monitor. Una ventana ocupó la parte superior de la pantalla, mientras en la inferior giraba un mapamundi virtual. La ventana mostró el origen de la intrusión: «España... Madrid... Palma... 63...». Al mismo tiempo el mapamundi dejó de girar. Se detuvo en Europa. Las tres palabras parpadearon unos segundos en la pantalla, primero en rojo y después en verde, antes de quedar fijas. El mapa de Europa se redujo hasta mostrar sólo la península Ibérica. Se amplió de forma automática y apareció la silueta de la Comunidad de Madrid en una visión cartográfica a diez mil metros de altura. La imagen se redujo aún más. Las calles de Madrid, sus edificios, sus parques y sus coches se hicieron nítidos en una planimetría a mil metros en vertical. El mapamundi detalló la retícula de una cartografía a quinientos metros. Se detuvo. No permitía más ampliaciones. Los edificios se perfilaban completamente nítidos. El jesuita pulsó las teclas y la imagen cartográfica ocupó por entero la pantalla. Sobre el número 63 de la calle de la Palma destellaba un puntito rojo.

—Bien, muy bien, padre Burnham —musitó el cardenal satisfecho mientras cavilaba el siguiente paso—. ¿Puede añadir una nota a la localización?

—Lo que usted desee, eminencia.

Le dictó unas líneas y después le pidió que imprimiera los datos. Miró el folio con satisfacción renovada. La colilla del puro humeaba entre sus dedos amarillos. Lo había apurado más rápido que de costumbre. Buscó un cenicero sin encontrarlo. Había olvidado que en el Vaticano estaba prohibido fumar. Miró la colilla incómodo y la tiró a la papelera.

Seguido por su *maggiordomo*, pegado a su sombra como un perro faldero, se dirigió a la Unidad de Registro y Tratamiento de Mensajes, donde trabajaban siete criptógrafos al mando del padre Duby, un dominico francés oriundo de Nantes, con aspecto de descargador de muelles, catedrático de Ciencias Exactas y experto en lenguas muertas y cábala. El padre Duby le invitó a entrar en su oficina, separada del resto por unas débiles mamparas de aluminio y cristal que le aislaban del ruido continuo del tecleo de los ordenadores. Sobre su mesa se apilaban manuales de operaciones, tratados de criptografía militar, entre ellos varios de criptografía cuántica, y decenas de carpetas con mensajes descifrados o traducidos que afectaban directamente a la seguridad política o económica del Vaticano. A sus espaldas presidían el cubículo un Cristo de marfil sobre una cruz de ébano, recuerdo de su evangelización en Filipinas, y un cartel en letras góticas con una frase de Edgar Allan Poe: «Todo código inventado por un hombre puede ser descifrado por otro hombre».

—Es un placer servirlos, eminencia —dijo el padre Duby con una respetuosa reverencia. Se inclinó y besó el sello de oro del cardenal.

—Padre Duby, dudo que servirme sea un placer.

—¿En qué puedo ayudarlos?

—Necesito que transmita este mensaje de inmediato —dijo, y le entregó el folio.

—¿Nivel de prioridad?

—Absoluto —determinó sin pensarlo—. Tiene que recibirlo uno de nuestros agentes cuanto antes. Utilice un código de alta seguridad.

—Así se hará, eminencia.

Frank le había prometido llevarla al cine y su promesa entrañaba un compromiso ineludible. Cuando percibió que su tono de voz se dulcificaba en el teléfono, supo que no se había equivocado: ése era el mejor modo de reconciliarse con ella después del episodio de la navaja, porque ambos compartían la pasión por el cine. Eso pensaba de camino a casa. El sol todavía clareaba sobre las azoteas más altas, pero las sombras ya dominaban los jardines. Los comercios habían encendido sus neones y los automóviles circulaban con luz de cruce. Una vez más comprobó que nadie le seguía. Se había convertido en una obsesión necesaria. Si Pilar todavía no había preparado la cena, la invitaría en un restaurante del barrio. El mejor preámbulo a una buena película pasaba por una buena cena.

Metió la llave en la cerradura. Empujó la puerta y un par de bocinazos le hicieron girarse. Un Passat W8 se detuvo junto a la acera, en doble fila. Frank intentó identificar al conductor, que parecía reclamarle con un movimiento de la mano, pero un reflejo en el cristal de la ventanilla se lo impidió. Se acercó, con la precaución de desabrocharse la chaqueta para coger el arma si fuese necesario, y el cristal descendió acompañado de un zumbido eléctrico.

—¡Grosseto! —exclamó sorprendido—. ¿Qué haces aquí?

—Llevo toda la tarde buscándole, comisario.

—¿A mí? Grosseto bajó del automóvil. Lo dejó en doble fila, con las luces de emergencia intermitentes, y le saludó con un abrazo. Después miró hacia su espalda, como si temiese que alguien pudieran escucharles o verles. Le cogió del brazo y le apartó de la claridad de una farola para situarlo en una zona de penumbra.

—Tenía que hablar con usted —dijo alterado.

—Suéltalo de una vez. ¿Qué pasa?

—En realidad no tengo ni idea... Pero no me gusta.

—¿El qué?

—Será mejor que empiece por el principio.

—Hazlo de una vez, me tienes en ascuas.

—Este mediodía vino al restaurante un tipo bastante raro...

—¿A qué te refieres?

—Poco a poco, comisario. Déjeme continuar. —Hizo un gesto de aprobación—. Se sentó solo a una mesa. Vestía bien, correcto... Un traje de confección, un reloj de marca desconocida...

—Al grano.

—Sí, sí. Disculpe, comisario. Son los nervios. —Sacó un pañuelo y se secó la comisura de los labios—. Le atendí personalmente, como es mi costumbre, y en un castellano bastante correcto me pidió la comanda. Me pareció que tenía acento italiano y le pregunté su procedencia. Venecia, me dijo sin añadir ningún comentario. Me ofrecí a hablarle en su idioma, pero me rogó que siguiéramos haciéndolo en castellano. Hasta aquí, comisario, todo normal. Pero al final del almuerzo, cuando me pidió la cuenta y se la entregué, me invitó a sentarme a su mesa. No suelo alternar con mis clientes, pero dejó sobre el mantel una credencial. La tomé y leí: «Capitán Enzo Giuliani, Cuerpo de Carabineros».

—¿Qué tiene que ver esta perorata conmigo? —le increpó Frank apurado. Pilar ya estaría desconfiando de su palabra.

—Tiene mucho que ver, comisario —dijo con gravedad, y continuó—. Le pregunté en qué podía ayudarle. Nunca he tenido problemas con la justicia italiana —se justificó— y como sabe desde hace años estoy «limpio». Entonces me dijo que le buscaba a usted. Negué conocerle, pero resumió de memoria mi historial delictivo, mis robos, mi detención, mi puesta en libertad gracias a su mediación..., y tuve que aceptar que sí le conocía.

—¿Qué le dijiste?

—Que no le veía hacía años, que había perdido su rastro. Pero era más listo de lo que pensaba. Antes de sentarse había mostrado su fotografía a varios de mis camareros y algunos le reconocieron. Le dijeron que había hablado conmigo hacia unos días. Entonces tuve que recuperar la memoria. Además —protestó—, había investigado mis inversiones en Italia y me persuadió para que le pusiera en contacto con usted a cambio de no entregar al fisco italiano unos comprobantes. No tuve elección.

—¿Te dijo exactamente qué quería?

—No, señor. Sólo que le preparara una cita esta noche a las diez en mi restaurante, y que procurara que usted acudiera.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Porque de lo contrario el fisco italiano pondrá patas arriba mis inversiones y hace años que evado impuestos. Se lo ruego, comisario, acuda a la cita. Hágalo por mí. Me recalco varias veces que tenía información sobre su caso.

—¿Le hablaste de nuestra conversación?

—No, comisario. ¡Se lo juro!

—¿Para qué querrá verme?

No quiso decírmelo, y créame que se lo pregunte unas cuantas veces. Pero sólo insistió en que disponía de información.

—¿Sospechas que sabe algo del robo?

—Creo que no —dijo convencido—, porque hubiese soltado algún dato para tentarle y que acudiera a la cita.

—¿Entonces?

—No sé, comisario. Pero no me huele nada bien.

Frank consultó su reloj. Las ocho. Quedaban dos horas para la reunión. Llamó al timbre y a través del telefonillo previno a Pilar de que subía con una visita. A veces se paseaba desnuda por casa. Le encantaba encontrarla desnuda, pero no parecía el momento más oportuno.

Grosseto cerró el automóvil y lo dejó en doble fila con las luces de emergencia encendidas.

—Grosseto, qué sorpresa —dijo Pilar al verle. Le conocía de las veces que habían almorzado o cenado en su restaurante, pero nunca antes les había visitado en casa.

Frank adivinó una sombra de reproche o desilusión en sus ojos, pero hizo gala de sus dotes de anfitriona en todo momento.

—¿Puedo ofrecerle una copa?

Grosseto se lo agradeció y permaneció de pie, ansioso.

—Perdona, Pilar —dijo Frank apenado—. No he olvidado lo de esta noche, pero ha surgido un imprevisto y tengo que...

Le interrumpió comprensiva, o quizá sólo diplomática:

—No te preocupes, veré una película en la televisión, he hojeado la revista de cable y creo que dan *Casablanca*. Nunca me canso de verla.

Frank la besó agradecido, ante la mirada comprensiva de Grosseto.

—Creo que ahora sí voy a aceptarle una copa —dijo, y se acomodó en el sofá.

Frank se metió en la ducha y dejó correr el agua caliente por su espalda. ¿Por qué le buscaba en Madrid un policía italiano? ¿Qué sabía del robo? Sería una noche larga.

El padre Bonatti estacionó el Seat Ibiza azul en su plaza de aparcamiento de un bloque de apartamentos de lujo de la calle Corazón de María. Los inquilinos, ejecutivos de paso en la capital, en su gran mayoría, se renovaban con frecuencia y eso le garantizaba el anonimato. Tomó el ascensor hasta el tercer piso, para evitar la charla obligada con el portero, y entró en su apartamento. Dejó el portafolios sobre la mesa y se metió en el dormitorio. Abrió el armario, apartó la ropa colgada y, con la ayuda de un destornillador que guardaba en la mesilla de noche, quitó los tabloncillos de la parte trasera del mueble. Sacó su ordenador portátil del hueco donde lo escondía, entre el armario y la pared, y lo encendió.

Esperó unos segundos y en la pantalla apareció una panorámica del Parque Nacional de Amboseli, en Kenia. La contempló unos segundos. Posiblemente había sido tomada con un angular de veintiocho milímetros. La amplió para que ocupara la totalidad del monitor. El Kilimanjaro se perfilaba nítido bajo un cielo azul con su

casquete de nieve desafiando al sol africano. A sus pies, entre las altas gramíneas de la sabana, descansaba una manada de elefantes.

Pulsó las teclas y en la parte superior de la fotografía se instalaron una serie de iconos. Pinchó el correspondiente a una diminuta ave que abría y cerraba el pico y apareció una ventana con el mensaje «*To decode*». Amplió la fotografía y se dividió en miles de cuadrículas de un milímetro de lado. Pasados dos minutos desaparecieron las cuadrículas hasta que sólo una llenó el centro de la pantalla. Pulsó el icono del ave, apareció la ventana con el mensaje «*To decode*» e inmediatamente un texto: «... Intrusión en su archivo personal... Procedencia... España... Madrid... Palma... 63... Neutralice si procede... Posible vínculo “Operación APSA”... Máxima prioridad... *Top secret... Top secret... Top...*».

Se peinó los cabellos con los dedos y memorizó la dirección: Palma, 63. Suspiró. Las cosas se complicaban. Se arrodilló y rezó con las manos cerradas apoyadas en la frente y los dedos entrecruzados. Apagó el ordenador y lo guardó en el doble fondo del armario. Sacó del portafolios un mazo de fotografías sujetas por un elástico y las extendió sobre la mesa del salón. Había primeros planos del obispo Sebastián Salgado, del deán Felipe Viera, de Pilar Araujo, Frank Dónovan, Santiago Senillosa, Carlos Soto y Alejandro Grosseto. Las colocó en forma de pirámide, para componer un organigrama imaginario, y las analizó una a una. Cogió la fotografía del deán de la Colegiata y la puso a un lado. Exiliado a Madeira y sujeto a secreto pontificio, no crearía problemas. Después cogió las fotografías de Santiago Senillosa y Carlos Soto. Muertos, nunca hablarían. Tomó un encendedor de sobremesa y les prendió fuego. Ardieron en un cenicero hasta quedar convertidas en carbonilla. Quedaban sólo cuatro fotografías sobre la mesa y tenía que encajar otra pieza en el rompecabezas. Un *hacker*, quizá relacionado con el robo o con la operación de la Administración del Patrimonio de la Santa Sede, había entrado en escena.

Grosseto aprobó su indumentaria: un traje azul con raya diplomática. El color azul transmitía seguridad, pero eso no le tranquilizó. Miró su reloj y sacudió la cabeza. Si no encontraban atascos tardarían unos treinta minutos en llegar al restaurante. A las diez menos veinte. Justo, muy justo. Sacó su móvil y llamó al *mâitre* para que reservara uno de los saloncitos utilizados en las reuniones privadas de negocios. Frank se había relajado con el baño y no parecía tener prisa.

En el *Monna Lisa* reinaba la calma, el ambiente habitual de un día laborable a esa hora. La *Monna Lisa* mantenía su sonrisa eterna. Grosseto le pidió que esperara unos minutos. Entró en la cocina para comprobar que todo estuviese en orden.

—*Tutto in ordine*—dijo al regresar, y le acompañó al reservado, un saloncito no muy amplio, con capacidad para cuatro comensales, decoración de lujo, una vajilla de mayólica fina de Limoges, una cristalería Zwischengold de Bohemia sobre el mantel

y un reloj de péndulo del siglo XVIII del taller de François Thomas Germain.

El restaurante se llenó poco a poco y el murmullo de las conversaciones creció hasta apagar la música ambiente y llegar nítido al saloncito. En el reloj de péndulo dieron las diez. Su anfitrión se retrasaba. Ya debería haber llegado. No estaba dispuesto a perder más tiempo. Grosseto intentaba convencerle de que esperara unos minutos más, cuando el capitán Giuliani asomó en la puerta del restaurante. Frank le reconoció porque le buscaba con la mirada. Era un tipo alto, delgado, fibroso, con las facciones de la cara pronunciadas, que lucía un suave bronceado. Como suponía, nunca se habían visto antes. Grosseto suspiró aliviado y, antes de abandonar el saloncito para dejarles a solas, les ofreció una botella de vino. Ninguno de los dos se opuso.

—Señor Dónovan.

El capitán le tendió la mano y Frank correspondió al saludo e hizo un gesto para que tomara asiento. Acomodó la espalda y cruzó las piernas relajado, en espera de una reacción que no se produjo. Decidió tomar la iniciativa.

Antes de nada —dijo Frank receloso—, me gustaría ver su credencial, si no le importa.

Giuliani se desabrochó la americana, metió la mano en un bolsillo interior y descubrió un arma colgada a su cintura. Una Beretta 9000-S de 9 milímetros. Dejó sobre la mesa una carterita de piel, abierta en dos, y Frank comprobó su identidad.

—De acuerdo, capitán —dijo relajado—. ¿Qué desea?

La puerta corredera se abrió y Grosseto entró con una botella de vino y un par de copas. Colocó la botella en un portador de plata de Christofle y les deseó que fuese de su agrado.

—Un vino exquisito —dijo Giuliani—. Nunca he probado nada igual en Italia.

Dejó la copa a un lado, junto a los platos, y sacó una fotografía del tamaño de una cajetilla de tabaco. La empujó hasta colocarla frente a los ojos de Frank.

—¿Le conoce? —le interrogó con sequedad, y señaló con el dedo a un hombre de los tres que componían la escena.

Frank miró la fotografía. Pese a estar algo borrosa, quizá por haber sido captada a larga distancia con un teleobjetivo, identificó al padre Bonatti acompañado en segundo plano de otros dos hombres. No se trataba de una fotografía reciente. Era mucho más joven pero le reconoció sin dificultad. A los otros dos sujetos no les conocía. La dejó sobre el mantel y negó con la cabeza.

—Jamás he visto a este hombre —dijo con indolencia.

—Veo que no está dispuesto a colaborar.

—¿Por qué tendría que hacerlo? Intimida a mi amigo con echarle en las garras del fisco italiano, y pretende entrar en esta habitación, mostrarme una foto y convertirme en el bufón de la corte. —Hizo una pausa y añadió—: Disculpe pero no puedo perder

más tiempo.

Cogió la copa, apuró de un trago el vino y se levantó. Giuliani permaneció quieto, en absoluto silencio.

—Por favor, señor Dónovan, siéntese —dijo levantándose—. Se lo ruego.

—Está bien —se avino Frank regresando a su asiento—. Empecemos otra vez con mejor pie.

Giuliani cogió aire.

—Sospecho que este hombre ha asesinado a un buen amigo suyo —soltó sin rodeos.

—¿De qué me habla?

—De Carlos Soto. Eran amigos, ¿verdad?

—Sí —admitió—. Se marchó a Venecia... ¿Qué ha ocurrido?

—Su cuerpo apareció en las aguas del canal d'Ostreghe. —Frank se quedó perplejo, sin palabras. No podía ser cierto—. A simple vista —siguió Giuliani, atento a su reacción— se trataba de un robo con resultado de muerte accidental, pero la autopsia reveló que le habían asesinado. Murió de asfixia —dijo recordando el cuerpo sobre las losas del embarcadero—, pero no por ahogamiento, sino de un golpe de kárate en la tráquea. Un golpe tan preciso que ni siquiera le produjo lesiones cutáneas.

—Miente.

—¿Eso cree, señor Dónovan? —dijo sacando una de las fotografías polaroid que le había entregado el forense y arrojándola sobre la mesa.

Frank no se atrevió a cogerla. La cara hinchada, los ojos saltones, la piel blanquizca, los labios lilas... pero reconoció a Soto como momentos antes había reconocido al padre Bonatti. La rabia le atenazó. Se quedó paralizado, sin poder articular una exclamación de dolor o de ira. Le faltaba el aire. Soto había muerto en extrañas circunstancias. Como el vigilante de la Colegiata. Una broma macabra del destino. No, se corrigió, otra maniobra de un plan diabólico. Cogió la botella. Se sirvió una copa, sin tener en cuenta las normas del protocolo culinario, y la bebió de un trago, después inspiró con profundidad para templar el pulso y recuperar el control.

—¿Quién es este hombre? ¿Está seguro de que asesinó a Soto? —le interrogó con los dientes apretados de rabia.

—A su segunda pregunta —dijo Giuliani convencido de que había dado un gran paso adelante— puedo responder afirmativamente. ¿Le conoce? —insistió con el dedo sobre la fotografía.

—Ya le he dicho que no.

—Usted gana —dijo para zanjar la cuestión.

Giuliani se levantó con la intención de abandonar el saloncito. Ahora era Frank

quien no podía permitirlo. Necesitaba saber por qué mataron a Soto, quién se escondía tras el hábito del padre Bonatti. Le cogió de la bocamanga de la chaqueta y le retuvo. Giuliani le miró con frialdad.

—Le dijo a Grosseto que tenía información sobre el caso en que trabajo —soltó Frank para retenerle.

—Le mentí —admitió—. No sé en qué mierda anda metido, pero apostaría a que menosprecia el peligro que corre. No tiene ni puta idea de a quién se enfrenta.

—Dígamelo usted.

Giuliani se sentó. Tampoco él quería marcharse. Los dos se cortejaban como los pavos durante los ritos de apareamiento. Frank se sirvió un poco más de vino y después llenó la copa de Giuliani. La alzó para desearle salud y dio un sorbo, esta vez para degustar con calma el buqué. El capitán le imitó.

—El tipo de la fotografía —dijo lentamente— se llama Norberto Manzini... — Frank hizo una mueca inconsciente de sorpresa, y entonces Giuliani tuvo la certeza de que le conocía— ...aunque quizá le identifique mejor por uno de los alias que utiliza: Giulio Cesare, David Kimche, Giuseppe Bonatti, Barry Chamish... El nombre importa poco. Lo que importa es su verdadera identidad.

—¿Quién es?

—Un sacerdote a los ojos de los fieles. Pero en realidad, un agente especial. Un miembro del Gosiv, el Grupo Operativo del Servicio de Información del Vaticano. Una unidad paralela a los *kidon* del Mossad. Sabe de qué hablo, ¿verdad, señor Dónovan?

Le vinieron a la mente las advertencias de Gálvez. No andaba desencaminado en sus conjeturas.

—¿Por qué mataría un agente de la inteligencia vaticana a Soto? —le preguntó a manera de reto—. Puedo asegurarle que estaba apartado de cualquier asunto ilegal. Por cierto, ¿cómo está Dolores?, su mujer.

—Imagínesele —dijo—. Al darle la noticia se derrumbó y requirió los servicios médicos del hotel. —Hizo una pausa y volvió a hablarle mirándole fijamente a los ojos—. Voy a repetirle mi pregunta, señor Dónovan. ¿Está seguro de que no conoce a este hombre?

—No, no conozco a este tipo —insistió Frank.

Giuliani no pudo contener la cólera y dio un puñetazo sobre la mesa. Se levantó, caminó unos pasos para calmarse, pero no lo consiguió.

—Tranquícese, capitán. ¿Ve esos platos? —señaló Frank—. Fueron fabricados en mil ochocientos sesenta y seis por Lebeuf & Millet, el mejor ceramista de Limoges. Cada uno cuesta del orden de seiscientos euros. Un buen motivo para tranquilizarse, ¿no cree?

Giuliani cogió la servilleta y se secó el sudor de las manos. Frank le observó.

—Si este tipo asesinó a Soto —continuó pausadamente, estoy dispuesto a ayudarle. Pero necesito saber por qué le mató y por qué le persigue usted más allá de su jurisdicción.

—Está bien, señor Dónovan, usted gana —dijo Giuliani sentándose de nuevo—. Pero no trabajo fuera de mi jurisdicción —le aclaró—. Estoy en su país como oficial de la Interpol, con perfecto conocimiento de la Embajada italiana y la correspondiente autorización de los ministerios españoles de Asuntos Exteriores e Interior.

—¿Colabora con alguna unidad especial?

—No, trabajo en solitario. Por eso necesito su ayuda.

El tono de la conversación se distendió. Aceptar que conocía al padre Bonatti, o mejor dicho Manzini, perjudicaría su investigación. Pero necesitaba averiguar qué sabía el capitán Giuliani. ¿Por qué relacionaba la muerte de Soto con Manzini?

—Me he propuesto llevarle ante la justicia —siguió Giuliani con los ojos fijos en la fotografía del cura.

—¿Por qué?

—Es una larga historia —dijo abatido.

—Tenemos toda la noche por delante.

—¿De veras está dispuesto a escucharme?

—Soy todo oídos.

—Bien, empecemos —dijo—. Al igual que usted, provengo de la inteligencia, del Sismi, el Servicio de Información y Seguridad Militar Italiano. Estoy seguro de que le resulta familiar.

Frank asintió. El Sismi había facilitado información al Cesid sobre los movimientos de la mafia italiana en España.

—La quiebra del Banco Ambrosiano —siguió Giuliani— puso en peligro la seguridad del Estado y mi unidad se encargó de la investigación. El Vaticano estaba metido hasta el cuello. Desde hace años actúa a la desesperada para equilibrar su balanza de pagos. Si descubrieran petróleo bajo la basílica de San Pedro, no dudarían ni un segundo en derribarla. El arzobispo Paul Casimir Marcinkus, director del Instituto para las Obras de la Religión, firmó avales a los acreedores del Banco Ambrosiano a cambio de que el Instituto permaneciera al margen de las responsabilidades jurídicas de dicha entidad. ¿Conoce las actividades del Instituto? —Frank negó con el gesto—. Popularmente —especificó— se conoce como Banco del Vaticano y controla las finanzas de la Santa Sede. —Hizo una pausa—. Algunos responsables del descalabro financiero, como Carlo de Benedetti, ex presidente del Banco Ambrosiano, fueron condenados a seis años de cárcel por un fraude de miles de millones de dólares que comprometía al Instituto para las Obras de la Religión. A Roberto Calvi, en aquella época director del Banco Ambrosiano, le hallaron el

dieciocho de junio de mil novecientos ochenta y dos con los pies colgando de un puente sobre el Támesis, el puente de Blackfriars.

—¿Blackfriars? —musitó.

—¿Le dice algo ese nombre?

—No, nada. Salvo que murió en el puente de los «Frailes Negros». Quizá no se trató de una casualidad, sino de un mensaje para navegantes.

—¿A qué se refiere?

—A una secta secreta de frailes asesinos creada en el siglo diecisiete por Olimpia Maidalchini, la jefa del espionaje vaticano al servicio del papa Inocencio X. Se le llamó Frailes Negros u Orden Negra porque sus agentes actuaban con la cara cubierta para no ser identificados. Sólo informaban y recibían órdenes del Sumo Pontífice, y sus primeras misiones fueron asesinar a los espías del cardenal Mazarino, que estaba al servicio de Francia...

No había caído en eso —dijo Giuliani pensativo, y continuó con su relato—. Un día antes la secretaria personal de Galvi, Graziella Corrocher, se arrojó desde una ventana del cuarto piso del Banco Ambrosiano de Milán. Supuestamente se suicidó al descubrir las verdaderas causas de la desaparición de su jefe.

—¿Por qué? —no pudo evitar preguntar Frank.

—El Gobierno italiano sospechaba que fueron asesinados para ocultar una trama desestabilizadora y quería respuestas, quería saber la verdad a toda costa y no escatimó esfuerzos ni hombres en el empeño. La prensa hostigaba a la opinión pública. Los miembros del Gabinete estaban muy nerviosos. Puedo asegurarle que durante meses sólo dormí unas pocas horas. La presión que ejerció el Gobierno sobre las Fuerzas de Seguridad del Estado fue terrible, créame. Para complicar más las cosas, salieron a la luz las relaciones de Calvi con Lucio Gelli, el gran maestro de la famosa P-2... La huida a Sudamérica de Gelli permitió descubrir en su domicilio una lista con cerca de mil nombres de miembros asociados a la logia masónica P-2. En la lista figuraban tres ministros, treinta generales, ocho almirantes, cuarenta y tres diputados, y numerosos altos cargos de la administración del Estado. La lista se hizo pública y el Gobierno cristianodemócrata de Arnaldo Forlani tuvo que dimitir...

—¿Llegó hasta el fondo?

—No —dijo Giuliani, aturdido por los recuerdos—. El caso nunca se cerró. Nunca se desenmascararon todas las tramas. En septiembre de mil novecientos setenta y siete Roberto Calvi abrió una sucursal de su imperio en Managua, el Banco Comercial del Grupo Ambrosiano, para lavar dinero negro y destruir cuantos documentos comprometieran el buen funcionamiento de la central de Milán. Con el beneplácito del obispo Marcinkus, adscrito a la agencia bancaria de Nassau, desaparecieron documentos vitales para esclarecer el mecanismo empleado para inflar, comprar, vender y retirar de la circulación acciones de bolsa. Gelli y Calvi,

protegidos por la dictadura de Somoza, estaban lejos de la acción del Banco de Italia. Eso nos impidió llegar hasta el fondo porque se destruyeron numerosas pruebas.

—¿En qué parte del puzle encaja Manzini?

—En mil novecientos noventa y dos —siguió—, diez años después del suicidio de Calvi, me reencontré con un viejo amigo de la infancia, el padre Rattazi, un capuchino afiliado a la teología de la liberación que había entregado parte de su vida a la evangelización de África. Hacía un par de años que había contraído la malaria y el obispo de su diócesis decidió enviarlo de vuelta a Italia. A partir de ese momento nos vimos varias veces, charlamos de muchas cosas, entre ellas del escándalo del Banco Ambrosiano. Una madrugada me llamó por teléfono. Me dijo que necesitaba verme urgentemente, que tenía información de vital importancia acerca del tema sobre el que habíamos conversado. Cuando llegué al punto de reunión su cuerpo yacía sobre el asfalto con tres disparos en el vientre. Su secreto se enterró en su misma tumba.

—¿Le mató el tipo de la foto?

—Sí —afirmó tajante—. Hice averiguaciones, hablé con confidentes, y todos señalaban a Manzini. Desde hacía tiempo sospechaba que estaba detrás de varios asesinatos relacionados con asuntos que afectaban directa o indirectamente a la Santa Sede. Sabía que trabajaba para el Gosiv pero no tenía pruebas concluyentes —se lamentó—. El Vaticano se convierte en un feudo inexpugnable si se pretende investigar a sus miembros. Pero sabía que Manzini le mató. La Policía Científica encontró un cabello en las ropas del padre Rattazi que podía corresponder al asesino.

—¿Su ADN coincide?

—Así es.

—¿Por qué no le acusó?, ¿por qué no le detuvo?

—Porque en aquella época ya había pedido mi traslado a Venecia, al cuerpo de carabinieri. Me respetaron el rango, me subieron el sueldo, y no podía permitirme un desliz. La investigación del asesinato del padre Rattazi no estaba en mis manos. Trabajé al margen de la ley. ¿Comprende? Obtuve las pruebas de ADN practicadas al cabello de manera ilegal. Las robé, señor Dónovan.

—Necesitó cotejarlas con otra muestra de ADN de Manzini para establecer su vínculo, supongo.

—Y lo hice —dijo orgulloso—. Me dediqué a seguirle siempre que el servicio me lo permitía. Por mi cuenta. Sacrifiqué mañanas, tardes, noches... En ocasiones desaparecía de Italia, como ahora, pero a su regreso le sometía de nuevo a vigilancia. Después de seis meses sabía qué hacía y dónde iba cuando estaba en Roma. Conocía sus movimientos rutinarios. Siempre los hay por mucho que quieras evitarlos. Averigüé la barbería dónde se cortaba el pelo. Ahí estaba mi baza. Infiltré a uno de mis hombres en la plantilla. De pequeño trabajó en la barbería de su padre y eso

facilitó las cosas. Se hizo pasar por alumno en prácticas de una escuela de peluquería. Superó el proceso de selección como cualquier otro aspirante. Ni siquiera el dueño sospechó nunca que se trataba de un *carabiniere* —dijo sin reprimir su satisfacción—. Un día el padre Manzini entró a cortarse el pelo. Mi hombre ni se le acercó. Pero cuando el dueño de la barbería le ordenó que barrierá el suelo se guardó un mechón de cabellos.

—Todo ilegal —dijo Frank—. Quiero decir que todo su trabajo no sirve de nada.

—Sí. Pero me juré que encontraría al asesino del padre Rattazi y lo hice. Ahora sólo necesito pruebas legales para llevarle ante la justicia. Así están las cosas.

—Hay algo que sigo sin comprender —insistió Frank pensativo, como si buscara la solución a un problema que no la tenía.

—Adelante, pregunte cuanto quiera —le autorizó con la mano apoyada en la nuca.

—¿Cómo relacionó la muerte de Soto con Manzini?

—Soto apareció sin signos de muerte violenta —dijo meditabundo—. Pero nuestros forenses hicieron bien su trabajo. Mostraba cianosis en los labios, las uñas, los pabellones auriculares y especialmente en el plexo subpapilar de la dermis, y buscaron la causa. Hipoxia: déficit en el aporte de oxígeno a los tejidos. En definitiva: no murió ahogado sino asfixiado. Analizaron concienzudamente cualquier pista y descubrieron un microhematoma a la altura de la tráquea. Alguien le golpeó con suficiente maestría para provocarle la asfixia. Podía haber sido cualquiera el asesino hasta que debajo de la uña del dedo índice de la mano derecha hallaron un diminuto resto de piel. Algo insignificante. Supusieron que la víctima intentó defenderse y arañó a su asesino. Practicaron el ADN al trocito de piel...

—Y usted lo cotejó —dijo interrumpiéndole.

—Eso es —afirmó satisfecho—. Desde que obtuve el ADN del padre Manzini lo he comparado con todos los casos que han pasado por mis manos y después de nueve años parece que ha vuelto a actuar en Italia. Esta vez no puede escapárseme. Mi prueba de ADN, como bien ha dicho, es ilegal, no tiene valor jurídico. Como si no existiera. Por eso estoy aquí, sentado frente a usted. Por eso convencí a mis superiores para que me trasladaran a España. Para investigar, obtener pruebas legales y acabar de una vez por todas con Manzini. Carlos Soto era español y eso agilizó la autorización. Para el cabildo veneciano es muy importante que no cunda la sensación de que la ciudad es peligrosa para el turismo...

—No sé en qué puedo ayudarle —replicó Frank, nuevamente en guardia—. Conocía a Soto. Es cierto. Pero hace tiempo que no le trataba.

—Acaba de admitir que estaba al corriente de su viaje a Venecia.

—Sí, desde luego. Me llamó para saludarme. Le pregunté cómo le iba su vida de escritor, y me dijo que bien, que se marchaba a Venecia a visitar unas exposiciones. A

Soto le interesaba el arte.

—¿No le ha visto últimamente?

—No.

El capitán se levantó con aspecto cansado.

—Miente, señor Dónovan —le cuchicheó al oído, como los colegiales en el juego de pasarse una palabra. Se incorporó y le miró con una sonrisa de satisfacción. La sonrisa astuta del trampero que descubre un zorro en su cepo.

—¿Qué le hace suponer que miento? —dijo Frank como si desconociese la respuesta.

—Sé positivamente que se entrevistó con Soto antes de coger su vuelo a Italia. ¿Estoy en lo cierto?

—Dígame usted —repuso Frank desafiante.

Giuliani no pudo reprimir un gesto de complacencia. Después de horas de enfrentarse a su frialdad le tenía cogido.

—La muerte de Soto —dijo con calma, para estudiar sus gestos— se habría archivado de no ser porque se trataba de un ex delincuente, un ex presidiario metido a escritor. Cuando descubrí que el ADN de la piel hallada bajo su uña correspondía al padre Manzini supuse que investigaba algún asunto turbio relacionado con la Iglesia y por eso le mataron. Hice algunas averiguaciones y no encontré nada sospechoso en su conducta durante los últimos años. La policía española le controlaba porque varios coleccionistas de dudosa reputación frecuentaban su casa. Pero nunca encontraron un motivo para sospechar que había vuelto a las andadas. Como usted ha dicho estaba limpio. ¿Por qué le mataron?

—¿Por qué?

—Eso intento averiguar —dijo con el cuerpo inclinado hacia delante—. Alitalia me facilitó la lista de pasajeros e incidencias del vuelo que tomó Soto. Todo parecía en regla salvo por un pequeño detalle: una amenaza de bomba retrasó la salida del avión. Entonces —dijo con renovada satisfacción— solicité a través de la Interpol una copia de las grabaciones efectuadas por las cámaras de seguridad del aeropuerto de Barajas para conocer los últimos movimientos de Carlos Soto. ¿Sigo, señor Dónovan?

—Me encanta el cine.

—Como quiera —dijo sabedor de que ganaba la partida—. Me pasé dos días enteros examinando las cintas de las cámaras, pero al final valió la pena. Una cámara grabó a Soto y a su mujer paseando por el aeropuerto. Soto entró en un quiosco y compró un periódico. Se sentó a leer y de repente, como si hubiese olvidado algo importante, se levantó. Otra cámara le grabó de pie, hablando por uno de los teléfonos públicos del aeropuerto. Hasta aquí nada raro. Pero un tiempo después otra cámara registró su entrada en el aeropuerto. —Hizo una pausa intencionada—. «Su

entrada», señor Dónovan —dijo apuntándole con el índice—. Luego desapareció de la imagen y reapareció minutos más tarde en la cafetería de la terminal uno junto a Soto y su mujer. Se saludaron cordialmente. La mujer dejó la mesa y Soto cogió un periódico. Se lo mostró. Por desgracia —se lamentó—, la cámara recogió la escena en una panorámica muy amplia y no pude definir el periódico. A decir verdad examiné los principales diarios españoles de aquel día, pero no encontré ninguna información sospechosa —admitió—. ¿Por qué me ha ocultado su entrevista con Soto?

—Tengo mala memoria.

—Ya, ya... Me extrañó que se entrevistase con Soto durante el tiempo de demora, porque supuestamente usted desconocía el retraso debido a una amenaza de bomba. Una vez más solicité la colaboración de mis colegas de Madrid y me remitieron un listado de las llamadas efectuadas desde la cabina en que la cámara de seguridad grabó a Soto. Las investigué todas y una correspondía a su domicilio. Después pedí a la seguridad del aeropuerto que localizara la llamada que alertó de la amenaza de bomba. Le dieron crédito porque se hizo en los términos que establece el protocolo de seguridad. Una amenaza de bomba hecha por alguien que conocía el sistema. La llamada se localizó en una cabina de la plaza del Conde del Valle de Súchil, cerca del domicilio de su compañera sentimental.

Giuliani hacía bien las cosas. Tenía que tranquilizarle para que no metiera las narices en sus asuntos. Su buena memoria le ayudaría. Durante la entrevista, mientras pasaba las páginas del periódico para mostrarle la noticia del vigilante jurado, vio una esquela que le llamó la atención. La utilizaría en beneficio propio.

—Ha perdido el tiempo —dijo Frank relajado—. Es cierto que me entrevisté con Soto minutos antes de tomar su avión. Es cierto que hice la llamada para retrasar el vuelo. Pero no es menos cierto que nuestra charla no guarda relación con su muerte, con ese tal Manzini que escapa de sus manos como el humo.

—¿Por qué me ha mentado?

—¿Quiere saberlo? ¿Quiere saber por qué nadie confía en usted? Porque es arrogante, porque le guía el odio hacia este sujeto —afirmó con la foto en la mano—. Sí, me entrevisté con Soto —admitió—, porque me llamó para decirme que un amigo, un buen amigo común, había muerto de repente. Desconocíamos que estuviera enfermo y su muerte nos sorprendió y dolió.

—¿Cómo se llamaba su amigo?

—Jorge Fernández. ¿Quiere más datos?

—Se lo agradecería —apuntó—. Tendré que comprobar la información.

—Hágalo. No tengo nada que ocultar. Consulte *El País*. Busque en la página de necrológicas. Allí encontrará la esquela de Jorge Fernández, senador del Partido Socialista Obrero Español. Éramos amigos, muy buenos amigos. Murió de un cáncer

linfático fulminante. ¿Algo más?

Giuliani guardó silencio. Sabía que le mentía. Nadie retrasa un avión sólo para hablar de un amigo fallecido. Tenía que reconocerlo, de momento había ganado la partida. Le había dado jaque mate. Comprobar la información que acababa de facilitarle le llevaría algún tiempo. El tiempo necesario para perderle la pista. No podía permitirlo.

—De acuerdo —repuso con fatiga—. A priori tengo que creerle. Pero hágame caso. Apártese de Manzini si se cruza en su camino. Es un tipo peligroso, sin escrúpulos. Puede vigilarle desde sus propios calzoncillos y ni se enteraría. Cambia de identidad y fisonomía con una facilidad asombrosa. Está bien entrenado. Puede asesinar a un terrorista islámico en Pensawar y a la mañana siguiente cenar con un grupo de fundamentalistas árabes en un restaurante de la Quinta Avenida.

—Lo tendré en cuenta —repuso Frank satisfecho—. Si me entero de algo se lo comunicaré, pero ya le he dicho que desconozco en qué andaba metido Soto. ¿Dónde puedo localizarle?

Giuliani sacó una tarjeta y anotó un número de teléfono. Sólo podía esperar a que el viento cambiara de dirección. Se levantó, le entregó la tarjeta y abrió la puerta corredera. Vio el restaurante vacío y a Grosseto sentado a una mesa rodeado de tres camareros.

—Hotel Santo Mauro —leyó Frank en la tarjeta—. Un buen hotel y un excelente restaurante. Le aconsejo que reserve mesa en la biblioteca.

—Lo haré —admitió con una sonrisa—. Si no estoy en el hotel llame al número que le he anotado. Pertenece a la central de Interpol en Madrid. Me localizarán de inmediato.

—Pierda cuidado.

—Cuídese, detective. Hágame caso y apártese de este hombre —le repitió mientras recogía las fotografías.

Apenas Giuliani salió por la puerta del restaurante, Grosseto entró en el saloncito. Habían pasado varias horas pero seguía con los nervios a flor de piel. Necesitaba saber si estaba involucrado en algún asunto que no deseaba. Si el fisco italiano inspeccionaría sus inversiones...

—¿Qué ha ocurrido, comisario? —dijo sentado a su lado—. ¿Qué busca el capitán de los carabineros?

Frank estaba distraído con sus pensamientos, y las palabras de Grosseto lo trajeron a la realidad. Tenía hambre y la cabeza le daba vueltas.

—Te lo diré... —dijo. Y pensó con tristeza que ya no podría invitar a Soto a una buena cena.

Pilar corrió las cortinas y la luz del sol entró a raudales en la alcoba. Aturdido por su

brusco despertar, Frank escuchó la voz de Lisa Stansfield a pleno volumen en el equipo estéreo. Se tapó la cabeza con la almohada pero no consiguió protegerse de la luz ni de la música. Pilar le arrancó la almohada de la cabeza y le dejó sobre la cama el desayuno: una bandeja con un vaso de zumo de naranja, una taza de café con leche y un plato con bollería.

—¡Buenos días! —gritó—. ¡Hay que levantarse!

—¿Qué hora es? —masculló Frank amodorrado.

—Las once. ¿A qué hora llegaste? —le preguntó entre carantoñas—. Te esperé hasta las dos.

—A las cuatro, más o menos.

—¿Una noche dura?

—No más que otras —dijo recobrando el sentido del tiempo—. ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en el museo?

—En circunstancias normales sí —admitió con una sonrisa de picardía—, pero me han dado unos días de permiso porque Bellas Artes me ha encargado la restauración del cuadro de Berruguete. ¿Qué te parece?

—¿*El San Juan*?

—El mismo.

—Mi enhorabuena.

—¿Acaso lo dudabas?

—Nunca dudo de ti.

—Haces bien. Iba a celebrarlo anoche contigo, pero... A propósito... —Se levantó, salió de la alcoba y regresó con una hoja de papel—. Tenías razón, el obispo es un experto en arte. Consulté la biblioteca del museo y ha publicado varios artículos en revistas especializadas. Aquí tienes.

Le dio el papel. Apartó la bandeja y con el último bocado leyó las referencias bibliográficas. Destacaba un catálogo sobre el arte flamenco de los siglos XV y XVI, editado con motivo de una exposición en París, y varios artículos sobre el Renacimiento en el norte y centro de Europa, con énfasis en autores como Jan van Eyck, Petrus Christus, Robert Campin, Varile Weyden, Dietric Bouts, Memling, Van der Goes... Un verdadero experto en arte. Es más, en arte renacentista, especialmente en Gerard David, a quien algunos expertos atribuían *La Virgen de la Mosca*. Siguió leyendo y descubrió que también había publicado artículos sobre tasaciones, en especial de las obras vendidas en la Feria de Maastrich.

—¿Conoces esta feria?

—¿La Feria de Maastrich? —repitió—. Es el mercado de arte y antigüedades más importante del mundo. Es la feria de las ferias, muy por encima de las organizadas en Londres, París o Nueva York. Sus obras no se exponen en otros certámenes. La organiza The European Fine Arts Fair y acuden unos doscientos expositores de una

docena de países. A mi entender —afirmó— su éxito estriba en los rigurosos controles de selección de las piezas a la venta. Por ejemplo, un *Retrato de anciana* o una *Minerva* de Rembrandt, un Van Gogh, un collar de Cartier de platino y diamantes diseñado en mil novecientos veintiocho para el maharajá de Patalia...

—Una feria para multimillonarios.

—Eso es.

—¿Acuden anticuarios españoles?

—No muchos, como puedes suponer. Sólo los mejores: Félix y Diego López de Aragón, Luis Elvira, Enrique Gutiérrez de Calderón o José Antonio de Urbina. Algunos ni siquiera venden al público en general. Para ver su colección hay que pedir cita. Los interesados suelen ser instituciones, museos, coleccionistas de mucho nivel, inversores...

—¿Qué piezas suelen exponer?

—De primera línea, por supuesto.

—Ejemplos... —le pidió.

—Una cabeza de Cristo en alabastro, de Nicolás Cordier, una Virgen románica catalana del siglo doce, un *San Pedro* de Murillo, un bodegón de Pedro de Campobin, una *Virgen con Niño* del siglo diecisiete... Objetos de primera fila, objetos de museo, objetos maravillosos.

—¿Podría venderse en Maastrich *La Virgen de la Mosca*?

—Por supuesto, si fuese de procedencia legal. Pero se trata de una pintura del Patrimonio Nacional y eso cambia las cosas.

—¿Por qué? —preguntó sin comprender—. Has mencionado una Virgen románica y un lienzo de Murillo. Son piezas del Patrimonio Nacional.

—No —dijo para sacarle de dudas—: el Murillo procedía de una colección inglesa, y la Virgen supongo que también aunque desconozco su origen. Para exportar obras adquiridas en España debe solicitarse permiso a la Junta de Calificación del Ministerio de Cultura, y no se concede si las obras tienen valor patrimonial. Deberías saberlo —le recriminó—. Perseguiste a los tipos que sacaban clandestinamente arte del país.

—De eso hace mucho tiempo.

—Debido a las estrictas normas de exportación que rigen en España los anticuarios consideran que el mercado nacional está cerrado. Por eso funciona el tráfico ilegal.

—Ya... —dijo pensativo.

Pilar le dio un beso y se levantó para dejarle a solas.

Frank se metió en el baño y abrió el grifo del agua caliente. Entre el gorgoteo del agua oyó a Pilar que le hablaba desde el otro lado de la mampara.

—Se me olvidaba —dijo quitándole importancia al hecho—. Esta mañana ha

llamado un par de veces un tal Fernando Vilarrubí. ¿Quién es?

—Mi agente de seguros —gritó para vencer el ruido del agua—. ¿Qué quería?

—No sé. Me dijo algo sobre una amiga tuya que le daba la tabarra. Que no paraba de llamarle a la oficina.

—¿Una amiga mía? —repitió extrañado—. Seguramente le deberé algún recibo. Eso es todo.

—Una tal Matilde Ulloa... ¿Una amante? —bromeó celosa.

—¿Matilde Ulloa?

—Sí, eso he dicho. ¿Cuántos años tiene?

—Muchos más que tú —dijo al recordar a la limpiadora de la Colegiata—. No te preocupes. Sólo quiere contratar una póliza para el coche de su hijo y que le hagan un descuento.

—¡Ajá, eso dirán todos! —bromeó.

Se jabonó la cabeza con un champú contra la caída del cabello y después con una esponja se masajeó el pecho. El agua caliente le relajó.

—Frank, Frank... —oyó gritar a Pilar al otro lado de la mampara—... Tu amigo al teléfono.

—¿Quién?

—El agente de seguros.

—Dile que yo le llamaré.

—Dice que es urgente... —gritó Pilar—... Que te pongas...

—¡Mierda! —refunfuñó Frank.

Se envolvió una toalla a la cintura y corrió al teléfono.

—¿Qué pasa? —gritó malhumorado.

—Eso deberías decírmelo tú —replicó el agente de seguros enfadado—. Tengo al teléfono a una vieja histérica que pregunta por el inspector Frank Dónovan. Lleva desde las nueve de la mañana dándome el coñazo cada cinco minutos y me tiene hasta los mismísimos...

—No te pongas así. Sólo quiere un seguro de coches —dijo más tranquilo—. Me preguntó si conocía a alguien y le di tu número.

—Corta el rollo —gruñó de mal humor—. Te has hecho pasar otra vez por inspector de mi compañía. ¡Joder! Te he dicho mil veces que no lo hagas. Que no me metas en líos. ¿Cómo tengo que decírtelo? ¿Quieres que te mande a la tuna?

—Hazle el seguro y un descuento. Es una buena mujer.

—El seguro y el descuento se lo hice hace un par de días. Ahora no quiere ninguna póliza —repuso más calmado—. Quiere hablar contigo. Dice que es algo muy importante...

—¿Conmigo?

—Sí, contigo —repitió como si hablara con un autista—. Tengo su llamada

retenida en otra línea y voy a pasártela ahora mismo.

—Está bien —aceptó.

—Por cierto, ¿he oído mal o hay una mujer en tu casa?

—Yo vivo en la suya.

—No mientas —resopló—. He llamado a tu buhardilla.

—He derivado el teléfono.

—Te han cazado —soltó reconciliado—. Te daré mi perdón como regalo de bodas. Pero recuerda que me debes otra. Una más de muchas. Apúntala en la lista.

—Pierde cuidado.

—¡Adiós! Y ahí va la vieja...

Frank escuchó unos segundos la línea vacía, ambientada por una música empalagosa, y después los ladridos de un perro. El pequeño *Rifi*. Desconocía qué podía querer la encargada de la limpieza de la Colegiata.

—¿Señor Dónovan? —dijo una voz tímida.

—Sí, señora Ulloa —respondió—. ¿Qué desea?

—Quería hablar con usted.

—Adelante. ¿En qué puedo ayudarle?

—Verá... —Hizo una pausa—... No sé cómo decirlo...

—¿El qué?

—¿Recuerda que le hablé de la gente que confesaba el señor obispo?

—Sí, claro... —admitió Frank cargado de paciencia, y repitió sus palabras—: rusos, rumanos, polacos, sudamericanos... mala gente... comunistas...

—¿Y recuerda que le hablé de una joven que no cumplió la penitencia?

—Sí, sí..., también lo recuerdo —dijo para no contradecirla aunque no lo recordaba.

—Pues la han asesinado.

—¿A quién?

—A esa mujer —dijo abemolando la voz—. Lo trae el *ABC* de esta mañana. — Frank se quedó en silencio, una luz se abría paso en las tinieblas de su cabeza—. Pensé que podría interesarle. Me ha parecido raro y como usted me dijo...

—Bien, bien. Gracias por llamarme, señora Ulloa.

—No sabe cuánto le agradezco el descuento...

Estaba tentado de colgar pero dejó que se explayara a gusto en su oreja y llamó a Pilar con un gesto. Le rogó que sujetara el auricular y corrió en busca de su libreta. Pasó las hojas rápidamente hasta encontrar las notas de su charla con Kamún Yunes, el ex agente de la inteligencia marroquí. Leyó la descripción de la joven interesada en un cuadro con una mosca pintada. De unos treinta años, alta, rubia, melena larga, ojos azules, piel bronceada, cintura entallada, piernas moldeadas, pechos abundantes, bien vestida, con acento eslavo...

Pilar volvió a pasarle el teléfono, tentada de reírse, por el monólogo de la mujer, y porque a Frank se le había caído la toalla con la prisa.

—... porque el Gobierno debería meter en cintura a esta gente... —seguía la mujer.

—Señora Ulloa..., señora Ulloa... —repitió para que le escuchara—. Descríbame a esa mujer, por favor.

—¿La que murió?

—Sí, claro. ¿Quién iba a ser?

—No sabría decirle... —Dudó—. Muy guapa..., guapísima.

—¿De qué color tenía los ojos, el pelo...?

—Los ojos azules y el pelo rubio.

—¿Melena larga o corta?

—Larga.

—¿Gorda o delgada?

—¿Gorda? —casi gritó—. Esa mujer estaba hecha una sílfide.

—¿Alta o baja?

—Altísima.

—Sólo un par de preguntas más —repuso para no abrumarla—. ¿Qué edad le calcula?, ¿cómo definiría su pecho?

—¡Señor Dónovan! —exclamó—. No creí que fuese tan pícaro.

—Es importante, señora Ulloa —dijo con voz seria.

—Si usted lo dice —admitió con indiferencia—. Rondaría los treinta. Aunque hoy las mujeres se cuidan mucho y nunca se sabe. Yo, si tuviese dinero, me haría una liposucción...

—¿Poco pecho? —insistió con impaciencia.

—No señor —espetó—. Todo lo contrario. Talla noventa y cinco o cien... Muy bien puesto...

—Gracias —dijo—. Ahora tengo que colgar.

—Le he llamado porque...

—Gracias —repitió y colgó.

«Muere prostituta en la Casa de Campo». Nada importante. Una pequeña columna en las páginas interiores, en el apartado de sucesos del ABC. Ni siquiera figuraba el nombre. Un grupo de ciclistas había hallado el cadáver de una prostituta en el cerro Garabitas. La policía había detenido al proxeneta como supuesto autor material del crimen. Se sentó en un banco de la plaza y recortó con los dedos la fotografía de la chica. Una fotografía frontal, en primer plano, tomada posiblemente del pasaporte. Se la guardó y tiró el periódico a la basura.

Cogió su Opel Vectra y condujo hasta la boca de metro de Noviciado. Lo dejó en

doble fila, con las luces de emergencia intermitentes, y se acercó a la papelera. Su disco de color rojo había sido sustituido por otro de color verde. Tenía un paquete en correos. Se metió en el coche, recorrió un laberinto de calles estrechas y sombrías, sin apenas aceras para transitar los peatones, y aparcó frente a la estafeta de la calle Pizarro. Entró y abrió el cajetín del apartado. Gálvez había retirado el casete y en su lugar encontró un ejemplar de *El País* de esa misma mañana. Debía pasarle la información recabada tras su charla con el capitán Giuliani pero no tenía tiempo. Los hechos se precipitaban como un torrente por una cascada. Un toque de claxon le obligó a salir. Su coche bloqueaba la calle.

Se detuvo en la glorieta de Ruiz Jiménez, en el hueco de la parada de autobuses. Paró el motor y cogió el periódico. Lo hojeó. Vio una reseña sobre la chica muerta en la Casa de Campo, pero nada que no dijese el *ABC*. A primera vista parecía un periódico normal y corriente pero no lo era. Gálvez había utilizado el código numérico para transmitirle información. Según la pauta acordada, tenía que estar en las páginas veinticuatro y veintidós. Buscó la primera. La desprendió del resto del periódico y la colocó al contraluz de la ventanilla. Allí estaba. Buscó la segunda e hizo lo mismo. Después leyó el texto criptografiado en ambas: «Giuseppe Bonatti alias de Norberto Manzini. Agente del Grupo Operativo del Servicio de Información del Vaticano. Peligroso».

Tiró el ejemplar en el asiento trasero y arrancó en dirección al Rastro. Aparcó en el subterráneo de la plaza Mayor y siguió a pie hasta la plaza de Cascorro para descender por la Ribera de Curtidores. Cruzó el arco de entrada a las Galerías Piquer, subió al primer piso y entró en El Sueño de Alá.

El tintineo de las campanillas delató su presencia. La mujer de Yunes salió para atender y le miró con indiferencia. No le gustaba. No dijo nada. Ni siquiera le saludó, y marchó hacia la trastienda. Al momento apareció su marido. Vestía el mismo traje caduco de la vez anterior, con lustre en los hombros y las bocamangas deshilachadas.

—¡Señor Dónovan! —exclamó con acritud.

Frank dio un paso adelante y se quedó a pocos centímetros de su cara. Sacó la fotografía que había recortado del periódico. La desdobló y la plantó ante sus ojos. Yunes se quedó inmóvil, sorprendido por su reacción. Vio a su mujer sujeta a la cortina de eslabones y Frank le acercó más la foto a los ojos.

—¿Es ella?

—Sí.

—Está seguro.

—Nunca olvido una cara, señor Dónovan. Es ella —certificó—. Estoy seguro, aunque la fotografía no le hace justicia.

Frank guardó la fotografía sin más comentarios, y al salir por la puerta se topó con la mujer, que murmuró una frase en árabe que no comprendió. Yunes se adelantó,

la abrazó para tranquilizarla e hizo un último saludo con la mano a Frank. No era casualidad que la chica hubiese entrado justo en aquella tienda. Ahora estaba seguro. Decidió caminar, perderse por las callejuelas del Rastro en busca de información. Se topó con drogadictos que dormían sobre bancos solitarios, con senegaleses que vendían casetes y DVD'S piratas, y gitanas dispuestas a leerle la buena ventura con un brote de romero en la mano. Entró en varias tiendas de antigüedades y mostró la fotografía a los encargados. Algunos no la reconocieron pero otros sí. «Una Virgen con una mosca», era lo único que la joven atinaba a decir cuando le pedían detalles sobre el cuadro que supuestamente quería vender. Había peregrinado de tienda en tienda preguntando su valor, pero nadie la tomó en serio. Hablaba un mal castellano y se mostraba incapaz de decir otra cosa que no fuese: «Una Virgen con una mosca». Frank estaba seguro de que el cuadro que describía era *La Virgen de la Mosca*. ¿Lo habría robado ella, con algunos cómplices? ¿Lo tendría alguno de sus clientes? Como fuera, temía que la chica se hubiera llevado el secreto a la tumba.

Capítulo 8

Los orígenes de la Casa de Campo se remontaban al siglo XVI, a la época de Felipe II. El Rey acotó un bosque propiedad de la familia Vargas, cerca del palacio Real, para disfrutar de la caza, y otros monarcas ampliaron su extensión. Permaneció cerrado al público durante siglos hasta que en 1931 la República lo declaró Patrimonio de la Villa de Madrid. Pocas capitales disponían de un espacio verde de tales dimensiones para disfrute de sus ciudadanos. Ironías del destino, se había convertido en el gran prostíbulo de la capital.

Frank contempló la espesura de la floresta. El ruido y los humos de la ciudad quedaban lejos. El viento agitaba las ramas y el rumor del bosque creaba una extraña sensación de soledad. En las inmediaciones de la boca del metro las prostitutas se paseaban en busca de clientes. Se acercó al enorme estanque. El surtidor central lanzaba un chorro de agua que formaba una cortina pulverizada por las ráfagas de viento. Las guías de viajes lo comparaban con el famoso Jet d'Eau del lago Lemán de Ginebra. En la orilla algunos pescadores probaban suerte con sus cañas. De vez en cuando picaba alguna carpa. Varias parejas remaban en las barcas de alquiler. El encargado de las barcas se acercó con ánimo de alquilarle una. Frank rechazó la oferta pero aprovechó para preguntarle dónde estaba el cerro Garabitas.

Varios restos de material quirúrgico y unos pedazos de cinta plástica para acotar el terreno le señalaron el punto exacto en que apareció el cadáver. Dejó el coche en la cuneta. Una zanja de casi un metro de profundidad impedía a los automóviles penetrar en la zona arbolada. La joven apareció en el interior de la zanja. Sus pies, vestidos con calcetines rojos, llamaron la atención de un ciclista que transitaba por la carretera. Varias prostitutas le observaban de lejos, ocultas tras los árboles. Minifaldas o braguitas de sex-shop, los pechos al aire y medias con ligeros para dejar el pubis al descubierto. Algunas rondaban los dieciocho años. Posiblemente, llegaron a Madrid engañadas con una supuesta oferta de trabajo. Cada sector lo ocupaban ramerías de diferente nacionalidad. Había dominicanas, colombianas, ecuatorianas, cubanas, peruanas, rumanas, búlgaras, polacas, checas, rusas... Caminó hacia el grupo que menudeaba por los alrededores del cerro. Una de ellas, de características físicas similares a la prostituta muerta, le dijo mirándole con lascivia: «¡Chupo bien! ¡Sexo bueno! ¡Griego barato, barato!».

Frank les enseñó la fotografía de la joven muerta y se encogieron de hombros. No la conocían. Intentó sonsacarles alguna información, algo que hubiesen visto u oído, pero su esfuerzo resultó inútil. Ni siquiera hablaban castellano. Se entendían con gestos obscenos, con una mímica sexual que facilitaba su trabajo y hacía innecesario el lenguaje hablado. Sólo pronunciaban perfectamente el importe de los servicios que ofrecían: francés veinte euros, completo treinta, griego cuarenta... En un pésimo

inglés un par le pidieron que las dejara en paz. Les espantaba a los clientes.

Dejó a las jóvenes a pie de carretera. Un hombre detuvo el coche y una muchacha se acercó a negociar el precio del servicio. Luego se subió y se dirigieron a una zona más tranquila para disfrutar del sexo en la incomodidad del asiento trasero. Había clientes de todas las clases sociales. Empresarios y ejecutivos con sus BMW, Audis, Porches y Mercedes, e inmigrantes con viejos cascajos de desguace que regateaban hasta el último céntimo. Las chicas variaban los precios según la marca del automóvil.

Abandonó la Casa de Campo y en dirección al centro buscó una cabina de teléfonos. Llamó a Gálvez a su unidad y cuando la telefonista le pasó la llamada simplemente dijo: «Veinticuatro, veintidós», y colgó. Miró el reloj. La una y veinte del mediodía. El tercer punto de cita se convertía en el primero y el resto corrían un puesto. Calculó el tiempo de que disponía: tres horas y quince minutos para presentarse en el centro comercial ABC Serrano. Si no acudía tendría que esperar hasta las 9.30 horas a.m. del día siguiente para establecer contacto. Necesitaba interrogar al chulo detenido por la policía como supuesto autor material del crimen, y para eso necesitaba a Gálvez.

El padre Manzini recorrió la calle de la Palma un par de veces en sentidos diferentes. Pasó disimuladamente frente al número 63 y siguió en dirección a San Bernardo. No vio nada sospechoso en aquel edificio antiguo, de fachada percutida por el agua y la contaminación atmosférica, pequeños balcones de baranda de forja y una escalera estrecha que daba acceso a los pisos. Dio una vuelta a la manzana y repitió el mismo itinerario. Había comprado un par de periódicos para rastrear la sección de «Alquileres» pero no le acompañó la suerte. En la calle de la Palma no se anunciaba ningún piso, y mucho menos en el número 60, el bloque justo enfrente del número 63, el lugar ideal para llevar a cabo una vigilancia discreta del edificio.

Entró en Bodegas Rivas, un local a la vieja usanza que ocupaba los bajos del número 61. Conservaba sus tinajas de barro para contener el vino a granel y anaqueles hasta el techo con botellas de licor y vino. Sólo un par de máquinas tragaperras, con sus pitidos y música electrónica, rompían la magia del ambiente castizo. Se acodó en la barra, junto a un par de ancianos que discutían de fútbol frente a unos chatos, pidió una cerveza y le preguntó al camarero si sabía de alguien que alquilara un piso en la zona. El hombre se rascó la coronilla en un acto reflejo para estimular la memoria. No conocía a nadie, pero le aconsejó que preguntara a un portero amigo suyo. Solía estar al corriente de estos asuntos. Manzini le agradeció la información con una buena propina.

Encontró al portero enfrascado en la tarea de limpiar los cubos de la basura, que olían a demonios.

—Buenos días —dijo cordialmente, con un español de marcado acento italiano—. Soy médico. Estoy en Madrid para participar en un cursillo sobre osteoporosis posmenopáusica, y busco un piso de alquiler para quedarme un par de semanas. Hasta que termine el cursillo.

—Mire —se lamentó el portero—, ahora mismo no sé de ningún piso. Pero puedo buscarle uno. Llevo treinta años aquí —dijo haciendo un gesto elocuente con las manos—, me conocen en todo el barrio. Suelo buscarles piso a muchos jóvenes, cuando empieza el curso académico en la vecina Universidad y el Conservatorio de Música. Si fuera un poco más adelante... En el barrio hay mucho movimiento estudiantil y al llegar las vacaciones quedan pisos vacíos...

El padre Manzini sacudió la cabeza con una sonrisa. No podía esperar. El mensaje otorgaba «máxima prioridad» a la búsqueda del pirata informático, y tenía que averiguar cuanto antes de quién se trataba. Estaba convencido de que la búsqueda guardaba relación con su cometido.

Charló un rato con el hombre para ganarse su confianza y luego le puso un billete de cincuenta euros en la mano.

—Una habitación allí, por ejemplo —dijo señalando el número 60—, sería perfecto.

El hombre miró el billete. Lo dobló hasta reducirlo a la mínima expresión y lo guardó en la solapa de un monedero diminuto.

—No necesito una habitación lujosa, ni amplia, pero me gustaría que tuviera una ventana a la calle. Una cama, una silla y poco más.

—Déjemelo a mí —dijo el portero—. Conozco a los inquilinos, sólo deme un poco de tiempo para sondearlos... ¿La quiere con derecho a cocina y televisión?

El padre Manzini sonrió.

—No, no preciso cocina y tampoco televisión. En realidad sólo necesito una ventana a la calle y una cama. —No quería demostrar excesivo interés pero tampoco descuidar el asunto.

El portero le dio su número de teléfono y le sugirió que le llamara por la tarde. A eso de las cinco. Para entonces ya habría hablado con los vecinos. A veces cincuenta euros hacen milagros, pensó Manzini.

A las 16.30 horas, Frank entró en el centro comercial ABC Serrano por el acceso de la calle homónima. Se detuvo en el escaparate de Musgo, repleto de muebles de estilo colonial, y dio una vuelta alrededor de un Mazda MPV, un monovolumen expuesto al estilo americano. Hizo algunas paradas cortas en los escaparates de ropa masculina, como si buscara una prenda de vestir, echó un vistazo al balcón circular que permitía contemplar las otras plantas, y a las 16.35 horas en punto observó a Gálvez parado frente a otro escaparate. Se miraron con disimulo. Caminaron en la misma dirección y

se cruzaron sin mediar palabra para comprobar que nadie les seguía. Se reunieron frente al aparador de Sebago.

—¿Todo en orden? —le preguntó Frank sin apartar la vista de un par de zapatos.

—Sí —respondió.

—¿Vienes solo?

—No he tenido tiempo de organizar un operativo. Ando escaso de agentes y tenemos mucho trabajo.

—No importa —dijo—. No nos ha seguido nadie.

—Eso creo.

Se cruzaron con dos vigilantes jurados en su ronda habitual, y descendieron al piso inferior para bajar a pie el corto tramo que llevaba a la cafetería. Se acomodaron en una mesa rinconera. El empleado de Café & Té se apresuró a atenderles. Ambos coincidieron en un café con leche. El joven desapareció hacia la barra y Gálvez echó un vistazo al local. Había dos ejecutivos acalorados en una charla política y un par de mujeres maduras, solitarias. El empleado dejó la comanda y Frank pagó la cuenta.

—¿Has recibido mi información? —le preguntó Gálvez.

—Sí.

—Desde el principio supuse que esto olía mal. Ahora no tengo ninguna duda.

—Hay más —dijo Frank sin atender a sus palabras.

—¿Más?

Se aclaró la garganta y desgranó pausadamente la información que había acumulado en las últimas horas. Le habló de su charla con el capitán Giuliani, de la muerte de Soto y de las implicaciones del padre Manzini, que en realidad se llamaba Bonatti, en el asesinato de un sacerdote. Le contó que el obispo Salgado era experto en arte, en arte renacentista para más señas. Le habló de la llamada de la señora Ulloa para ponerle al corriente del asesinato de una prostituta que frecuentaba la Colegiata de Toro, cuyo cadáver había aparecido en la Casa de Campo; de su visita a Kamún Yunes, el marroquí, y de cómo éste había identificado a la prostituta muerta con una chica que visitó su tienda para preguntar el valor de un cuadro con una Virgen y una mosca, y, por último, de la detención de un chulo como autor material del crimen de la Casa de Campo.

Gálvez le escuchó perplejo.

—¡Joder! —exclamó hecho un lío—. ¿Qué esperabas para ponerme al corriente?

—No he podido contactar antes —se disculpó—. Las cosas se han precipitado en las últimas horas.

—Bien, muy bien —dijo con pesimismo—. En cuanto levantemos el vuelo de esta mesa júrame que vas a dejar esto.

—No puedo —replicó sin mirarle—. Ya no se trata de un simple robo. Ahora es un asunto personal. Han asesinado a Soto. Quien haya sido lo pagará. —Echó el

cuerpo hacia atrás. Recostó la espalda en el asiento y bebió su café con leche para recobrar fuerzas.

—¿Hay algo más? —preguntó Gálvez finalmente.

—Sí —admitió Frank con sentimiento de culpa—. Necesito interrogar al chulo.

—¿Sabes en qué comisaría está?

—No.

—Lo averiguaré —dijo Gálvez, ya de pie.

—¿No tienes móvil?

—Odio esos chismes —farfulló.

—Ya somos dos —sonrió Frank.

Gálvez caminó hacia las cabinas junto a la entrada de los lavabos e hizo un par de llamadas. Colgó y se sentó de nuevo a su lado.

—No está en la comisaría —dijo contrariado—. Le han trasladado a declarar a los juzgados de la plaza de Castilla. Tiene para un buen rato. ¿Qué te parece?

—¿Me propones que vayamos a verle?

—Tú decides.

Apartó las tazas vacías y le miró con una mueca de complicidad. En el fondo comprendía su obcecación. Frank había convertido el caso en un reto personal, en una ocasión de oro para reconciliarse consigo mismo. Necesitaba un éxito que le resarciera de las muchas noches metido en un coche, recorriendo las calles de Madrid de arriba abajo, a la búsqueda de un pequinés, un caniche o un chihuahua extraviado, a la caza de un marido adúltero, una joven drogadicta, una esposa fugada con su amante. Casos de mierda. Ahora necesitaba sentir el riesgo de la acción.

El capitán Enzo Giuliani y un inspector del Segundo Grupo de Homicidios adscrito a la Interpol vigilaban disimuladamente la escena desde la barandilla del amplio balcón circular del primer piso. Una tarea nada fácil. Frank podía descubrirles en cualquier momento. Sólo jugaba a su favor el factor sorpresa. Desde el día de su reunión en el Monna Lisa, Giuliani le había sometido a una discreta vigilancia para averiguar por qué le mintió.

—Yo seguiré al comisario —dijo— y usted al detective.

—A sus órdenes, señor.

—Tenga cuidado —le advirtió—. Son gatos viejos. Gente del gremio y al menor desliz quedará al descubierto.

—Confíe en mí, capitán.

Entraron en los juzgados por el acceso de Capitán Haya con Bravo Murillo. El arco detector de metales pitó con estridencia. El comisario Gálvez mostró su placa dorada

y el guardia civil les franqueó el paso sin ningún contratiempo. El vestíbulo parecía un hormiguero. Cientos de personas entraban y salían con papeles en la mano. Otros formaban corrillos para discutir sentencias con sus abogados, varias mujeres extranjeras se apiñaban en la puerta de una sala a la espera de saber la situación legal de sus maridos. Abogados vestidos con la toga repasaban notas de última hora antes de entrar a juicio. Se cruzaron con algunos detenidos que acababan de prestar declaración ante el juez. Cubrían los grilletes con chaquetas u otras prendas de abrigo para no llamar la atención del público. Tomaron el ascensor y bajaron a los sótanos, donde estaban los calabozos y el juzgado de guardia. En el pasillo un inspector del Grupo de Homicidios esperaba nervioso.

—¡Comisario Gálvez!

Frank y Gálvez se acercaron donde estaba.

—¿Nos conocemos?... —le dijo Gálvez estrechándole la mano.

—Inspector Moreno, ¿recuerda? Hace años colaboramos en la desarticulación de una banda búlgara de ladrones de coches de lujo.

—Sí, Pedro Moreno...

—Así es, comisario —dijo el otro complacido—. Veo que tiene buena memoria.

—No menos que usted.

—De la comisaría me avisaron que vendría. ¿En qué puedo ayudarle?

—Inspector —dijo Gálvez—, le presento al detective Dónovan. Un ex compañero del Grupo de Defensa del Patrimonio.

—Detective —dijo a modo de saludo, y le estrechó también la mano.

—Necesitamos hablar unos minutos con su detenido —alegó Gálvez sin conceder demasiada importancia al asunto—. No le entretendremos mucho.

—Estoy a su entera disposición, comisario. Sin ningún problema.

—¿Dónde está?

—Todavía presta declaración.

—Puede ponernos al corriente.

—Por supuesto. —Extrajo varios papeles de una carpeta—. El detenido se llama Fedorov Kamener, cuarenta años, natural de Yusovka, Ucrania, de profesión desconocida. Entre mil novecientos ochenta y mil novecientos ochenta y cuatro combatió en la guerra de Afganistán. Eso le trastocó y le convirtió en un tipo extremadamente violento, a tal punto que tuvieron que relevarle del servicio activo. A finales de agosto de mil novecientos noventa y uno, cuando el Parlamento ucraniano declaró la independencia del país, entró ilegalmente en España. Ha sido detenido en siete ocasiones y acusado de extorsión, robo, asociación para la comisión de delitos, lesiones con arma blanca a un compatriota, explotación sexual... Una pieza de museo, como pueden comprobar. —Pasó un folio y cerró la carpeta—. Le hemos arrestado como autor material del asesinato de una prostituta en la Casa de Campo.

¿Conocen los detalles?

—No —admitió Frank—. Sólo las notas de prensa. Según los periódicos el cadáver apareció en el cerro Garabitas, una zona poco frecuentada los días laborables salvo por algunos ciclistas y un montón de prostitutas. Eso es todo.

—La mujer —les explicó el inspector— apareció en la zanja que impide la entrada de vehículos al bosque. El cadáver lo encontró, precisamente, un ciclista. —Abrió de nuevo la carpeta y les mostró una fotografía del cuerpo encajado en la zanja.

Frank miró la foto a la distancia. Le llamó la atención un bulto de color rojo. Se acercó y el bulto se convirtió en un calcetín que la víctima llevaba en el pie derecho.

—¿Le han practicado la necropsia? —preguntó Gálvez.

—Sí, desde luego —admitió—. Todavía no hay datos concluyentes pero murió por asfixia debido a una estrangulación respiratoria. —Buscó una hoja, y leyó—. Según el forense una estrangulación propia del método Kawaishi de judo. Una técnica conocida como *hadaka jime*, una estrangulación al desnudo.

—¿Una estrangulación?

—Eso he dicho, detective. El cuerpo no presentaba signos de violencia aparente ni manchas de barro, y como sabe ha llovido mucho los últimos días. Por eso suponemos que el lugar material de la muerte y el lugar del hallazgo no se corresponden.

—Trasladaron el cuerpo —terció Gálvez.

—Los microhematomas de posición *post mortem* lo corroboran —asintió el inspector.

—¿Puede explicarse, por favor? —solicitó Frank.

—Cuando alguien muere —relató para complacerle— la sangre deja de circular y se acumula por efecto de la gravedad en las partes más bajas del cuerpo, es decir, en los puntos de contacto del cuerpo con el suelo. El estudio de los microhematomas permite determinar la posición del cuerpo al morir. La joven apareció en la zanja en posición decúbito supino y los microhematomas denotan una posición *post mortem* decúbito prono.

—¿Conocen el móvil del asesinato?

—La autopsia revela que estaba embarazada. Suponemos que el proxeneta se cabreó al enterarse. Un embarazo merma las ganancias. Le propuso abortar. La chica se negó. Discutieron. La emprendió a golpes, se cegó y la mató. El informe psiquiátrico de la policía ucraniana dice que Fedorov está loco. Por eso le expulsaron del ejército. Después, para deshacerse del cuerpo, lo trasladó a la Casa de Campo. Hemos interrogado a muchas prostitutas de la zona y no conocían a la muchacha. No frecuentaba el lugar.

—¿Han averiguado su identidad?

—Sí —afirmó, y volvió a abrir la carpeta para consultar los papeles—. Según la

dactiloscopia remitida a la Interpol rusa se trata de Marusja Kabasvnokaia, veintinueve años, moscovita, modelo de pasarela. Entró ilegalmente en España en fecha indeterminada. Trabajó en clubes de alterne hasta que pagó su deuda con la mafia. Seguramente vino como la mayoría de las mujeres de la Europa del Este: engañada con una falsa oferta de trabajo. Supuestamente llegó para ejercer de modelo publicitaria. Debía de ser muy guapa. Vean. —Les mostró la página de una revista rusa de moda con una fotografía de la chica en bañador—. Hace cuatro años se convirtió en compañera sentimental de Fedorov y pasado algún tiempo éste le propuso ejercer la prostitución por libre. Poner su propio negocio de sexo. El dueño del club, un ruso de Cheliabinsk, no se mostró muy dispuesto a perder a una de sus mejores chicas y Fedorov le asestó dos puñaladas que estuvieron a punto de costarle la vida. Pagó las puñaladas con dos años de cárcel. Para entonces la joven ya tenía residencia legal, se había instalado en un piso de la calle Maudes, y trabajaba de prostituta. Es todo cuanto sabemos.

—¿Había mantenido relaciones sexuales antes de la muerte?

—Parece ser que sí en las veinticuatro horas anteriores al óbito.

—Entonces tienen una muestra de ADN.

—No, señor Dónovan —le contrarió el inspector—. No había semen en la vagina, ni en la boca, ni en ninguna otra parte de su cuerpo.

—Sin restos orgánicos —le preguntó—, ¿cómo sabe que mantuvo relaciones sexuales?

—Bueno, yo personalmente no lo sé —admitió con una sonrisa. Miró los papeles del informe forense y continuó—. Durante la necropsia se practicó al cadáver la «prueba del reloj» y dio positiva. ¿Saben en qué consiste esta prueba?

—No —dijo Gálvez por boca de ambos.

—Se lo explicaré —repuso el inspector complacido—. En toda relación sexual se producen pequeñas lesiones en la vagina. —Sacó un portaminas del bolsillo de su camisa, giró uno de los folios del informe para buscar la cara en blanco y dibujó una elipse vertical—. Supongamos —dijo a continuación— que ésta es la vagina. Si presenta lesiones a las once, doce y una —afirmó con tres trazos en la misma posición que dichas horas en la esfera de un reloj—, se deduce que la mujer mantuvo relaciones consentidas. Si por el contrario presenta lesiones a las cinco, seis y siete —prosiguió con tres trazos más—, las relaciones sexuales fueron forzadas. ¿Por qué? Porque en las relaciones sexuales consentidas la mujer ayuda al miembro viril a entrar en la vagina y roza la parte superior de ésta. Cosa que no ocurre al contrario. En una violación, por ejemplo, el hombre empuja su miembro y lo apoya en la base de la vagina. La ausencia de esperma es fruto del uso de un preservativo. ¿Queda contestada su pregunta?

—Sí, muchas gracias —dijo Frank.

—¿El chulo ha confesado la autoría del crimen? —preguntó Gálvez.

—No, por supuesto. Ya conoce a esos tipos, comisario. Siempre niegan que tengan algo que ver. Siempre se consideran inocentes porque no tienen sentido del bien y del mal. A veces confiesan su culpabilidad para que les dejemos en paz, pero al presentarlos ante el juez niegan lo declarado en comisaría.

—¿Por qué se le acusa? —siguió Frank.

—El forense sitúa la muerte de la joven entre las diecisiete y las dieciocho horas de ayer. Ese tipo no tiene ninguna coartada convincente. Alega que a esas horas dormía, echaba la siesta. Hemos averiguado que en el ejército aprendió artes marciales: kárate, judo, aikido, jiu jitsu... y la chica, como les he comentado, murió de una estrangulación respiratoria, concretamente la séptima del método Kawaishi. Los vecinos les habían denunciado en repetidas ocasiones por escándalo y la muchacha sufría malos tratos por parte de Fedorov, aunque nunca quiso admitirlo. ¿Quiere más pruebas?

Gálvez miró a Frank en espera de su reacción. Tenía los ojos fijos en la carpeta que el inspector sujetaba en sus manos. Estaba cabizbajo, ausente. Respiró hondo. La policía basaba su acusación en pruebas circunstanciales. Eso no le servía. Se llevó la mano a la cabeza y se masajeó la nuca. Tenía que averiguar si el proxeneta había matado a la chica. Sólo así podría descartar la participación de Manzini.

—Inspector —dijo después de unos segundos—. ¿Puedo interrogar al acusado?

—Ya les he dicho que por mi parte no hay inconveniente —apuntó—. Pero se trata de un tipo listo y no creo que pueda sacarle nada. Además —añadió— hay un problema: sólo habla ruso y ucraniano. Para interrogarle hemos precisado la colaboración de un traductor jurado de la Embajada de la Federación Rusa. Le pediré que le eche una mano. Cuando termine con el juez es todo suyo, detective.

No tuvieron que esperar mucho, a los pocos minutos se abrió la puerta y salió el acusado, sujeto de los brazos por dos agentes del Cuerpo Nacional de Policía y acompañado por el traductor. Les miró con desprecio.

—Ya hemos terminado, inspector —dijo un agente.

—¿Algo nuevo? —le preguntó al traductor jurado.

—Nada.

—No esperaba otra cosa —admitió contrariado—. Espósenle y acompáñenle, estos compañeros quieren hacerle unas preguntas.

Les llevaron a una habitación sin ventanas, destinada a recluir provisionalmente a delincuentes peligrosos mientras esperaban su turno para declarar ante el juez. El aparato de aire acondicionado zumbaba de manera molesta. Había una mesa de madera barnizada y dos sillas de tubo metálico con el asiento destripado y la espuma del acolchado raída. Una lámpara de tubos fluorescentes, que parpadeaban por una avería en el cebador, la iluminaba de forma irregular.

—¿Habla español? —le preguntó Frank al detenido, para cerciorarse por sí mismo.

—*Ne govriet ispanski* —respondió, y escupió al suelo un gargajo espeso como la mantequilla.

—Bien..., bien... —musitó Frank mientras deslizaba la yema de los dedos por el tubo metálico de la silla—. Déjenos solos, por favor —le pidió al traductor.

—Sin mi ayuda no podrá...

—Por favor... —insistió Frank.

El traductor abandonó la habitación. Frank cogió la silla vacía, la colocó al otro lado de la mesa, frente al ucraniano, y se sentó a horcajadas. Se quedó un rato mirándole fijamente a los ojos, en silencio, para calibrar su estado psíquico. No le faltaba mucho para derrumbarse. Sólo necesitaba un empujón. Llevaba un día detenido. Los inspectores del Grupo de Homicidios le habían presionado y conocía sus métodos, capaces de agotar a cualquiera. Pero aquel tipo había combatido en Afganistán. Conocía las técnicas de un interrogatorio. El truco del policía bueno y el policía malo no servía con el ucraniano. Tampoco servía aislarle, dejarle sin comer, presionarle o amenazarle con pudrirse en la cárcel. Llevaba las mangas de la camisa arremangadas y sobre el deltoides del brazo derecho asomaba un tatuaje. Se inclinó y le levantó un poco más la manga. El tatuaje lo formaban dos sables cruzados con una herradura superpuesta: el emblema de la caballería rusa.

—Te lo preguntaré otra vez —dijo en un tono áspero—. ¿Hablas español?

—*Ne*.

Frank se levantó y dejó la silla a un lado, junto a la pared, como si fuera a necesitar espacio. Gálvez le observaba estupefacto, pero el ucraniano sonrió, desafiante. Suponía que todo había terminado, pero se equivocaba.

El zumbido del motor del aparato de aire acondicionado aturdía los oídos. Frank se giró de repente y lo apagó de un puñetazo. Varias lamas de plástico de la rejilla de ventilación cayeron al suelo. Después miró al chulo con una amplia sonrisa.

—¿Te has vuelto loco?

—Este tipo me pone cachondo, comisario Gálvez —gruñó Frank entre dientes—. No quiere colaborar.

Gálvez conocía de sobra el método que iba a utilizar Frank para sonsacarle la verdad. Lo había empleado en otras ocasiones y no le gustaba nada, aunque reconocía que a veces hacerse pasar por desequilibrado daba buenos resultados con tipos duros como el macarra. Sin embargo, prefería que Frank olvidara el asunto. Le cogió del brazo, le atrajo hacia sí y le murmuró al oído en un tono lo suficientemente alto para que le oyera el ucraniano.

—No habla español.

—Me importa tres cojones —dijo Frank—. Lleva más de diez años en España y

voy a darle un curso rápido de castellano.

—¿No se te ocurrirá?...

—Sííí... —afirmó Frank con los ojos en blanco.

—Vamos, déjalo...

Frank desenfundó su Colt MK-IV, se lo entregó a Gálvez y le pidió su revólver. Se miró los dientes en el brillo del acero inoxidable del Smith & Wesson calibre 357. Limpió las cachas de nogal en la manga de su americana y empuñó el arma para sopesar su equilibrio. El ucraniano había sustituido la sonrisa por una mueca de inquietud. Frank le encañonó a escasos centímetros de la cara y le rozó para que sintiera el frío del acero en la piel. Luego soltó una carcajada histriónica. El proxeneta tuvo un respingo.

Gálvez sacudió la cabeza con aire reprobatorio y salió de la habitación para dejarles solos. El ucraniano comenzó a sudar.

—Bien Fedorov —dijo Frank en tono suave—. Sólo voy a hacerte una pregunta y espero que la contestes en perfecto castellano. ¿Has matado a tu chica?

—¡*Ne groviet ispanski!* —gritó nervioso.

—Ya sé..., ya sé...

Tiró del mecanismo de aguja que liberaba el tambor del revólver y lo hizo rodar frente a los ojos del proxeneta. Después volcó las balas en el cuenco de su mano. Las acarició con delicadeza, como Humphrey Bogart en *El motín del Caine* acariciaba unas bolas de acero. Se pasó así algo más de un minuto, sin dirigirle una palabra. Después decidió presionarle un poco. Colocó las balas sobre la mesa, en fila india frente a sus ojos, y las contó con parsimonia: una..., dos..., tres..., cuatro..., cinco... y... seis... Cogió una. El proxeneta sudaba copiosamente. Las manos esposadas a la espalda le impedían limpiarse y el sudor corría por sus mejillas.

—¡Vamos a jugar a la ruleta rusa! —espetó Frank con una risa burlona—. Siendo de Ucrania sabrás de qué hablé, ¿verdad? Lograste salir con vida de Afganistán y ahora vas a morir en esta asquerosa habitación por terco.

Metió la bala en el tambor, lo hizo rodar con fuerza y de un golpe seco lo encajó en la posición de disparo. Luego amortilló el revólver. El ucraniano se retrepó en la silla.

—¿Has matado a la chica? —insistió con voz ronca. Le apoyó el revólver en la base del mentón y le empujó hacia arriba la cabeza—. ¿Has matado a la chica?

El ucraniano le escupió a la cara. Frank sacó un pañuelo y se limpió el salivajo con naturalidad, como si fuese la salpicadura de una manga de riego. Se encaró de nuevo, le colocó otra vez el arma bajo el mentón y apretó el gatillo. El chasquido del metal sonó alto en la habitación. Frank vio claramente el temblor de su labio inferior y percibió el miedo en sus ojos. Sudaba a chorro y la pechera de su camisa quedó completamente empapada.

—La suerte te acompaña —dijo—. Te quedan cinco oportunidades —sentenció con frialdad, y reinició la pantomima—. ¿Has matado a la chica?

—¡Sáquenme de aquí! —gritó en perfecto castellano—. ¡Este tipo está loco!

Apoyó el cañón de 102 milímetros en su frente y apretó de nuevo el gatillo. Otro chasquido sonó alto en la habitación. Intentó huir. Se levantó y Frank le empujó con violencia para sentarle en la silla. El proxeneta se había derrumbado. No podía soportar más la tensión. Siempre se salía con la suya ante la policía. No comprendía qué pasaba, por qué le sometían a aquella tortura si no había matado a la chica. Lo había dicho una y mil veces.

—¡No maté a la chica! —gritó al verle amartillar el revólver para seguir con el macabro juego—. ¡Está loco!... ¡Loco de remate!... ¡No maté a la chica!... —gritó una segunda vez y se echó a llorar.

—Eso está mejor —dijo Frank, y bajó el percutor—. ¿Lo ves? Hablas castellano aunque con un poco de acento. Buen chico. Ahora dime. ¿Quién la mató?

—No lo sé —contestó bañado en sudor—. ¡Yo no lo hice! ¡Se lo juro! ¿Por qué iba a matarla?

—Porque estaba embarazada.

—¿Embarazada?

—Sí —dijo Frank más tranquilo.

—No lo sabía. ¡Lo juro! ¿Cree que mataría a mi gallina de los huevos de oro?

—¿Cuánto ganaba?

—Entre seis mil y nueve mil euros mensuales, según los servicios.

—Un buen sueldo para un cabrón como tú —repuso Frank—. ¿Conocías a sus clientes?

—No —respondió tajante—. Yo sólo le concertaba las citas a través del teléfono. Puso un anuncio en el periódico y la gente llamaba. Media hora antes me marchaba para dejarla a solas con el fulano en cuestión. Eso es todo. Teníamos un código: si algo andaba mal ella corría las cortinas.

No sólo hablaba español, ahora parecía verdaderamente locuaz.

—¿Dónde trabajaba?

—En la calle Maudes.

—¿Cuánto cobraba por servicio?

—Una media de cuatrocientos cincuenta euros.

—¿Tuvo algún cliente ayer por la tarde?

—Que yo sepa no. A eso de las tres me dijo que salía de compras y ya no volví a verla.

—¿Hicisteis el amor?

—Siempre hacíamos el amor.

—¿Cuándo?

—Por la mañana —dijo Fedorov frunciendo el ceño—. Nos gustaba hacerlo antes de levantarnos.

—¿Usabas preservativos?

—¡Eh, eh, oiga! —gritó molesto.

—¿Usabas preservativos? —repitió Frank, sereno.

—Sí, desde luego. No podíamos arriesgarnos a un embarazo. Además, ella siempre utilizaba preservativos con los clientes. Ya sabe...

—Bien, Fedorov, eso es todo... —Miró su bragueta—. ¿Te has meado el pantalón? —dijo al ver la mancha de sudor.

—¡Váyase a la mierda!... ¡Hijo de puta!...

Abrió la puerta y encontró a Gálvez con la oreja pegada a ella.

—¡Joder! —exclamó con enojo—. Te has pasado. Hasta yo he creído que te habías vuelto loco de verdad.

Gálvez le pidió el revólver, liberó el tambor y se lo mostró a Fedorov. ¡Estaba vacío! ¡No había ninguna bala! El ucraniano se quedó perplejo, boquiabierto, pero respiró aliviado y recobró la tranquilidad. No comprendía nada. Todo había sido una patraña. Gálvez recogió los proyectiles de la mesa: cinco balas del calibre 357 Magnum. Las metió una a una en el cilindro, ante la mirada de sorpresa del chulo. Cuando terminó tendió la mano hacia Frank y sacó de su bolsillo la sexta bala. El ucraniano se había cagado de miedo con el truco de la moneda.

Gálvez llamó a los policías nacionales encargados de la custodia del preso y le trasladaron al furgón para ingresarle en la cárcel por orden del juez.

El inspector Moreno se acercó.

—¿Ha confesado?

—Sí —dijo Frank con sequedad.

—¡Lo sabía! Ese cabrón se la cargó.

—Ha confesado su inocencia, inspector.

—Detective —dijo con superioridad—, le advertí que mentía muy bien. Le ha engañado. Créame. Ninguna de las veces que le han detenido ha confesado y sin embargo le han condenado en firme los tribunales. ¡Menudo elemento! Tiene la lección bien aprendida. Sabe que las leyes le protegen y se cierra en banda. Si me lo dejaran a mí... En fin, ¿puedo ayudarles en algo más?

—No, inspector —le agradeció Gálvez a modo de despedida.

—Entonces me marcho —repuso estrechándoles la mano.

—Adiós y gracias —dijo Frank.

El policía desapareció por el pasillo confundido entre la gente.

—¿Quién mató a la chica? —le preguntó Gálvez algo cansado, cuando el inspector Moreno se alejó lo suficiente para no oírle.

—No lo sé —dijo Frank, impotente; luego pareció cavilar.

—Ha sido Manzini, sin duda —aventuró Gálvez—. Ese tipo tiene la clave del robo.

—No, no tiene la clave del robo —dijo Frank convencido—. Si fuese así nunca me hubiesen contratado. ¿Para qué me necesitaban?

—¿Qué pinta entonces un agente del Gosiv en este lío?

—Proteger la información —dijo absolutamente seguro—. Eliminar a testigos molestos, a gente que pueda irse de la lengua. El Vaticano teme un escándalo que le perjudique políticamente.

—No parece una razón de peso para matar a la gente —argumentó Gálvez—. Si se descubriera la implicación del Vaticano en estas muertes sería peor el remedio que la enfermedad.

—Nunca hay razones para matar y todos los Estados del mundo lo hacen.

—Entonces figuramos en la lista. No voy a decírtelo otra vez —protestó Gálvez—. Pero si tuvieses dos dedos de frente...

—Ya conoces mi respuesta.

Se quedaron unos minutos en silencio. Frank parecía revolver algo dentro de su cerebro.

—Oye —le dijo a Gálvez de sopetón—. Es posible que Manzini la matara, pero la pregunta es por qué.

—No tengo contestación.

—¿Por qué la mataría? —insistió pensando en voz alta—. ¿Cómo supo la prostituta que existía la tabla? ¿Quizá fue ella quien la robó?

Gálvez quedó pensativo.

—Hay que hablar con quienes la trataron —determinó pausadamente.

—Buena idea —convino Frank.

—¿Qué personas estuvieron en contacto con ella?

—Fedorov...

—A quien ya interrogaste...

—La señora Ulloa sólo la vio entrar a la iglesia a confesarse... Quizá Santiago Senillosa le hablaba, o algo más, pero ya no tenemos modo de averiguarlo. Seguramente están conversando juntos, a falta de algo mejor.

—El obispo —dijo súbitamente Gálvez—. Es probable que haya sido el último en hablar con ella.

—Pero no podrá decirnos nada. Secreto de confesión.

Gálvez meditó.

—¿Cuál es el próximo paso? —le preguntó.

—Investigaré el apartamento donde vivía la joven.

Un taxi dejó al padre Manzini en la esquina de San Bernardo y La Palma. El sol

resplandecía en los cristales. Pagó el importe de la carrera y miró el cielo azul. Una buena luminosidad favorecía sus intenciones. El portero hizo bien su trabajo y le consiguió una habitación con ventana a la calle en el número 60. Los dueños del piso no solían alquilar habitaciones pero el paro y la falta de medios económicos les obligaban a ello de vez en cuando. La suerte estaba de su lado. Cargado con una pesada maleta anduvo el corto trecho que le separaba de la entrada al edificio. Llamó al timbre del telefonillo.

—¡Empuje!... ¡Empuje con fuerza! —le indicó la dueña de la casa.

No había ascensor. Manzini subió la escalera hasta el segundo piso. Resopló y dejó la maleta en el suelo. Llamó a la puerta.

—¡Ya va!..., ¡ya va!...

La mujer salió a recibirle. Le hizo pasar, le presentó a su marido y a sus dos hijos y le mostró la habitación. Estaba limpia. Bien iluminada por la claridad de una ventana y una lámpara que colgaba del techo. Tenía una cama, una cómoda de nogal con encimera de mármol, una silla, una lamparita sobre la mesilla de noche y un armario ropero. La mujer había quitado el polvo y fregado el suelo, y olía a lavanda y a cera. Manzini le pagó por adelantado el importe del alquiler (trescientos euros por quince días) y se instaló.

Cerró la puerta y la atrancó con la mesilla para evitar que la mujer entrara por sorpresa. Si alguien sopesaba la maleta simplemente le diría que estaba llena de libros, después de todo, era un médico italiano de paso en Madrid para participar en un cursillo sobre osteoporosis. Se quitó la americana y la colgó en el respaldo de la silla. Corrió las cortinas y dejó la alcoba casi a oscuras. Colocó la maleta sobre la cama y la abrió. Extrajo un trípode telescópico de la marca Manfrotto, un trípode fuerte, de aluminio, con rótula basculante. Desplegó las tres patas y lo colocó frente a la ventana. Después cogió un cuerpo de cámara Canon Eos 1 Ds Mark II, una cámara digital de dieciséis megapíxeles, y le enroscó la zapata del trípode para sujetarla a la rótula. Lo más pesado de su equipaje venía a continuación: un teleobjetivo Canon de 500 milímetros dotado de estabilizador de imagen. Por último, sacó un binóculo de diez por veinticinco aumentos y guardó la maleta en el armario.

Apartó un poco las cortinas y dirigió el teleobjetivo hacia el portal del número 63, justo enfrente. Encendió el mecanismo de la cámara y pulsó suavemente el disparador para activar el autofocus. A través del visor observó la entrada nítida, en primerísimo primer plano. Acercó la silla para colocarla junto a la ventana. Se sentó y vigiló la calle con la ayuda del binocular. Para descubrir la identidad del *hacker* tomaría una fotografía cada vez que alguien cruzara la puerta. Después descargaría las fotografías en su ordenador personal y las transmitiría al Servicio de Información del Vaticano. Sus colegas efectuarían búsquedas minuciosas en función de los rasgos faciales. La búsqueda se basaba en cuarenta y nueve características, cada una clasificada del uno

al cuatro. El sistema tomaba quince millones de decisiones binarias por segundo. Con una imagen completa del rostro las posibilidades de colocar nombre y apellidos al sujeto rondaban el noventa y nueve por ciento. Cazaría al *hacker* como a un conejo.

Frank oyó un suave tecleo que partía del despacho y se asomó a la puerta. Pilar estaba sumergida en un mar de libros y fichas, el ordenador en marcha y una lámina del *San Juan* de Alonso Berruguete clavada con chinchetas en un panel de corcho. Se levantó para recibirle y se le abrió la bata de dragones chinos dejando ver un *top* y una braguita mínima. La estrechó entre sus brazos, con fuerza. Las manos apoyadas en las nalgas, atrayéndola hacia sí, pero ella le apartó suavemente.

—Frank, sé un niño bueno, que tengo trabajo, mucho trabajo, y si nos metemos en la cama no salimos nunca más. Por la noche, lo que quieras —dijo sonriendo con picardía—. Ahora confórmate con una taza de buen café.

Necesitaba un café para empezar el día. La vio alejarse hacia la cocina y comprendió que en ella radicaba su vida, su razón de vivir. Si le ocurriese algo nunca se lo perdonaría. Nunca, nunca, nunca... Ocultarle los entresijos del robo no la protegía, sino bien al contrario, la colocaba a merced del destino. En el punto de mira del Gosiv estaban todos los actores de la función, y ella, sin saberlo, sin ser consciente, interpretaba un papel principal. Elaboró un informe completo sobre la tabla, recogió una muestra de agua del embalse de Ricobayo, y conocía numerosos detalles de la investigación. Estaba en el ojo del huracán. Manzini controlaba sus pasos y había entrado en su casa para conocer los detalles del informe. El padre Bonatti, o Manzini, como figuraba en los archivos del Servicio de Información del Vaticano, se había convertido en su sombra. Estaba al corriente de sus pesquisas y actuaba en consecuencia. Una a una borraba las huellas del robo. Primero Senillosa, después Soto, la prostituta... ¿Quién sería el próximo de su macabra lista? No le había detectado pero le seguía. ¿Cómo? ¿Qué método empleaba? ¿Por qué no lograba descubrirle? El capitán Giuliani se lo advirtió de una manera sumamente gráfica: «Puede vigilarle desde sus propios calzoncillos..., cambia de identidad y de fisonomía...». Extremaría aún más las precauciones.

Pilar le llamó desde la cocina. Había servido dos cafés.

—No me vendrán mal unos minutos de descanso —dijo mientras daba un sorbo a su taza humeante—. Me he levantado a las siete para trabajar en el proyecto de restauración, ya sabes, valorar el estado general del cuadro, las actuaciones de limpieza y repinte, los materiales a utilizar, los análisis radiográficos, el tratamiento de la madera del soporte, las condiciones posteriores de conservación... ¡Uf! —resopló—, se me parte la cabeza y me arden los ojos de fijar la vista en la pantalla del ordenador. —Bebió el café en silencio por unos minutos, y luego le preguntó—: ¿Qué tal ayer?

—Las cosas avanzan, lentas pero avanzan —dijo Frank.

—Es una buena noticia.

—Sí, sí... —repitió sin saber cómo decirle la verdad—... Oye...

—¿Ocurre algo?

—Tienes que marcharte unos días... —soltó como un disparo—... Gálvez tiene un chalecito en El Boalo y me lo ha ofrecido para...

—¡Un momento! —estalló—. ¡Quieres que deje mi casa! ¡Que me recluya como una monja en un pueblo de la sierra! ¡Que deje mi trabajo, justo ahora, sólo porque te has metido en un caso demasiado turbio y te empecinas en seguir adelante!

—¡No es eso! —musitó Frank.

—Entonces, dime qué pasa —insistió ella—. ¡Dime de una vez la verdad! Te despiertan las pesadillas. ¡Por el amor de Dios!... ¿Qué pasa?... —Hundió la cara entre las manos, vencida. Frank se levantó y la abrazó—. Al final, tenías razón —sollozó ella—. Todo iba mejor cuando me dejabas al margen de tus asuntos...

—Siéntate —le pidió al verla más calmada—. Te debo una explicación.

—No importa lo que pase. No quiero marcharme —dijo abatida—. No quiero separarme de ti.

—Es por tu seguridad —explicó Frank procurando convencerla—. Sólo serán unos días. Allí puedes seguir trabajando en el informe de la restauración del *San Juan de Berruguete*.

—No podría... —terció con un hilo de voz—. No podría dormir. No podría escribir. Sólo pensaría en ti, en qué haces, en si estás bien...

—Estaré bien —dijo—. Sé cuidarme.

—¿Y quién cuidará de mí?... —balbuceó—. No, no me iré.

—No me lo pongas difícil.

—He dicho que no me iré, y no me iré —sentenció.

—Tú ganas —convino—. No te separarás de mí. Te convertirás en mi sombra. Pero tendrás que dejar unos días el trabajo. Sólo así podré protegerte. ¿Lo entiendes?

Asintió con el gesto pero en realidad no entendía nada. Sonrió con un rictus cargado de tristeza.

—Usas un lenguaje que sólo escucho en las teleseries o en las películas de cine: «Nuestra vida corre peligro...», «Márchate...», «Escóndete...», «No te separes de mí...», «Tienes que dejar tu trabajo...», «Yo te protegeré...». Pero no estoy sentada en un cine ni frente al televisor. Es la vida real. Mi vida. *Nuestra vida*, quizá... —Hizo un silencio—. De acuerdo, dejaré mi trabajo durante tres días —afirmó serena—. Después regresaré al museo, a mis informes. Al mundo de los simples mortales. De la gente que vive para las cosas que llenan el corazón y la existencia. No puedo seguir así. Te quiero Frank, no te quepa ninguna duda, pero mi vida no es la tuya. Ha llegado el momento de decidir. Ha llegado *tu momento* —enfaticó—. La hora de

cruzar la línea de una nueva vida. Tienes que hacerlo ahora... Pero esa decisión es sólo tuya.

—Te quiero...

—Lo sé, pero ha llegado el momento de demostrármelo.

—¿Y nuestros planes? —dijo preocupado—. ¿Recuerdas?... El hotelito... La tranquilidad de una vida mejor... Lucho para hacer realidad nuestros sueños.

—Ya no me sirven las promesas —se quejó—. Sólo los hechos.

A Frank le asustó la gravedad de su voz. Le habló con serenidad, sin titubeos, sin gritos ni palabras hirientes. Nunca la había visto tan decidida. Tenía razón. Le concedía tres días, sólo tres días y tenía que aprovecharlos al máximo. Se inclinó con suavidad y la besó. Era su manera de decirle que aceptaba las condiciones. Tres días para empezar una nueva vida con un buen pellizco de dinero o con las manos vacías. «Vivir no es necesario, navegar sí», musitó en voz baja.

—No me gusta presionarte —susurró Pilar— pero no puedo más. Esta situación me desborda. ¿Lo comprendes?

—Sí... Lo comprendo —afirmó—. Todos estos años para que al final te concedan tres días.

—Yo...

—Hay que tomar decisiones —dijo Frank— y he tomado la más importante de mi vida. La primera en muchos años que guía mi corazón y no mi cabeza. Nada ni nadie estropeará lo nuestro. Pase lo que pase quiero que sepas que te amo. Que nunca he hecho nada sin pensar en ti.

Pilar se levantó. Le abrazó por detrás y le besó en el cuello. Frank sintió sus labios húmedos y calientes. Se giró, la sentó en su regazo y se besaron. Un vacío profundo llenó su espacio, sus vidas, y cuando abrieron los ojos se encontraron frente a frente, como si acabaran de darse el primer beso, de descubrir que estaban enamorados. El primer beso de una nueva vida.

—Llamaré a Bellas Artes y les pediré un poco más de tiempo —dijo ella.

—¿Habrá algún inconveniente?

—Espero que no. Si el cuadro ha sobrevivido casi quinientos años sin ninguna intervención, puede sobrevivir tres días más.

—Pongámonos a trabajar —le propuso sin pérdida de tiempo—. Primero tenemos que averiguar la relación que guarda la chica asesinada en la Casa de Campo con el robo.

—¿Tenemos que averiguar? —repitió extrañada de que hablase en plural.

—Sí, cariño. Tú y yo —vocalizó con claridad— tenemos que averiguar el punto de conexión entre la prostituta y el robo de la tabla. Tú me has puesto como condición que sólo trabaje tres días más, y yo que permanezcas a mi lado.

—Creí que se trataba de una metáfora...

—No —sonrió Frank—. No es ninguna metáfora. Es el convenio que acabamos de firmar.

Seguramente la policía había precintado el piso de la calle Maudes, donde vivía la prostituta, y el portero se mostraría reacio a dejarles pasar. Para Frank se trataba de una situación rutinaria.

—Mientras busco una entrada por la parte trasera del edificio, tú entretén al portero —le indicó Frank a Pilar—. No hay hombre que se resista a los encantos de una mujer hermosa...

—Ahora entiendo por qué me pediste que vistiera una blusa ajustada y una falda corta —dijo Pilar fingiéndose ofendida—. Y yo, ilusa, creyendo que íbamos rumbo a una cita romántica... Más te vale pensar en otro método.

Se asomó a la vidriera que daba entrada al edificio. Tras el mostrador de la portería vio a un joven apuesto, con su uniforme de color azul oscuro, los zapatos bien lustrados, moreno de cara y cuerpo atlético, que clasificaba la correspondencia para depositarla en los buzones. Veintidós o veintitrés años. Frank también lo vio. No tenía nada que ver con el estereotipo de los porteros de fincas: viejos, calvos, barrigones...

—He cambiado de opinión —dijo Pilar provocándole.

—Ya veo —admitió Frank de mala gana—. Entreténle todo lo que puedas. Voy a buscar una puerta trasera.

Para darle tiempo a rodear el bloque se distrajo en el escaparate de la Tienda Verde, repleto de mapas y libros sobre micología, ornitología y alpinismo. Después tomó aire, abrió la cristalera y entró. Se alisó instintivamente la falda. Un gesto que siempre transmitía sensualidad. El joven posó el manojito de cartas sobre el mostrador para contemplarla sin disimulo de la punta de los cabellos a la punta de los zapatos. Esbozó una sonrisa y Pilar le correspondió.

La parte trasera del edificio daba a la calle Alenza y Frank encontró allí la rampa de acceso al garaje. Descendió. La prostituta y su macarra vivían en un edificio de alto *standing*. A cuatrocientos cincuenta euros el polvo podían permitirse el lujo. Oyó un taconeo lejano y se escondió entre un Maserati y un Porsche. Un guarda jurado vigilaba el aparcamiento. En su radiotransmisor portátil se escuchaba una conversación entrecortada. Se alejó para seguir la ronda hasta una garita acristalada, y se acomodó frente a la pantalla de un ordenador.

Frank se incorporó. Los coches, las sombras y algunos pilares le protegieron de la mirada del guarda. Se dirigió hasta la puerta que señalaba la salida y el acceso a los ascensores. Giró la manilla. Estaba cerrada con llave como medida de seguridad. Sacó un pequeño estuche de piel doblado como un tríptico, no mayor que un paquete de cigarrillos, y extrajo un par de ganzúas. ¡Ábrete, sésamo! Hurgó el ojo de la

cerradura y un sonoro ¡clic! le advirtió que había liberado el pestillo. Giró la manilla y abrió la puerta.

El ascensor se detuvo. Asomó la cabeza, para cerciorarse de que no había nadie en el pasillo, y salió. Las cintas plásticas de «Prohibido Pasar - Línea de Policía» le señalaron la puerta que buscaba. No se había equivocado. El piso estaba precintado. Dos cintas colocadas en aspa y un papel adhesivo del juzgado, con su sello correspondiente, impedían legalmente la entrada. Con la mano arrancó las tiras y con una ganzúa cortó el papel pegado a caballo de la puerta y el marco. Después, al igual que en el garaje, hurgó con una ganzúa la cerradura, pero con los cerrojos blindados servía de poco. ¡Mierda! Oyó el zumbido del otro ascensor. Alguien llegaba. Caminó hacia la escalera y bajó los primeros peldaños para ocultarse. Pegó la espalda a la pared y esperó. El ascensor se detuvo. La puerta se abrió con su toque de campanilla. ¡Ding!... ¡Dong!...

—Frank..., Frank... —musitó Pilar.

Subió el tramo de escalera y la vio de pie, en el quicio del ascensor, con un juego de llaves tintineando en su mano.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Frank admirado.

—Sólo puse ojos de besugo, le dije que venía del juzgado, que había olvidado las llaves en la oficina, y acepté quedarme con su teléfono para llamarle la semana que viene.

—Ni se te ocurra.

—Celoso.

Del llavero pendían tres llaves: una normal, posiblemente de la puerta del garaje; una llavecita pequeña, del buzón para el correo; y una llave de seguridad con el paletón repleto de hoyuelos y la rodaplancha con dos surcos separados por varios dientes de sierra. Eligió la tercera. La metió en la cerradura y probó a girarla. Perfecto. Dio un par de vueltas y la puerta cedió.

Entraron en el apartamento: un amplio recibidor, dos habitaciones, un salón comedor grande y dos baños. Una de las habitaciones disponía de una gran cama y espejos en el techo y las paredes. Pilar abrió los cajones de la mesilla de noche y encontró varios preservativos de diferentes formas, colores y sabores, y un arsenal completo al servicio del placer sexual: un vibrador, unos grillos, un juego de bolas japonesas, un anillo chino y un falo de goma de buen perímetro y mejor longura.

—Si tuviéramos tiempo —musitó Frank acercándose— probaríamos algunos.

El resto del apartamento mostraba un aspecto cuidado, con muebles de diseño, lámparas vanguardistas, un sofisticado equipo de música, un televisor panorámico de pantalla de plasma, sillones de cordobán, jarrones de cerámica, y figuritas de Lladró y Swarovski sobre un anaquel de madera de caoba. Registró a conciencia todos los rincones y no halló nada de interés. La Policía Científica había hecho bien su trabajo.

Por todas partes, especialmente en los muebles y los baños, quedaban restos de polvo de aluminio, y sobre las telas y superficies rugosas polvo magnetizado, seguramente ninhidrina o diazofluoreno-9, dos compuestos utilizados en la búsqueda de huellas dactilares. Varios cajones y armarios, abiertos de par en par, dejaban testimonio del rastreo de los sabuesos de la policía. Inspeccionó un buró que adornaba el recibidor. Vacío completamente. Se habían llevado cualquier posible indicio. Se entretuvo contemplando las reproducciones que colgaban de las paredes: *El músico* de George Braque y *Mujer con mandolina* de Juan Gris. ¿Le gustaría el arte a Fedorov? ¿Habría robado él la tabla? ¿Por qué, por qué habrían matado a la chica?

—Aquí no hay nada, ¿verdad? —preguntó Pilar, sacándolo de sus cavilaciones—. ¿Qué buscabas?

—No lo sé —dijo—. Alguna pista, algo que me condujese al asesino de la joven...

—¿Y ahora?

—Asti, asti bankar ko bakaro!

—¿Qué dices? —espetó—. ¿En qué idioma hablas?

—En hindi —dijo con una sonrisa—. Es un refrán muy popular en la India.

—¿Y qué significa?

—«¡Despacio, despacio se atrapa al mono!».

El taxi se detuvo frente al bloque de su apartamento en Corazón de María. El padre Manzini descendió al aparcamiento, inspeccionó su Seat Ibiza y tomó el ascensor directamente al tercer piso para burlar la vigilancia y curiosidad del portero. Dejó las llaves y las memorias de la cámara sobre la mesa del comedor. Después entró en su habitación, abrió un cajón de la mesilla de noche y cogió el destornillador para quitar los tabloncillos del armario donde escondía su ordenador portátil.

Con la ayuda de un lector de tarjetas vació la primera memoria en el disco duro del ordenador. Después hizo lo mismo con el resto. Extrajo la última y la guardó en su portafolios, un maletín nada sospechoso a primera vista pero modificado para autodestruirse. Si alguien giraba la llave incorrectamente o forzaba la cerradura, un quemador de gas encastrado en la base incineraba su contenido.

Tumbado en la cama, sobre un mullido colchón de látex, y la espalda apoyada en dos grandes almohadones, visionó las fotografías. Había primeros planos de una nitidez tan asombrosa que permitía distinguir los poros de la piel. El teleobjetivo Canon de 500 milímetros y 4 de apertura era el preferido de los ornitólogos para captar imágenes de aves, pero también resultaba ideal para sus propios y muy distintos fines.

Observó los rostros estáticos con detenimiento. Había de toda clase, en su mayoría ancianos, hombres y mujeres que llevaban años viviendo en el barrio. En

aquel bloque habían consumido parte de su vida, habían criado a sus hijos y recibían con júbilo a sus nietos cuando iban de visita... Numeró las fotografías y las agrupó por sexos. Tenía una buena colección de caras repetidas. Cogió lápiz y papel y con una imagen fija en la pantalla calculó el número aproximado de inquilinos. Había tres plantas y dos pisos por rellano. En total seis viviendas. A dos o tres personas por vivienda los inquilinos oscilaban entre doce y dieciocho. Una media de quince inquilinos. Pasó las fotografías una a una y repasó la numeración para saber las caras distintas que había fotografiado: veinticinco en total. Veinticinco personas diferentes habían entrado o salido del edificio en las veinticuatro horas anteriores.

Volvió a visionar las fotografías. Había rostros ajenos a la tipología general de los propietarios. Seleccionó las imágenes. Dividió la pantalla en diez ventanitas y colocó una fotografía sospechosa en cada una de ellas. Todas tenían un rasgo común: eran jóvenes, bien vestidos, con traje y corbata los hombres y traje de chaqueta las mujeres. Salían siempre por separado, con papeles y portafolios. Parecían ejecutivos. De haber tomado las fotografías en un bloque de oficinas del paseo de la Castellana, nunca habría sospechado, pero en aquel barrio, en aquel edificio no cuadraban. Se centró en la cara de una chica. Treinta años, aventuró, delgada, media melena, ojos verdes y gafas. Amplió la imagen hasta obtener un primer plano de la varilla de las lentes: «Cartier», leyó en unas letras muy difuminadas. Unas gafas muy caras para un bloque de gente de clase baja.

Con el cursor pinchó una a una las diez fotografías y las pasó por el programa de encriptar. Después colocó cada foto en una panorámica diferente: desde un bosque de coníferas del Cáucaso a una bahía hawaiana, y accedió a Internet. El servidor le dio entrada. Se conectó a la red vía Chicago, redireccionó por Tokio, siguió a través de un servidor de Auckland (Nueva Zelanda), y cambió de identificación para eludir posibles rastreos. Finalmente entró en su dirección de correo electrónico de Manila. Descargó las panorámicas con las fotografías encriptadas y las borró del disco duro. Desconectó el ordenador. Sólo le quedaba esperar la respuesta de sus colegas del Servicio de Información. El padre Duby, jefe de la Unidad de Registro y Tratamiento de Mensajes, recibió inmediatamente las imágenes. Uno de sus agentes las desencriptó y las pasó a la Unidad de Identificación. El proceso tardaría un par de horas.

Aprovechó el tiempo de espera para comer y reponer fuerzas. Estaba cansado y le dolía la cabeza. Llevaba más de veinticuatro horas sin dormir. Sacó una caja de paracetamol y se tomó dos comprimidos con un vaso de zumo. Después se metió en el baño, se dio una ducha de agua fría y se afeitó con maquinilla eléctrica. Se vistió un albornoz y se tumbó en la cama.

Su reloj biológico no le falló. Nunca le fallaba. Por cansado que estuviera siempre se

despertaba a la hora programada. Cogió el ordenador, lo conectó y tras un recorrido por los servidores de distintos países accedió a su correo electrónico de Manila. Descargó las imágenes en el disco duro y desenchufó el portátil de la línea telefónica. Sus colegas le remitieron diez panorámicas de diversas partes de Oceanía: puestas de sol en magníficas playas de arena dorada, fondos marinos de aguas transparentes, bosques de cocoteros...

Pasó las fotografías por el programa de descifrar y se abrieron en la pantalla diez viñetas con las diez caras que dos horas antes había remitido a la Central. Con la ayuda del programa Faces, que ejecutaba quince millones de decisiones binarias por segundo, la Unidad de Identificación había puesto nombre y apellidos a cada persona. Pinchó con el cursor la primera fotografía y la amplió a pantalla entera. En la base leyó: «Lucía Nieto Gamella... Ingresó en la Academia General de la Policía en 1996... Agente de base... Se desconoce su destino...». Sonrió con la satisfacción del cazador que llena su morral. Pasó a la siguiente fotografía. Una leyenda semejante a la anterior le indicó que también se trataba de un agente de policía con destino desconocido. Dio entrada a la siguiente, y obtuvo la identificación de otro agente de policía. Siguió y descubrió a dos agentes que el Servicio de Información catalogaba de expertos *hackers*. Aquello empezaba a ponerse interesante. Bebió el último sorbo de zumo que había en un vaso. El dolor de cabeza le había desaparecido. ¿Qué relación tenían los dos *hackers* policías con el robo de la tabla? En la base de la siguiente imagen leyó: «Juan Gálvez... Agente operativo de la División de Inteligencia Interior del Cesid entre 1977 y 1994... En 1995 ingresó en la Unidad de Delitos Monetarios de la policía judicial... Rango de comisario... Su destino actual se desconoce pero se le supone al mando de una unidad clandestina para la persecución del crimen organizado...». «El Cesid», murmuró el padre Manzini, y fue en busca del archivo con el legajo de Frank Donovan.

Las fechas indicaban que habían coincidido en el Cesid. No podía ser una simple casualidad. Ahí estaba la clave. El detective había recurrido a sus contactos de otros tiempos. «No puedo llevar en solitario una investigación de este calado», les advirtió durante la reunión en el hotel La Bobadilla. Tenía que haberlo supuesto. Sin una pista fiable que seguir, había decidido investigar el entorno de la tabla. Y el comisario Gálvez, cuya imagen contemplaba en la pantalla, le había facilitado las cosas. Un *hacker* de su unidad hizo el trabajo sucio. El rompecabezas tomaba forma. Las piezas encajaban. Repasó el resto de las imágenes y las caras anónimas dejaron de serlo. Tenían nombres y apellidos. Se trataba de agentes de la policía judicial. Aquellos hombres y mujeres formaban parte de la unidad clandestina dirigida por el comisario Gálvez en el número 63 de la calle de la Palma. Había descubierto su madriguera. Ahora, lo primero era «neutralizar» al comisario. A partir de ese momento mediría milimétricamente sus pasos. Podían descubrirle. Había llegado la hora de entrar en

acción. De convertirse otra vez, una vez más, en el ángel exterminador. Borraría del mapa todas las huellas, a todos los testigos del robo. En eso consistía su misión y no podía fallar.

Frank se acomodó en el sofá del salón con su bloc de notas para repasar los datos que había recopilado. Buscaba una lógica a las muertes subsiguientes al robo. El padre Manzini había logrado engañarle. Cuando le descubrió husmeando en el aeropuerto no fue gracias a su pericia. Se dejó ver a propósito para inspirarle confianza. Así su labor sería más fácil. Ya no albergaba dudas de que le había enviado el Vaticano para controlar su investigación y borrar las huellas del robo a medida que avanzaba en la búsqueda de la tabla, «neutralizando» a las personas que poseyeran información. Una vez recuperada la tabla y eliminados los componentes de la trama, la Iglesia quedaría a salvo de cualquier crítica o ataque. Naturalmente, su nombre estaba en la lista. Respiró hondo. ¿Qué papel jugaba en la trama la prostituta rusa? Tenía que averiguarlo.

Pilar entró en la sala con su bolso. Le tiró un beso con la mano, como para no molestarle, cogió las llaves y se encaminó hacia la puerta.

—¿Dónde crees que vas?

—A comprar —respondió como si nada.

—Cuando dije que no me separaría de ti hablaba en serio. Es peligroso que andes sola. Además, tengo otros planes.

Pilar torció el gesto y se sentó en el sofá con el bolso sobre la falda. Frank miró la hora. No, no era una idea descabellada. Tenían tiempo.

—Salimos juntos —le informó Frank—. Vamos a hacer un pequeño viaje, y luego prometo llevarte a cenar. Tú escoges el sitio.

Pilar siguió las indicaciones de Frank, aparcó su automóvil en un rincón oscuro de la calle Las Berceras y paró el motor. Pese a la tenue luz del alumbrado urbano, y la niebla que subía del río, la entrada a la Colegiata de Toro se percibía nítida desde el interior del coche. Reclinó el asiento y resopló contrariada por no saber el tiempo que tendrían que esperar.

—¿Estás seguro de que vendrá el obispo? —le preguntó Pilar.

—Senillosa me dijo que los jueves por la noche solía visitar la Colegiata, y hoy es jueves...

—Y de noche...

—Ten paciencia —pidió Frank.

—Cruzaré los dedos para que no haya cambiado de planes.

Frank repasaba las notas de su bloc. Pasó varias hojas hasta encontrar el modelo y

la matrícula del vehículo que había controlado en el aparcamiento del hotel La Bobadilla y en el palacio episcopal de Zamora.

—Si ves —dijo cerrando la libretita— un Mercedes 350 azul metalizado, despiértame. Voy a echar una cabezada.

—Como ordenes —asintió Pilar.

Frank se acomodó en el asiento trasero del Ford Focus de Pilar lo mejor que pudo, y ella fijó la vista en la entrada. Apenas habían pasado quince minutos cuando un Mercedes de las características que le había apuntado entró despacio en la plaza de la Colegiata. Se detuvo frente a las escaleras de acceso al templo y apagó las luces.

—Frank..., Frank... —susurró Pilar, al punto de darle un codazo.

—¿Qué pasa?

—Mira.

—Ahí está —dijo él, que recordaba la matrícula.

La niebla corría empujada por las ráfagas de viento.

—¿Qué hacemos ahora?

—Déjame tu teléfono móvil —le pidió Frank.

Buscó en las páginas de su bloc el número que el obispo había anotado en la fotografía por si precisaba ponerse en contacto con él, se tumbó en el asiento, para evitar que pudiera verle, marcó y esperó. Pilar no perdía de vista el Mercedes.

—Sí... —contestó una voz grave.

—Señor Salgado...

—Monseñor... —le rectificó el obispo.

—Soy Frank Dónovan...

—Le he reconocido —afirmó—. ¿Qué desea?

—Le dije que en cuanto tuviera noticias me pondría en contacto con usted...

—¿Ha identificado a los ladrones? —le interrumpió impaciente—. ¿Conoce el paradero de la tabla?

—No, todavía no. Pero preciso hacerle unas preguntas de rutina.

—¿No tiene otro momento mejor?

—Serán sólo un par de minutos —argumentó Frank.

—De acuerdo.

—¿Conoce a una tal Marusja Kabasvnokaia? —dijo de forma directa.

—¿Debería? —respondió el obispo sorprendido, con una falsa indiferencia.

—Apareció muerta en la Casa de Campo —relató Frank—. Se dedicaba a la prostitución de altos vuelos, y alguien la mató.

—¿Qué tiene que ver todo esto con el robo? —masculló el obispo. Cada segundo que transcurría Frank le notaba más nervioso.

—Anduvo por el Rastro —siguió— preguntando el precio de venta de un cuadro con una Virgen y una mosca pintada en el manto.

—Entonces —replicó dubitativo— siga esa línea de investigación. Pero personalmente la veo endeble. Cada día visitan la Colegiata cientos de personas, y a cualquiera puede ocurrírsele robar una pieza.

—Desde luego, monseñor. Me consta que la chica estuvo en la Colegiata unos días antes del robo —soltó Frank para presionarle un poco más y estudiar su reacción.

—Lo siento, señor Dónovan —se excusó con prisa por concluir la charla—. Pero no sé cómo puedo ayudarle.

—Disculpe que le haya molestado, monseñor —dijo ahora quitándole importancia a la llamada—. Pensé que podía conocer a la chica y facilitarme algún dato.

—Lamento no haberle sido de ayuda.

—Gracias de todas maneras —se despidió Frank, y le devolvió el teléfono a Pilar.

—¿Y ahora qué? —dijo ella.

—A esperar...

El obispo bajó del Mercedes, entró en la Colegiata con su propia llave y a los pocos minutos salió vestido de civil, con un traje impecable como la noche que se reunieron en el hotel La Bobadilla. Frank y Pilar se tumbaron sobre los asientos para evitar que les viera. El obispo abrió la puerta del Mercedes, se abrochó el cinturón de seguridad y arrancó a toda prisa.

—Síguele —dijo Frank.

Pilar dejó que el coche del obispo se alejara unos metros, dio al contacto y arrancó. La niebla jugaba a su favor, y le siguió sin dificultad hacia la salida de Toro. Al llegar a la carretera el obispo aceleró. Pilar hizo lo propio.

—No te acerques mucho —le aconsejó Frank.

Al llegar a Madrid, Pilar respiró aliviada. Nunca había conducido con tanta tensión. Decididamente no servía para el oficio de detective. El Mercedes se detuvo frente a un edificio de la calle Doctor Fleming y entró en el garaje subterráneo. Pilar rebasó la entrada del inmueble y estacionó su Ford Focus en el chaflán. Frank bajó del coche para controlar mejor la puerta. De nuevo tendrían que esperar. Media hora después el Mercedes 350 azul metalizado asomó el morro en la rampa del garaje. El obispo tenía prisa. Frank disimuló frente a los trajes de un escaparate, y Pilar hizo ver que buscaba algo en la guantera del coche. El Mercedes desapareció calle arriba.

—Vamos —dijo Frank.

Entraron en el edificio y se encaminaron a la portería. Hacía rato que el hombre había terminado su turno. Llamaron varias veces al timbre.

—¡Voy!..., ¡voy!... —le oyeron gritar desde el interior.

El portero abrió rezongando, y antes de que esgrimiera una palabra de protesta Frank le mostró su credencial de detective. El hombre dio por sentado que eran

policías. Carraspeó confuso y se envaró. La policía le imponía respeto.

—¿En qué puedo ayudarles?

—¿Conoce al propietario de un Mercedes 350 azul metalizado?

—Claro que sí —acertó a decir con otro carraspeo—. Julio Vázquez, del tercer piso, ¿no?

—¿Está seguro?

—No hay otro coche igual en el edificio —afirmó molesto porque el policía dudara de su control de los inquilinos.

—¿Cuánto tiempo hace que vive aquí?

—No sé... —Pensó y calculó mentalmente—... Unos seis meses.

—¿Le conoce?

—Sólo de vista. Viene casi todas las semanas —respondió—. Cuando tiene negocios en Madrid. Está un par de noches o tres y se marcha. Si no me equivoco, acaba de salir hace unos minutos, yo estaba sacando los cubos de basura y no le he prestado mucha atención.

—¿Vive alguien más en la casa? —intervino Pilar para su propia sorpresa.

—Suele acompañarle su hija... Creo que trabajan juntos. —El portero no pudo reprimir su curiosidad y cotilleó—: ¿Está metido en algo raro?

—Nosotros hacemos las preguntas —dijo Frank con autoridad.

—Disculpe —se apresuró a justificarse—, pero he supuesto que su presencia...

Pilar y Frank intercambiaron una mirada significativa.

—¿Podría describirnos a la chica, su hija? —preguntó Frank.

El hombre puso los ojos en blanco y se besó la punta de los dedos.

—Una de esas rubias que quitan el hipo. Pechos enormes, cara de ángel...

—Qué noche —suspiró Pilar arrojando su bolso al sofá.

—Al menos no podrás decir que conmigo te aburres —bromeó Frank—. ¿Tienes algún periódico o revista vieja? Algún ejemplar que no te sirva.

—Sí. Déjame ver.

Entró en el despacho, removi6 algunos papeles y regresó con un ejemplar atrasado de la revista *Descubrir el Arte*.

—¿Te sirve?

—Sí... Es perfecta.

—¿Para qué la quieres?

—Para pedirle a Gálvez unas cintas de vídeo.

Le miró extrañada pero prefirió no hacer más preguntas. Ya había tenido bastante por ese día.

—Necesito otra cosa —le dijo.

—¿Qué?

—Un alfiler... El más fino que tengas.

Protestó agobiada. De un cajón del mueble mural sacó una caja de costura con bobinas de hilo de distintos colores, botones desaparejados, dedales, corchetes, agujas, imperdibles... y un acerico repleto de alfileres, y se lo dio.

—Voy a acostarme, no te quedes hasta tarde.

—Te sigo dentro de un rato —dijo Frank, y la besó.

Buscó las páginas veinticuatro y veintidós de la revista. Las dos formaban parte de un artículo sobre Gaudí. Cogió del acerico un alfiler, el más fino que encontró, y pinchó algunas letras del texto hasta componer el mensaje: «Urgente... Necesito cintas seguridad Cajamar (últimas setenta y dos horas)..., frente al número 7 de Doctor Fleming...». Pasó la uña del pulgar sobre los agujeritos, para disimularlos, y cerró la revista. Lo primero que haría a la mañana siguiente sería dejarla en el apartado de correos, después de colocar un disco rojo en la papelera de la esquina de Noviciado.

Frank se entretuvo en la Rosaleda. La primavera había cuajado de capullos y flores los rosales. De la glorieta del Ángel Caído caminó hacia el paseo del Ecuador, la plaza de Honduras y el paseo Salón del Estanque. Se apostó en la barandilla del lago artificial, en el mismo lugar de la cita anterior, y miró el reloj. Faltaban cinco minutos para las diez y media. Al levantar la vista vio a uno de los agentes de Gálvez avanzar por el paseo con el perro pachón olisqueando las papeleras. En dirección contraria se acercaba la misma chica vestida con el mismo chándal de la vez anterior. Le miraron. Después dieron una vuelta por los alrededores y el agente susurró algo a la solapa de su americana, donde escondía un diminuto transmisor. Soltó al perro, que corrió a sus anchas, y al poco apareció Gálvez. Dejó una bolsa a sus pies y se acodó a su lado.

—¿Para qué quieres las cintas? —dijo sin mediar un saludo.

—La joven asesinada —le explicó Frank— vivía con Fedorov en un apartamento de la calle Maudes, pero creo que frecuentaba un segundo piso en Doctor Fleming siete. Y adivina a quién pertenece el piso...

Gálvez estaba boquiabierto.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Otro día te lo cuento, ahora es lo de menos.

Gálvez sacudió la cabeza resignado.

—El obispo puede tener un piso y una amante, no sería el primer caso, pero de ahí a que sea la prostituta asesinada...

—Por eso te pedí las cintas.

Gálvez se incorporó. Le dolía la espalda y no podía permanecer mucho tiempo encorvado. Miró a su alrededor. Varios ancianos ocupaban los bancos dorados por el sol para leer tranquilamente el periódico. Un viejo, algo apartado del lugar donde

estaban, reclamó al pachón para hacerle unas carantoñas. El animal acudió al galope de sus patas cortas, con la lengua colgando a un lado de su gran boca que babeaba abundante. Le rascó la cabeza bajo la atenta mirada del agente de policía, que en la distancia no perdía al perro de vista.

Con disimulo metió un terrón de azúcar en la boca del sabueso, para tenerle entretenido, y mientras el animal se lamía y relamía sacó del bolsillo un diminuto micrófono de alta sensibilidad y lo prendió del collar. Después le acarició y le lanzó una rama seca en dirección al estanque. El perro salió al galope tras ella. El policía se valió de un silbato de ultrasonidos para reclamar al animal a su lado. No le gustaba que jugara con desconocidos. El chucho corrió al encuentro del agente, situado lo suficientemente cerca de ambos para que el micrófono captara su conversación. El anciano desplegó un periódico. Acoplado a su oreja derecha asomaba un pequeño receptor.

—De acuerdo —admitió Gálvez con determinación—. ¿Qué piensas hacer cuando averigües quién entra y sale de ese piso? Si la tabla está ahí, ¿crees que van a dejar que entres y te la lleves por las buenas? ¡Hola!, señores —se burló con cara de circunstancias—, soy detective y vengo a recuperar una tabla renacentista que han robado. Gracias y adiós. ¿Crees que va a ser tan fácil? —Frank guardó silencio—. ¿De veras lo crees? —insistió con tintes de desafío—. ¿De verdad piensas que si encuentras la tabla te marcharás al Ampurdán? ¿Qué empezarás una nueva vida? No puedes ser tan ingenuo. No puedes engañarte a ti mismo hasta ese extremo. —Frank permaneció en silencio—. Eres un egoísta —prosiguió Gálvez para sacarle de su abstracción—. ¿Recuerdas a John Greenhow? Aquel tipo del MI-5 experto en contraespionaje que nos impartió un cursillo de vigilancia y contravigilancia. —Enmudeció unos segundos, a la espera de una respuesta que no se produjo, y continuó—. Era el mejor. Tenía un buen sueldo y un buen cargo en el Centro para la Formación de Agentes Operativos del Military Intelligence. ¿Le recuerdas? —insistió ante su silencio—. Sí, seguro que sí —admitió convencido—. Hace cinco años le encontré casualmente en Madrid. En una terraza de la plaza de Santa Bárbara, con un vaso de whisky con hielo a rebosar. Le saludé, me invitó a tomar una copa y después otra, y otra, y ahora pago yo y más tarde pagas tú... Acabamos como cubas, pero con la suficiente lucidez para confesarme que había dejado la comodidad de su despacho para integrarse de nuevo en el servicio activo. Era un depredador solitario como tú —le echó en cara—. Estaba en Madrid siguiendo los pasos de un traficante de armas turco que compraba misiles balísticos a las ex Repúblicas Soviéticas para revenderlos a Irán. —Hizo una pausa—. Dos meses después le hallaron en un lujoso hotel del barrio de Taksim, en Estambul, atado de pies y manos con cinta adhesiva y ahorcado con su propio cinturón. Colgaba del gancho que sujetaba la lámpara, con el pantalón y el calzoncillo bajados hasta los tobillos. Le habían cortado los genitales y se los

habían metido en la boca.

Frank se inclinó sobre la barandilla y clavó los ojos en el agua turbia del estanque, donde boqueaban las carpas en busca de comida. Tenía una deuda pendiente con Manzini, por lealtad hacia Soto, pero también un compromiso firme con Pilar. Setenta y dos horas que estaban a punto de cumplirse. ¿Cómo conciliar ambas lealtades? No le asustaba la muerte, nunca pensaba en su muerte. «Los dormidos y los muertos son como pinturas», escribió Shakespeare en *Macbeth*.

—¿Están las cintas en esa bolsa? —farfulló Frank para no seguir enredado en sus pensamientos.

Gálvez asintió.

—Te las devolveré en cuanto pueda.

—No hace falta —dijo sin mirarle—. Son copias. Puedes quedártelas.

—¿Las has visto?

—No —respondió—. El director de la sucursal aceptó dejárnoslas sin hacer demasiadas preguntas a condición de devolverlas antes de dos horas. Las copiamos y sólo he tenido tiempo de acudir a la cita.

—Gracias.

—Ten cuidado —le advirtió por enésima vez—. Manzini no dudará en devorarte si entras en su boca.

—Te llamaré para que sujetes la correa —bromeó Frank sombrío.

—No podré.

—Lo comprendo —dijo con un suspiro de derrota—. Ya has hecho bastante. Siempre estaré en deuda contigo.

—Yo... —balbuceó Gálvez.

—Está bien..., no te preocupes.

—Carmen se muere... —soltó Gálvez con la barbilla temblorosa—. Ayer la ingresé de urgencia en el hospital. —Alzó los ojos enrojecidos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Tuvo una hemorragia —le explicó con esfuerzo—. Una más, pensé camino del hospital, pero al llegar me dieron la mala noticia, la noticia que temía desde hacía meses. Póngase en lo peor, me dijo uno de los médicos. Le pregunté cuánto tiempo le quedaba de vida y se encogió de hombros, como si le preguntara por una calle desconocida. ¡Putos médicos! —maldijo—. Hablan de la vida y de la muerte en el mismo tono que comentan un partido de fútbol. —Hizo un silencio prolongado—. He solicitado el relevo del mando durante una temporada para poder estar a su lado.

—Sí, olvídate de esta puta mierda —dijo Frank con un golpe de voz—. No te apartes de la cabecera de su cama, y sé fuerte. No te derrumbes delante de ella. Tienes que hacer de tripas corazón porque te necesita ahora más que nunca. Y tus hijos también te necesitan.

—Perdóname —se disculpó Gálvez—. Supuse que trabajar juntos me devolvería la ilusión perdida, pero no ha sido así. Sólo ha servido para alejarme un poco más de ella.

—Lo siento —dijo Frank con remordimiento.

—No importa —suspiró—... Ya nada importa...

—¿Puedo pasar a verla?

—Está muy mal —argumentó—. No es la mujer alta y guapa que conociste y lo sabe. La enfermedad la ha consumido. Ha perdido parte del cabello por culpa de la quimioterapia, su piel se ha aciguatado y poblado de surcos como la tierra reseca. No quiere que nadie la vea en ese estado. Sólo sus hijos y yo. Nadie más.

—Dale un beso de mi parte.

—Lo haré.

Frank apretó los puños con rabia. Cogió la bolsa que tenía a sus pies y al incorporarse vio a Gálvez perderse en la espesura de los árboles como un zombi en las tinieblas de la noche, seguido a una prudente distancia de sus dos agentes. La estatua del Ángel Caído, fulminado por el rayo celeste en el momento de la expulsión, vigilaba sus pasos desde la altura del pedestal. El mal gobernaba el mundo. Su padre le había enseñado que el mal repugnaba a la naturaleza humana. Pero a él ya nada le repugnaba. Jaime Balmes definió el mal como la perturbación del orden. Él tenía que ordenar su vida. Empezaría por solucionar el robo y desenmascarar a Manzini. Su corazón se apaciguó. Reemprendió la marcha y salió del parque del Retiro.

El anciano sonrió complacido al verles alejarse. Metió la mano en un bolsillo y sacó la fotografía del comisario Gálvez. Ahora estaba completamente seguro de su conexión con Dónovan. Miró su reloj. Faltaban sólo cinco minutos para que el micrófono se desprendiera del collar del perro. El adhesivo duraba escasamente media hora. Se levantó, caminó hacia una papelería y, protegido tras un seto de porte alto, se desprendió de la peluca y el bigote. Los tiró a la papelería y con la ayuda de una toallita desmaquillante se limpió la cara. Instintivamente se llevó los dedos a la barbilla. No le había perdonado el golpe. Se acercaba la hora de pasarle factura. El Vaticano y él mismo así lo querían.

Llamó al telefonillo para que Pilar desconectara el sistema periférico de alarma. De lo contrario al abrir la puerta se dispararía y alertaría a la central receptora.

Ella le recibió con un beso, vestida con la bata de dragones chinos que utilizaba para levantarse de la cama. Había pasado la mañana enfrascada en el estudio sobre la restauración del *San Juan*.

—¿Ha llamado alguien?

—Sí —dijo—. Me han adelantado una parte del dinero de la restauración. Ya está en mi cuenta.

—Enhorabuena.

—¿Qué hay en esa bolsa?

—Las cintas de seguridad.

Pilar frunció el ceño sin comprender.

—Aquí aparece toda la gente que entra y sale del piso de Fleming. El obispo, como vimos, y probablemente la prostituta asesinada.

—No sé qué harías sin la ayuda de tu amigo... —dijo Pilar, y le dejó solo para refugiarse en su despacho.

Frank se acomodó en el sofá y vació el contenido de la bolsa: nueve cintas de cuatro horas de duración cada una cuya capacidad se duplicaba al grabarlas a velocidad lenta. Cada cinta registraba ocho horas y tres cintas un día entero. Ordenó las cintas por días y horas. Encendió el vídeo y la televisión. Colocó la primera en el cajetín de reproducción y pulsó el botón de *Play* del mando a distancia.

Las imágenes se sucedieron con rapidez. En el ángulo inferior derecho de la pantalla los segundos avanzaban enloquecidos. La grabación tenía calidad y el portal del número 7 de Doctor Fleming aparecía nítido. Las personas que entraban y salían se distinguían perfectamente.

Respiró con alivio. Tenía lo que buscaba. Pulsó el botón de *Stop*, rebobinó la cinta y se dispuso a visionar los primeros minutos de nuevo. Utilizaría la velocidad rápida y sólo congelaría la imagen cuando alguien entrara o saliera del portal. Aun así tenía muchas horas de televisión por delante. Se lo tomaría con calma. Se sirvió una taza de café caliente, pulsó el botón de *Play* y después el avance rápido.

Hizo una pausa para almorzar. Pilar preparó una ensalada fría de pasta, algo sencillo para no salir a comprar, y apenas terminó de masticar el último bocado, Frank se sentó en el sofá con una taza de café en la mano. Llevaba sólo unas horas y ya le escocían los ojos de fijar la vista. Hasta el momento ninguna de las personas que entraba o salía del edificio le resultaba familiar, ninguna le parecía sospechosa. Eran vecinos del bloque, del barrio, de las calles adyacentes. Mujeres que entraban y salían a la hora del colegio con niños cogidos de la mano, con carros y cestas de la compra, ancianos de caminar lento que salían a pasear acompañados por sus cuidadoras, empleados de los supermercados de la zona que empujaban pesados carros de reparto. Muchos se entretenían unos minutos hablando con el portero, otros simplemente le saludaban y el hombre correspondía con un gesto.

No llevaba la cuenta de las tazas de café que había tomado. Una tras otra, bebidas con pausa, lentamente, había acumulado suficiente cafeína en sus venas para no dormir en varios días. Necesitaba estar despierto mientras en la pantalla desfilaban

los protagonistas anónimos de una película interminable. Se encerró en el cuarto de baño, acercó la cara al espejo de aumento sujeto a un brazo flexible y examinó el blanco de sus glóbulos oculares. Los tenía enrojecidos, irritados, y las pupilas dilatadas por la penumbra del salón. Buscó un colirio en el botiquín y se echó unas gotas.

Se asomó a la ventana del salón. Una campana lejana, posiblemente de la iglesia de San Marcos Felicísima o de la parroquia de Nuestra Señora de los Dolores, señalaba con sus tañidos las tres de la madrugada. Tres toques solitarios en la noche cerrada. Abrió los postigos y respiró el aire de la ciudad. Su padre le había enseñado a diferenciar los aviones por la frecuencia del destello de sus luces de posición. Contempló la intermitencia. Un Boeing 707 surcaba el cielo de Madrid rumbo a un destino lejano. Envidió a los pasajeros de aquel pájaro de hierro. El escozor de ojos remitió para su alivio. Recuperó el sofá, y pulsó de nuevo el *Play*.

Caminaba por un callejón solitario. De repente aparecía un individuo gigantesco, monstruoso, decidido a matarle. Con gran angustia, Gálvez intentaba disparar su arma, y cuando lo conseguía el gigante apenas se tambaleaba y seguía su avance con los brazos en alto para cogerle del cuello y estrangularle. Peleaba con todas sus fuerzas pero no lograba vencer al monstruo, que poco a poco le agotaba para finalmente asirle del gaznate y apretar y apretar hasta que le faltaba el aliento y se sentía desfallecer. En ese momento, cuando la muerte le arrastraba a su morada, se despertaba sobresaltado, empapado en sudor, con el corazón desbocado y un temblor en brazos y piernas que no remitía hasta pasados unos minutos.

Aquella noche el sueño se repitió como las anteriores, pero en el momento que el monstruo estrangulaba su cuello sonaron lejanos los timbrazos de un teléfono. Se despertó agitado, sentado en la cama, con el pijama húmedo de sudor. Se restregó los ojos para alejar la imagen de la pesadilla. Dio la luz de la lamparita, y cobró conciencia de que sonaba el teléfono. Miró la hora en el despertador. Casi las tres y media de la madrugada. Se levantó tan rápido como pudo, para que los timbrazos no despertaran a sus hijos, y descolgó el auricular.

—Sí... —dijo confuso y alarmado, con la boca pastosa.

—¿El señor Gálvez? —inquirió una voz anónima.

—Soy yo... ¿Con quién hablo?

—Con el doctor Villalobos, del hospital Puerta de Hierro.

—¿Ocurre algo, doctor? —preguntó nervioso.

—Se trata de su esposa, señor Gálvez —contestó la voz—. Ha empeorado y sería aconsejable que viniese...

—Sí..., claro..., claro... —atinó a balbucir—. Ahora mismo... Gracias por su llamada.

—Sólo cumplo con mi deber.

—Gracias —repitió y colgó.

Se vistió tan deprisa como pudo. Su mujer había empeorado y la llamada traía malos presagios. Redactó una pequeña nota sobre el motivo de su ausencia, intentando no preocupar a sus hijos, y la sujetó en la puerta del frigorífico con la ayuda de un imán en forma de huevo frito. Allí la encontrarían nada más levantarse. Cogió las llaves de su coche y bajó en el ascensor hasta el segundo sótano. Los tubos fluorescentes iluminaron a saltos el garaje. Caminó hacia el coche con paso decidido y el tintineo de las llaves bailando en su mano. Abrió la puerta y se dispuso a entrar cuando una voz a sus espaldas, la voz del teléfono, le obligó a detenerse.

Había caído en una trampa. Lo supo al instante. El monstruo de sus pesadillas se materializaba en la voz anónima. Echó mano a la cintura, para desenfundar su revólver, pero con las prisas lo había olvidado. Poco importaba. De nada le hubiese servido. Se giró con los brazos en alto para ver la cara de su asesino. Apenas tuvo tiempo.

El padre Manzini disparó dos veces su Walther P-28S, una pistola diseñada para utilizar un silenciador SD-40. Dos golpes sordos, apagados, y el comisario Gálvez cayó abatido sobre el capó. Con esfuerzo por vencer los borbotones de sangre que ahogaban su garganta, musitó: «Carmen»...

El padre Manzini recogió las vainas de los proyectiles, las guardó en el bolsillo y se acercó al cuerpo inerte del policía. Un hilillo de sangre escapaba por la comisura de sus labios. Le cerró los ojos y pronunció la fórmula de la unción extrema: «*Per istam sanctam unctionem indulge at tibi Dominus, quidquid deliquisti. Amen*».

Las luces del garaje, dotadas de un temporizador, se apagaron. El silencio y la oscuridad inundaron el sótano. El padre Manzini sólo escuchaba su respiración. Desenroscó a tuestas el silenciador del cañón, guardó el arma en la funda que sujetaba a la cintura y salió a oscuras del garaje.

Al ganar la calle respiró con profundidad y se persignó. Miró al cielo, donde clareaba la luna, e invocó al Señor el perdón de sus pecados. Recordó al cardenal Rudolph Böhm imponiendo la mano derecha sobre su cabeza, para absolverle de los pecados cometidos y de los que pudiera cometer en el nombre de Dios y de su Iglesia: «*Ego te absolvo, in nomine Patris, Filii et Spiriti Sancii. Amen*».

Comenzaba el tercer día del ultimátum y el fracaso tomaba forma definitiva. Tendría que mentalizarse, que admitir la derrota aunque le doliera. De haber estado al frente del Grupo de Defensa del Patrimonio otro gallo le cantarían. Allí disponía de más medios, de una red nacional de informadores, del laboratorio central de la Policía Científica, de la colaboración espontánea y eficaz de cientos de agentes de la Guardia Civil que patrullaban carreteras y caminos forestales... Y sin embargo, la esperanza

es lo último que debe perderse, decía su madre. Depositó su esperanza en la última parte de la cinta que le quedaba por visionar.

Pilar sujetaba una bandeja con dos tazas, una cafetera, una jarrita con leche y un plato con cuatro mojicones. Le pidió que apartara la montaña de cintas que ocupaban la mesa de centro y posó la bandeja. Le vio mojar el bizcocho pensativo, ausente. Parecía ignorarla. Como si estuviese solo. No le dijo nada, se levantó y le dejó absorto en sus pensamientos.

Frank saboreó los bollos, con la vista clavada en la imagen estática de la pantalla, y cuando terminó pulsó automáticamente el botón de *Play* para consumir sus últimos gramos de esperanza. Las imágenes se sucedieron. Nada nuevo. Conocía ya las caras de algunos vecinos. Les había visto entrar y salir decenas de veces durante buena parte de los tres días grabados en las cintas. Podría identificar a cualquiera de ellos. Las imágenes más cómodas de visionar transcurrían durante las madrugadas. Por las noches las entradas y salidas se reducían y podía avanzar varias horas sin tener que detener las imágenes para rebobinarlas y volverlas a contemplar. A primera hora de la tarde se producía el efecto contrario. El tráfico de personas aumentaba de manera considerable y tenía que parar y reiniciar la cinta constantemente.

En ocasiones avanzar media hora de tiempo grabado le costaba una hora de tiempo real.

Como otras tantas veces un automóvil se detuvo en la entrada del garaje del número 7 de Doctor Fleming. No le dio importancia y dejó que la cinta avanzara a velocidad rápida. Dio una cabezada. Pese al café el sueño le vencía por momentos. La puerta basculante se abrió y el coche enfiló la rampa. La secuencia sólo duró unos segundos. Se incorporó de repente. Espabiló, se restregó los ojos y acomodó la espalda en el sofá. Pulsó el botón de rebobinar y visionó la secuencia a velocidad lenta. Un Mercedes 350, azul metalizado, se detuvo en el vado de entrada al garaje. No distinguió la cara del conductor, por el reflejo del cristal, pero no cabía duda: se trataba del obispo. Congeló la imagen y registró la matrícula. Buscó en las páginas de su libreta. ¡Eureka! ¡Allí estaba! El Mercedes 350 azul metalizado, el coche oficial del obispo.

Rebobinó la secuencia varias veces para estudiar los detalles. Aplicó el zoom, para intentar distinguir la cara del conductor, pero la imagen, lejos de hacerse nítida, se emborronó con la ampliación. Suspiró. Miró la hora en los números estáticos junto al ángulo derecho de la pantalla y los registró en la libreta: 14.17.42, las dos horas, diecisiete minutos y cuarenta y dos segundos de la tarde.

Avanzó la cinta para observar el resto de imágenes grabadas. Esperaba ver salir el automóvil y distinguir la cara del conductor al enfocarle la cámara de frente. Centró su atención en la puerta del garaje. Un pequeño error. En una investigación no hay detalles insignificantes, todo tiene importancia. Como la joven que subía a pie por

Doctor Fleming y entraba en el número 7 sin saludar al portero, sin cruzar siquiera una mirada. No se tenían confianza. Rebobinó la cinta. De tanto pulsar los botones temió que el mando a distancia se estropeará en el momento más inoportuno. Detuvo la imagen y utilizó el zoom para ampliar su cabeza. Sus rasgos se hicieron nítidos en la pantalla. En ese instante Pilar salió del baño y se acomodó a su lado, con la bata de dragones chinos y el pelo envuelto en una toalla a modo de turbante.

—¡Es la prostituta! —dijo al reconocer a la chica.

Frank tenía la vista fija en el televisor y la respiración contenida.

Pulsó el botón de avance y la joven desapareció portal adentro. Repitió la secuencia varias veces para comprobar que realmente se trataba de Marusja Kabasvnokaia. Miraba la fotografía recortada del *ABC* y después llevaba los ojos a la pantalla. Era ella. Cambió el módulo de zoom de la cabeza a los pies y comprobó que llevaba calcetines rojos. Anotó en su libreta la hora que accedía al edificio. La cinta señalaba 16.11.38, las cuatro y once minutos de la tarde. Casi dos horas después de que el Mercedes 350 entrara en el inmueble.

Visionaron juntos el resto de la cinta. A las siete de la tarde (19.00.15) la cámara de seguridad registró al Mercedes 350 salir del garaje, pero la cara de su conductor quedaba difuminada por los reflejos de las farolas sobre el parabrisas. La cinta terminaba a las 00.00.00 horas del día anterior al hallazgo del cadáver y no recogía la salida de Marusja Kabasvnokaia. La joven nunca salió viva del edificio. La rebobinó, apagó el vídeo y dejó el televisor en marcha con un informativo matinal. Cogió el bloc de notas y pasó las páginas. Cabeceó convencido. Todo encajaba, como las piezas milimétricas de un tangrama chino.

—El obispo mató a la chica... —afirmó con preocupación—. El obispo robó la tabla... El muy cabrón me ha utilizado para reafirmar su coartada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —le dijo Pilar.

—En la Biblioteca Nacional encontré una nota biográfica a la que entonces no di importancia, pero ahora la tiene.

—¿Qué nota?

—Es experto en arte, pero también en judo: cinturón negro.

—¿Y qué?

—La necropsia señalaba que la joven murió entre las cinco y las seis de esa tarde a causa de una estrangulación respiratoria. Una técnica de judo que aniquila al contrario por asfixia.

Pilar sacudió la cabeza, incrédula. Frank le miró a la cara como si contemplara su rostro en un espejo. Vio sus propias frustraciones reflejadas en sus ojos. Le cogió las manos y las sintió cálidas y suaves. El turbante le hacía parecer mayor. La bata de seda con dragones chinos, a imitación de un kimono, le daba el toque de excentricidad propio de las viudas ricas. Sólo esperaba que no fuera viuda antes de

casarse.

—El forense sitúa la muerte de la joven entre las cinco y las seis de la tarde —dijo—. Trabajemos con la hipótesis de que el obispo conducía el Mercedes —especuló sin soltarle las manos—. Entró en el edificio a las dos y diecisiete minutos de la tarde. La chica lo hizo a las cuatro y once minutos. El obispo salió a las siete. Una o dos horas después de la muerte de la joven. El vídeo registra hasta las doce en punto de la noche y en ningún momento aparece de nuevo la muchacha. Conclusión: no salió viva.

—Ya entiendo.

Frank le soltó las manos. Se levantó, dio algunos pasos, como si cavilara dónde colocaba la última pieza de las siete que componen el tangrama chino. Se hizo un silencio profundo a su alrededor. Sólo se oía la voz del locutor del informativo y el ruido lejano del tráfico. Quitó el sonido a la televisión y dejó mudo al presentador.

—Mató a la chica... —dictaminó—... La metió en el maletero y se deshizo del cuerpo en la Casa de Campo.

—¿Por qué?

—Porque hay un vínculo de unión entre ambos —afirmó convencido—. La prostituta conocía al obispo. La señora Ulloa, la encargada de la limpieza de la Colegiata, la reconoció. Se fijó en la joven por su forma de vestir, por el descaro de que hacía gala... Porque no rezó la penitencia después de confesarse.

—El rompecabezas toma forma —dijo aliviada.

—Todo encaja. El obispo —argumentó para defender su teoría—, en circunstancias que desconozco, se lió con la joven. No podían verse en un lugar público. Ni siquiera en la casa que compartía con el proxeneta porque le exigió la máxima discreción. Un obispo, miembro del Opus Dei, conservador a ultranza, contrario al aborto, a las tesis aperturistas de la Iglesia, no puede pasearse del brazo de una rusa despampanante. Por supuesto a la joven tampoco le interesaba la publicidad porque no pensaba repartir los beneficios de esta relación con su chulo. Buscaron un sitio reservado, alejado de la diócesis, de miradas indiscretas. Necesitaban un nido de amor y el obispo alquiló el piso de la calle Doctor Fleming y pagaba las facturas a través de la cuenta de ella. —Pilar asentía preocupada—. Allí se reunían —siguió—. Allí se enamoró. Esas cosas pasan. Empezó como un simple desahogo sexual pero acabó enamorado como nunca pensó que pudiera ocurrirle. La carne es débil y los obispos y los curas son de carne y hueso. Se dan miles de casos. El obispo perdió la cabeza y decidió fugarse con ella. No tenía otra salida. Le asustaba el ridículo, el escarnio público. Sabía que la Iglesia le anatematizaría, le excomulgaría, le apartaría definitivamente de su seno, y perdería sus muchos privilegios: su coche oficial, las invitaciones a actos públicos, su lujosa residencia del obispado, sus elevados ingresos, su cohorte de aduladores y servidores... En

definitiva, se quedaría sin medios de vida y Marusja tenía gustos caros. ¿Qué podía hacer? No quería perderla por culpa del dinero. Un hombre enamorado, encoñado, es capaz de cualquier cosa, y el obispo no es la excepción que confirma la regla. Experto en arte, sabía que cualquier cuadro de los muchos que conservan las iglesias de su diócesis le resolvería la vida para siempre. Investigó, buscó, y descubrió una copia no documentada de *La Virgen de la Mosca*. Todo iba sobre ruedas. Mejor de lo que imaginaba. La balanza del destino se inclinaba de su lado. Sólo había un inconveniente. El original estaba protegido por un sistema de alarma. Nada sofisticado, como pude comprobar, pero el obispo desconocía el funcionamiento de esos aparatos. No sabía anularlos, bloquearlos... En cuanto descolgase la tabla sonaría la sirena. Entonces pergeñó un plan sencillo pero eficaz. Decidió robar la tabla una noche de las muchas que acudía a la Colegiata a supervisar las cuentas y a poner en orden los papeles. Esperó a que se marcharan Felipe Viera, el deán, y Santiago Senillosa, el vigilante, los últimos en abandonar la Colegiata todos los días. Se acostó, dejó correr el tiempo, y de madrugada se levantó. Sabía dónde guardaba las llaves el deán. Las cogió, abrió las puertas para simular la huida de los ladrones, después abrió la vitrina, descolgó la tabla y sonó la alarma. El deán tardó unos minutos en llegar, el tiempo suficiente para ocultar la pintura en algún escondrijo que buscó de antemano. Nada complicado porque las iglesias tienen miles de recovecos. Le planteó la situación al deán y le convenció para colgar la copia y evitar el escándalo público. El deán aceptó el cambio como mal menor. Abrió la cámara acorazada con la combinación de urgencia, cogió la copia de la tabla, que permanecía en un estante olvidada, y la colgó en lugar de la original. A los pocos minutos llegó la Guardia Civil. Registraron la Colegiata pero no encontraron nada anormal. Nada forzado ni roto. No faltaba, aparentemente, nada. Dictaminaron que se trataba de una falsa alarma. Unos días después el obispo regresó a la Colegiata, cogió la tabla y la guardó en lugar seguro. ¿Y qué lugar más seguro que el piso de Doctor Fleming?

—De acuerdo —admitió Pilar—. Pero ¿por qué mató a la chica? Según tú hipótesis estaba colado por sus huesos hasta el punto de robar una tabla millonaria para venderla y fugarse de su mano.

—Porque su guión estaba equivocado —puntualizó Frank—. La joven realmente nunca tuvo la intención de fugarse con él. Le doblaba la edad. Ella nunca se enamoró. Nunca le quiso. Sólo pretendía encandilarle. Sólo se acostaba con el obispo por conveniencia, por más de cuatrocientos cincuenta euros el polvo. La chica olió dinero, mucho dinero, y planeó quedarse embarazada para chantajearle. Para amenazarle con hacer público su estado y que soltara una buena cantidad a cambio de su silencio. Con el pago del chantaje en la mano abortaría y le dejaría plantado. Lógico, ¿no?

—Tengo que reconocer que tejes bien la historia.

—Cuando finalmente se quedó embarazada —prosiguió Frank—, el obispo le pidió que abortara pero ella se negó. Entonces comprendió que había sido víctima de un engaño. Marusja conocía la existencia de la tabla. El obispo cometió el error de mostrársela para convencerla de que su proposición iba en serio. De que iban a disfrutar de una buena vida en algún país del Caribe. Marusja era tan guapa como analfabeta, y se paseó por el Rastro preguntando sobre un cuadro con una mosca. En realidad sólo pretendía conocer el valor de la tabla para iniciar el chantaje, para saber qué cifra podía pedirle. No obtuvo respuestas pero no le importó. Pronto se dio cuenta de que el obispo no le mentía sobre el valor del cuadro y le apretó las tuercas. Su silencio tenía un precio muy elevado. El hombre se sintió acorralado. La citó para negociar. No quería perderla. La quería. Le pidió que reflexionara. Intentó convencerla otra vez para fugarse juntos. Pero Marusja se sinceró. Le dijo que nunca había tenido la intención de marcharse con él, que sólo quería su dinero. El obispo se volvió loco. Ella se rió en su cara y el hombre perdió el control. La cogió del cuello y apretó, apretó cegado por la rabia. Cuando recobró la conciencia de sus actos, Marusja yacía muerta entre sus brazos. Sin pretenderlo la había estrangulado con una llave de judo. ¿Qué hacer? Es un hombre frío, calculador. Nadie conocía su relación con la chica. Nadie conocía la existencia del piso de Doctor Fleming. Esperó a que oscureciera, envolvió el cadáver en una manta, lo metió en el maletero del coche, condujo hasta la Casa de Campo y se deshizo del cuerpo en un lugar apartado.

—Tiene lógica —admitió Pilar. Se libró de la toalla anudada a la cabeza y se quedó pensativa—. Pero no comprendo tu papel. ¿Para qué contratarte por una suma tan elevada si siempre tuvo la tabla en sus manos?

—Buena pregunta —convino—. Pero también tengo respuesta.

—Te escucho.

—El deán conocía la verdad —reflexionó—. Sabía que la tabla auténtica había sido robada y el obispo tenía que hacer el paripé. Una cosa es ocultar el robo a la opinión pública y otra muy diferente a las autoridades eclesiásticas. El obispo tenía la obligación de comunicarlo a la Conferencia Episcopal. Lo hizo y de paso se libró de cualquier sospecha. Como coartada sugirió sufragar una investigación interna en absoluto secreto, convencido de que nadie encontraría la tabla ni indicio de los ladrones. A la Conferencia Episcopal le pareció buena idea. Consultó al Vaticano y el Vaticano dio carta blanca con una sola condición: uno de sus hombres controlaría la investigación. En ese momento apareció en escena el padre Manzini, el hombre de Roma encargado de supervisar la operación. Necesitaban a alguien con conocimientos de arte, alguien que trabajara en solitario, que tuviera apuros económicos y no hiciese demasiadas preguntas. Y ahí entro yo en escena. Me ha utilizado, ¿comprendes? Ese hijo de puta me ha utilizado. Nunca pensó en pagarme porque nunca supuso que pudiera descubrir su complot.

—Tiene lógica.

—Sólo hay un punto negro —pensó en voz alta—. Algo que no comprendo. ¿Por qué no robó la copia? Nadie conocía su existencia, o casi nadie. Se hubiese ahorrado muchos quebraderos de cabeza.

—A eso puedo responderte yo —intervino Pilar—. La copia, pese a ser supuestamente idéntica al original, tiene algunas diferencias, como todas las copias documentadas de la tabla. Diferencias mínimas, sólo visibles para un experto, pero que establecen su valor a la baja. Además —añadió—, al ser una copia desconocida, antes de venderla hay que demostrar su antigüedad y autoría, y eso comporta someterla a un estudio concienzudo para conseguir un certificado. Y lo más importante —apuntilló—, las copias son apócrifas y anónimas. Ninguna, incluyendo la copia de marras, se atribuye al maestro de la Sangre o a Gerard David, y este factor también baja notablemente el precio. Un original es un original. El obispo conoce al dedillo estos detalles.

—Todo encaja —musitó.

—Y me alegro —suspiró complacida—. Ahora sólo queda llamar a la policía, contarle lo que sabes y olvidarte del caso definitivamente. Bien está lo que bien acaba.

Frank no estaba de acuerdo con aquel final, pero no le dijo nada de momento. Había hilvanado su hipótesis con pruebas circunstanciales, sin un dato comprobado en firme. Sólo su investigación y una cinta de vídeo sostenían la teoría del delito. Por fin había mordido a la presa y no pensaba soltarla a la primera de cambio. Tenía que averiguar si *La Virgen de la Mosca* estaba realmente en el piso de Doctor Fleming, y si el obispo conducía aquella tarde el Mercedes 350. Cuando lo comprobara vendría lo más difícil. Contactaría con el obispo, le expondría los hechos y le exigiría el pago de sus honorarios, de los ciento ochenta mil euros. Un trato es un trato y había cumplido su parte del mismo. Compraría su silencio sin ninguna duda. Cobraría y desaparecería una temporada para ajustarle las cuentas a Manzini. Después haría su sueño realidad.

—Pilar —dijo pausadamente, tomándole las manos—, necesitamos el dinero y voy a conseguirlo.

—¡Llama a la policía! —insistió ella—. Y olvídate del dinero.

—La llamaré, pero aún no —dijo—. El plazo de tu ultimátum todavía no ha terminado.

El inspector Sangüesa, del Segundo Grupo de Homicidios, comunicó su posición a través de la emisora: «Fénix Uno a Fénix Dos... Cambio... Adelante, Fénix Uno... Cambio... El pájaro sobrevuela el Bernabéu... Cambio... Enterado, Fénix Uno... Mantenga su posición... Repito... Mantenga su posición... Llegaré en cinco

minutos... Cambio... Recibido, Fénix Dos... Posición estática... Cambio y fuera...». Paró el motor y se quedó en el interior del coche a la espera del capitán Giuliani.

Pilar y Frank entraron en el portal del número 7 de Doctor Fleming. El portero les reconoció y se levantó de su cubículo con pereza. Estaba cansado. Acababa de sentarse después de barrer y fregar el vestíbulo, bajar al sótano algunos fardos de basura y subir la compra a varias vecinas.

—Buenos días —dijo solícito—. ¿En qué puedo ayudarles hoy? ¿Todavía buscan al propietario del Mercedes? Hace media hora vi entrar el coche...

—¿Podría indicarnos el acceso al garaje?

—Sí, cómo no.

Les señaló una puerta de madera contrachapada, del mismo color de las paredes, que se abría en un lateral del vestíbulo. Recorrieron el garaje hasta dar con el Mercedes 350. La matrícula coincidía. Tocó el capó y todavía estaba caliente. El ruido del ascensor les advirtió de la presencia inmediata de alguien en el sótano. Se llevó el dedo índice a los labios, para indicarle que guardara silencio, y le señaló la puerta de un cuarto trastero. Entraron y la oscuridad les envolvió. Cada vez que movían los pies sonaba un chip, chip bajo la suela de sus zapatos. Sólo percibían una humedad pegajosa que calaba los huesos y producía escalofríos. Pilar palpó las paredes del cuartucho, en busca de un interruptor para encender la luz, pero sus dedos se enredaron en los hilos de una telaraña. Casi suelta un grito. Odiaba a las arañas, a las moscas, a los escarabajos, a las cucarachas, a los mosquitos..., odiaba a todos los insectos de la Tierra.

Frank pegó el oído a la puerta y escuchó los pasos y la conversación entrecortada de dos hombres. Dos abogados, según dedujo de los tecnicismos que empleaban. Discutían sobre la defensa a seguir en el proceso a un cliente. Poco a poco las voces y los pasos se alejaron. Oyó el motor de arranque de un vehículo, un acelerón seguido de un chirrido de ruedas, y de nuevo el silencio. Abrió un poco la puerta y miró a través de la rendija. Ya se habían ido. Pilar aprovechó la poca claridad para dar con el interruptor. Giró la clavija y dos bombillas de poca intensidad, envueltas por una tupida tela de araña, iluminaron el cuartucho. Gritó al ver correr a cientos de cucarachas por los contadores de agua que ocupaban las paredes. Las viejas tuberías rezumaban gotas que se deslizaban por las paredes hasta formar pequeños charcos.

Inspeccionaron el cuartucho por si tuviera acceso directo a las viviendas por una escalera de servicio. Al fondo de un estrecho y corto pasillo vieron otra puerta. La abrieron. Una vaharada pestilente les hizo retroceder. El cuartito no tenía ventilación. El aire estaba enrarecido. Oía a moho y a orines de gato. El espacio lo ocupaban un montón de trastos viejos: muebles cochambrosos, tumbonas de estructura oxidada, una cornucopia carente de espejo, sillas sin tapizado, una sombrilla de playa con la lona agujereada, juguetes rotos, somieres de flejes con muelles..., y dos gatos que

entraban y salían por un agujero abierto a fuerza de puntapiés en el contrachapado de la puerta.

No había otro acceso, salvo la escalera que habían utilizado para llegar al garaje y el ascensor.

—Espérame en la cafetería La Braserade, aquí al lado.

Pilar se cruzó de brazos y sacudió la cabeza como una niña.

—No, no quiero dejarte solo. Además, a tu lado me siento más segura, más tranquila.

—Voy a entrar al piso —le dijo Frank— y las cosas pueden complicarse. Me ayudarás más desde fuera...

—Ahí dentro hay gente —señaló angustiada—. Es peligroso entrar. ¿Cómo lo vas a hacer?

—No te preocupes y espérame en la cafetería —dijo para tranquilizarla—. Me las arreglaré.

—Pero ¿y si te ocurre algo?

—Hagamos un trato —le propuso—. Si dentro de una hora no estoy de vuelta llama a este número. —Le entregó la tarjeta con el teléfono de contacto del capitán Giuliani—. Identifícate. Cuéntale lo que sabes. Pero pase lo que pase no subas al piso. ¿Entendido?

—Entendido —repitió Pilar sin convencimiento, con la mirada puesta en la cartulina.

Se despidieron con un beso. Un beso de pasión y de amor, pero también de temor. Pilar temblaba de miedo pensando en que pudiera ocurrirle algo. Se alejó sin volver la vista atrás y tomó el ascensor hacia el vestíbulo para ganar la calle.

El inspector Sangüesa paseaba por la acera como si esperara a un amigo. Tenía órdenes estrictas de vigilar la entrada al edificio. Algo más apartado, junto a la agencia de Cajamar, el capitán Giuliani disimulaba sentado en un banco con *Il Corriere della Sera* desplegado ante sí, mientras controlaba los vehículos que entraban y salían del edificio.

Frank echó un último vistazo al garaje. Apoyados en la pared descubrió varios sacos de basura y decidió remover su contenido. Almacenaban cajas de cartón, periódicos, papeles y envoltorios para ser reciclados. De un saco cogió una caja de cartón grasienta, con notorias manchas de aceite, y en su interior un trozo de pizza seco como la suela de un zapato. Le serviría para su mascarada.

Al llegar al tercer piso desenfundó su Colt, le colocó una bala en la recámara y desbloqueó el seguro. Se encaminó a la única puerta del rellano y pegó el oído a la madera.

Escuchó una voz que hablaba a gritos y decidió actuar. Colocó la caja de cartón

con el logotipo de Telepizza cerca de la mirilla para cegar completamente el campo de visión y pulsó el timbre. Sonó un zumbido grave, de moscardón moribundo. Las voces callaron. Se hizo el silencio. Se apartó un poco y encañonó la puerta. Nadie abrió e insistió con otro timbrazo más prolongado que el anterior.

—¿Quién es? —gritó una voz desde el interior.

—¡Telepizza, señor! —dijo con acento argentino.

—Se equivoca de puerta —atajó la voz—. Aquí nadie ha pedido pizza.

—Mi nota de entrega asegura que sí —esgrimió como justificación, y fingió leerla—. Doctor Fleming, siete, tercer piso. Es aquí, ¿no?

Hubo otro silencio prolongado. Por un instante pensó que su mascarada iba a fracasar. Mantenía un brazo extendido con la caja de cartón y el logotipo de Telepizza frente a la mirilla, y con el otro sujetaba el arma y encañonaba la puerta. Volvió a pulsar el timbre con insistencia. Unos pasos le indicaron que alguien se acercaba a la mirilla. Oyó correr los pestillos. Apretó el arma con fuerza. La puerta cedió unos centímetros, dio una patada y entró como un torbellino. La voz anónima tomó cuerpo. El padre Manzini trastabilló a consecuencia del empujón. Había caído en la trampa. Le apuntó justo en el pecho. Esperaba que apareciera alguien más pero nadie salió en su ayuda.

—Las manos en la nuca —le ordenó sin dejar de mirarle a los ojos.

—Debí suponerlo —dijo Manzini con rabia contenida.

Frank cerró la puerta. Sin dejar de apuntarle le llevó a empellones hasta un amplio salón lujosamente amueblado. Atado de pies y manos a una silla victoriana descubrió al obispo. Tenía la cabeza ladeada y parecía inconsciente, con la respiración convulsa y los ojos en blanco. Se acercó y le tomó el pulso en la vena del cuello.

—Está sedado —le tranquilizó Manzini—. ¿Conoce los efectos del amytal sódico?

—Tumbese en el suelo —le ordenó Frank.

Manzini obedeció. Se tendió sobre una alfombra persa, con los brazos y las piernas en aspa, y Frank procedió a registrarle de arriba abajo con el cañón de su arma apoyado en la nuca. Al pasar la mano por la cintura descubrió la pistola y el silenciador. Se llevó la Walther P-28 a la nariz y percibió un tenue olor a pólvora. Había sido disparada hacía poco. Vacío el cargador y la arrojó sobre uno de los sofás. Cuando terminó de registrarle le ordenó que se pusiera de pie. Manzini obedeció, manso, sin desdibujar su sonrisa de los labios. Parecía no importarle que le apuntara con un arma.

Frank se acercó al obispo y le dio unos golpecillos en las mejillas para intentar reanimarle. Estaba completamente sedado. Con un movimiento del Colt ordenó al padre Manzini que caminara unos pasos delante para registrar el resto de la casa. Empezó por la cocina, amplia con muebles y grifería de diseño y electrodomésticos

de última generación. Abrió la nevera y no encontró restos de comida, lo que reforzó su teoría de que el piso sólo se usaba de picadero.

—Estamos solos, detective —afirmó con sorna el sacerdote, como si la soledad jugara a su favor.

Frank no le hizo caso, e inspeccionó una a una las cinco habitaciones. Estaban decoradas con gusto y muebles caros. Apoyada en los cojines de la cama de la alcoba principal, vestida con una colcha de filigrana de bolillos, encontró lo que buscaba: la tabla renacentista de *La Virgen de la Mosca*. Frank tuvo un respingo de emoción. Había cumplido su objetivo. O casi. Miró la pintura. Estaba en perfectas condiciones. La primera obra robada que recuperó al frente del Grupo de Defensa del Patrimonio la encontró en un taller mecánico repleta de manchas de grasa.

Dejó la tabla sobre la cama, con la puerta abierta para no perderla de vista, y entró en el baño con suelos de mármol, bañera de hidromasaje y toallas de algodón bordadas a mano. Ante la mirada irónica de Manzini, cogió un vaso, lo llenó de agua y regresó al salón. Arrojó el agua con fuerza sobre la cara del obispo y el líquido frío le hizo recobrar el sentido durante unos segundos. Al levantar la cabeza su rostro mostró varios moratones y un corte en la mejilla. El padre Manzini se había empleado a fondo.

—Sáqueme de aquí —farfulló el obispo con esfuerzo, y un hilo sanguinolento escapó de sus labios.

Frank le desató de pies y manos, sin dejar de encañonar al padre Manzini, y le ayudó a recostarse en un sillón. No podía mantener la cabeza erguida. Le vencía el sopor que producía el amytal. En su estado, con pérdida absoluta de la voluntad por efecto de la droga, el padre Manzini había iniciado su interrogatorio con una finalidad que Frank desconocía y ahora iba a averiguar.

—Tengo muchas preguntas y espero sus respuestas —dijo en tono amenazante.

—Guarde su arma —le increpó el sacerdote—. No me intimida en absoluto.

—Prefiero tenerla a mano, padre Manzini, Norberto Manzini —especificó—, ¿o debo seguir llamándole Giuseppe Bonatti?

—Llámeme como quiera —dijo con desprecio—. Personalmente prefiero Bonatti. Lo tomé de Guido Bonatti, un alquimista y astrólogo florentino del siglo trece al servicio del conde de Montefeltro, para quien dirigió operaciones militares basándose en la astrología. Al final de su vida ingresó en la orden franciscana.

—Muy interesante —se burló—. Pero me gusta llamar a la gente por su verdadero nombre.

—Sé que conoce mi identidad —admitió con otra sonrisa—. Le he controlado. Aunque supongo que ya lo sabe. Como sabe que ha sido usted quien me ha conducido hasta aquí. Hasta la guarida de este pobre diablo —dijo señalando al obispo.

—¿Qué pinta en este asunto?

—¿De verdad no conoce la respuesta? —bromeó—. No puedo creerlo.

—Quiero su versión y la quiero ahora.

—Digamos, detective, que soy el enviado de Dios para guardar su buen nombre en la Tierra.

—¿Mató al vigilante? ¿A Santiago Senillosa?

—¿Por qué me lo pregunta si ya lo sabe?

—¿Qué pretende? —Frank señaló al obispo, que había perdido de nuevo el conocimiento—. Están en el mismo bando. ¿No es cierto?

—No, no es cierto —adujo—. Sólo quería averiguar si tenía cómplices.

—Cuénteme algo más interesante.

—Se dejó tentar por el diablo —espetó Manzini con rabia— y abrazó el tercero de los siete pecados capitales...

—¿Tenía que eliminar a los testigos del robo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Sólo cumplo órdenes...

—Es usted un asesino.

—Permítame que discrepe, señor Dónovan —subrayó—. Yo sólo hago mi trabajo, como usted hace el suyo.

—Matar es un delito —replicó el detective.

—Sólo Dios puede juzgar lo justo y lo injusto. Incluso Caín, que asesinó a su hermano Abel, quedó bajo la protección de Dios contra la injusticia de los hombres. Ahora me toca a mí el papel de Caín.

—Los jueces no serán tan indulgentes como su Dios.

—Hagamos un trato, señor Dónovan. —Le dejó hablar—. Permítame hacer una llamada. Sólo una llamada y cobrará los ciento ochenta mil euros ahora mismo, mediante una transferencia telefónica a su cuenta corriente. A cambio se olvida del asunto. Piénselo. Ciento ochenta mil euros libres de impuestos —insistió—. Se le contrató para recuperar la tabla. Ha hecho bien su trabajo. Cobre y olvídense. Vuelva a su rutina. Yo me encargaré del resto.

—No hay trato —dijo Frank antes de tan siquiera pensar en la cifra.

—Es un necio.

—Quizá, pero usted se pudrirá en la cárcel.

—No esté tan seguro.

El padre Manzini se quedó callado mientras decidía el siguiente paso. Miró al obispo, que sufría convulsiones estertóreas, y sonrió. A cada poco su cuerpo se agitaba como sacudido por una pequeña descarga eléctrica. Había traicionado a la Iglesia y no sentía ninguna compasión hacia él. Una segunda dosis le hubiese dejado

en estado de coma irreversible y se hubiese podrido el resto de su vida en una residencia para sacerdotes. Matar a un obispo resultaba demasiado arriesgado. Los cadáveres acaban apareciendo y hablan a los forenses como si estuviesen vivos. En estado vegetativo nadie sospecharía. Después colgaría la tabla original en su sitio y trasladaría la copia a Roma por valija diplomática. Lo tenía todo planeado excepto que el detective irrumpiera en la casa. Su turno llegaba más tarde.

Tenía que ganar tiempo para recuperar el control de la situación. Sólo unos minutos más y cumpliría su misión. Rezó en silencio: «Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la Tierra como en el Cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día, perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden, no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal... Amén». Respiró con profundidad y sonrió complacido. Sin proponérselo mataría dos pájaros de un tiro.

—¿Me permite fumar? —dijo tranquilamente.

Frank accedió y le vio coger una cajetilla de Phillips Morris de la mesa de centro, sacar un pitillo y prenderlo en la llama de un mechero con apoyo de cristal tallado. Manzini dio una calada profunda, relajada, y lanzó una voluta de humo en su dirección. Dio una segunda calada. Aquel hombre hacía gala de una serenidad asombrosa. Frank descolgó el teléfono para llamar a la policía.

—Se cree muy listo, detective, pero no lo es —afirmó, cegado por dos chorros de humo que escapaban de su nariz—. Ha tenido su oportunidad de oro y la ha desperdiciado. Cuelgue —le ordenó Manzini—. Se acabó el juego. Ya ha agotado mi paciencia. Suelte el arma o volaremos por los aires.

—No pierde su sentido del humor.

—Hablo en serio —dijo sin atisbo de bromear—. Hay suficiente gas bajo nuestros pies para volar el edificio en mil pedazos. ¡Respire hondo!... ¡Vamos, respire!...

Sólo entonces Frank cayó en la cuenta del extraño olor que desde hacia un rato flotaba en el ambiente: un inconfundible tufo a huevos podridos. El tufo del metilmercaptano, un gas utilizado como aditivo en los gases naturales inodoros para detectar los escapes.

Manzini sonrió felicitándose por su pericia. Mientras Frank registraba la nevera, había abierto con disimulo las espitas de los fogones. El gas se extendía por el piso como el agua de un manantial.

—Guardé su arma o dejaré caer el cigarrillo —insistió con la serena intención de cumplir su amenaza.

Frank colgó el teléfono. No tenía otra opción. No podía poner en peligro su vida, y no podía permitir que el incendio destruyera la tabla. Desarmó el percutor de su Colt MK-IV y, bajando las manos despacio, lo posó sobre la mesa de centro. El padre Manzini no estaba loco. Simplemente cumplía a rajatabla sus órdenes, y si para ello

debía inmolarse pensaba hacerlo. La intensidad de la fetidez aumentaba minuto a minuto y pronto estallaría el edificio entero aunque no dejara caer el cigarrillo.

—Su sacrificio será en vano —dijo, en busca de un argumento—. No estoy solo en esto. Hay más gente involucrada. Podemos volar juntos pero la verdad saldrá a la luz y usted fracasará... La Iglesia fracasará...

Manzini soltó una carcajada. Se llevó el pitillo a los labios y fumó con placer. No parecía importarle que el tiempo se acabara. Ni siquiera le temblaba el pulso. Lanzó una bocanada azulada hacia el obispo, que farfullaba palabras sin sentido por efecto de la droga, y se adelantó para colocarse frente a frente.

—¿Se refiere al comisario Gálvez?

—Sí —afirmó Frank—. Está al corriente de todo.

—Su amigo penetró en el sistema de seguridad del Vaticano y averiguó mi verdadera identidad. ¿Correcto? —Frank guardó silencio, expectante—. Confió demasiado en su suerte —arremetió—. Uno de nuestros agentes a cargo de la seguridad siguió el rastro informático. No puede jugarse a los espías sin asumir riesgos. ¿Está de acuerdo?

—El comisario conoce su verdadera identidad, su militancia en el Grupo Operativo del Servicio de Información del Vaticano y su implicación en los asesinatos de Santiago Senillosa y Carlos Soto. Puede morir y puede matar por su causa, padre Manzini, pero su misión fracasará porque la verdad saldrá a la luz. Créame, nadie colocará una medalla sobre su ataúd.

Manzini se llevó el cigarrillo a los labios, aspiró la nicotina y retuvo el humo en los pulmones. Después lo expulsó despacio. El olor a huevos podridos aumentaba.

Frank evaluó todas sus opciones. Podía abalanzarse sobre el sacerdote, pero en el forcejeo el cigarrillo caería de su mano y había suficiente gas acumulado a ras del parqué para provocar una explosión. Podía intentar coger su arma y dispararle. Daría en el blanco. Acabaría con el padre Manzini. Todavía se sentía ágil para una maniobra de ese tipo, pero el cigarrillo también caería de su mano y explotaría el gas. ¿Qué otras opciones le quedaban? Le había menospreciado.

—Apague el cigarrillo —dijo sin convencimiento—. Aún está a tiempo de evitar males mayores.

—No confíe en que su amigo le cubra las espaldas —soltó Manzini—. ¡Está solo, detective!... —gritó, y se echó a reír.

Frank notó un escalofrío, una descarga de adrenalina que aumentó el ritmo de su corazón y preparó sus músculos para el esfuerzo. Una tormenta de cólera le recorrió la piel. Tenía que haberlo supuesto. La pistola, el silenciador, el olor a pólvora en el cañón... La respuesta a su pregunta: ¿Tenía que eliminar a los testigos del robo? «Sí..., sí..., sí...,». Oyó el eco de la respuesta apagarse en su cabeza. El corazón estaba a punto de estallarle. Pensó en Pilar. No..., ella no..., no... Nadie le haría

daño. Se lo había jurado. Los oídos le zumbaron como si un enjambre de abejas hubiese anidado en ellos. Un pitido agudo taladró su cabeza. Sin saber cómo, sin ser dueño de sus actos, se abalanzó sobre el padre Manzini. El tiempo se detuvo a su alrededor. Le vio soltar el cigarrillo. Sus ojos se llenaron de un resplandor azulado. Un calor intenso le abrasó el pecho. Se elevó por los aires y cayó con la ropa en llamas sobre un sofá que volcó con el impulso. Quedó atrapado debajo. Quiso levantarse pero no pudo. Las fuerzas le fallaron. Los objetos se hicieron trémulos, como si alguien los agitara con violencia. La vista se le nubló y perdió el conocimiento.

La explosión retumbó como un cañonazo y sembró la calle de cristales. Pilar salió de la cafetería, entre los empujones y los gritos de la clientela que abarrotaba el local. Miró hacia arriba y vio el tercer piso envuelto en llamas. «¡Dios mío!», musitó aterrada. Las ventanas estaban arrancadas de cuajo y el fuego lamía la fachada como la gigantesca lengua de un dragón. Una columna de humo se alzaba hacia el cielo. Los vecinos de los pisos superiores pedían ayuda a gritos desde las terrazas y agitaban pañuelos. Las sirenas de las alarmas ululaban enloquecidas. El miedo la paralizó. Alguien la cogió del brazo, la apartó para que una lluvia de cristales no le cayera encima y la zarandeó como a un muñeco de trapo para que reaccionara.

—Frank..., Frank... —tartamudeó con un hilo de voz.

—¿Está ahí arriba? —le preguntó el hombre sin soltarla del brazo.

—Sí —balbució aturdida por una segunda explosión.

—¡Inspector Sangüesa! —gritó el capitán Giuliani—, controle la entrada y pida refuerzos. —Luego se dirigió a Pilar—: Y usted no se mueva de aquí.

Giuliani sacó un pañuelo, se cubrió la nariz y la boca y penetró en el portal. Por la escalera bajaban grupos de vecinos en desbandada. Le empujaron y estuvo a punto de perder el equilibrio. Tosió. Se asfixiaba. Se agachó y llenó los pulmones de aire para avanzar un poco más. Pilar le imitó procurando que no la viera. No podía quedarse abajo, debía encontrar a Frank. Dos vecinos que huían hacia la calle la atropellaron. Oyó un estruendo. El ascensor se había desplomado. Subió al segundo piso. El calor aumentaba a medida que se acercaba al foco del incendio. Ganó el rellano del tercer piso. La puerta había saltado en pedazos. El interior ardía por los cuatro costados. Una antorcha humana se le vino encima. Se hizo a un lado y el bulto se estrelló contra un aparador repleto de cristalería fina. Quedó tendido en el suelo, carbonizado, sin facciones reconocibles, como un maniquí. Otro cuerpo ardía en un sillón. Creyó que iba a desmayarse.

—¡Frank!... ¡Frank!... —gritó desde la puerta— ¡Le dije que se quedara abajo!

—¡Está vivo!... ¡Sáquele de aquí!... —aulló Pilar—. ¡Se lo ruego!

—Está bien, déjelo de mi cuenta... Salga ahora mismo de aquí.

El capitán Giuliani apartó el sofá y liberó el cuerpo de Frank. La tapicería y el relleno ardían y una llamarada le rozó la cara. No podía perder ni un segundo o morirían abrasados o asfixiados. El aire caliente le quemaba los pulmones a cada respiración. Cargó el cuerpo inconsciente sobre sus hombros y salió por la puerta. Las llamas ganaban terreno y el humo se hacía más espeso.

Pilar, casi en estado de choque, contemplaba con horror los dos cadáveres carbonizados, apergaminados como un cuero viejo.

—¡Corra!..., ¡corra!... —le gritó el policía ahogado por el humo.

Capítulo 9

No sabía el tiempo que había pasado inconsciente. No sabía dónde estaba. Sólo escuchaba un bippp..., bippp..., bippp..., rítmico, acompasado, casi melódico. Sus ojos le mostraban las imágenes envueltas en un tejido de muselina que le impedía ver los objetos con nitidez. Intentó llevarse las manos a la cara, para restregarse los párpados y borrar la tela que le envolvía la cabeza, pero no pudo. Estaba atado de pies y manos, inmóvil en una cama. Parpadeó, cerró una y otra vez los ojos con fuerza, y el velo desapareció poco a poco, como desaparecen las nieblas matutinas. Estaba en una habitación pequeña, pulcra, una habitación de paredes blancas, luces blancas, cortinas blancas, sábanas blancas..., una habitación de hospital. Se sintió cansado, dolorido. De su pecho y de sus dedos arrancaban un montón de cables, de electrodos para controlar sus constantes vitales. A través de un catéter, en el dorso de la mano, le inyectaban líquidos que colgaban de cinco botellas de cristal. Le dolían las cervicales. Giró el cuello en dirección al origen del bippp..., bippp..., bippp... En una pantalla danzaban al compás de aquel sonido monocorde varias gráficas: unas curvas, otras con dientes de sierra, y pequeños números que supuso indicadores de su ritmo cardíaco.

Hizo un esfuerzo por recordar cómo había llegado hasta allí, pero su memoria se mostraba confusa. No tenía una secuencia clara de los hechos. Sólo imágenes sueltas, como fotogramas descartados durante el montaje de una película. Se imaginó de pie, empuñando su Colt MK-IV frente al padre Manzini, pero no recordaba nada más. Sólo el vacío, un túnel oscuro sin final. Alguna imagen vaga. Como si después de aquella secuencia su vida se hubiese detenido, sus recuerdos se hubiesen borrado. Prefería morir a perder la memoria. La puerta de la habitación se abrió. Una luz intensa entró por la rendija y dibujó la silueta de Pilar.

—¿Dónde estoy? —le preguntó confuso, con la voz apagada y la boca seca.

—En el hospital Gregorio Marañón —respondió aliviada al verle consciente—. ¿Cómo te encuentras?

—Eso deberías decírmelo tú.

—Has sufrido quemaduras en las manos y los brazos —dijo Pilar; su voz nunca había sonado más dulce, y nunca la había visto más hermosa—, y un ligero traumatismo con pérdida de la conciencia, pero nada grave en opinión de los doctores. Te pondrás bien en unas semanas.

—¿Quemaduras?

—Hubo una explosión... ¿Recuerdas?...

—No... —musitó Frank con el ceño fruncido, como los viejos que intentan recordar dónde han dejado las cosas—. Cuéntame qué pasó... Mi cabeza está hecha un lío...

—Me dijiste que te esperara en la cafetería La Braserade, junto al número siete de Doctor Fleming. ¿Recuerdas eso? —Le vio asentir, como si sus palabras tomaran forma en su conciencia—. Si pasada una hora no te reunías conmigo tenía que llamar a este número de teléfono. —Sacó del bolso la tarjeta y se la mostró—. Pero nada ocurrió según lo previsto. A la media hora hubo una explosión...

—Sí..., sí... —murmuró Frank con un destello de lucidez, y desgranó los acontecimientos de manera entrecortada, a medida que se instalaban en su mente como los datos de un CD en el disco duro de un ordenador—. Intentaba sonsacar al padre Manzini... El obispo... El cigarrillo...

—Gracias a Dios que estás vivo —suspiró Pilar.

—¿Cuántos días llevo aquí?

—Uno, sólo uno, pero me ha parecido una eternidad.

—Desátame —le suplicó.

Había recobrado casi por completo la memoria y se sentía mucho mejor. Más aliviado, más vivo. Le asustaba perder los recuerdos, como le asustaba perder un brazo, una pierna, la vista, la movilidad. No se imaginaba convertido en un amnésico como Harrison Ford en *A propósito de Henry*. Respiró con profundidad. Bippp..., bippp..., bippp... Pilar miró el aparato. Su pulso había disminuido a sesenta y ocho latidos por minuto.

Le desabrochó las correas que le sujetaban de brazos y pies, para evitar que se autolesionara, acercó una silla al borde de la cama y se sentó a su lado. Le acarició en silencio. Cogió una toallita, la humedeció en el agua de una pequeña jofaina de plástico y le refrescó la frente como había hecho decenas de veces durante el día que llevaba en el hospital. Frank notó el frescor y sonrió. Sonrió por primera vez desde que había abierto los ojos.

—Ahí fuera hay alguien que quiere verte —le dijo entonces Pilar.

—¿Quién es?

—El hombre de la tarjeta —respondió, y apuntilló a la espera de su reacción—: el capitán Enzo Giuliani.

Frank meneó la cabeza en una señal de rechazo. Pilar le levantó un poco la almohada para que estuviera más cómodo. Pulsó un botón del mando que colgaba de la barandilla de la cama, y el zumbido de un motor eléctrico alzó el cabecero.

—¿Mejor así?

—Sí, mucho mejor.

—El capitán Giuliani —dijo posando un beso en su frente— te salvó la vida.

—¿Me salvó la vida?

—Cuando se produjo la explosión... Bueno, ya te lo contará él, o yo luego... Deberías estarle agradecido.

Salió de la habitación unos segundos y regresó acompañada de dos hombres. Uno

era el capitán Giuliani, al otro Frank no le había visto en su vida. Se acercaron a la cama y el capitán le saludó. Frank levantó un brazo y sintió un fuerte pinchazo. Por primera vez tomó conciencia de que sus extremidades estaban completamente vendadas. Los goteros tintinearón.

—¿Cómo está, detective?

—Bien, gracias a usted, según me han dicho...

Giuliani sonrió y miró el aparato que controlaba las constantes vitales.

—Déjeme que le presente... —señaló a su acompañante—... al inspector Sangüesa, del Segundo Grupo de Homicidios. —Frank le miró con indiferencia—. Me gustaría hacerle unas preguntas, señor Dónovan —prosiguió el capitán—. Pero sólo si se encuentra en condiciones. No quisiera importunarle.

—Estoy bien. No tengo inconveniente siempre y cuando sea un asunto personal. Entre usted y yo —apuntilló mientras dirigía una mirada al inspector del Grupo de Homicidios.

—Cuando salga de aquí tendrá que responder muchas preguntas —replicó el inspector, molesto—. Y a la mínima... —acotó un pequeño espacio entre los dedos pulgar e índice—... haré trizas su licencia. ¿Lo comprende?

—¡Váyase a la mierda! —estalló Frank.

—¡Le juro que me encargaré personalmente de usted!... —sentenció el policía con un dedo amenazante.

—¡Ya basta, inspector! —intervino el capitán con autoridad—. Salga de la habitación...

—¡No puedo consentir!...

—¡Salga! —le ordenó—. No me obligue a recordarle que está bajo mis órdenes.

El policía contuvo su ira. Se abrochó los botones de la americana y salió de la habitación.

—No se preocupe por el inspector Sangüesa —dijo Giuliani—. Me encargaré de apartarle del caso.

—Voy a marcharme —intercedió Pilar dispuesta a salir también por la puerta—. Ustedes tienen mucho de qué hablar.

—Quédate. Te lo ruego. —La retuvo con una mirada—. ¿Le importa?

—Por mí no hay inconveniente.

Pilar dudo unos segundos y después accedió. Colocó la silla algo apartada de la cama, se sentó y escuchó en absoluto silencio, como si no existiera.

—Sólo le pido sinceridad, detective —arrancó el capitán con el recuerdo de su encuentro anterior—. Nada de mentiras.

—Le doy mi palabra de honor —dijo—. Pero con una condición.

—Adelante.

—Respóndame sólo una pregunta —le pidió con dificultad para tragar saliva—.

¿Ha muerto el comisario Gálvez?

—Sí —afirmó sin rodeos.

Pilar se llevó una mano a la boca.

—Le mató Manzini, ¿verdad?

—La investigación todavía no ha concluido, pero sobre ese aspecto no hay ninguna duda.

—Lo confesó antes de la explosión... —recordó Frank—. ¿Cómo lo hizo?

—No lo sabemos con seguridad —admitió—. Ya le he dicho que la investigación todavía sigue en curso. Supuestamente le llamó de madrugada haciéndose pasar por un médico del hospital Puerta de Hierro. Hemos encontrado las huellas de Manzini en una cabina próxima al domicilio del comisario Gálvez y el registro de llamadas confirma la hipótesis. Seguramente le dijo que su mujer estaba muy grave y que debía acudir lo antes posible. Sólo pretendía hacerle salir de casa. Le esperó en el garaje y le mató. Dos disparos hechos con un arma silenciada. Balística todavía no ha identificado los proyectiles, pero así ocurrió, más o menos.

—Tenía que haber comprobado la llamada —se lamentó Frank con la vista en una gota que temblaba en su botella antes de desaparecer en el tubo del catéter.

—Un error muy humano —adujo Giuliani—, teniendo en cuenta que su mujer se moría de cáncer en el hospital.

—¿Lo sabe ella?

—El destino le ahorró ese mal trago —reflexionó—. Falleció a la mañana siguiente. Estaba muy grave. Leucemia terminal.

—Ahora navegarán juntos —murmuró Frank.

Se hizo un silencio profundo. Fuera de la habitación las voces de las enfermeras sonaban lejanas, como el rumor de olas en un mar en calma. Frank respiró. Le costaba meter aire en los pulmones. Sintió una opresión en el pecho.

Un nudo en la garganta. Deseaba llorar pero no podía. Sus ojos estaban secos.

—Si quiere vuelvo otro día —le sugirió Giuliani al ver su angustia—. Ya no tengo prisa por conocer la verdad.

—Estoy bien..., estoy bien... —replicó—. Dame un poco de agua, por favor. Tengo la boca seca.

Pilar se levantó, vertió agua mineral en un vaso y se lo acercó a los labios. Frank bebió despacio, mientras el capitán Giuliani miraba el monitor. Los latidos volvieron a la normalidad. Frank terminó de beber y se reclinó sobre la almohada.

—Su turno —dijo con fatiga—. Pregunte lo que quiera.

—¿Qué investigaba? —le preguntó Giuliani de manera directa, pero en tono conciliador.

—Un robo —respondió, como si el recuerdo fuese lejano, como si los sucesos que le interesaban al capitán hubiesen ocurrido hacía muchos años—. El robo de una

tabla en la Colegiata de Toro —precisó—. El obispo de Zamora, monseñor Salgado, me contrató para recuperarla.

—¿Por qué no acudió a la policía? ¿Por qué le contrató a usted?

—La explicación es larga —dijo Frank recordando su prolongada entrevista con el obispo en el hotel La Bobadilla—. Pero digamos que temía un escándalo público. —Hizo una pausa—. A su segunda pregunta no puedo contestarle con absoluta certeza. Me utilizó como coartada. Supongo que mis conocimientos de arte tuvieron algo que ver. En un tiempo dirigí el Grupo de Defensa del Patrimonio. ¿Recuerda a Erik el Belga?

—Sí, por supuesto.

—Yo le detuve —dijo, como si necesitara confirmárselo a sí mismo.

—¿El asesinato de Carlos Soto guarda relación con el robo? —siguió con su interrogatorio.

—Sí —afirmó Frank con tristeza—. Usted lo sospechaba. Sospechaba de la conexión entre Soto, Manzini y yo. ¿No es así?

—Le interrogué al respecto y me mintió.

—Usted hubiese hecho lo mismo —se justificó—. Estaba en plena investigación y no podía revelar mis fuentes, mis contactos, el estado de mis pesquisas. Nadie pone las cartas boca arriba ante un desconocido.

—Intenté ayudarle —protestó.

—Lo sé...

—¿Por qué asesinó Manzini a Soto?

—Por la misma razón que asesinó al comisario Gálvez —dijo Frank con rabia contenida—. Puso el dedo en la llaga. Unos días antes apareció ahogado Santiago Senillosa, el vigilante de la Colegiata. Todo indicaba que se trataba de un accidente de pesca. La policía se tragó el anzuelo, pero Soto descubrió que fue asesinado y el padre Manzini le silenció. Su misión consistía en tutelar en secreto mi investigación y eliminar a las personas relacionadas con el robo. A todas las personas que pudiesen aportar luz, desvelar o conocer los entresijos del caso. El siguiente hubiese sido yo y después...

Calló. No quería pronunciar el nombre de Pilar. No hizo falta. Giuliani intuyó su congoja.

—¿Quién robó la tabla?

—El propio obispo —afirmó con una sonrisa de autorreproche por no haberlo presentido desde el principio—. Nos engañó a todos. Supuse que era obra de ladrones profesionales, pero me equivoqué y eso me tuvo perdido unas semanas. El obispo se lió con una mujer. Necesitaba dinero para fugarse con ella, para desaparecer, y planeó el robo de la tabla.

—Y usted le siguió la pista.

—Así es —convino—. Gracias a una confidencia y a una cinta de seguridad descubrí la conexión entre una prostituta asesinada y el obispo. La mató porque sólo quería su dinero. Ya sabe... La historia está llena de ejemplos.

—Bien, detective, es todo —dijo satisfecho—. Me encargaré de redactar un informe de manera que la policía no le incordie demasiado. Punto y final. Descanse.

—Para mí todavía no ha terminado.

—¿Por qué? —espetó con sorpresa.

—No comprendo por qué Roma mandó a un sicario, a un agente del Gosiv, sólo para proteger el robo de una tabla. Ese robo esconde algo más y quiero saberlo. ¿Va a decírmelo usted?

—Está bien. Sinceridad con sinceridad se paga —dijo Giuliani finalmente—. Desde hace años el Sismi sospecha que la Santa Sede urde un plan para vender obras de arte descatalogadas en un intento de equilibrar el déficit del Estado Vaticano. Pero de momento no tenemos pruebas, todo son conjeturas. Hasta la fecha no ha podido demostrarse nada. Sólo hay indicios y lo ocurrido estos días corrobora de alguna manera la sospecha del servicio secreto italiano.

—¿Qué ha pasado con el obispo Salgado y el padre Manzini?

—Murieron. Murieron abrasados durante el incendio. Quedaron carbonizados, irreconocibles. La policía ha comprobado la identidad de los cadáveres con pruebas de ADN.

—Ya tiene su venganza... —señaló Frank—. No tendrá que preocuparse nunca más del padre Manzini.

—No lo crea —apuntilló airado—. Para los tipos como Manzini la muerte es una liberación. Quería detenerle, mirarle a la cara y que se fijara en la mía, y después entregarle a la Justicia. Demostrar sus crímenes y que se pudriera en la cárcel. Su muerte beneficia a muchos.

—Nunca habría cumplido condena —afirmó convencido—. Le habrían eliminado.

—Sí... —afirmó con gesto de derrota el capitán.

—¿Recuperaron la tabla? —preguntó Frank contrariado. Por un momento la había olvidado ante tanto horror—. Estaba en el piso... La vi con mis propios ojos...

—Me temo que su país ha sufrido una pérdida irreparable —se lamentó Giuliani—. La tabla ardió como el resto del mobiliario. La deflagración expandió el fuego con rapidez, y cuando llegaron los bomberos sólo quedaban cenizas. Tuvo suerte, detective, un sofá le protegió durante unos minutos. El tiempo justo para que pudiera sacarle de allí. Créame, aquello era el infierno. Ni Dante lo imaginó con tanto detalle.

—Tenía que haberla recuperado... —se reprochó Frank.

—Confórmese con haber salido vivo —repuso—. La tabla ardió. No hay duda. La Policía Científica inspeccionó a conciencia los restos del incendio. Tomó muestras,

las analizó, y descubrió abundantes fragmentos de madera quemada. Los sometió a un análisis molecular y determinó que todos correspondían al mobiliario excepto uno: un pedazo de madera sobredorada con más de dos siglos de antigüedad. No pudo precisarse su procedencia porque no había ningún mueble tan antiguo. El propietario del piso lo confirmó. Usted corrobora que la tabla estaba allí... La pintura ardió. Se perdió para siempre.

—¿Piensa comunicar la pérdida a la policía?

—¿Debo hacerlo?

—Si pasara por alto el detalle me ahorraría muchos quebraderos de cabeza —le planteó Frank—. En España los detectives no pueden investigar casos criminales sin ponerlos en conocimiento de la policía. Es la ley.

—Yo sólo quería la cabeza del padre Manzini —confesó Giuliani—. Saldar una vieja deuda pendiente. Ya se lo conté. Con la excusa del asesinato de Carlos Soto solicité mi traslado a España como agente de la Interpol para seguir su rastro y darle caza. No me pregunte qué ha ocurrido después porque no lo sé, pero he recibido instrucciones de mis superiores: oficialmente ante las autoridades de su país mi misión consistía en proteger al padre Manzini de un posible atentado contra su persona. ¡Ironías del destino! Si alguien le hubiese apuntado con una pistola en la cabeza yo habría apretado el gatillo. La Santa Sede ha movido los hilos para silenciar la verdad. Usted y yo somos marionetas sujetas a esos hilos. El Vaticano siempre silencia sus escándalos. Poder llama a poder. En cuanto a la desaparición de la tabla pierda cuidado. Ya he olvidado nuestra charla.

—Gracias, capitán.

—Recupérese —le animó—. Hay que seguir en la brecha.

—Ya no —sentenció dirigiendo una mirada a Pilar—. En el momento que entré en ese piso tiré la toalla. Hay un antes y un después. Ya no estoy para muchos trotes. Quiero dejar el oficio. Por eso acepté recuperar la tabla: por la recompensa. Casi lo consigo. Pero, en fin, los sueños, sueños son.

—Nunca le habrían pagado —afirmó Giuliani—. Usted formaba parte de una maniobra de distracción orquestada por el obispo. Pero se equivocaron de hombre. Señor Dónovan, usted es un buen profesional, alguien atípico en el mundo de los detectives. No piensa como un investigador privado porque hasta el último de sus días será un agente de inteligencia. Por eso le respeto.

Iba a devolverle el cumplido cuando alguien golpeó con los nudillos en la puerta y después abrió. Un grupo de enfermeras y médicos entró en la habitación. Las batas blancas le imponían respeto y estaba rodeado de ellas. Empezaba otra pesadilla. Tendría que someterse a análisis clínicos, curas, chequeos, resonancias... Una enfermera miró el aparato que controlaba sus constantes y anotó algo en un legajo médico.

—Los acompañantes tienen que abandonar la habitación —dijo un facultativo.

—Señor Dónovan —se despidió el capitán—, tengo que marcharme. ¿Volveremos a vernos?

—Espero que sí —bromeó Frank—. No me gusta despedirme de los amigos sin estrecharles la mano.

—¿Conoce Venecia?

—Estuvimos hace algunos años.

—Entonces no tengo que convencerles de las maravillas de mi ciudad —dijo orgulloso—. Vengan a pasar unos días. Serán mis invitados.

—Le tomo la palabra.

—*Casa mia é casa tua... E arrivederci...*

El *maggiordomo* dejó sobre la mesa de roble barnizada una bandeja de plata y una taza de porcelana de Capodimonte decorada con el rapto de Europa. Una escena mitológica inspirada en los frescos de Agostino Carrazi, y la marca de factura en violeta con la flor de lis de los Borbones. Una pieza única del siglo XVIII. La taza personal del cardenal Rudolph Böhm. Vertió el café con leche de un termo que lo mantenía caliente, puso dos pastillitas de sacarina y lo removió con una cucharilla de oro que mostraba en el mango un esmalte del escudo Vaticano. Colocó sobre la mesa los enseres personales del cardenal, que las monjas encargadas de lustrarla habían retirado con delicadeza, y un ejemplar de *L'Osservatore Romano*, el periódico que officiosamente reflejaba la opinión de los círculos más autorizados del Vaticano, aunque no siempre el Sumo Pontífice o la Secretaría de Estado inspiraban los artículos y las tomas de posición. *L'Osservatore Romano* poseía una amplia gama de formas características, incluso tipográficas, para transmitir si un comentario debía considerarse de fuente oficial, publicado por voluntad del Papa, o simplemente reflejaba la opinión personal del articulista. El cardenal conocía perfectamente esos detalles porque colaboraba habitualmente con el seudónimo de Tarquino, el nombre del primer rey etrusco de Roma que ensanchó los dominios del Imperio.

Terminó su café con leche y la lectura de algunos artículos sobre política europea y la situación de la bolsa en los mercados internacionales, cuando su mayordomo entró en el despacho para entregarle un dossier con información confidencial clasificada. Un expediente elaborado por distintas unidades del Servicio de Información, en especial la Unidad de Lectura, y supervisado por expertos analistas. Cada año los agentes de la Unidad de Lectura filtraban unos doscientos mil libros y un número equivalente de revistas, periódicos y boletines editados en todo el mundo, para entresacar noticias o informaciones que afectaran directa o indirectamente al Vaticano. La información se procesaba, se analizaba, se evaluaba en una escala de

cinco colores (del blanco al rojo) y finalmente se transmitía diariamente al director del Servicio de Información, el cardenal Rudolph Böhm.

El mayordomo le ofreció un cigarro del humectador pero el cardenal lo rechazó. Demasiado pronto para encender un puro, aunque fuese un magnífico Cohiba Robusto. El médico, además de una dieta pobre en grasas y azúcares, le había recomendado que dejase de fumar, y la tos seca que sufría al levantarse por las mañanas ratificaba la opinión del doctor. Pero aceptó una copa de coñac. Calentó la copa en el cuenco de mano. Aspiró la fragancia y dio un sorbo. Un sabor delicado a madera le inundó el paladar.

Abrió el dossier y encontró fotocopias de varios recortes de periódicos españoles con la noticia del incendio en la calle Doctor Fleming. Los leyó detenidamente y movió la cabeza satisfecho. Todo según lo previsto. La operación estuvo a punto de naufragar pero recondujo a tiempo las aguas. Nada más conocer la muerte del obispo Salgado y el padre Manzini telefoneó a través de su línea privada a Doc Middleton, un salesiano natural de Cheyenne responsable de la seguridad de la Nunciatura Apostólica de Madrid y miembro del Servicio de Información del Vaticano, para encomendarle que se hiciera cargo personalmente del asunto. Debía evitar a cualquier precio que la policía española conociera la verdadera identidad y misión del padre Manzini. Máxima prioridad.

El salesiano informó de los hechos al nuncio apostólico y la maquinaria de la diplomacia se puso en marcha. A la mañana siguiente el padre Middleton acudió puntual a su cita con el secretario de Estado de Interior, don Guillermo Foz de Aranguren, en su despacho del paseo de la Castellana.

La conversación se desarrolló en términos cordiales, como corresponde a miembros de países amigos que defienden, en líneas generales, la misma política de seguridad. Guillermo Foz le preguntó al padre Middleton la verdadera identidad de uno de los cadáveres. Había discrepancias entre las huellas en poder de la policía y las pruebas de ADN facilitadas por la Interpol. La policía española le había identificado como Giuseppe Bonatti (uno de los alias que utilizaba el padre Manzini), experto en lenguas semíticas, con domicilio en la Via della Vite, Roma. La misma filiación que facilitó la Nunciatura Apostólica a la Oficina de Información Diplomática. Pero las pruebas de ADN remitidas por la Interpol correspondían a Norberto Manzini, miembro del Grupo Operativo del Servicio de Información del Vaticano. Si un agente del Vaticano actuaba encubierto en España, Guillermo Foz quería saber los motivos, las circunstancias, por qué no se había informado al CNI y las consecuencias directas del éxito o fracaso de su misión en la seguridad del Estado español.

El padre Middleton quitó importancia al asunto. Un fallo. La Interpol también se equivocaba. Presentó diversos documentos acreditativos a favor de Giuseppe Bonatti,

experto en lenguas semíticas adscrito a la diócesis de Zamora como secretario personal del obispo Sebastián Salgado. Guillermo Foz ni siquiera hojeó los papeles que dejó sobre su mesa. Llevaba demasiados años en cargos relacionados con la seguridad del Estado para tragarse el anzuelo. Abrió un cajón y colocó delante del salesiano una carpeta con el anagrama del Centro Nacional de Inteligencia. Middleton comprendió que estaba atrapado. Su credibilidad pendía de un hilo. Ante todo serenidad, se dijo, y tragó saliva. Había perdido la primera mano pero la partida acababa de empezar. Tenía que medir sus palabras, calibrar sus mentiras para que fuesen creíbles. Otro error y sus días al frente de la seguridad de la Nunciatura Apostólica estarían contados. Abrió la carpeta y leyó con calma su contenido: datos personales del padre Manzini, evaluaciones psicológicas, notas sobre algunas operaciones conjuntas en colaboración con otros servicios de inteligencia, un registro de sus entradas y salidas del país... Datos concretos, precisos, pero ni una sola línea sobre la verdadera finalidad de su presencia en España. Middleton suspiró aliviado. Los servicios secretos españoles le habían «detectado» y fichado. Pura rutina. No le seguían los pasos. Sólo le habían identificado. Los agentes de la División de Contrainteligencia del CNI habían hecho bien su trabajo.

Middleton cerró la carpeta, la dejó sobre la mesa, y decidió cambiar el juego. Agrandar la mentira. Ceder un poco de información a cambio de camuflar la verdadera misión del padre Manzini. Sus órdenes hacían hincapié en ello. Absoluta naturalidad. Temple de diplomático. Podía dominar la situación. Bebió un poco de agua y propuso a Guillermo Foz un trato. La Nunciatura Apostólica revelaría datos confidenciales sobre la identidad del padre Manzini y el motivo de su presencia en España a cambio de que el Ministerio de Interior no divulgara la información y contribuyese a dar carpetazo al asunto. El Vaticano sabría agradecer su colaboración. El nuncio personalmente solicitaba dicha colaboración. Le entregó una carta firmada de su puño y letra con la súplica que acababa de formularle de viva voz. Guillermo Foz la leyó y se tomó su tiempo antes de aceptar. Le miró y le invitó a dar su versión.

El padre Middleton cabeceó.

—De acuerdo —dijo—. La Interpol conocía la verdadera identidad de nuestro hombre. El sacerdote fallecido en el incendio de la calle Doctor Fleming, junto al obispo Salgado, respondía al nombre de Norberto Manzini, un agente del Gosiv incluido en el programa de protección de identidad del Estado Vaticano como medida de cautela. —Foz le miraba con atención, esperando a que siguiera—. No realizaba misiones ilegales en España —aseguró con vehemencia—. El piso de Doctor Fleming pertenecía, en régimen de alquiler, al servicio de seguridad de la Nunciatura Apostólica y se utilizaba para alojar a huéspedes distinguidos de tránsito en suelo español. La importancia de las personas que lo frecuentaban aconsejaba mantenerlo en secreto, por razones obvias. Eso es todo —concluyó abriendo las manos.

Guillermo Foz pidió más detalles. El padre Middleton se enderezó en la silla. Iba por buen camino. No había interpretado ni la mitad del guión y su interlocutor aflojaba las riendas. Carraspeó un par de veces antes de continuar. Bebió otro sorbo de agua.

—La auténtica filiación del padre Manzini —continuó— se mantuvo en secreto para salvaguardar su vida. No están los tiempos para tonterías. Varios grupos islámicos han puesto precio a la cabeza de algunos sacerdotes, y el padre Manzini figuraba en la lista negra del Grupo Islámico Armado. —Esta vez Guillermo Foz asintió y Middleton continuó, complacido—. En noviembre de mil novecientos noventa y cuatro —relató con buen timbre de voz— el padre Manzini organizó una reunión pluripartidista entre la comunidad italiana de San Egidio y los principales grupos argelinos enfrentados. La reunión, de carácter clandestino (después hubo algunos encuentros públicos), tenía que celebrarse en Roma para buscar soluciones a sus diferencias y poner fin a la violencia que desangraba al país. El Gobierno argelino no acudió al primer encuentro, pero en enero de mil novecientos noventa y cinco envió como representante a Abdelhamid Mehri, que mantuvo una actitud conciliadora mientras el general Zerual intentaba un amplio consenso de cara a las elecciones presidenciales. A pesar de ello, se prohibió que el Frente Islámico de Salvación presentase su candidatura y los fundamentalistas islámicos boicotearon la convocatoria. Las elecciones se celebraron y el Gobierno argelino anunció que la participación había superado el setenta y cinco por ciento. Pero los observadores internacionales hablaron de fracaso y catalogaron los comicios de «escaso valor». Como respuesta la violencia se hizo más intensa. A finales de mil novecientos noventa y cinco Argelia se hallaba al borde de la guerra civil. Los asesinatos indiscriminados se sucedieron y media docena de ciudadanos españoles murieron...

Guillermo Foz estaba al corriente de los hechos que relataba su interlocutor, pero Middleton incluyó aquel detalle adrede para tocar su fibra sensible.

—El veintisiete de marzo de mil novecientos noventa y seis —siguió—, siete religiosos trapenses franceses fueron secuestrados y el veintitrés de mayo asesinados por miembros del Grupo Islámico Armado. La noticia causó una profunda conmoción en Francia. La Direction Générale de la Sécurité Extérieure —pronunció en un perfecto francés, seguro de impresionarle— solicitó la colaboración del Servicio de Información del Vaticano para capturar y juzgar a los responsables de los asesinatos. El Vaticano nunca niega la ayuda a un gobierno amigo, y el padre Manzini viajó al cuartel general de la DGSE para ponerse al servicio de los franceses... —El padre Middleton hacía pequeñas pausas para estudiar las reacciones del secretario de Estado de Interior—. En mil novecientos noventa y dos —continuó—, la participación del Servicio de Información del Vaticano en una operación de acoso y derribo al Frente Islámico de Salvación llevó a la detención de Abdelkader Hachani. Los franceses

conocían los detalles porque Argelia está en su área de influencia. La misión del padre Manzini resultó un éxito. Estaba considerado un experto en terrorismo islámico. Controlaba a los dirigentes fundamentalistas, sus desplazamientos, sus refugios, sus contactos; en definitiva, nadie conocía mejor a los grupos islámicos radicales argelinos. El padre Manzini entregó a sus colegas de la DGSE la información que le solicitaron, sin reservas, pero los asesinos nunca fueron detenidos. Los franceses no reaccionaron a tiempo... —El salesiano tomó un sorbo de agua—. Unos meses después hubo una filtración —lamentó en tono grave—. Un confidente argelino del padre Manzini cometió una indiscreción y quedó al descubierto. Sus compatriotas del Grupo Islámico Armado le interrogaron, se emplearon a fondo con el desgraciado, y cantó de plano. Los radicales árabes se enteraron de la participación del padre Manzini en la detención de Abdelkader Hachani, en la búsqueda de los asesinos de los frailes trapenses y en otras muchas operaciones en su contra. Destaparon su red de topes, sus contactos, las identidades que utilizaba para moverse por Argelia, Sudán, Irán, Yemen..., y pusieron precio a su cabeza. Entonces el Vaticano decidió apartarle de la circulación una temporada. ¡Tenemos que proteger a nuestros hombres como ustedes protegen a los suyos! —exclamó—. ¿Lo entiende?

Guillermo Foz asintió: lo entendía.

—El Servicio de Información —siguió— le declaró «agente muerto» y le retiró del servicio activo en zonas calientes para integrarle en el programa de protección. Le facilitó una nueva identidad, y lo trasladó a España en calidad de secretario personal del obispo de Zamora. Una diócesis poco conflictiva, apartada de los núcleos de poder, ideal para pasar desapercibido. —Foz esperó a que terminara—. Todo iba sobre ruedas —prosiguió el hombre de la Nunciatura— hasta que sufrió un proceso de esquizofrenia con fragmentación manifiesta de los razonamientos. Perdió la cabeza —dijo, y escenificó de manera gráfica su estado trazando círculos con el dedo índice a la altura de la sien. Sacó de su portafolios un informe psiquiátrico (también falso) y lo dejó encima de la mesa. Foz alzó las cejas y Middleton continuó—. El padre Manzini trabajó muchos años sumergido en las cloacas y eso le trastornó la mente. No hay duda. El estrés hace mella en cualquiera. Suele suceder —afirmó ante el gesto de comprensión del secretario de Estado, que conocía el problema. Todos los meses el CNI evaluaba a los agentes sometidos a presión psíquica. Los agentes destacados en el País Vasco, Argelia, Chechenia, Irak, Bosnia... pasaban rigurosos test psicoanalíticos—. El padre Manzini perdió la cabeza —dijo convencido— y acabó suicidándose. El Servicio de Información del Vaticano desconoce los detalles y los motivos. Pero supone que abrió las espitas de los fogones y prendió fuego...

—Padre —dijo Foz—, ése es uno de los puntos oscuros que nos quedan por esclarecer. —Lo miró fijamente—. Veamos. ¿Por qué la Interpol seguía los pasos del padre Manzini? ¿Por qué un inspector del Segundo Grupo de Homicidios cita en su

informe la presencia de un detective privado en el piso de Doctor Fleming? ¿Qué hacía el obispo Salgado allí?

Middleton suspiró. Para aquellas preguntas tenía respuestas. El cardenal Böhm había pactado con el Mossad, el Sismi, la Interpol y el Cuerpo de Carabineros una solución acorde con sus intereses. La mentira se extendía como una tela de araña.

—La Interpol —respondió con naturalidad— protegía al padre Manzini. La Nunciatura carecía de suficientes efectivos humanos para realizar los trabajos de escolta. Sospechábamos que terroristas del Grupo Islámico Armado conocían el paradero del padre Manzini y temimos por su vida. El Servicio de Información del Vaticano solicitó colaboración al Cuerpo de Carabineros y el capitán Enzo Giuliani se trasladó a España para cumplir ese propósito. Puede consultar sus propias fuentes —le retó.

Guillermo Foz no precisaba hacerlo. Cabeceó en un claro gesto de afirmación. Sabía que el capitán Giuliani actuaba dentro de la legalidad en suelo español, que había sido autorizado por los Ministerios de Asuntos Exteriores e Interior, con perfecto conocimiento de la Embajada italiana, la central de la Interpol en Lyon y la subsiguiente autorización de la Interpol italiana.

—¿Y el detective? ¿Y el obispo?

—La Conferencia Episcopal —respondió el padre Middleton— estaba al corriente de la verdadera identidad del padre Manzini, del porqué de su traslado a España y de las crecientes amenazas detectadas por el Servicio de Información del Vaticano, y quiso poner su grano de arena, colaborar en su protección; en definitiva se trataba de un miembro activo de la Iglesia. Mientras sus superiores negociaban con las autoridades italianas y españolas las condiciones de la protección y las medidas legales a adoptar, la Conferencia Episcopal contrató a un detective, un antiguo agente del Cesid, para proteger al padre Manzini. Su presencia en el piso fue absolutamente casual, accidental. El obispo Salgado le citó para saldar sus honorarios. Durante el encuentro el padre Manzini tuvo una crisis de ansiedad, su esquizofrenia iba de mal en peor, los fármacos apenas le surtían efecto. Se volvió loco. De repente comprendió que su vida corría peligro. Perdió los papeles. Empezó a gritar. Todo debió de ocurrir en cuestión de segundos. El resto puede imaginarlo —concluyó satisfecho.

Guillermo Foz escuchó con atención los argumentos del jefe de seguridad de la Nunciatura Apostólica. Las huellas digitales encontradas en los mandos de la cocina ratificaban su versión. Quedaba claro que no deseaban publicidad. La Nunciatura no quería verse involucrada en un asunto turbio. El suicidio de un sacerdote siempre levantaba sospechas. No querían otro caso Estermann aireado en los medios de comunicación. Tampoco querían destapar sus canales de protección porque seguramente más personas se beneficiaban del anonimato en suelo español.

—Discúlpeme, padre Middleton, pero tengo la obligación de pedirle que empeñe

su palabra en estas declaraciones. Si lo hace no tendré inconveniente en «suavizar» los pormenores del incendio y el fallecimiento de dos clérigos.

El padre Middleton aceptó. Levantó la mano izquierda, con el brazo en ángulo recto y la palma extendida hacia el secretario, apoyó la derecha sobre un pequeño volumen de la Biblia que llevaba en el portafolios y juró en el nombre de Dios y de la Iglesia que el padre Manzini no participaba en ninguna misión encubierta que atentara contra la seguridad o los intereses del Estado español.

—Le propongo —dijo Foz— redactar un comunicado conjunto para remitir a los medios de comunicación.

El salesiano extrajo de su maletín un borrador. Lo tenía todo previsto. Atado y bien atado. Guillermo Foz leyó con calma el contenido de la declaración. En líneas generales le pareció correcta. Puntualizó algunos detalles, hizo varias anotaciones al margen y lo dio por bueno. Llamó a su secretaria y le pidió que lo pasara a limpio.

—Me encargaré personalmente —aseguró Foz— de hablar con la policía para que la verdadera identidad del padre Manzini no se haga pública, y de solicitar la colaboración de las compañías del gas y del seguro para mantener la confidencialidad sobre las causas de la explosión.

La versión oficial consensuada por ambos informaba de que el siniestro se había producido a raíz de una fuga localizada en la cocina. Como resultado de la explosión y el posterior incendio fallecieron el obispo de la diócesis de Zamora, monseñor Sebastián Salgado, y su secretario personal, el padre Giuseppe Bonatti, experto en lenguas semíticas. El comunicado también citaba que el piso pertenecía en régimen de alquiler a la Conferencia Episcopal y se utilizaba para hospedar a sacerdotes que participaban en conferencias, cursos, seminarios o simposios.

El padre Middleton respiró aliviado cuando la secretaria le entregó el texto final del comunicado. Había cumplido su objetivo. Se disponía a estampar su firma en el documento, a dar por terminada la reunión, cuando Guillermo Foz le formuló una última pregunta:

—¿Qué bienes muebles se guardaban en el piso?

El brazo del salesiano se paralizó.

—La Policía Científica —siguió el secretario de Estado— ha detectado restos de madera con más de dos siglos de antigüedad. El dueño del piso niega poseer antigüedades, de modo que sólo cabe la posibilidad de que hubiesen llegado allí de manos del obispo o de su secretario... —Hizo una pausa significativa—. En pocas palabras, padre, necesito saber si el Estado español ha sufrido una pérdida irreparable.

Al salesiano se le heló la sangre. Le miró fijamente a los ojos. Desconocía que tuviera pruebas de la desaparición de la tabla. Sus informadores no le habían advertido del asunto y se quedó en blanco. No había ensayado una respuesta para aquella pregunta. Respiró con fatiga.

—El padre Manzini, o mejor dicho Bonatti —dijo alzando el comunicado que sostenía en su mano—, utilizaba en sus rezos un evangeliario del siglo diez, una edición facsímil encuadernada en madera. Un facsímil perfecto, una reproducción impecable... El padre Manzini me relató de viva voz la historia de su evangeliario. Para conseguir una copia exacta se fabricó el papel con técnicas antiguas, lo mismo se hizo con las tintas, y se buscó madera noble con más de dos siglos para recrear a la perfección las tapas del original. Una joya para bibliófilos, para coleccionistas con gustos caros porque sólo se editaron diez ejemplares. Un regalo del Mossad para agradecerle su colaboración en la captura de un importante dirigente de Hamás —agregó como si albergara cierta envidia—. Un obsequio de Danny Yatom en persona —afirmó en tono grandilocuente—. El ex director del Mossad certificará mis palabras si le pregunta.

—No, no lo considero necesario —dijo Guillermo Foz, y se dio por satisfecho. Había recibido órdenes estrictas del ministro de colaborar en la medida de lo posible con la Nunciatura. Un pequeño incidente no podía enturbiar las buenas relaciones con la Santa Sede. Hoy por ti, mañana por mí. Así funcionaban las cosas. El Servicio de Información del Vaticano colaboraba estrechamente con el CNI en la lucha antiterrorista. El salesiano firmó el documento. El secretario de Estado cabeceó, hizo lo propio con la declaración conjunta y se levantó. Estrechó la mano al padre Middleton y le acompañó personalmente a la salida.

El cardenal Böhm terminó de leer los recortes de prensa. La noticia difería poco de unos periódicos a otros porque se basaban en el comunicado oficial consensuado. El dictamen de sus analistas no mostraba preocupación por los hechos. Bebió las últimas gotas de coñac y llamó a su mayordomo para que le trajera el capelo cardenalicio. Acudiría a la cita con el huraño Nicolo Baretta, director de la Administración del Patrimonio de la Santa Sede, con la cabeza alta. Mientras esperaba contempló el bajorrelieve con el sacrificio de Isaac que adornaba el frontis de su mesa. Al igual que Abraham, se veía obligado a sacrificar a sus hijos, a sus agentes, para servir a Dios. Pero a diferencia del patriarca de Ur, ningún ángel detenía su mano. Había perdido a un buen agente. Uno de los mejores. Lo había perdido en silencio, sin honras fúnebres pomposas, sin coronas de flores ni responsos, sin desfile de coches engalanados. Un entierro discreto. Sólo dos sacerdotes designados para la ocasión por la Nunciatura Apostólica de Madrid y ningún doliente. Discreción ante todo. Rudolph Böhm se arrodilló frente al camarín con una pequeña talla barroca de la Virgen, rezó por el alma del padre Manzini y luego proclamó en voz alta: «*Ego te absolvo, in nomine Patris, Filii et Spiriti Sancii. Amen... Quiescerent placide in aeternum*».

Escortado por un *vigile*, Rudolph Böhm se encaminó al encuentro del cardenal Baretta. La magna operación de la APSA podía seguir adelante. Ni una filtración

después de dos años. Las primeras piezas, expoliadas de Portugal, Francia, Irlanda e Italia, ya habían llegado a las dependencias de la APSA junto a los Museos Vaticanos.

El cardenal Rudolph Böhm recorrió los largos pasillos del palacio del Governatorato con una sonrisa en los labios. Pocos días atrás había estado en Nápoles. Paseó por el casco antiguo para disfrutar de sus restaurantes favoritos y se saltó el régimen impuesto por su médico. Se atiborró de pizzas de *melanzane*, de platos de pasta con *frutti di mare* y de *coniglio alla cacciatore*, en los pequeños y acogedores restaurantes de cocina casera tradicional. También entró en las maltrechas iglesias con rótulos de «*In restauro*», y dejó volar su imaginación frente al altar Mayor de la capilla del Pio Monte della Misericordia, frente al magnífico lienzo de Caravaggio *Las obras de la Misericordia*. Arrodillado en la capilla meditó sobre los tesoros de la Iglesia, sobre las riquezas del Estado de Dios acumuladas durante siglos. Con los ingresos de diez o doce pinturas como ésa, pensó, se terminarían los problemas financieros del Vaticano.

Los pronósticos de los médicos no se cumplieron y las tres semanas previstas para darle el alta a Frank se convirtieron en cuatro. Los primeros días, con las manos enguantadas en vendas, Pilar tenía que darle de comer como a los niños. Las mañanas en el hospital le pasaban deprisa entre tomarse el desayuno, la visita diaria de los doctores, las curas de las enfermeras, el cambio de sábanas en días alternos, la cháchara de la mujer de la limpieza que fregaba el suelo con lejía, las visitas a radiología para controlar su traumatismo y la hora del almuerzo. Las tardes transcurrían más lentas. Grosseto le visitó un par de veces. La mañana en que le dieron el alta apareció la mujer de Soto. Ahora vivía en un pequeño apartamento en Alonso Cano. Había vendido el chalé, los coches, las obras de arte, e incluso a *Vermeer*, el *rottweiler*... Se había desprendido de todos los bienes que le recordaban a su marido. Cuando vino la enfermera para anunciar que la visita había terminado, Pilar la acompañó hasta la puerta y se prometieron seguir en contacto.

Después del almuerzo le ayudó a vestirse. Sus manos estaban libres de vendas pero sus dedos apenas tenían sensibilidad y fuerza. Se sentó en el borde de la cama mientras ella recogía sus cosas: un pijama, un par de toallas, una bata, un frasco de colonia Álvarez Gómez, un paquete de pañuelos de papel, el transistor que le había mantenido en contacto con el exterior durante las largas noches de insomnio, su maquinilla de afeitar, un peine, el secador, y poco más.

Le ayudó a levantarse. Caminaba despacio, cogido de su brazo. Se despidió de las enfermeras, de sus compañeros de planta y de los médicos, y salió a la calle. Se detuvo. La luz del sol le estalló en los ojos como un globo lleno de agua, y el bullicio de la gente le provocó un mareo. Las voces retumbaron en su cabeza como un cañonazo. Tuvo que sentarse, respirar y recobrar sus maltrechas energías. Pilar le dijo

que esperara mientras iba en busca de un taxi.

Al verla alejarse el mareo se transformó en un sudor frío. Respiró hondo, pero lentamente, como le había recomendado su cardióloga cuando notase que el corazón se le alteraba. Logró reponerse y acostumbrar la vista poco a poco al resplandor del día. Cuatro semanas bajo la luz de los fluorescentes pasaban factura. La vio bajarse de un taxi y acercarse deprisa hacia donde él estaba. Se cogió de su brazo, como el invidente al arnés de su perro guía, y caminó hacia el coche.

Frank observó sin nostalgia su buhardilla vacía. Había almacenado el mobiliario en un guardamuebles a la espera de decidir su destino. Pilar parecía resuelta a trasladarse al Ampurdán, y por fin su sueño iba a hacerse realidad. No podría comprarse la masía y convertirla en hotel, de acuerdo, pero al menos podría trabajar de conserje en uno, ¿por qué no? Una vida tranquila y sana, sin sobresaltos, como le habían recomendado los médicos.

Antes de salir sonó el teléfono. Un hombre sospechaba que su mujer le engañaba con su mejor amigo y... Otros días habían llamado un padre preocupado porque su hija frecuentaba malos ambientes y manejaba mucho dinero, una mujer empeñada en que localizara a un primo segundo... Frank interrumpió al hombre cordialmente: ya no aceptaba más casos.

Pilar le quería en casa, de brazos cruzados, hasta el momento de mudarse al Ampurdán. Allí ya tendría tiempo de buscar trabajo. Entretanto, si quería mantenerse ocupado, podía hacerse cargo de la casa, reparar un par de enchufes, ordenar papeles y facturas, cocinar, hacer la compra... De detective a amo de casa, sonrió Frank. Ésa sí era una verdadera prueba.

A las siete de la mañana el timbre del despertador marcaba el inicio de un nuevo día. A esa hora Pilar se levantaba para ducharse, desayunar, maquillarse, vestirse, coger el coche y recorrer los poco más de setenta kilómetros que separan Madrid de Toledo. Salía alrededor de las ocho y llegaba a Toledo cerca de las diez menos cuarto debido al tráfico. En el convento de Santa Úrsula dirigía las obras de restauración del *San Juan* de Berruguete. Su jornada laboral terminaba a las ocho de la tarde y empleaba otras dos horas en regresar a Madrid.

A Frank le gustaba ver la parsimonia con que elegía la combinación de colores, la ropa, los zapatos, los complementos, las joyas o la bisutería, dependiendo de su estado de ánimo. Ver cómo se maquillaba, cómo se miraba una y otra vez en el espejo hasta darse por satisfecha. Un ritual que repetía día tras día. Solían desayunar juntos. Después se tumbaba frente al televisor para ver el matinal informativo en las distintas cadenas, o para leer un poco hasta bien entrada la mañana.

Estaba radiante, guapísima. Vestía un traje chaqueta de Pertegaz, muy ajustado para resaltar el talle, unas medias de seda a juego, unos zapatos de Manolo Blahnik y un bolso de Loewe. Adornaba su cuello una gargantilla de oro fino. Parecía más una ejecutiva al servicio de una multinacional que una restauradora al servicio del arte.

—¿Por qué te has puesto tan elegante?

Pilar buscó algo en el bolso.

—A las nueve —le contestó distraída— viene al convento el director general de Bellas Artes, para inspeccionar la restauración...

—Aquí te espero —dijo Frank—. Pensaré en algo original para la cena.

Pilar le dio un beso y salió a toda prisa. Frank se puso la bata y se dirigió lentamente al cuarto de baño. Ahora, él nunca tenía prisa.

Al ganar el vestíbulo del aeropuerto de Málaga le sorprendió la bonanza del clima, el trasiego de turistas llegados del norte de Europa. Les delataba su piel extremadamente blanca. «Un día radiante para estar de vacaciones», pensó Pilar. Pero ella no estaba de vacaciones. No *todavía*. Varios *paparazis* se arremolinaron alrededor de un personajillo de la televisión basura. Apretó el paso y se dirigió a la caseta de Hertz. Le dio al empleado los datos de su reserva y el joven cogió un sobre, vació el contenido y le entregó las llaves de un Ford Mondeo. Todo marchaba según lo previsto. De Málaga a Gibraltar había unos ciento cuarenta kilómetros que pensaba recorrer en dos horas si el tráfico se lo permitía.

A la salida del aeropuerto encontró el desvío de la Nacional 340 en dirección a Marbella. Sus temores a un retraso aumentaron al descubrir que la carretera estaba colapsada. La caravana de coches arrancaba y paraba como atacada por espasmos. Por suerte el atasco se debía a un control policial y la circulación se normalizó pasado Torremolinos. Aceleró y recuperó los minutos perdidos.

En el puesto fronterizo español, un guardia civil miró el interior del vehículo, sin obligarle a parar, y con la mano le hizo ademán de que avanzara. Unos metros más allá el policía inglés ni siquiera se molestó en comprobar quién cruzaba la verja. Estaba en Gibraltar. A lo lejos se dibujaban las siluetas de varios petroleros atracados en la bahía y algunas fragatas de guerra de la base naval. Aparcó en Reclamation Road, cerca del British War Memorial, y siguió a pie por Main Street, la antigua calle Real. Se mezcló entre la gente de distintas etnias e idiomas: turistas, trabajadores, pero también con muchos hombres de negocios, vestidos de ejecutivos y con caminar apresurado.

Frente al Convento, residencia oficial del gobernador, un nutrido grupo de turistas ingleses contemplaba el cambio de guardia, orgullosos de ver su bandera en tierra

extraña. «*God save the Queen!*», gritó un anciano, y arrancó un aplauso cerrado entre los presentes. Bajo la bandera, lánguida por la falta de viento, un soldado, con su uniforme impecable y fusil Enfield al hombro, permanecía firme. En lo alto del Peñón los únicos macacos en libertad de Europa campaban a sus anchas.

Pilar sacó una nota manuscrita por ella misma: «Kenneth Bresson & Associated, Secretarys Lane, frente al Gibraltar Tourist Board». Preguntó a un inglés que seguía con atención el cambio de guardia por Secretarys Lane. Siguió sus indicaciones y en poco menos de cinco minutos se plantó frente a una puerta de madera tapizada de placas doradas: «*Kenneth Bresson & Associated, second floor*». Subió al segundo piso. La puerta estaba abierta y daba acceso a un pequeño vestíbulo vigilado por una secretaria con la mesa llena de carpetas, dos pantallas de ordenador y tres teléfonos, dos fijos y uno móvil, que sonaban al unísono.

—¿Qué desea? —le preguntó alzando un poco la voz y haciendo caso omiso del reclamo de los teléfonos.

—Estoy citada con el señor Bresson.

La secretaria pulsó las teclas de un ordenador. Fijó su vista en la pantalla y cabeceó en señal de afirmación.

—¿Pilar Araujo? ¿A la una?

—Sí.

Descolgó uno de los teléfonos fijos que había enmudecido momentáneamente y anunció la visita al señor Bresson. Después la acompañó a una salita de espera con sillones de estilo colonial inglés y le ofreció algo de beber. Pilar tenía un nudo en el estómago y rechazó la invitación.

Tendría que esperar unos minutos hasta que el señor Bresson concluyera una cita anterior. Intentaría tomárselo con calma. Cogió un ejemplar del *Gibraltar Chronicle* que alguien había olvidado sobre uno de los sillones y lo hojeó. La negativa del Estado español a aceptar el referéndum convocado y celebrado por Peter Caruana, con un noventa por ciento de electores contrarios a la soberanía compartida entre Gran Bretaña y España, centraba desde hacía años el debate político en Gibraltar. Peter Caruana gozaba del apoyo popular pero no del Consejo de Europa, que en la cumbre de Barcelona del 15 y 16 de marzo de 2002 se mostró favorable a las tesis de España y Gran Bretaña.

Apenas pasaron diez minutos y la joven la reclamó desde la puerta de la salita. La acompañó al despacho del señor Bresson, que hablaba por teléfono en inglés y la saludó con un gesto. Había llegado hasta allí, hasta aquel bufete, gracias a un buen amigo suyo, a un anticuario de Madrid que «distría», como le gustaba presumir, algunas cantidades de dinero al fisco español. Y ahora sentía un vacío en su interior, como si un experto cirujano le hubiese arrancado las tripas para momificar su cuerpo al estilo de los antiguos egipcios. El señor Bresson colgó y se levantó de su butaca

para estrecharle la mano.

—Señora Araujo —dijo con un perfecto castellano y una reverencia aristocrática—, ¿en qué puedo ayudarla?

Había llegado el momento de poner las cartas boca arriba, pero seguía sin tripas y le costó arrancar la primera palabra. El señor Bresson parecía afable, pero el tono de su pregunta le decía que fuese directa al grano, que no podía perder tiempo, y ella no pensaba echarse atrás.

—Quisiera —habló con voz pausada, como si estuviese acostumbrada a aquel tipo de entrevistas— registrar una sociedad con sede en Gibraltar.

—No hay ningún problema —determinó—. Nuestro bufete gestiona cientos de empresas con sede social en Gibraltar y negocios en cualquier otro lugar del mundo. Es cuestión de papeleo, de abrir una cuenta corriente en el Peñón, de que nos facilite un teléfono de contacto y de que pague las comisiones u honorarios de nuestro bufete.

—A eso he venido.

—Entonces tomaré nota para empezar los trámites —dijo desenfundando el capuchón de un bolígrafo de oro y tomando algunos folios en blanco—. ¿Tiene nombre la sociedad?

—Sí —afirmó—, Country Hotels.

—¿Sociedad limitada o anónima?

—Anónima.

—¿Cuál será su actividad pantalla? —Levantó los ojos. Pilar le miraba desconcertada—. Me refiero a la actividad legal de la empresa, a la que supuestamente estará dedicada.

—A la explotación de hoteles rurales en España.

—Bien —dijo, y se demoró unos segundos escribiendo el nombre y la función comercial antes de seguir—. Como sabe, no gestionamos ninguna empresa con un capital fundacional inferior a un millón de euros, y nuestra comisión asciende al cinco por ciento del valor de las transacciones, es decir, a cincuenta mil euros iniciales pagaderos en moneda comunitaria, en dólares, en yenes o...

—La mitad ahora... —le interrumpió Pilar, sacó del bolso un fajo de cincuenta billetes de quinientos euros y lo deslizó ante sus ojos—... y el resto dentro de tres meses.

El abogado se retrepó en la butaca, cogió los billetes y los contempló unos segundos, haciéndolos correr con los dedos, mientras calibraba el alcance de la oferta de su cliente y decidía si aceptaba o no sus condiciones de pago. Los billetes olían a nuevos. Devolvió el fajo a la mesa y resopló con fatiga.

—Está bien, señora Araujo —admitió, con una mirada lasciva a sus muslos—. Veinticinco mil euros ahora y el resto a los sesenta días de la firma de la sociedad. Ése es nuestro límite. ¿Le parece bien?

—Tres meses —insistió Pilar.

—No podemos afrontar los gastos a tres meses, aunque podría concederle ese plazo con un ligero aumento de la comisión. ¿Qué me dice?

—¿A sesenta días de la firma?

—Eso es.

—Acepto.

—Ya verá cómo no se arrepiente de hacer negocios con nosotros —dijo convencido—. En el Peñón hay muchos charlatanes con el título de abogado dispuestos a arreglar sus papeles por cuatro libras, pero después vienen los problemas, cuando el fisco reclama el dinero de las transacciones. Créame, no se arrepentirá de tratar con nuestro bufete —sentenció orgulloso, y con delicadeza cogió el fajo y lo guardó en un cajón de su mesa.

Llamó a la secretaria a través de un interfono y le pidió el conjunto de impresos necesarios para dar de alta una sociedad mercantil.

—¿Puedo preguntarle la verdadera actividad de su empresa?

—En realidad —respondió Pilar con un discurso ensayado durante semanas en el hospital y muchas noches en vela— Country Hotels no tendrá ninguna actividad salvo la gestión de un hotel rural en el Ampurdán.

—¿El Ampurdán? —le preguntó extrañado.

—Una comarca catalana al este de la provincia de Gerona, junto al mar.

—Perdone, señora, ¿o debo llamarla señorita?

—Señora —le aclaró con sequedad.

—Señora Araujo —dijo el abogado—, como experto financiero no veo la necesidad de fundar una sociedad pantalla para un volumen de negocio que no preveo muy elevado.

—El hotelito es una tapadera —le explicó—. Country Hotels tiene la función de evadir el dinero negro de una importante herencia que he recibido de mi familia.

—Ése es otro tema —admitió—. Usted pretende fundar una empresa que gestione un hotel rural, pero cuya principal actividad será lavar el dinero de esa herencia.

—¿Hay algún impedimento?

—No, desde luego, pero tenga en cuenta que para rentabilizar su gestión hablamos de mucho dinero. ¿De cuánto dinero, señora Araujo?

—Todavía no he cuantificado el valor de los bienes exactamente, pero digamos que alrededor de cuatro millones y medio de euros o más.

El abogado silbó sin ningún disimulo. Sacudió la cabeza y se inclinó sobre la mesa. La secretaria golpeó con los nudillos la puerta para reclamar su atención y agitó los impresos que sujetaba en la mano, se acercó y se los entregó.

—Ha hecho bien en acudir a nosotros —repitió el abogado—. ¿Sabe cuánto tributaría a la Hacienda española del sacrificio de sus parientes?

—Un cuarenta por ciento, aproximadamente.

—Veo que está bien informada —prosiguió con satisfacción—. Aquí le solucionaremos el problema por sólo cincuenta mil euros de entrada y después el cinco por ciento de las cantidades que ingrese. En total, sobre la base estimada de cuatro millones y medio de euros, pagará sólo doscientos veinticinco mil, frente a los casi dos millones que pagaría al fisco en condiciones normales.

—Por eso estoy aquí sentada, señor Bresson —dijo Pilar, mareada por las cifras.

—Sí... Claro, claro...

—Podría explicarme qué debo hacer.

—Por supuesto, esperaba tener los papeles para decírselo. —Se echó hacia atrás en la butaca y jugueteó con el bolígrafo—. Su primer paso será abrir una cuenta corriente en un banco de la colonia, pero no lo haga en un banco cuya central esté en España —le advirtió con gravedad—. Es mejor que no exista ninguna conexión financiera entre su banco gibraltareño y el fisco español.

—¿Puede sugerirme alguno?

—Nosotros trabajamos con la sucursal del Commercial Bank of Jersey. Pero no está obligada a utilizarla.

—Me es indiferente.

—Perfecto —se congratuló el abogado—. Ahora rellenaremos estos impresos. En ninguno figurará su nombre, puesto que hablamos de una sociedad anónima, ni su domicilio, porque Country Hotels tendrá su sede social aquí, en nuestro bufete. Cuando usted reciba la herencia sólo tendrá que ingresar diversas cantidades, digamos de unos doscientos cincuenta mil euros, a Country Hotels y nosotros las transferiremos, tras descontar nuestra comisión y blanquearlas convenientemente, a depósitos financieros y cuentas cifradas de Luxemburgo, Suiza, Liechtenstein, Mónaco o Jersey, donde nuestros asociados las revertirán a su cuenta del Commercial Bank of Jersey.

—¿Puede el fisco español rastrear los ingresos?

—Ni de un céntimo, señora Araujo.

Sonrió. El abogado rellenó los papeles. Le hizo firmar el contrato de representación, el único documento en que figuraban sus datos personales, y por ese motivo se guardaría junto al resto de contratos en la sede central de Kenneth Bresson & Associated de Nassau, en las Bahamas. Después le entregó una tarjeta de visita con el nombre del director del Commercial Bank of Jersey y le sugirió que se presentara de su parte para agilizar los trámites de apertura de la cuenta. Se despidieron, el señor Bresson volvió a su trabajo y la secretaria la acompañó a la salida.

Pilar pasó junto a la catedral de la Santísima Trinidad, frente al Gibraltar Museum, y encontró la bocacalle de Bakers Passage. Apretó el paso y enseguida vio la puerta acristalada y rotatoria de la agencia gibraltareña del Commercial Bank of

Jersey. El director la atendió enseguida. El señor Bresson le había llamado para notificarle que le visitaría. Apenas tardó media hora en cumplimentar los impresos y ser titular de una cuenta cifrada en un banco con sede central en la isla de Jersey, una isla británica del canal de la Mancha.

Buscó una cabina y marcó el número de su casa. Frank no estaba, todavía no había regresado de su paseo matinal recomendado por el médico. Esperó a que saltase el contestador automático. Al concluir el tercer pitido grabó un mensaje para decirle que llegaría tarde. No mucho más, un par de horas a lo sumo, porque tenía que cenar con el director general de Bellas Artes. Le envió un beso antes de colgar. Suspiró contenta y se sorprendió a sí misma tarareando la canción de Stevie Wonder mientras buscaba un sitio para comer.

—¡Soy yo! —gritó, pero Frank no salió a recibirla como tenía por costumbre.

Apenas la oía hurgar en la cerradura se escondía, abría de un tirón y la cogía en brazos para levantarla en volandas, besarla y decirle que la echaba de menos, que la quería con toda su alma. Jugaban un rato, como un par de quinceañeros enamorados, y terminaban en la cama haciendo el amor antes de que ella pudiera quitarse la ropa. Pero no salió a recibirla. Las once y diez. Había llegado algo más tarde y le supuso enfadado, quizá algo celoso. Le encontró sentado en el sofá, frente al televisor, sin mostrar ningún interés por su presencia. Había preparado la mesa para la cena, y en la champañera los últimos hielos enfriaban una botella de Perelada Gran Claustro.

—¡Soy yo! —gritó de nuevo—. ¿Estás sordo?

Le abrazó y le beso pero sus labios permanecieron sellados y fríos como el hielo de la champañera.

—¿A qué viene esto?

—¿Quieres saberlo? —dijo Frank con evidente rabia, levantándose—. ¿De verdad quieres saberlo? Estoy harto de ser la señora de la casa. De calentar el sofá durante horas esperando que llegues, de cocinar a diario, de poner lavadoras, de tender la ropa...

—¿Cómo te atreves? —le interrumpió con un alarido, y arrojó su bolso encima del sofá—. Me he pasado media vida esperándote, sin tener noticias tuyas, sin saber dónde estabas, ni con quién, ni cuándo te vería de nuevo, y ahora te crees con derecho a montarme un numerito simplemente porque llego una hora más tarde que de costumbre.

Frank se dejó caer en el sofá, apagó el televisor con el mando a distancia y se quedó callado como si buscara una frase para la posteridad. Ella se sentó a su lado.

—¿Dónde has estado? —masculló después de unos segundos.

—¿Que dónde he estado? —repitió Pilar—. ¿Te crees con derecho a desconfiar de mí?

—¿Dónde has estado? —insistió Frank sin dejar de mirarla a los ojos.

—Nunca creí que desconfiaras...

—¿Dónde has estado y con quién? —La tomó de un brazo y la sacudió, esperando su respuesta.

Pilar frunció los ojos, entre incrédula e indignada.

—¡Suéltame! ¡Me haces daño!

—Perdona —se disculpó—. Estoy nervioso. Odio las mentiras.

—Yo también —dijo Pilar pausadamente, y le preguntó—: ¿Por qué desconfías? ¿Por celos? Eres el único hombre de mi vida y lo serás hasta el día que cierre para siempre los ojos.

—Entonces —insistió Frank, ahora con calma—, dime dónde has estado. Al llegar a casa he escuchado tu mensaje y necesitaba decirte que no te preocuparas, que vinieras cuando pudieras, que no corrieras con el coche... Esas chorradas que siempre te digo porque estoy locamente enamorado de ti y no soportaría que te ocurriera algo. —Hizo una pausa y tragó saliva—. No tenías el móvil encendido y te llamé a Santa Úrsula —afirmó con un carraspeo para aclararse la voz—. Una hermana me dijo que hoy no habías ido, que ayer dejaste dicho que hoy no irías. ¿A qué viene el cuento de tu cita con el director general de Bellas Artes, de la supervisión del trabajo, de la cena?...

—¿Cómo has averiguado el número de teléfono?

—No olvides que hasta hace muy poco era detective —dijo compungido.

Igual que en Gibraltar, Pilar sintió una opresión en el estómago que le ascendía hacia el pecho. Estaba al borde de un ataque de nervios y se echó a llorar.

—¡Perdóname! —balbuceó, aunque sabía que no tenía de qué arrepentirse. Eran demasiadas presiones para un solo día.

Frank la estrechó en sus brazos con suavidad. No soportaba verla llorar, deshacerse en lágrimas de dolor. Si le había sido infiel la culpa sólo era suya por haberla abandonado tantas noches y tantas veces. No importaba lo que hubiese hecho. La quería y tenía la obligación de perdonarla.

—Tranquilízate —acertó a musitar con los labios pegados a su oreja.

La abrazó con fuerza y la besó. Pilar pareció calmarse. Se levantó y le llevó hasta el taller, el sanctasanctorum donde restauraba las piezas. En la cajita con botones coloreados que había junto al marco de la puerta tecleó el código para desconectar la alarma. Sacó una llave del bolsillo de su chaqueta y abrió. Frank no comprendía por qué le había llevado allí para hablar, ni por qué estaba el módulo parcial de la alarma conectado.

Pilar se apartó unos metros y quitó la sábana de immaculado color blanco que cubría el caballete de pintura. Frank se quedó boquiabierto. Sus ojos estuvieron a punto de saltar de sus órbitas, como si viesen al diablo en persona.

—¡Cielo santo! —musitó embelesado.

Apoyada en el caballete, como por arte de magia, estaba la tabla que tantos quebraderos de cabeza le había ocasionado. Se acercó despacio para contemplarla, como si temiera que fuera a desvanecerse. Clavó la vista en las figuras y escudriñó sus trazos. Sobre el manto escarlata de la Virgen se definía a la perfección la mosca que daba nombre al cuadro, y junto a la Virgen, santa Catalina, la rana, María Magdalena, con su rica vestimenta, el personaje masculino sujetando unas antiparras... ¿Dónde estaba el truco? Era una copia, una buena copia, seguramente sólo un experto podría distinguirla del original que se había quemado en Doctor Fleming. Se giró y la miró en silencio.

—Es una copia magnífica —dijo al fin—. ¿Qué hace aquí?

—Es el original —dijo Pilar, recuperando su sonrisa—. La tabla genuina de la Colegiata de Toro.

—No es posible... —tartamudeó Frank, y trató de ordenar sus ideas—... Se quemó... Tú misma escuchaste al capitán Giuliani... La Policía Científica confirmó el hallazgo de restos de madera con más de dos siglos de antigüedad...

Pilar se restregó las lágrimas que corrían por sus mejillas y desbarataban el rímel de sus ojos. Frank esperaba en silencio una explicación e iba a dársela.

—Cuando se produjo la explosión —comenzó—, seguí al capitán Giuliani hasta el piso. Era un infierno, las llamas devoraban las cortinas, los muebles habían prendido, algunos tabiques estaban derruidos, el suelo aparecía sembrado de cristales y un humo espeso me impedía respirar. Te vi allí tirado, inconsciente bajo el sofá. Había otras dos personas. Una ardía a lo bonzo y desprendía un olor nauseabundo a carne quemada, y la otra tenía la cabeza reventada por un fragmento de cascote. «Están muertos —me gritó el capitán entre la humareda—. Salga de aquí, salga —me insistió a voces mientras cargaba contigo al hombro—. Él está vivo, está bien», me dijo. Suspiré aliviada y volví sobre mis pasos.

»No me preguntes por qué, fue un segundo de intuición. Decidí asomarme a la habitación contigua a la sala y echar un vistazo. La explosión había arrancado las puertas de cuajo. En un dormitorio descomunal, con la ropa de la cama en llamas, vi la tabla. No podía creerlo. El fuego iba a quemarla y no lo dudé: tenía que salvarla, pero tenía que salvarla para ti, para mí, para nosotros. ¿Quién iba a echarla en falta? El piso ardía por los cuatro costados. Entonces se me ocurrió desarmar el marco para dejar una pista falsa. Saqué la navaja que llevo en el bolso y nos costó una discusión. ¿Lo recuerdas? Me fue más útil de lo que pensabas. —La angustia le había aflojado la lengua y quería acabar cuanto antes su confesión—. Desprendí la tabla, la envolví en toallas húmedas que encontré en el baño y salí corriendo. En la escalera se me ocurrió guardarla en el cuarto de los contadores. Supuse que allí, debido a la humedad, nunca llegarían las llamas. La escondí entre los cachivaches almacenados.

No podía salir con ella bajo el brazo. Todo el mundo me hubiese visto. El capitán estaba pendiente de mí. Tardé un poco y supuso que me había pasado algo. Iba a entrar otra vez cuando me vio en el portal. Me faltaba el aire, tosía. ¡Dios mío!, creí que me moría. Dos días después regresé al edificio, recuperé la tabla y la traje a casa. Tenía algunos arañazos, estaba algo ennegrecida por el hollín, pero nada grave. Nada que yo no pudiera recomponer...

Calló con el mismo ímpetu que había desgranado los hechos. Le temblaban todavía los brazos y las piernas. Frank observaba la tabla sin pestañear, como hipnotizado por las figuras que componían la escena.

—Te jugaste la vida —dijo de pronto.

—Sólo temía por ti...

—¿Tu mentira de hoy tiene que ver con la tabla? —dijo, súbitamente iluminado.

—Sí —afirmó Pilar con la voz acaramelada—. Cuando terminé de restaurarla averigüé su verdadera tasación. Es muy superior a la estipulada por la póliza de seguros. Vendiéndola de forma clandestina obtendríamos alrededor de setecientos cincuenta millones de pesetas, más de cuatro millones y medio de euros en dinero negro.

—¿Estás loca?

—No —sonrió—. Por eso te he engañado. Por eso esta mañana he ido a Gibraltar.

—¿A Gibraltar?

—He iniciado los trámites para legalizar una sociedad anónima con sede en el Peñón y he abierto una cuenta corriente en el Commercial Bank of Jersey para lavar ese montón de billetes.

—¡No pensarás en serio que vamos a vender la tabla!

—¿Y por qué no? ¿Quién va a sospechar? Oficialmente cuelga en la Colegiata de Toro, y confidencialmente se quemó.

—Se quemó sólo el marco.

—Sí, es cierto, pero nadie lo sabe.

—No puedo creerlo... —dijo Frank confundido.

—Te amo y estoy dispuesta a correr cualquier riesgo para cumplir tu sueño y poder empezar una nueva vida. Esa vida que tanto anhelas para disfrutar de nuestro amor.

—¡Me propones que robemos una obra maestra de la pintura! ¿Te das cuenta? ¡Por Dios! Olvidas que me he pasado media vida persiguiendo a quienes desvalijaban nuestro patrimonio.

—Por eso mismo... Podemos hacerlo, créeme —dijo tomándole de las manos—. Conocemos el mundillo del arte, a los marchantes, a los peristas, a los coleccionistas. Será fácil. Sólo es cuestión de mantener una absoluta discreción.

Antes de salir del estudio cogido de su mano como un niño perdido, se volvió.

Cada vez que miraba la tabla le parecía más hermosa. La restauración le había devuelto la viveza de los colores, y el fondo, oscurecido por el deterioro de los barnices después de siglos, se perfilaba nítido. Una obra perfecta que de momento nadie echaba en falta. La Colegiata de Toro mostraba una copia casi idéntica al original, el capitán Giuliani estaba convencido de que se había quemado y los responsables del Patrimonio Nacional desconocían el robo.

Volvieron a la sala, cogió la botella de cava y sirvió dos copas. Pese al tiempo transcurrido las burbujas ascendían en columnas hacia el borde. Después de todo, el mundo pertenecía a los locos, a quienes arriesgaban su vida para conseguir un sueño.

—Brindemos —dijo emocionado.

—Sí —aceptó Pilar alzando su copa—. Brindemos por nosotros, por *La Virgen de la Mosca*, por nuestro hotelito en el Ampurdán..., y por Pompeyo... —Sus ojos brillaban de emoción.

—¿Por Pompeyo?

Pilar sonrió y bebió su copa.

—¿Ya no lo recuerdas?... «Vivir no es necesario, navegar sí».

Frank rió abiertamente, ¿cuánto hacía que no reía?

—Sí. El lema de Pompeyo... Al fin. A partir de ahora es nuestro.

Collado Villalba, 2007

Fin



Enric Balasch Blanch, nació en el distrito de Gràcia, Barcelona, España, en 1955, es escritor y periodista.

Ha recorrido más de cien países y publicado numerosos artículos en revistas y periódicos de ámbito nacional e internacional.

Es autor de las novelas *La virgen de la mosca*, *La cruz de tau*, *Libélula* y *El secreto de la Creación*, entre otras tantas, así como de más de sesenta guías de turismo para diferentes editoriales, algunas de las cuales se han traducido a siete idiomas, de un libro de narrativa de viajes, *Vivir para viajar* (2003), y de varios ensayos, entre los que destacan *Una historia mágica de los cuentos* (2003) y *El lenguaje secreto de los cuentos* (2004).

Ha dirigido también programas de radio y documentales para la televisión.